

TORRES DE FUEGO

GABRIELA CAÑAS

«El incendio de la torre Windsor de Madrid es el origen de esta fascinante novela de intriga que indaga en oscuras tramas financieras y hace un agudo retrato del poder, de la ambición y la indignidad, del amor y la inseguridad.

Una primera novela deslumbrante.»

Rosa Montero

Lectulandia

Ana Ruiz-Benegas, una brillante ejecutiva de éxito, aparece brutalmente asesinada. El crimen, que en principio parece un vulgar robo con violencia, esconde sin embargo mucho más de lo que parece a primera vista. La hermana de Ana, Rosa, una abogada mercantil, y la hija de esta, Any, una joven economista, no cejarán en su afán por esclarecer la muerte de Ana y descubrirán una complicada y peligrosa trama político-empresarial que salpica a grandes nombres de las finanzas...

La venganza, el dinero, el chantaje y la corrupción son los ingredientes de un relato en el que todos los personajes tomarán posiciones determinantes. El incendio de la torre Windsor y los hilos de un perverso equilibrio de poderes guiarán a las dos protagonistas hasta empujarlas a dar un vuelco a sus vidas.

«Lo que le da verdadera trascendencia a Torres de fuego es la decisión narrativa de convertir la novela en una metáfora de la mirada de una mujer de hoy.

Una novela asaltada por la realidad y la ficción al mismo tiempo; un compromiso literario y humano fieramente atractivo.

Qué suerte tienen quienes ahora la van a leer por primera vez.»

Juan Cruz Ruiz

Lectulandia

Gabriela Cañas

Torres de fuego

ePub r1.0

Titivillus 07.05.18

Gabriela Cañas, 2011
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La brillante ejecutiva Ana Ruiz-Benegas vivió aquel 11 de diciembre como el primer día del resto de su vida sin sospechar que sería el último. Se levantó muy temprano, como era su costumbre, pero esa mañana fue presa de una revelación y lo hizo con el firme propósito de dar un pequeño golpe de timón. Eso pasaba, para empezar, por recortar drásticamente su jornada laboral. Abandonaría el despacho antes de comer, se dijo a sí misma ante el espejo mientras se lavaba las manos, y disfrutaría de la tarde libre hasta la hora de cenar. La cena. Esta también era, hasta cierto punto, una novedad que inauguraba su nueva agenda vital. Era verdad que su tiempo era limitado y que cenar fuera de casa no era su pasión, pero estaba decidida a no volver a renunciar a esas pequeñas escapadas de las que tanto disfrutó cuando era más joven.

Se peinó cuidadosamente observando el reflejo de los pliegues de su piel. Por suerte, ninguna de sus arrugas le había surcado profundamente la cara. Todavía. Pero allí estaban, discretamente diseminadas por su rostro, por su cuidada tez, destruyendo, poco a poco, laboriosas, todo rastro de su clamorosa juventud. Les plantó cara y se miró a los ojos. Sonrió. La mirada de siempre estaba allí, observándola de frente, determinada, altiva, la misma con la que había descubierto el amor, el sexo, el triunfo, la amistad y la pérdida. Se dio un toque de rímel y se aplicó sombra a los párpados en tono tierra. Se observó de nuevo. Le gustaba el resultado y eso era lo más importante. La única opinión que realmente le importaba era la suya. Exclusivamente. Bajó la mirada. Hoy también.

Se preparó un desayuno copioso y antes de marcharse dejó un pequeño *post-it* amarillo sobre la campana extractora de su cocina metalizada: «Sonsoles, déjeme preparado algo de comer y márchese pronto. Tómese la tarde libre». Cuando cerró la puerta tras de sí, inspiró con deleite el frío helador de la calle. Le hubiera gustado caminar un poco más antes de instalarse en el coche. Aún era de noche, pero una tenue luz lateral que iluminaba parte del cielo anunciaba el inminente amanecer. Al final del corto sendero, un hombre de mediana estatura y mediana edad le aguardaba junto a un amplio vehículo con la puerta posterior abierta. La saludó desde la distancia con un ligero cabeceo y esperó a que ella se introdujera en el cálido habitáculo para cerrarla suavemente. Y mientras él acudía a ponerse al volante ella miró con desgana los periódicos depositados sobre el asiento. Tampoco puso atención

a las noticias radiofónicas que Saturno, con profesional precisión, le programaba. Esta vez dejó que el inicio de la marcha tirara de su cuerpo y a renglón seguido se dejó perder en el paisaje que le regalaba la avenida que habían empezado a recorrer. No fueron nuevos gestos ensayados. Liberarse tan naturalmente de la carga que las inercias diarias le reclamaba fue el mejor preludio para sus planes.

Ya en el despacho, ordenó a Estrella cancelar todas sus citas de la tarde y reducir las de la mañana en todo lo posible, de modo que pudo disfrutar de aquella liviandad tan fácilmente adquirida y tan infrecuente en su cargo. Sabía que muchos de sus pares, por no decir la mayoría, gestionaban con maestría desde hacía muchos años unas agendas menos cargadas que la suya. Los grandes ejecutivos como ella podían ausentarse tranquilamente durante más de tres horas al día para jugar al pádel. Organizaban supuestos almuerzos de trabajo que más bien eran un solaz, a veces interminable, en mitad de la jornada. Diseñaban reuniones a media tarde que, en ocasiones, no eran más que pequeñas puestas en escena en las que exhibir sus oratorias y sus dotes de mando. Planeaban viajes que eran escapadas en toda regla, con aventuras amorosas incluidas.

Ana Ruiz-Benegas raramente había disfrutado de todas esas cosas. Su bandera era el esfuerzo y el trabajo bien hecho. Su consigna: prepararse mejor que los demás. Su estrategia: andar vigilante. En la elitista carrera en la que ella competía bajar la guardia era un suicidio. Como los perros de caza, era crucial mantenerse alerta olfateando el peligro para evitar perder la pieza codiciada y repeler agresiones. Estaba convencida de que de no haber cumplido fielmente tales reglas nunca habría llegado tan alto siendo mujer. ¿Lo habría logrado de todos modos? Era tarde para comprobarlo, pero quizá no tanto como para darse un respiro y menos para probar, aunque de manera extraordinaria, el sabor de un ritmo más indolente. Por momentos le asaltaba la duda: quizá sus buenos propósitos no llegaran vivos hasta el lunes. Se conocía demasiado como para dejarse engañar tan fácilmente. Sería incapaz de renunciar a su forma de actuar y trabajar. Aun así merecía la pena intentarlo; aunque la ilusión durara solo un fin de semana.

En medio de aquella mañana de propósitos renovados recibió la llamada de Federico. Casualidad. No hablaban muy a menudo, pero en un día como aquel no se le habría ocurrido un mejor contacto. Hablaron de negocios, pero después se adentraron con naturalidad en una conversación de índole privada. Y así supo que Hidressa iba bien a pesar de la crisis, que había hecho algunos cambios en su equipo de los que se sentía satisfecho, que su mujer, Isabel, estaba de viaje ese día, que su suegra mejoraba y que las chicas iban bien en los estudios. Las evocó a través del ventanal que se asomaba a una de las principales arterias de Madrid. Las vio tal como eran la última vez que coincidieron, hacía ya un par de años: las piernas largas de Paz sobre un cuerpo todavía en construcción, grácil y espigado. Los sólidos brazos de Elena acercándole una cerveza.

Colgó. Federico era un buen amigo. ¿Por qué nunca tuvieron una aventura?

Cuando se conocieron los dos eran muy jóvenes, pero ambos ya tenían sus respectivas parejas con las que, al poco, terminaron casándose. El matrimonio de Ana duró poco; el de Federico siempre fue un vínculo sólido. Lógico. Isabel no era como la mayoría de las mujeres que conocía, a las que Ana detestaba. Era una persona culta y discreta que sabía escuchar y aportar ideas interesantes. Era, en definitiva, una de las pocas mujeres cuya presencia era bien recibida en las reuniones mayoritariamente masculinas en las que participaban Ana y Federico. Isabel, en contra de la costumbre de muchas esposas de hombres importantes, no interrumpía constantemente a su marido, ni minusvaloraba públicamente sus méritos. No pretendía saber más que los demás sobre los asuntos tratados ni criticaba la inoportunidad de hablar de negocios en una cena. Tampoco era de las que se empeñaban en distraerte de la conversación masculina, mucho más interesante, para encajarte una serie de opiniones prescindibles sobre la vida cotidiana y sus miserias. Ana aborrecía a ese tipo de mujeres permanentemente acomplejadas que de vez en cuando debía soportar.

Era evidente que había una atracción física entre ella y Federico que desbordaba las fronteras de la amistad. Pero eso mismo y la existencia de la propia Isabel habían apuntalado, aún más, su relación de camaradería.

Pensó también en Federico por la tarde cuando por fin, de vuelta a casa, sola y relajada se regaló un largo baño antes de arreglarse para la cena. También pensó en Gonzalo y en los sentimientos encontrados que la habían atormentado en los últimos tiempos. Pero ahora allí, zambullida en un baño de espuma, comprendió cabalmente hasta qué punto era liberador haber terminado con aquella fallida relación. Una pequeña punzada en el estómago la advirtió del peligro de dejar que su mente vagara por esos oscuros senderos que le devolvían a las redes de su último idilio. Ahora retomaría las riendas de su vida sin más interferencias, como siempre había sido. Se preguntó por qué se había dejado enredar durante tanto tiempo por Gonzalo. ¿Dónde se escondía su pieza defectuosa, aquella que le había empujado hacia esos tres años merecedores de sepultar en el olvido, de borrar de su historial? Nuevamente comprendió que debía rescatarse a sí misma de la trampa que le devolvía a la casilla de salida, a ese círculo infernal que tenía que quedar definitivamente roto. Debía conseguir que todos aquellos recuerdos se fueran acortando cómodamente en su conciencia.

Se había traído del despacho unos cuantos documentos que repasaría durante el fin de semana. Los dejó en el salón y no los abrió durante toda la tarde. En su lugar, cogió el móvil y marcó el número de Rosa. Hacía demasiado tiempo que no hablaba con ella. Este era el momento. Al tercer timbrado, su hermana atendió la llamada.

—¡Vaya sorpresa! ¿Tienes fiebre? ¿Estás enferma?

Rosa abusaba últimamente de la misma broma. Era su manera de reclamar la atención de una hermana demasiado atareada.

—Hola. ¿Cómo estás?

—Yo bien. ¿Y tú?

—Me he tomado la tarde libre...

—¡No me lo puedo creer!

Ana sonrió. En efecto, tomarse una tarde libre no respondía exactamente a la imagen que su familia guardaba de ella; la imagen que prefería ofrecer de sí misma. Se quitó uno de los algodones que separaba los dedos de su pie derecho; la laca de las uñas ya estaría seca. Lo dejó sobre un cenicero y estiró los irregulares dedos con la pierna levantada para observar el efecto del rojo carmín en sus uñas.

—Pues créetelo. Me acabo de dar un baño de espuma y voy a salir a cenar con unos amigos. ¿Cómo lo ves?

—¿Cómo lo voy a ver? Estupendamente.

—¿Cómo están papá y mamá?

Cruzó la pierna izquierda sobre la rodilla contraria y se liberó del otro algodón que entrelazaba sus uñas recién pintadas.

—Buffff. No sé qué decirte. A papá no lo veo recuperado del todo. Me tiene preocupada.

—Iré a verles este fin de semana.

Ana sabía que estaba en falta con ellos y sabía también que Rosa se lo reprochaba secretamente. Pero nunca habrían discutido por ello. En realidad, nunca se habían peleado en serio más allá de las broncas propias de las primeras edades de la infancia y la adolescencia. ¿Era eso normal? Sabía de otras hermanas que se odiaban, se chillaban, se insultaban y hasta se negaban el saludo. Ellas habían tenido altibajos. Épocas de desencuentro, erosiones propias del tiempo y la distancia, pero desde que ambas eran adultas nunca se habían enfrentado o enfadado.

—Para que veas que te hago caso de vez en cuando, estoy organizando un viaje con Juan. Nos vamos solos una semana después de Navidad.

—¡Bien hecho! ¿Y mis sobrinos?

—Están encantados de quedarse solos. Any y Miguel son de fiar. Cuidarán de Lucas, aunque este también es ya demasiado autónomo. ¿Qué planes tienes tú?

—Ninguno.

—¡No!

—Sí. No tengo ningún plan. Es la verdad. Pero no tardaré mucho en tenerlo. — Subió ambos pies al sofá con un pequeño brinco y se acomodó de lado sobre uno de los brazos. Eso le facilitó el tono despreocupado que buscaba y que le facilitaría la salida para cambiar de asunto. No le apetecía hablar de su vida privada ahora. Todavía no—. ¿Nos vemos el fin de semana? ¿Quieres que coincidamos a comer con los padres mañana o el domingo?

—Uhhmm. —Al otro lado de la línea, Rosa parecía meditar. Tardó en contestar—. Creo que me viene mejor el domingo que mañana.

—Hecho. Yo les llamo. Ya hablaremos, pero, dime, ¿cómo te van las cosas en el bufete?

—No paramos de trabajar.

Ana se cambió el teléfono a la otra oreja y jugueteó con uno de los cojines de su asiento.

—¡Estupendo!

—Sería estupendo si pagaran, pero no es el caso. Este año están en concurso de acreedores tres de las diez empresas que llevo y me temo que la racha va a seguir. Es desesperante. Ya te contaré el domingo.

Consultó el reloj. El tiempo había pasado rápido y debía ponerse en marcha para no llegar tarde, algo que odiaba. Finalizó la conversación, subió descalza hasta su dormitorio y allí dio los últimos toques a su atuendo. Prepararse con tiempo le permitió detenerse en pequeños detalles a los que se entregó con denuedo. Luego se enfundó en su abrigo nuevo y abandonó la casa apagando casi todas las luces que había a su alcance, hasta que cerró tras de sí la puerta que daba al garaje de la casa con un par de manojos de llaves en las manos. Ahí abajo le esperaba su espléndido Aston Martin. Entró en el coche, depositó las llaves en una bandeja interior, dejó su bolso en el asiento del copiloto y sintonizó una emisora musical. Accionó el mando a distancia de la puerta automática, pisó suavemente el acelerador y el automóvil trepó dócilmente por la rampa de salida hasta la calle. Las ondas radiofónicas se normalizaron a medida que abandonaban las profundidades del aparcamiento. Sonaba una sencilla canción pop que le resultó vagamente conocida. Agradable. «*Forever young. I want to be forever young*», tarareó el estribillo de la melodía, que la transportaba a playas inmensas de aguas cristalinas. Playas infinitamente filmadas como pruebas elocuentes de la existencia del paraíso. Aminoró la marcha en el momento en que tuvo que pasar por encima de la acera antes de acceder a la calzada. Atrás quedaba la luz del garaje. Enfrente, solo la oscuridad de la noche que, en invierno, tiene prisa por llegar. Frenó prudentemente el coche. Y fue entonces cuando algo se precipitó sobre ella.

El ruido fue ensordecedor. El cristal de su ventanilla se rompió en mil pedazos. Con sorpresa, sus ojos adivinaron una sombra junto a su puerta, una sombra que se movía, una presencia inesperada. Su puerta, la que marcaba la frontera con los peligros del mundo exterior, se abrió de forma súbita desposeyéndola de la protección que le aportaba la carrocería; ella siguió, sin embargo, ridículamente atada al asiento por su cinturón de seguridad. ¿Le estaban gastando una broma?

Inmediatamente después, ya todo fue demasiado tarde. No hubo tiempo para protegerse instintivamente la cabeza con las manos; o de meter el pie en el acelerador para huir del lugar. Una mano le había aprisionado del pelo y tiraba imperiosamente hacia fuera. Le arrancarían la cabeza. Perdió el equilibrio. Medio cuerpo estaba ya fuera del coche, sus manos impidiendo el golpe seco de su cráneo contra la acera. Las piernas seguían dentro del vehículo. Gritó compulsivamente y su propia voz le sonó extraña. A lo lejos sonaba el estribillo de la canción que programaba la radio: «... *forever young. I want to be forever young*». Sintió una tremenda descarga en un hombro.

¿Fue dolor? No pudo identificarlo como tal. Nunca antes había sentido algo tan intenso, tan devastador. Estaba en el suelo e intentaba torpemente cubrirse los hombros y la cabeza, ahora ya liberada de la mano opresora de su agresor. Suplicó clemencia. Entonces llegó otro golpe brutal en un lateral de su cabeza, cerca de su oreja derecha, o eso creyó. Fue ahí cuando perdió el control del espacio y de sus propios sentidos. Algo le impedía ver claramente: se preguntó si realmente podía ver. Oyó a un hombre gritar y llorar; las dos cosas al tiempo. Otra voz, enloquecida, repetía como una letanía: «Puta. Más que puta. Puta. Más que puta». Y un nuevo golpe; esta vez en el abdomen. Algo le atravesaba el estómago. Olió a sangre y sudor y oyó sus propios gritos inconexos en un cuerpo que ya no respondía a sus órdenes. Poco antes de dejar de oler y de oír supo que nunca llegaría a la cena a la que le aguardaban aquella noche y que quizá se estaba muriendo.

El coche se deslizaba a menos de veinte kilómetros por hora por la espesura de la niebla. A esa velocidad, casi cualquier cosa inesperada puede ocurrir: un viandante podría sorprenderlos adelantando al coche por la derecha, el vehículo podría precipitarse en el vacío o un perro aparecer súbitamente ante ellos deslumbrado por las luces y esperando mansamente la muerte. Al joven guardia Francisco Frutos le inquietaba merodear por los suburbios de Madrid a esa de-ses-pe-ran-te-men-te lenta velocidad que el cabo se empeñaba en mantener abriéndose paso a ciegas en aquel túnel brumoso.

El guardia Frutos, Curro para los que le conocían desde chico, había disfrutado ya más de una vez de la sensación casi explosiva de saberse el más imbatible del entorno. La primera vez ocurrió no hace mucho. Se vio a sí mismo en el asiento del acompañante, como ahora, junto al cabo, patrullando en un barrio deprimido de la capital. Amanecía y los pocos viandantes que se cruzaron le miraron con respeto, de frente primero, fugazmente, antes de bajar la mirada. Notó esa misma mirada de respeto en algunos conductores que, subrepticamente, levantaban un poco el pie del acelerador al divisar el coche patrulla. Esa primera vez fue tocado por una pequeña descarga eléctrica que le relajó los músculos desde el cuello hasta el empeine del pie. Se incorporó un poco en su asiento disfrutando de aquella íntima onda expansiva y lo vio todo de diferente manera. Él, la autoridad, paseaba por aquellos dominios y eso le transmitía una sensación de quietud y seguridad que irradiaba al exterior. Saberse superior fue un sentimiento embriagante.

Hoy todo era distinto. Aquella niebla, tan ajena a sus primeras experiencias vitales en el sur y tan tupida le encogía el corazón. Era vulnerable en medio de aquel bosque blanquecino y amenazante y le dolía la espalda de tanto ensayar un envaramiento prepotente donde solo había miedo. Así era más o menos la oscuridad de su infancia, en la que los ojos abiertos no servían para nada, en la que uno podía ser descubierto por fuerzas ocultas mientras los ojos propios seguían ciegos y el iris incontrolado. Porque en ese momento uno ya no sabe si tiene los ojos abiertos o cerrados y el miedo anestesia la voluntad y los sentidos.

Entre la espesura vislumbró algo similar a una matrícula. El cabo mantuvo el rumbo y redujo la velocidad mientras en el túnel iluminado por los focos emergían los contornos de un vehículo evidentemente parado casi en mitad de la calzada. El

silencio se espesó en el coche patrulla. El cabo paró la marcha y Curro comprobó con alivio que el interruptor del bloqueo de puertas estaba accionado.

El cabo aguzó la mirada. Luego torció la cabeza hacia la izquierda; después, miró de frente otra vez. Las manos, prietas sobre el volante. Esperó unos instantes y metió la marcha atrás. El guardia permanecía rígido a su lado con un desagradable cosquilleo en la boca del estómago, acobardado por su propio miedo. Esperaba instrucciones mientras instintivamente imitaba a su superior girando la cabeza en todas direcciones. Inspección ocular; así lo llamaban en la academia de policía.

—Comprueba la matrícula con la central.

La orden lo sacó de su letargo. Agarró el micrófono de la emisora del coche y se lo acercó a la boca.

—Puerto 15 para central. Necesitamos comprobar una matrícula.

—Adelante Puerto 15.

—2231 Delta, Papa, Sierra.

—Manténgase a la espera, Puerto 15.

Fuera, la niebla perdía espesura. Los incipientes rayos del sol del invierno la evaporaban lenta pero eficazmente. El joven guardia notó que en algún momento no identificado había recobrado su apostura. Quizás la comunicación directa con la central, quizá simplemente el ruido, quizá esa niebla que permitía entrever los contornos de un magnífico Aston Martin sin un solo rasguño en su exterior. Al otro lado de la línea tardaban más de lo habitual en dar una respuesta.

—Un momento. Estamos comprobando los datos.

El cabo había metido una marcha y se disponía a rodear el coche para observarlo de cerca. El guardia desenfundó su arma despacio. La ventanilla del conductor del lujoso automóvil estaba rota, pero habían dejado cerradas las puertas del Aston Martin y no se veía a nadie dentro. En el camino tampoco se percibían rastros de sangre u objetos inesperados. La voz al otro lado de la línea sonó esta vez un poco más grave y algo más fuerte.

—¡Cuidado! ¡Mucho cuidado con ese coche! Clave azul.

Los dos policías se mantuvieron en silencio. En la jerga policial, «clave azul» suponía inmovilizar el coche; un asunto, en efecto, de especial gravedad.

—¿Es un Aston Martin color azul oscuro?

—Sí.

—Aquí figura como coche robado.

El cabo le arrebató al guardia el micrófono de la emisora de radio.

—¡Es el tercer coche robado que encuentro en esta calle en un mes! ¡Esto se ha convertido en un aparcadero, Joder! Voy a pedir comi...

—¡Calla, hombre, calla! —le interrumpieron al otro lado de la línea—. Aquí figura robo con homicidio.

El joven guardia apretó un poco más la empuñadura de su pistola, ahora caliente con el contacto de su piel. El cabo guardó un mínimo silencio y exhaló un poco de

aire, rindiéndose a la evidencia.

—Cuéntame.

—El viernes a las 8.30 de la tarde. La víctima salía del garaje de su casa cuando la asaltaron. La mataron a golpes, con un martillo. También le asestaron unos cuantos navajazos en el abdomen. Un crimen salvaje. Se llevaron el vehículo y todas sus pertenencias.

—¿Hubo testigos?

—No, que yo sepa. A esas horas en invierno no hay mucha luz y el homicidio se cometió en una urbanización. No suele haber mucha gente por las calles.

—Vamos a hacer una inspección ocular.

El guardia Frutos rio para sí. Aquello de la inspección ocular siempre le había parecido una expresión graciosa, pero ahora se sentía como el niño que acaba de recitar bien la lección y casi no pudo reprimir una pequeña sonrisa. ¡Dios! ¡Su primer homicidio y él pensando en la academia!

La voz de la central sonó esta vez expeditiva.

—No se acerquen demasiado y, sobre todo, ¡NO toquen nada! Aviso a la superioridad.

El sol había terminado su trabajo. La niebla había levantado el vuelo y el aire había recuperado su transparencia habitual, tranquilizadora. El vehículo descansaba más próximo al arcén de lo que al principio parecía. No se percibía un alma en unos cuantos metros a la redonda.

El cabo hizo amago de sacar un cigarro, pero se contuvo. La ley contra el tabaco había trastocado incluso sus impulsos más primarios, aquellos pequeños hábitos de los cuales nunca creyó poder prescindir.

El desasosiego de los últimos minutos se disipó como la niebla. Ahora incluso el joven guardia vio evaporados sus miedos. Sabía que solo les aguardaban gestiones rutinarias: tomar datos y rellenar partes. Esperarían allí, custodiando aquel coche de lujo, hasta que llegara un inspector de traje y corbata a colocar esta pieza en un complejo rompecabezas, un caso de mayor envergadura que requería huellas dactilares, análisis de ADN y una investigación exhaustiva. Un caso, en fin, para el cual ellos carecían de experiencia suficiente y, sobre todo, de nivel en la cadena de mando.

El cabo se apeó del coche patrulla y el guardia le imitó con cautela. El policía de mayor rango desenfundó su pistola. El joven guardia no la había soltado desde hacía una eternidad. Se acercaron al automóvil inglés y otearon por las ventanillas para comprobar que tampoco en el suelo del habitáculo había nada extraño salvo restos del cristal roto de la ventanilla. Vieron los papeles del coche esparcidos por los asientos delanteros, de cuero color crema. Ni una gota de sangre. Ni un billetero vacío. Ni una prenda abandonada. Retrocedieron unos pasos. El cabo cambió su pistola por un paquete de cigarrillos. Ahora sí; ahora podría calmar definitivamente su ansiedad sin una mirada de reproche y todavía le quedaría tiempo suficiente para curiosear un

poco más y adelantar algún dato al inspector de turno. Nunca se sabe de dónde puede venir un ascenso, al fin y al cabo.

— ¡*H*an encontrado el coche!

La mujer se encogió de hombros y añadió un gesto de fastidio. En el exterior hacía frío y en el interior el ambiente cargado era casi irrespirable. ¿Cuánto duraría aún aquel suplicio? La gente hacía corrillos y hablaba en voz baja. De vez en cuando se escuchaba alguna risa ahogada. Y en torno suyo se cruzaban miradas de curiosidad, miradas morbosas, miradas tristes, miradas falsamente compungidas. La mujer que se le acercaba ahora tenía la suya ligeramente perdida. Le estrechó la mano. Las canas veteaban su pelo, que llevaba recogido en un elegante moño. Traje gris de falda y chaqueta, gesto desencajado. Demasiado carmín en los labios; inútil pincelada para iluminar su tez sombría. Le dijo unas frases inconexas que apenas si entendió.

—... trabajé con tu hermana durante casi veinte años. ¡Lo siento mucho! ¡Mucho! Ha sido terrible...

Había algo irreal en toda la escena. Y ello a pesar de que era como todos y cada uno de los funerales a los que había acudido. El problema era el cambio de papeles: ella siempre había estado en los corrillos, observando en la distancia el dolor de los otros, sofocando a veces, sí, una risa por algún comentario ingenioso; descargando la tensión fácilmente. Hoy sus padres estaban allí, repentinamente menguados, sentados junto al ataúd, enroscados sobre sí mismos, con la mirada apagada y un viejo rescoldo de dignidad en sus caras arrasadas por las lágrimas y el insomnio. ¿Y ella? Siempre supo que algún día perdería a sus padres. Perder a Ana no estaba en el guión.

—Soy Estrella.

¿Estrella? No era una mujer joven, pero por su voz al teléfono siempre se la había imaginado como una cacatúa de ochenta años.

—Hola, Estrella, gracias por venir.

—Hip, hip... Lo, lo, lo siento...

La mujer apoyó la cabeza en su hombro y Rosa notó la humedad de sus lágrimas. Intentó retroceder unos milímetros para poner distancia sin apenas conseguirlo. Parte de su cuerpo parecía haber quedado prendida de aquel hombro derecho, donde la mujer intentaba ahogar su hipo mal contenido. Después fue ella la que se retiró entre aturdida y tímida mientras el joven Marcos la rescataba atrayéndola hacia sí con su brazo derecho y acariciándole suavemente el pelo. Rosa lo abrazó y así se quedaron

unos segundos sin decir palabra.

A las puertas del tanatorio un puñado de periodistas —*cámaras y fotógrafos fundamentalmente*— hacían guardia disciplinadamente. El goteo de altos cargos, empresarios y grandes ejecutivos justificaba con creces su presencia. Alguno de aquellos notables incluso se paraba a saludarles con gesto adusto para hacer una breve declaración.

—Ministro, ministro, ¿confía en obtener los votos necesarios para sacar adelante el paquete económico en primera votación?

Flashes, micrófonos. En medio, un hombre de Estado con gesto grave.

—Soy optimista. Las medidas que proponemos son la mejor base para lograr un amplio consenso. Muchas gracias.

Algunos de los periodistas merodeaban de vez en cuando por entre los corrillos libreta en mano. Eran jóvenes mujeres en su mayoría que curioseaban con cierto aire culpable, como el que se cuele en una fiesta para la que no tiene invitación. Rosa se fijó en una de las reporteras, la única que se había atrevido a acercarse a ella una vez. Departía sonriente con un hombre mayor, de más de cincuenta años, que vestía traje oscuro, corbata de seda y abrigo negro de paño impecable. Rosa lo reconoció: era un altísimo directivo de una cadena de televisión. En el pasado había sido un periodista de cierta fama dotado de la codiciada fotogenia televisiva. Era evidente que había abandonado el periodismo para convertirse en uno más del club de los poderosos; ese en el que se movía su hermana como nadie. Como pocas mujeres lo habían hecho hasta el momento.

En un discreto rincón del aparcamiento, unos cuantos conductores con corbatas negras fumaban cigarrillos en animada charla. Entre un notable y otro los fotógrafos y los cámaras daban pequeñas pataditas contra el suelo para espantar el frío y compartían grabaciones sin dejar de observar los movimientos del entorno.

En su oído sonó en susurro la voz de Fernando, su cuñado.

—¿No era a las cinco la ceremonia? —preguntó.

Rosa aprovechó para abandonar a una desconocida pareja que departía con ella acerca de las virtudes de Ana en uno de sus trabajos. Agarró a Fernando por el brazo antes de darle la información.

—Sí, a las cinco. —Consultó su reloj—. Falta todavía un cuarto de hora.

—¡Pues ya han venido dos veces a decirme que tenemos que acabar enseguida! Ambos buscaron instintivamente un rincón alejado del bullicio.

—Claro, si no hay ceremonia religiosa no se llevan nada y les entran las prisas.

—Buf, deja tus reivindicaciones laicas para otro momento. Veo que has cambiado poco —le dijo él con una media sonrisa.

Rosa protestó con poca convicción.

—Vete a la porra.

—Perdona, chica.

Marcos irrumpió en la conversación. Había sacado un pañuelo del bolsillo por

enésima vez para secarse los ojos y estalló en una risita nerviosa. Era evidente que buscaba también un pequeño respiro.

—¡Qué bien os lleváis de pronto!

Fernando pasó el brazo por los hombros de Rosa en un gesto de exagerada camaradería.

—Yo siempre me he llevado bien con mi cuñada.

Aquel pequeño corro de tres se había convertido en un receso perfecto para que los visitantes dejaran de saludarles por unos momentos. Marcos, Fernando y Rosa. ¡Un trío extraño! Fernando, que tantos años llevaba lejos de sus vidas, volvió a ser el Fernando de su adolescencia, aquel chico con el que Ana vivió tantas emociones. Sufrió un golpe de nostalgia y abrazó a su cuñado, aunque apretada a su pecho notó una repentina sensación de ahogo.

Un hombre joven de impecable traje gris y corbata en tonos pastel se acercó hasta ellos y miró a Fernando.

—Hola, soy el secretario de Estado de Seguridad. Es usted el marido de Ana, ¿verdad?

—Uhhmmm, sí.

Los dos hombres se estrecharon la mano. El titubeo de Fernando era honesto. En realidad, debía haber dicho que no. Hacía mucho tiempo que había dejado de ser el marido de Ana, pero ahora el orden del tiempo carecía de sentido. El tiempo de Ana había dejado de existir y todo lo relativo a ella formaría a partir de ahora un todo anclado en el pasado. El agujero del estómago presionó a Rosa bajo su blusa.

—La investigación va muy rápida, pero todo parece indicar que su esposa fue víctima de un atraco. Un desafortunado atraco, porque este tipo de delincuentes solo utilizan las armas para reducir a sus víctimas. Aquí, bueno, ella probablemente se resistió y ellos se pusieron nerviosos... Muy nerviosos. Solo así se explica la crueldad de la agresión. Les cogemos. Le mantendré informado.

—Muchas gracias.

Una chica de pelo negro perfectamente maquillada y uniformada se acercó hasta ellos. Su voz sonó con automatismo de azafata.

—Cuando quieran pueden pasar a la capilla. —Indicó amablemente con la mano el camino, como si fuera necesario—. Por aquí, por favor.

La masa empezó a moverse perezosa. Como un grupo de alumnos aplicados, fue introduciéndose en la capilla y acomodándose en los bancos en un orden no previamente establecido y, sin embargo, natural, perfecto, como si la mano invisible de un jefe de protocolo así lo hubiera dispuesto. La familia en la primera fila, junto a los más notables, que con naturalidad eligieron un lugar preeminente. Detrás, los amigos más íntimos. Más atrás todavía se situaron aquellos cuyos lazos con Ana y su familia eran más difusos: colegas, vecinos, amigos lejanos, subalternos... La mayoría de ellos se mantenía con gesto grave pero sereno. De entre ellos le llegaron a Rosa unos lamentos y un murmullo nervioso. Provenían de un hombre aún en la treintena

que apenas podía mantenerse erguido sobre el asiento. Un hombre y una mujer de edades similares le mantenían, a duras penas, derecho sobre su espalda. Rosa había pasado junto a él camino de la primera fila. Supo que era el novio de su hermana, el hombre que había obrado su transformación. Con él, Ana había iniciado una tórrida relación amorosa tres años atrás, quizá más, que la había rejuvenecido. En su cabeza resonó la voz lejana de su hermana mayor en un lugar no identificado.

—¡No sabes cómo follamos!

—¿Cómo?

—Pues... Es que es la hostia. Tengo la impresión de que no he sabido follar hasta ahora, fíjate.

—Eso es una chorrada. Con Fernando decías lo mismo al principio. Y con Carlos, también. Y...

—Que no, que no, que te digo que no. Que esto es otra cosa. Y me veo haciendo cosas que... Bueno, que nunca creí que haría.

Fueron los primeros detalles que supo sobre él, de modo que a partir de entonces las pocas veces que lo vio no pudo evitar imaginarlo desnudo y actuando como un hábil semental. ¡Pobre! ¡Pobre Gonzalo! Se sentía culpable con él, sí. Porque seguramente, pasados aquellos primeros lances apasionados, Gonzalo había sido para su hermana mucho más que una pareja sexual. Con él, Ana había encontrado la estabilidad emocional de la que había carecido desde su divorcio. Sin embargo, ella no había tenido la oportunidad de tratarlo demasiado. Quizá por eso Rosa se había quedado con ese perfil suyo tan pobre y romo propio de los primeros escauceos. Era evidente que la diferencia de edad se había convertido en un pequeño inconveniente social para Ana, siempre tan atenta a su carrera, a su propia imagen.

A Rosa le invadió una ola de agradecimiento hacia aquel hombre del que poseía tan íntimos detalles y al que apenas conocía. Sintió la necesidad de acogerlo en aquel primer banco de los más allegados, pero se contuvo. Ana no lo habría aprobado. Si en vida lo mantuvo como su casi secreto tesoro, ¿por qué iba ella a traicionarla ahora aprovechando su ausencia, su definitiva ausencia? Un nudo en la garganta la ahogó. Olía a velas encendidas; era el aroma de su católica infancia. La voz de su cuñado sonaba armoniosa y pausada en aquel templo de las despedidas. Hablaba con parsimonia y aplomo en nombre de toda la familia. ¡Hay que joderse! ¡Él, que llevaba tantos años lejos! ¡Él, que se había desentendido de la educación de Marcos! El mismo que, según se descubrió después, había mantenido a más de una amante a la vez y, sin embargo, solo había sido capaz de soltar amarras cuando Ana le había dado un nuevo ultimátum, lo que felizmente coincidió con el hecho de que una jovencísima publicitaria le daba muestras evidentes de haber quedado rendida a su irresistible atractivo de hombre maduro. Combinación perfecta.

—... persona entregada a su trabajo, a sus proyectos, a las mejores causas. Sus juicios siempre eran certeros. Sus decisiones, audaces. Era inteligente y, por tanto, generosa. Con Ana, todos nos sentíamos mejores de lo que en realidad éramos...

Los lamentos de Gonzalo rasgaban el perfumado ambiente de la capilla. En esta ceremonia cargada de personajes influyentes, aquellos exagerados hipos de Gonzalo estaban resultando poco elegantes.

Un cura sacó medio cuerpo desde la sacristía y urgió al orador con la mano en un inapelable gesto de ir acabando. Rosa lo agradeció; como quizá muchos de los asistentes, que a duras penas habían hecho un hueco en su agenda para acercarse al tanatorio. Pero todavía quedaba la tortura de ver desaparecer el féretro con el cadáver, que se asemejaba ligeramente a una Ana dormida gracias al espléndido trabajo de los maquilladores. Todavía quedaba aquella larga retahíla de despedidas y abrazos mientras las piernas flaqueaban y todavía quedaba, sobre todo, el desconsuelo de unos padres ya mayores que aún no habían comprendido del todo la magnitud de lo ocurrido.

Afortunadamente Fernando, muy metido en su papel, encabezó la delegación familiar y ejerció de maestro de ceremonias. Así fue siempre su cuñado; un hombre que, en lo social, respondía tal como se esperaba de un varón de su talento y su posición. Cardiólogo de profesión, 1,85 de estatura, cabellera todavía abundante y encanecida por las sienes. Porte elegante, buen conversador, viajero impenitente, ligeramente jugador, ligeramente mujeriego, entretenido y extremadamente vanidoso. Atributos todos ellos que fascinaron a Ana durante años, perfectos para una mujer ambiciosa. Pareja perfecta. Lástima que él nunca hubiera llegado a enamorarse del todo de su hermana mayor.

La situación de hoy estaba hecha a la medida de su cuñado. Ana le habría puesto un diez. Allí de pie, junto a su hijo Marcos, un poco más alto todavía que su padre, quizá simplemente más estirado, departiendo con unos y con otros. Ahora atendía a su suegra, ahora conversaba con un ministro, ahora abrazaba a un primo lejano, ahora agradecía el pésame a una señora a la que veía por vez primera en su vida. Mientras el féretro desaparecía a los ojos de todos, fuera de la capilla alguien ya estaba hablando de negocios.

Rosa esperó a que la mayoría de la gente abandonara la iglesia y se acercó a Gonzalo. Any, atenta, siguió sus pasos y permaneció a su lado cuando Rosa abrazó a aquel hombre de boca torcida y pálida tez. Se quedaron un rato abrazados, sin decirse nada. Luego se separaron. Había un silencio instalado entre ambos que no era barrera, sino lugar compartido. Los amigos de Gonzalo permanecieron junto a él. Any tironeó suavemente de la manga del abrigo de su madre.

—Anda, mamá, vamos para casa ya.

Rosa no se movió. Levantó la vista hacia el novio de su hermana y luego miró a su propia hija. La invitó a formar parte del círculo con un mínimo movimiento de su mano.

—Voy, voy. ¿Conocías a Gonzalo?

La chica dio un paso hacia delante. Le dio un par de besos al hombre en las mejillas.

—Sí, le conocía. Nos hemos visto un par de veces.

Gonzalo se había secado las lágrimas con un pañuelo. Por unos instantes parecía haber recobrado la serenidad.

—Ana hablaba mucho de ti —dijo, todavía la vista posada en algún lugar indefinido.

—¿Ah, sí? Seguro que se metía con mi pelo. Siempre me decía que no sabía peinarme.

—No, ella decía que de haber tenido una hija le habría gustado que fuese como tú.

El silencio reinó de nuevo en el grupo. Alguno parecía revisar las losetas del suelo. Any acarició el brazo de su madre y tornó su cabeza hacia ella.

—Anda, madre, vamos para casa ya.

—Sí, sí. ¿Vienes con nosotros, Gonzalo? Vamos a casa de mis padres. Tomaremos allí una cena fría y les haremos un poco de compañía.

—No, gracias. Tengo que irme a trabajar. No he querido pedir el día libre. Prefiero trabajar y pensar en otras cosas.

—Haces bien.

Le dejaron allí parado, con el pañuelo en la mano y la mirada bondadosa de los que le cuidaban.

Las horas transcurrieron amargas y lentas aquel día. Cuando por fin Rosa se introdujo entre las sábanas creyó que había regresado a su cama después de una eternidad. Juan se deslizó junto a ella. Pegó su cuerpo a las curvas de Rosa y la acarició largamente en la cabeza, en el costado después. Rosa cerró los ojos y se preguntó si sería capaz de abandonarse al placer aquella noche.

Fue capaz. Y más. Se dejó mecer por el suave oleaje y cabalgó por encima de las olas cuando se encabritaron de manera salvaje. Galopó hasta caer exhausta y rendida sobre el cuerpo de Juan después de uno de los mejores orgasmos de las últimas semanas. Entonces entornó los ojos, todavía desorientada, y vio el aire flotando alrededor cargado de millones de motas diminutas en constante movimiento. Vio el abismo que separa la vida de la muerte. Y se dijo que amaba la vida y que ese sentimiento hoy le dolía a morir.

—¿Estabilidad emocional? Te aseguro que estás muy equivocada. Me parece que últimamente no os veáis mucho, ¿no?

—La verdad es que no...

—Mira, ese tío es un cabrón. No me gusta nada. Perdona que te hable así. Pero es que últimamente... Ya apenas quedábamos. Todo le sentaba mal. Quedar a cenar era ya casi imposible. Ana miraba el reloj. «Me tengo que ir», «¿Qué prisa tienes?», le decía yo. «Es que Gonzalo...» Era ya una frase hecha: «Es que Gonzalo, esquegonzalo». ¿Sabes qué creo? Que Gonzalo es un tipo acomplejado que en realidad no podía soportar el éxito de Ana. Increíble, pero cierto. Increíble porque se enamoró de ella y de todas sus circunstancias. De algunas de sus circunstancias no le importaba beneficiarse, por cierto. Porque él para ir al Caribe no tenía un duro, pero iba. ¡Vaya si iba! Y, bueno, el caso es que cada vez era más difícil ver a Ana, salvo que te pasaras por su despacho, donde solía estar muy liada. Así que... Que conste que no estoy dolida con ella, no me interpretes mal, pero es así. Ya apenas nos veíamos. Hablábamos mucho por teléfono, eso sí.

Un camarero les sirvió un par de Coca-Colas sin azúcar. La mesa en la que ambas mujeres se sentaban estaba pegada al ventanal del bar. Fuera lloviznaba y la temperatura había bajado hasta los cuatro grados. Rosa consumió casi la mitad de su bebida pausadamente. Necesitaba tiempo para digerir lo que Olivia le estaba contando. Aquella mujer era de una delgadez casi anoréxica. Los ojos, oscuros, estaban demasiado separados y la nariz era estrecha y picuda, con un ligero encorvamiento hacia abajo, como si quisiera tocar el labio superior. Era definitivamente y oficialmente fea, casi desagradable. Si no fuera porque... porque era extrañamente elegante, quizá. Y ello a pesar de los colores con los que combinaba sus prendas: colores inapropiados, demasiado chillones a veces, que, sin embargo, le otorgaban un toque original, fresco, distinto. Y también estaba su voz. Una voz grave. Una voz de resaca permanente que le daba una rara prestancia. Un personaje, en fin, inclasificable contra el que ahora Rosa albergaba ciertas sospechas. ¿Envidia? ¿Un complejo no resuelto con su amiga Ana?

—No había ninguna estabilidad emocional en esa relación, créeme. Lo que había era mucha posesión y muchos celos, que es distinto.

—Es que me cuesta creer... Mira, yo también sé cómo es; cómo era mi hermana.

—Respiró hondo, como si de pronto le hubiera faltado el aire—. No lo presentaba en sociedad. Lo tenía como escondido... Eso debe de ser difícil de llevar. Yo lo vi al principio unas cuantas veces y después creo que nunca más; hasta el otro día.

Olivia sacó un pañuelo del bolso. Mitigó la humedad de sus ojos. Luego se tapó la cara con ambas manos y, finalmente, perdió la mirada en la lluvia.

—Vas a decir que estoy loca, pero es que no me lo puedo quitar de la cabeza. Si mañana la policía me dijera que el que la mató fue Gonzalo no me sorprendería.

—Sí, estás loca. Lo siento, pero tengo que decirlo.

—Bueno, alguien lo hizo, a fin de cuentas. —Olivia volvió a sacar su pañuelo y se sonó la nariz. Las lágrimas le corrían ahora hacia los labios y su voz sonaba débil, quebrada—. Sé que habían vuelto a romper. No lo supe por ella. Me enteré por Estrella, su secretaria, ya sabes. Me dijo que ella lo había vuelto a dejar y que estaba muy preocupada por Ana. Aparecía por las mañanas, demacrada, hecha polvo. Y él no paraba de llamarla. Siempre lo hacía. En todas las crisis que tuvieron, él la perseguía de una manera extraña, obsesiva. Tendría que haberla ayudado, haberla llamado. Y no lo hice.

Rosa le alcanzó un pañuelo de papel. El de Olivia, empapado, era ya un gurrúño mínimo y deforme. Los párpados se le habían hinchado un poco de modo que sus ojos, siempre pequeños, eran ahora aún un poco más pequeños y rojos. Pajarito desconsolado.

—No lo hice porque era una nueva crisis. Porque ella estaba harta de que le hablara mal de Gonzalo, de que no la entendiera. El año pasado se enfadó mucho conmigo porque se lo dije. Le confesé que no comprendía cómo una tía como ella podía depender tanto de un gilipollas como él. Lo que más me dolió no fue que dejara de hablarme durante casi un mes: fue que me contestó que no tenía ni idea de lo que estaba diciendo y que suponía que podía seguir contando con mi discreción. ¡A mí! Fíjate. ¿Cómo pudo decirme eso? ¿Cómo iba yo a contar a nadie nada de lo que le pasara a Ana? Ya sabes lo importante que era la imagen para ella. Yo nunca la traicioné y nunca lo habría hecho. Me dolió tanto... Era mi amiga, mi mejor amiga desde hacía treinta años. ¡Treinta! Pero, finalmente, me llamó. Al cabo de un mes lo hizo. Reconozco que esa vez se lo puse difícil, porque yo no pensaba dar el primer paso. Esa vez, no. Le prometí que no me volvería a meter en su relación con Gonzalo. —Hizo una larga pausa. Dejó el nuevo pañuelo de papel retorcido sobre un plato. Los ojos estaban secos y ahora miraba con gran intensidad uno de los vasos vacíos de la mesa—. Pero eso no quiere decir que cuando tuviera problemas otra vez... ¡Tendría que haberla llamado!

—Pero ¿por qué te atormentas con eso? No hubieras cambiado nada.

—No, ya lo sé. Pero le fallé. Tendría que haber estado a su lado estos últimos días, aunque me pudiese consolarla por culpa de Gonzalo.

Rosa buscó alguna frase de apoyo, algo que mitigara la pena y el sentimiento de culpa de Olivia. Pero sus ideas estaban en periodo de sequía desde la muerte de Ana.

Estaba enfadada, irritada con Ana, herida y con un raro sentimiento, también, de culpabilidad. No tenía fuerzas para escuchar a los demás. Tampoco para ir a casa de su hermana. Fernando le había pedido expresamente que se hiciera cargo de ella. Marcos estaba en Londres estudiando y le dijo que era la persona más adecuada para revisar sus cosas, para tratar con la asistenta, para ocultar su rastro y que quedase borrado cuando en verano el estudiante volviera a Madrid y se instalara en aquella mansión luminosa de las afueras de la ciudad. Olivia era la que tendría que haberse ocupado de esas cosas. Olivia era su auténtica hermana, no ella. Quizás aquella mujer que tenía enfrente no era consciente, al fin y al cabo, de hasta qué punto Rosa había crecido a costa de Ana, a costa de alejarse de su esplendor, de sus destellos, de sus dominios. Había amado a su hermana con la misma intensidad con la que había luchado por huir de su influjo. Nunca lo logró. Aquella mujer que tenía enfrente no podía ser consciente del empeño que tuvo que poner para emanciparse a partir de los veinticinco años, para que todo el mundo dejara de preguntarle aquello de «Ah, ¿tú eres hermana de Ana Ruiz-Benegas?». Aquel apellido absurdamente compuesto por capricho de un tatarabuelo siempre la delataba. Detestaba que lo hicieran. Detestaba ser la sombra de su hermana. Miró a Olivia, que escudriñaba las curvas de un vaso vacío, y sintió una compasión infinita y un agradecimiento profundo.

—Ana te quería muchísimo. ¡Hablabas tanto de ti! Siempre decía que eras la hermana mayor que nunca tuvo.

Olivia sonrió, la mirada aún perdida en las irisaciones del cristal.

—Muy propio de ella. Esas frases, sí. Todo perfectamente ordenado en su vida: los afectos, los sentimientos, las etiquetas... Hasta que llegó Gonzalo.

—Bueno, fue un amor loco. La verdad es que el tipo no está nada mal. A mí me cae bien. Es joven...

—Bueno, bueno, es joven, sí, pero no tanto como aparenta. Siempre ha jugado un poco a eso: al papel del joven que se liga a una mujer madura y tal. Pero tiene ya treinta y ocho tacos.

—Sí, parece más joven, la verdad.

Olivia alargó entonces su mano por encima de la mesa y la posó sobre el dorso de la mano de Rosa, que no se atrevió a retirarla. La miró de frente.

—Rosa, eres abogada. Ocúpate de saber quién la ha matado.

Se rio mientras negaba con la cabeza.

—Pero yo soy abogada mercantil. Despidos, herencias, concursos de acreedores... No sirvo.

—Rosa, tengo muchas sospechas, muy malos augurios. Lo de tu hermana no puede ser un accidente. Es muy raro que te maten de forma tan violenta para quitarte un coche. Gonzalo es un tipo muy agresivo, créeme. ¿Sabías que estuvo en la cárcel una vez y que llevaba un tatuaje de esos que se hacen los presos en los brazos y en el torso?

—Mujer, mucha gente lleva tatuajes ahora.

—Vale, sí. Lo del tatuaje es una tontería. Pero ¿qué me dices de lo de la cárcel? Según me contó Ana, le pillaron traficando con drogas o algo así hace muchos años.

—¿Drogas o algo así?

—Bueno, ya sabes que él es auxiliar de enfermería. No sé qué tipo de drogas. A lo mejor eran medicamentos del hospital, ¡yo qué sé! Ana no quiso ser muy explícita conmigo porque sabía que me caía mal. Pero lo cierto es que estuvo en la cárcel, sí. Él mismo se lo contó. Ese tío no es trigo limpio. Me da mal fario. Hay que contárselo a la policía. Tú eres abogada y sabes mejor cómo tratar con ellos.

—Olivia, nunca he tratado con la policía. ¿Es que no lo entiendes?

Rosa aprovechó esta última pregunta para apartar su mano de las garras de ella.

—Lo entiendo, lo entiendo. Pero entiéndeme a mí. Es que lo tengo tan claro... Hay algo. Ahí hubo algo.

Permanecieron en silencio durante varios segundos interminables. Luego Olivia, la mujer pájaro, sacó una cajetilla de tabaco. Se excusó.

—Llevaba dos años sin fumar y ahora, ya ves.

Rosa la observó aspirar una gran bocanada de humo con avidez. No fumaba, pero le gustaba el olor del tabaco.

—Ana me habría echado ya una buena bronca por volver a fumar.

—¿Cómo la conociste?

—No me acuerdo. Quiero decir, que no soy consciente de cuándo la vi por primera vez. Era amiga de Concha y yo salía de vez en cuando con ella. Coincidimos varias veces en bares, en discotecas... Nos hicimos amigas, y eso que entonces una diferencia de edad de cuatro años parecía enorme. No sé por qué nos reíamos mucho juntas. En fin, bueno, nada especial, como ves. Me acuerdo que desde el principio impuso su autoridad moral sobre mí. No sé cómo explicarlo. Pero, mira, cuando yo tenía veintiocho años y ella andaba todavía por los veinticuatro ya era yo como la hermana pequeña. Le pedía consejo para casi todo. En realidad, no he tomado ninguna decisión importante en mi vida sin haberla consultado antes con ella. No sé qué voy a hacer ahora. Ten en cuenta que Ana siempre fue superior al resto. Mientras yo intentaba convertirme en profesora titular en la universidad, ella ya había ganado una nueva oposición en la Administración del Estado, había hecho dos másters en Estados Unidos y ya tenía un puesto importante en el Ministerio de Economía. Además, yo era una de sus pocas amigas. Ella, ya sabes, prefería a los hombres en todos los terrenos. «Están más preparados. Y no pierden el tiempo yendo de compras o hablando de trapos», me decía a veces. «Son más listos», me comentaba para provocarme. La verdad es que sus consejos fueron siempre muy productivos en el terreno laboral. Ahí es donde sabía manejarse de maravilla, esa es la verdad. Cuando se fue a Washington, ¿te acuerdas? Su sueldo triplicaba el mío y solo tenía veintinueve años.

—Sí, me acuerdo perfectamente. A mí me hacía entonces unos regalos alucinantes.

—Imagínate. Soltera, joven, un sueldazo... Y, sin embargo, ya ves, volvió enseguida.

—Yo creo que fue por Fernando.

—¡Qué va! Ella sabía que era aquí donde estaba el poder. Y supo mover bien sus piezas, a la vista está.

—Oye, Olivia, ¿tienes el teléfono de Gonzalo?

El negro vehículo blindado recorrió lentamente el patio interior del gran edificio de piedra hasta alcanzar la puerta de entrada más imponente de las cuatro existentes. Dos conserjes observaban atentamente la maniobra mientras una mujer de mediana edad bajaba las pocas escaleras que la separaban de la calzada para acercarse, complaciente, a la puerta trasera del vehículo, que su ocupante ya había empezado a abrir.

La mujer vestía un traje rojo de pantalón y chaqueta a juego y se había puesto encima un vistoso abrigo negro de cuello alzado. Este invierno estaba siendo uno de los más duros de Madrid, con heladas nocturnas y vientos gélidos procedentes del norte.

Sin embargo, Federico Almansa se apeó del vehículo sin abrigo. Vestía un terno gris de suaves espigas negras. Los cuellos de sus camisas eran excesivamente rígidos y altos. Formaban ya parte de su imagen pública, lo que los dibujantes de prensa recibían con alborozo porque era un detalle que les facilitaba la caricatura del prócer. Esos cuellos altos y ese pelo perfectamente peinado, engominado y brillante, ahorran muchos esfuerzos a la hora de empuñar el lápiz.

La mujer le tendió la mano. Ambos se saludaron con un impersonal «buenos días» y entonces ella le indicó el camino con la mano y con un ligero encorvamiento de espalda que otorgaba a su figura un definitivo gesto servil. Nada más atravesar el quicio de la puerta, dos guardias civiles se pusieron disciplinadamente en pie al paso de la pequeña comitiva que enfiló el pasillo central del edificio en busca de las oficinas del ministro de Energía del Gobierno de España. A su paso, nuevos ujieres uniformados abandonaron sus crucigramas y sus sillas para saludar, en pie, al recién llegado y a su anfitriona. El empresario apenas pudo reprimir una sonrisa al comprobar de nuevo cuán agradable es entrar en un edificio público español plagado de conserjes dispuestos a hacer la ola a los visitantes ilustres.

La mujer de rojo le guio por el laberinto de puertas y despachos. Era evidente que a la izquierda se situaba el de las secretarías del político y que, dado el rango del visitante, no se vería obligado a pasar por sus dominios, allá donde suelen ordenar amablemente al recién llegado que se siente para esperar. Su guía se limitó a introducir la cabeza por la puerta entornada para dar una orden escueta.

—Matilde, avisa al ministro. El señor Almansa ya está aquí.

Fue el mismo ritual de siempre. Calcado de la vez anterior y de la anterior a la anterior. La misma sala de espera adosada al despacho del político y el mismo gesto de este al entrar en la estancia. Traje oscuro también (¿negro?, ¿gris?, ¿jaspeado?); difícil de catalogar. Un traje en cualquier caso como el de todos los demás, como el de millones y millones de ejecutivos, políticos, periodistas o ingenieros uniformados en la discreción y el éxito. El político se abotonó la chaqueta mientras se precipitaba hacia Almansa exhibiendo una campechanería exagerada.

Ambos se propinaron mutuamente unas suaves palmadas en la espalda y el ministro se convirtió en su nuevo guía, invitándole con la mano a precederle camino de su despacho mientras despedía despreocupada pero educadamente a la mujer de rojo.

—Gracias, Mari Carmen. Luego hablamos.

La roja Mari Carmen abandonó la estancia reculando hacia la puerta, sin dar en ningún momento la espalda a su jefe. Mantuvo un impertérrito rictus de cortesía y, después, cerró la puerta tras de sí secretamente decepcionada. En muchas ocasiones, ella era invitada amablemente a participar en las reuniones de su jefe. El problema residía en que nunca sabía de antemano la decisión que tomaría hasta el último segundo, cuando su admirado ministro le dedicaba el mismo gesto sutil y natural tanto para hacerle saber que había sido agraciada con el premio de incorporarse a una reunión importante como para dejarle claro que esta vez sencillamente sobraba. En cualquier caso, Mari Carmen sabía fehacientemente que José Luis Inciarte tendría fundadas razones tanto para permitirle el paso como para impedirselo. Nunca, jamás, en su ya larga carrera en la Administración había conocido a un hombre, a un político tan inteligente como él. Trabajar a su lado desde su nueva posición había sido un regalo del destino. Y ella estuvo desde el primer momento de su nombramiento dispuesta a hacerle ver que no se había equivocado al elegirla como una de sus más próximas colaboradoras. Protegerle de las críticas, de los que solo buscaban su propio interés, de las adulaciones fáciles y de los ineptos se había convertido en su principal objetivo. Mari Carmen sabía y comprobaba día a día que solo ella podía librar al ministro de todo aquello que entorpece la labor de un buen político y frena su ambición, que es a la postre la herramienta determinante para trabajar por un país. Todos esos sentimientos inflamaban los mejores sentimientos patrios de esta mujer.

Dentro de aquel inmenso y soleado despacho del ministro, ambos hombres optaron por el tresillo en tonos beis que ocupaba un rincón de la estancia. Casi al unísono, los dos se desabotonaron sus chaquetas. Inciarte adoptó una postura informal sobre su sillón individual, mientras que Federico Almansa permanecía más rígido en la esquina de un sofá más amplio, el brazo sobre un lateral. El otro, apoyado en su cintura, las piernas cruzadas, la mirada firme.

Una mujer uniformada entró en el despacho y les preguntó si querían tomar algo. Pidieron agua sin gas y esperaron a que ella se alejara del lugar.

—Bueno, antes que nada, cuéntame. ¿Cómo estás?

—Te puedes imaginar, José Luis. Para mí ha sido un golpe tremendo. Eres de las pocas personas que conoce el calado de mi relación con Ana. Todavía me parece un mal sueño.

—Todos estamos perplejos. Yo lo he sentido mucho.

—Lo sé, lo sé.

—La seguridad total no existe, ya sabes. Pero qué mala suerte... Aunque bien mirado es algo que nos puede pasar a cualquiera. En fin...

La conserje interrumpió la conversación al entrar de nuevo en el despacho con una bandeja de plata y vasos grabados con el logotipo gubernamental. Esperaron a que terminara de colocar posavasos, vasos y botellines y que escanciara el agua, que empañó inmediatamente el cristal prometiendo un buen refrigerio. El empresario se incorporó un tanto en su asiento mientras la funcionaría volvía a desaparecer discretamente del lugar.

—Ha sido terrible, José Luis —resopló Almansa incapaz de adornar con palabras la desolación de su espíritu.

—... una gran pérdida —remató el político con gesto apesadumbrado—. Era una mujer con mucho talento.

El ministro de Energía mantuvo su posición informal, algo más tumbado sobre el sillón de lo que cabe esperar de un hombre de su rango, y tamborileó con los dedos sobre su rodilla derecha mientras hacía un gesto de desolación que también podría ser interpretado como de impaciencia. A Federico Almansa, curtido en los mejores salones del país, no se le pasó por alto la señal, así que se sirvió un poco de agua y antes de apurar el primer trago ya había reconducido la conversación.

—Te agradezco que me hayas recibido tan pronto.

—¡Por Dios, solo faltaría!

—No, de verdad. Ya sé que no estáis en una situación fácil.

—Esto siempre es así. Cuando no es la OPA de Endesa es el País Vasco y cuando no es el País Vasco es la financiación autonómica. Y cuando no es la financiación autonómica es el desempleo. Y eso sin contar con la permanente ayuda de nuestro querido jefe de la oposición, que siempre nos tiene entretenidos.

El político dejó escapar una sonora carcajada y se arrebujó aún un poco más en el sillón. La cabeza la tenía ya casi a la altura de sus rodillas, una postura habitual en él que Federico conocía perfectamente y que, en la intimidad, delataba a alguien que probablemente se pellizcaba todavía cada mañana ante el espejo para asegurarse de que el cargo que ostentaba no era un sueño de la noche previa. Federico Almansa no le tenía aprecio alguno. En ese mismo despacho había tratado ya a un par de ministros de anteriores gobiernos. Este también se apearía un día del coche oficial y dejaría paso a otro que intentaría tratarle con la misma envarada naturalidad. Pero José Luis Inciarte tampoco era de los peores. Al contrario. Era fácil entenderse con él; ponerle a su servicio.

—El sector está muy preocupado, ministro. —Su voz sonó ahora más grave—.

Los movimientos especulativos a nivel europeo están siendo inquietantes y nos vemos vulnerables. Más que nunca. Nuestras empresas valen hoy en Bolsa el cuarenta por ciento de lo que valían hace un año. Con suerte, como es nuestro caso, el cincuenta por ciento. Estamos más expuestos que nunca a la voracidad de las grandes corporaciones energéticas extranjeras, controladas, como sabes, por sus respectivos gobiernos.

—Justamente ahora es cuando no hay que alarmarse por ello. Creo que el sector español está bien posicionado y que el mercado se regula por sí solo. Ahí tienes la retirada de la operación de Lukoil con Repsol.

—Sí, pero la crisis empieza a hacer mella y mi compañía está sometida a presiones insoportables.

—Lo sé. Pero en América Latina las cosas van bien, ¿no?

—Sí, a pesar de los problemas que conoces bien, no nos podemos quejar. Pero a lo que iba: estamos barajando la posibilidad de deshacernos de algunas áreas de negocio. Queremos centrarnos en las energías alternativas y tenemos un proyecto que quiero que conozcas antes de ponerlo en marcha.

—Tú dirás.

—Queremos poner un pie en Polonia. Es un mercado claramente en expansión y hay ahí un par de empresas interesantes. SPK sería la cabecera de puente perfecta para crecer allí. Explota una central nuclear y un par de centrales de ciclo combinado de alta tecnología. El resto es material de desecho que habría que ir renovando con el tiempo. La empresa ha iniciado, además, una interesante línea de negocio en la construcción de infraestructuras, otro mercado, como sabes, en expansión.

—Sí, conozco bien la situación.

—De momento, como te digo, solo estamos analizando la posible operación, pero no quería que conocieras nuestros planes por boca de terceros.

El político descruzó las piernas con cierta parsimonia, se incorporó un tanto en el asiento y colocó los codos sobre sus piernas entrelazando las manos. Mantuvo la cabeza encogida entre los hombros.

—Te agradezco la confianza, Federico. Como siempre. Da gusto tener en este país empresas sólidas y serias con directivos que ponen todas las cartas sobre la mesa. Porque estoy hasta los cojones, perdóneme la expresión, de empresarios mediocres, de malos gestores, que solo recurren a nosotros cuando las cosas les vienen mal dadas.

—Te mantendré informado de la marcha de nuestras gestiones. No descartamos que el Gobierno polaco desconfíe. Es lógico. ¿Cómo no lo íbamos a entender? Mi idea, de todos modos, es ser muy cuidadosos y dejar en manos polacas una participación suficiente que permita la gestión conjunta. Al menos durante una primera etapa.

—Ahí ya sabes cuál es nuestra opinión: mejor un acuerdo amistoso que una OPA hostil.

—No contemplamos esa última posibilidad.

—¡Perfecto! La fórmula del *fair play* es la mejor. Nuestros amigos polacos están también para pocas bromas.

—No hay que olvidar que nuestra oferta quizá se sustancie en una buena inyección de liquidez. Tal como están las cosas, creo que podríamos llegar a un buen acuerdo. Estamos hablando de tomar una participación de en torno al treinta por ciento de las acciones.

—¡Eso es mucho!

—Sí, pero por debajo de ese porcentaje no me interesa la operación, José Luis. Tal como está configurado el accionariado, necesitamos llegar al treinta para controlar la compañía. No estamos hablando de mucho dinero. Yo calculo que nos podemos hacer con ese paquete de acciones por menos de ochocientos millones.

—Hummmmm... Yo diría que por bastante menos. —El ministro rompió en una risotada corta y exagerada.

—Bueno, ya veremos. Como sabes, el precio dependerá también mucho del interés que tengan otras compañías europeas. No creo que seamos los únicos en habernos fijado en SPK. La discreción de nuestros movimientos es crucial. Pero tú tenías que saberlo. Porque además...

—¿Aún hay más?

—Bueno, vamos a reestructurar un poco la empresa. Nos estamos adaptando a la crisis, a los cambios del sector, a las nuevas tecnologías limpias...

—Ahí estáis haciendo una labor impecable.

—En efecto. Pero vamos a necesitar algo de liquidez y es probable que tengamos que deshacernos de alguna línea de negocio.

—Eso ya me pone más nervioso, Federico. Este país no puede soportar un parado más.

—No seremos nosotros quienes lo generemos.

—Buf, me quitas un peso de encima.

—No, ya verás. Lo haremos bien. Todo se hará también negociadamente, tanto con los que comprenden como con los sindicatos. Por ahí no tenéis que temer nada. Hidressa va a seguir siendo un generador de empleo; como siempre.

—Esa es otra historia. Habla con el ministro de Trabajo y verás. El otro día me lo volvió a decir: «¿Te has dado cuenta, José Luis, de que empresas como Hidressa llevan cinco años obteniendo beneficios y no han aumentado la plantilla ni en un solo puesto de trabajo?».

—Yo le daría la vuelta al argumento y diría que nuestro mérito está precisamente en no haber destruido un solo puesto de trabajo a pesar de las nuevas tecnologías. Otros ya hubieran planteado un montón de despidos.

El político se abandonó de nuevo en una sonora carcajada. Recobró parte de su compostura mientras mantenía un gesto divertido. Luego señaló con el dedo a su interlocutor cómicamente.

—¡Muy bueno! Mañana mismo se lo comento a Juan. Mañana mismo. La verdad es que no me gustaría estar en su lugar. Ser ministro de Trabajo en estos tiempos es un regalo envenenado.

Nuevas risas que el empresario festejó tal y como manda la corrección y la buena educación. Unos tragos de agua y una consulta distraída al reloj anunciaron el final de una reunión cordial y fructífera. El político inició un lento movimiento para abandonar el sofá y Federico Almansa le imitó como mandan los cánones de la cortesía. Ambos volvieron a abotonarse sus chaquetas y anduvieron alegremente hacia la puerta del despacho, que el propio ministro abrió. Se volvieron a palmetear suave pero ruidosamente en las espaldas. Una secretaria descolgó el teléfono mientras la otra, solícita, se prestó a guiar al visitante hasta la salida.

Los funcionarios de uniforme le volvieron a hacer la ola a modo de despedida.

Cuando le vio abrazado a su propia madre le asaltó en el estómago un pellizco de inquietud. Ella misma le había avisado de aquel funeral que sus mayores habían programado, pero ahora sus sentimientos eran distintos a los de antes. Su compasión se había trocado en desconfianza. Los vio en el rincón de la puerta de la iglesia, cuando los asistentes se dispersaban. Parecían intercambiar confidencias, aunque percibió claramente que era su madre la que consolaba a aquel hombre aún joven en cuyo porte solo había desolación. Próximo a la pareja, su padre, aferrado al brazo de Miguel, devolvía los saludos de despedida sumido en una evidente y senil desorientación.

Después, los acontecimientos se desarrollaron naturalmente de tal modo que el pequeño grupo familiar, libre de amigos y allegados, encaminó sus pasos hacia una cafetería que su propia madre había elegido. Rosa estaba pasmada. Ante el dolor inmenso de la pérdida, aquella mujer octogenaria había encontrado milagroso consuelo en la religión y en una actividad frenética. De ahí la organización del funeral cristiano del que la propia Rosa la había privado en el entierro de Ana y de ahí la eficaz dirección del grupo familiar tras la salida de la iglesia. Dentro, la había oído rezar en voz alta, cantar los salmos y recitar como una letanía las plegarias de rigor. De algún modo, envidió esa capacidad de su madre de creer en otro mundo; de no dejarse derrotar ni siquiera por la muerte y la nada de los descreídos.

Los rayos invernales y oblicuos de la tarde iluminaron el paseo del grupo por la ancha acera. Su madre abría la comitiva, ahora del brazo de su padre. Detrás, algunos de sus tíos y sus propios hijos caminaban en desordenada procesión y animada charla. Rosa procuraba alternar con unos y con otros en un intento que resultó vano de evitar la cercanía de Gonzalo. Este, taciturno y sombrío, se había ido quedando atrás de tal manera que los esfuerzos de Rosa por no caminar a su lado habrían resultado demasiado evidentes; rayanos en la descortesía. Y así fue como ambos anduvieron juntos durante un buen trecho sin intercambiar una sola palabra.

—Tienes una familia estupenda —dijo él al cabo.

Ella no contestó. Siguió andando, apretando la marcha, en la esperanza de alcanzar al grupo que los precedía. Una tensión casi insoportable presionaba su pecho. Se preguntó si estaba cometiendo una injusticia con aquel hombre, con el novio de su hermana.

—Siempre eché de menos compartiros con Ana; conoceros más. Aunque no me quejo. Entendía sus razones, pero fue una pena no poder hacerlo. Ya sabes cómo era. Bueno, quizás es solo que no nos dio tiempo...

Se detuvieron ante un paso de peatones en rojo. Gente desconocida se agolpó alrededor a la espera de cruzar. El tibio sol de la tarde había ejercido de invitación irresistible al solaz y el paseo.

—Incluso ahora me siento algo culpable de estar aquí. No sé si a ella le habría gustado.

Los coches pararon a ambos lados de la calle. Los peatones se lanzaron al asfalto. Gonzalo y Rosa se unieron a la multitud. El resto del grupo, cada vez más alejado.

—Habíais roto recientemente, ¿no?

La voz de ella sonó algo metálica. Implacable. Y él pareció encajar el golpe con un brevísimo silencio. De su garganta salió una respuesta que era más un lamento.

—Sí. Habíamos roto. En realidad nuestro noviazgo (no sé cómo llamarlo) ha sido un encadenamiento de crisis permanentes. Discutíamos todo el tiempo y casi por cualquier cosa, esa es la verdad. Rompíamos y, al poco tiempo, volvíamos. Siempre volvíamos. Pero ahora, ¡Dios! No podré pedirle perdón por todas las tonterías que le dije la última vez... Es un dolor insoportable.

A Rosa le costaba ponerse en su lugar. Sus palabras le sonaban huecas; falsas. Y, sin embargo...

—No vale la pena torturarse con esas cosas. No me cuesta imaginar a mi hermana diciendo también barbaridades. —Se rio. Le gustó poder hablar de ella en tono desenfadado, como si aún estuviera entre ellos.

—No sé si esta vez habríamos vuelto. Quizá fue la definitiva. No lo puedo saber. Y esta vez no podré pedirle perdón... —Rosa le escuchó, incómoda, pero con un deseo incontenible de seguir haciéndolo—. Creo que es la persona a la que más he querido nunca. Tu hermana era una mujer increíble. Supongo que no fue fácil para ti crecer junto a ella.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, en guardia.

—Ella hablaba mucho de ti. Tenía cierto complejo. Pensaba que quizá nunca habías hecho lo que realmente quisiste; que su influencia había sido demasiado poderosa sobre tu vida. Yo le decía que eso era una tontería. Cuando te conocí pensé que eras una mujer muy autónoma. Nunca te he imaginado manipulada por ella. Creo que su opinión sobre ti formaba parte de su arrogancia. En general, sobreestimaba su capacidad de influencia sobre los demás. Una vez se lo dije, y ya te puedes imaginar la reacción. Aquel día me dijo que no quería volver a verme. Ja, ja.

A Rosa le empezaba a fallar la respiración. Aquel hombre la estaba desnudando y ella necesitaba seguir escuchando, recreándose en la suerte de banderillas.

—Bueno, hay algo de verdad en lo que ella pensaba. El problema de ser la hermana menor de Ana es que nunca he sabido qué era mío y qué era de ella.

—Nunca te llegaste a emancipar. ¿Es eso?

—Eh... Bueno. Eso es un poco exagerado. Hace muchos años que formé mi propia familia, que elegí mi propio camino.

—¡Eh! ¡Estamos aquí!

La voz de Any interrumpió la conversación. La muchacha reclamaba su atención con el brazo en alto en la puerta de una cafetería. Dentro, un revuelo de sillas y mesas en movimiento demostraba los esfuerzos del grupo por organizar una reunión medianamente ordenada. Finalmente Rosa, sentada junto a su padre, observó en la distancia a Gonzalo, que ahora parecía intercambiar confidencias con su hija Any al otro lado de la hilera de mesas que el grupo había dispuesto. Se preguntó en cuál de sus brazos escondería aquel tatuaje carcelario del que le había hablado Olivia. ¿Cómo sería? ¿Una mujer desnuda? ¿Una salamandra? ¿Una virgen de la Macarena? Y a renglón seguido se preguntó también por qué había sido tan estúpida de haber mantenido una conversación tan corta, pero tan íntima, con aquel extraño que hoy estaba en el lugar equivocado. En un par de ocasiones sus miradas se cruzaron durante aquel interminable encuentro familiar y en ninguna de las dos pudo evitar que aflorara algo parecido al rencor.

Se despidieron con un beso fugaz, en medio del barullo de los adioses cruzados y Gonzalo esperó a que el grupo iniciara la marcha para decidirse por el camino opuesto y huir de aquel encuentro devastador. La primera daga fue aquel recordatorio de su última ruptura con Ana. La estocada final fue aquella primera mirada de Rosa desde el otro extremo del grupo familiar. En aquellos ojos vio el desprecio, el más letal de todos los sentimientos que en aquellos momentos era capaz de soportar.

Vagó durante horas por la ciudad sin rumbo fijo, haciendo altos en el camino para calmar su sed y su agonía con un vaso de whisky bañado en hielo. La última copa fue de aguardiente. La tomó con la mano izquierda apoyada sobre la barra para mantener una distancia constante entre su cuerpo tambaleante y aquella sólida pieza anclada al suelo. Abandonar aquella posición le resultó penoso. Dudó si llegaría hasta la puerta; si tendría la suerte de acertar con el camino adecuado y poderse asir del pomo para abordar la calle. Lo logró con mayor facilidad de la que había presentido. Se aferró por un momento a la pared y entonces echó el pie derecho con decisión hacia el exterior. Una intensa lucecita verde le anunció que un taxi libre venía a su encuentro. Levantó el brazo con decisión a punto de perder el equilibrio y, como por arte de magia, la puerta posterior del vehículo quedó paralizada frente a él. Agarró la manilla. Abrió y casi saltó hacia el interior.

A pesar de las dificultades que su lengua, espesa, le oponía, facilitó al taxista la dirección de su destino. Dejó caer la cabeza sobre el respaldo del asiento y apenas se movió hasta llegar a su estación.

Estaba casi adormilado cuando el vehículo se detuvo ante la puerta de su infancia. Se incorporó en el asiento, pagó y, con paso algo más decidido, entró en el portal y subió torpemente por la estrecha escalera con la mente apagada por la melancolía. Frente a la puerta de la casa, recompuso su figura intentando liberar su cabeza del

peso de los hombros. Al otro lado se oía el tenue sonido de un televisor encendido. Presionó el timbre. Luego, unos pasos cortos y seguros recorrieron el pasillo. Una rápida ojeada a la mirilla y una puerta abierta de par en par.

—¡Hijo mío!

Todo su cuerpo pareció empequeñecer ante aquella mujer menuda que ahora le abrazaba con la fuerza de la pasión. Luego, contraviniendo las reglas de la naturaleza, ella le llevó en volandas hasta el salón y le sentó en el sofá, la cabeza de él acoplada a su pecho, la mano de ella acariciando su pelo y su mejilla. Lágrimas de hombre recorriendo su regazo. La mujer, transportada al pasado, le susurraba palabras de consuelo y, mientras él seguía sollozando quedamente, ella empezó a acunarlo con una cancioncilla como hacía cuando era niño para disipar sus miedos. Le arrulló y calmó su espíritu hasta que los sollozos de él fueron más lentos y acompasados; hasta que el hombre cayó dormido en su regazo y ella respiró profundamente, henchida de compasión y felicidad.

Dos mujeres de negro paseaban por entre las tumbas del cementerio de La Almudena, un extenso oasis de quietud y belleza en medio del bullicio de la ciudad. Hay un orden apacible en las suaves lomas del camposanto, con sus tumbas y nichos perfectamente alineados, sus paseos de tierra por entre las losas y sus adornos florales compuestos con mimo. El frío de aquella tarde de invierno obligaba a abotonarse el abrigo hasta el mentón. Una de las mujeres resguardaba sus manos en los bolsillos. La otra, más precavida, lucía unos guantes de ante con ribetes que semejaban plumas en blanco y negro.

Juntas habían depositado unas flores en un nicho y juntas enfilaban ahora el camino de vuelta sin prisa, disfrutando del aire frío sobre sus caras, de ese tiempo detenido que parece habitar en todo cementerio.

—Bueno, ¿qué es eso tan importante que tenías que contarme?

—Ay, Rosa, ay. ¡Menos mal que me has llamado! Porque, de verdad, creo que nunca me hubiera atrevido a decírtelo. Pero es que tengo una cosa aquí, una cosa en el pecho que me ahoga. Por eso estoy de baja.

—Ya, ya me dijiste. ¿Qué dice el médico?

—Lo mío no es de médico, Rosa. Lo mío no es de médico. —Se secó las lágrimas. Era la cuarta vez que lo hacía. Se guardó el pañuelo en el bolsillo y agarró por el codo a su interlocutora. Luego la soltó y paró en seco—. Tienes que escucharme. Apenas te conozco, pero sé que eres una persona sensata y, y, y... —Nuevo llanto; mocos—. Necesito contártelo porque solo a ti podría...

—¿Nos sentamos?

—No, no hace falta. Solo quiero que me escuches. —Su voz pareció recuperar el aplomo—. Tu hermana era una trabajadora compulsiva, ya lo sabes. No paraba. Para las ocho de la mañana ya estaba sentada en el despacho con los periódicos leídos. Yo solía llegar a las ocho y media. Siempre me dijo que esos momentos, prácticamente sola en el edificio, eran los mejores del día. Lo hizo en el ministerio, lo hacía en la comunidad de Madrid y lo hacía también ahora en Telefisa. Me insistía en que no tenía que llegar tan temprano, pero a mí también me gustaba ser su única secretaria durante un buen rato, hasta que empezaba a llegar la gente a la oficina. No la molestaba, no creas. Entraba despacito hasta su mesa y le ponía un café. Ni siquiera nos saludábamos. No hacía falta. ¿Sabes cuántos años he trabajado para tu hermana?

—No lo sé.

—¡Dieciséis años! ¡Dieciséis! El verano próximo se cumplirían los diecisiete. ¿Sabes que celebrábamos nuestro cumpleaños?

—¿Los cumplíais al tiempo?

—¡No, qué va! Celebrábamos el veinte de junio; el día en que empezamos a trabajar juntas. Así era tu hermana. No te saludaba por las mañanas, pero cada veinte de junio aparecía con un pequeño regalo. Era nuestro aniversario. Nadie salvo nosotras dos estaba en el secreto. Alguna vez se le olvidó, no lo niego, y en una ocasión lo reparó haciendo subir de la floristería un ramo descomunal. Pero bueno, a lo que iba. Hace un par de años, quizás un poco más, apareció un día tarde, a eso de las nueve y media. La noté rara. No porque no saludara, sino porque se encerró en el despacho y nos ordenó que no la molestáramos. Aun así, yo entré y le acerqué el café de siempre. Luego no la volví a ver. Durante todo el día se comunicó conmigo y con el resto de las secretarias por teléfono. Anuló todas las citas y se quedó en el despacho hasta muy tarde. Así fue la primera vez. Luego hubo bastantes jornadas como aquella. Los días en los que estaba muy atareada solía desviar las llamadas de su móvil a mi teléfono fijo. Un día dejó de hacerlo y ello a pesar de que, me di cuenta, no dejó de atender una y otra llamada del móvil, lo que habitualmente la desconcentraba y la irritaba. Al día siguiente me ordenó que le consiguiera un nuevo móvil, un móvil absolutamente privado cuyo número nadie, ni siquiera yo, conociera. Se lo conseguí y volvió a dejar su otro móvil desviado a mi teléfono como antes, como siempre. Me di cuenta de aquello a los pocos días, claro. ¡Aquel nuevo teléfono era única y exclusivamente para Gonzalo!

—Sentémonos ahí un rato, anda.

Las dos mujeres estaban llegando al aparcamiento. Optaron por uno de los bancos de piedra del paseo de tierra que les llevaba hasta los coches.

—¿Te das cuenta? Tus padres, Marcos, Olivia, toda la gente de su entorno siguió llamando al móvil de siempre salvo Gonzalo. Gonzalo tenía la línea abierta con ella de forma permanente. Era la única persona del mundo que había logrado esa proeza. Te puedo asegurar que en dieciséis años nadie, salvo Gonzalo, ha conseguido una cosa semejante. Nadie salvo él había conseguido sacarla de un consejo de administración o de una reunión importante. Y nadie salvo él había sido capaz de hacerla llorar como la ha hecho llorar en estos últimos años.

—¿Llorar? Creo que la última vez que la vi llorar era todavía adolescente. Ya ni me acuerdo.

—¿Verdad? Sinceramente, yo nunca la había visto llorar, lo que es normal en una jefa. La primera vez, sin embargo, tampoco me pareció nada extraordinario. Simplemente entré en su despacho a llevarle unos documentos que me había pedido y me la encontré secándose las lágrimas con un pañuelo. Cuando me vio se fue rápidamente al cuarto de baño. Yo hice como que no me había dado cuenta y me largué. Al poco tiempo de aquella primera vez ocurrió otra cosa extraña. Otro día, a

las ocho y media de la mañana, como era habitual, entré en su despacho sin llamar y le puse el café sobre la mesa. Y entonces observé que tenía escayolado el brazo derecho. Le pregunté, lógicamente, qué le había pasado. Me contestó que se había tropezado tontamente en la escalera de casa y que se había dislocado el codo. Que le dolía mucho, pero que ya estaba bien. Lo peor no era la escayola, Rosa. Lo peor era el aspecto que tenía Ana aquel día. Se había maquillado excesivamente intentando disimular su aspecto, pero era evidente que tenía muy mala cara. Tremendas ojeras debajo de los ojos y el pelo mal peinado. Raro. Pensé que, lógicamente, con un solo brazo, quizá no se había podido arreglar bien, pero aquellas ojeras... Empecé a preocuparme muy seriamente. Le pregunté a Saturno, el chófer, pero ese hombre es más corto que el rabo de una boina. Me dijo que él nunca entraba en casa de la jefa, que siempre la esperaba fuera y la dejaba fuera. Que no se metía en la vida de nadie y menos en la de la jefa... En fin, chorradas, porque sé que a veces les llevaba a los dos, a Gonzalo y a ella, de un lado a otro, y que se llevaba muy bien con Gonzalo, pero conmigo tenía mal rollo. No soportaba que yo le diera órdenes de parte de Ana. Bueno, total, que no saqué nada en limpio.

»En esas estaba cuando, de pronto, Ana cayó enferma. Me llamó desde casa y me dijo que se quedaría allí al menos un par de días. Me ordenó que no le pasara llamadas salvo que fueran muy importantes. Le pregunté si quería que le enviara algo con Saturno. Me contestó que no, que le había despachado y le había dado un par de días libres. Por eso el muy lelo ni me había avisado. Me ofrecí a ir a verla, pues solía hacerle muchas gestiones personales; no hubiera sido una cosa extravagante. Me lo prohibió. Me dijo que estaba bien cuidada con Sonsoles, la asistenta. Así que me quedé tranquila organizando mis cosas hasta que por la tarde llamé a Sonsoles a su móvil para no molestar a Ana. Así fue como me enteré de que la asistenta tampoco estaba en casa. Ana le había dado un par de días libres. De hecho, había sido Gonzalo el que la había despachado según entró en la casa a las ocho de la mañana. Yo para entonces, Rosa, me había hecho las peores conjeturas. No me lo podía creer. ¡Ana había caído en manos de un maltratador! ¡No podía ser otra cosa! Me leí todo lo que se publicaba sobre el tema y todos los detalles coincidían. Todos. Las ojeras, el llanto, el brazo roto... Vi todos los programas de televisión sobre este asunto. Escuché todas las historias que contaban en la radio. Los expertos insisten muchísimo en que esto de los malos tratos no se da solo entre la gente humilde; que el maltrato existe en todas las capas sociales. No me extraña que insistan tanto en eso. Ni siquiera yo, que lo tenía delante de mis narices, era capaz de creérmelo. A partir de ahí ya sí que no supe qué hacer. ¡No podía contárselo a nadie! Eso hubiera terminado con su carrera, imagínate. No podía denunciarlo. Tampoco tenía pruebas y, desde luego, tu hermana no ayudaba nada. Intenté sonsacarla, pero no había manera y temí que si insistía mucho y me inmiscuía terminaría despidiéndome. Me empecé a obsesionar. Verla aparecer en pleno verano con manga larga me parecía la prueba evidente de que ocultaba moratones. Cada día que llegaba tarde imaginaba lo peor. Y así fue como

callé y callé. Hasta que un día no llegó.

Hubo un largo silencio. Apenas había viandantes en el cementerio y ambas mujeres se quedaron inmóviles, azotadas por el frío, insensibles a él. Rosa comprendió que la secretaria, por fin, se había liberado de un gran fardo al tiempo que ella cargaba con una nueva e inesperada losa. Odió a aquella mujer intensamente. Ana estaba muerta. Conocer su terrible secreto ahora no reparaba su pérdida; la acrecentaba. Porque a la ausencia se sumaba una pérdida universal, la de la ingenuidad, la de su propio candor, aún no del todo barrido por los años, la de tantas ilusiones abandonadas a lo largo del camino. La sangre golpeaba frenética sus sienes.

La secretaria moqueó de nuevo y, finalmente, se abandonó a un llanto largo de desconsuelo.

—No sé si seré capaz de trabajar nunca con otro jefe que no sea tu hermana. Estoy muy mal. Siento una angustia que no me deja ni de día ni de noche.

—Estrella, tienes que olvidarte de todo esto. —Rosa le pasó un brazo por los hombros—. Ya no podemos hacer nada.

—Pero podríamos haber hecho algo. Yo podría haber insistido más. Y haberte llamado. Y haber intentado hablar con Gonzalo. Pero todo lo dejé para mañana, para mañana, para la próxima vez. Porque es verdad que durante este tiempo también la he visto muy feliz. Tenía temporadas estupendas. A veces se iban de viaje, o veían juntos una película, y se le notaba en la cara la felicidad. Y hasta me hacía algún comentario, igual para hacerme ver lo bueno que era Gonzalo. Estaba claro. Se daba cuenta de que yo sospechaba. —Largo silencio—. Dejé de mirarme a los ojos, fíjate. ¡A mí! Rosa, tú eres abogada. Tú puedes hacer algo.

—Yo soy abogada mercantil —contestó Rosa con tono impaciente—. No sé de estas cosas. —Hizo un larguísimo silencio. El frío era helador—. Pero sí, tienes razón. Puedo hacer algo. Yo me encargaré.

La secretaria la cogió de la mano enguantada y la estrechó entre las suyas. Y con este nuevo silencio se acrecentó la desolación y la vergüenza. Rosa, iluminada por un rayo, reflexionó. Aquel también sería ahora su secreto. Aquella historia vergonzante no mancharía nunca la imagen de su hermana. Debía morir con ella.

«*T*ome la primera salida en la rotonda.»

El GPS la guio por el centro de Madrid hasta el número exacto de la plazoleta en que había concertado la cita. A primera vista, parecía un lugar agradable en el que vivir. Lejos de las grandes avenidas y, sin embargo, enclavada en el centro de la ciudad, aquella pequeña plaza ofrecía un cierto remanso de paz y de vida de barrio. En la misma plaza había una panadería, un restaurante, un abigarrado colmado regido por un oriental y una estrafalaria tienda de sombreros. Los edificios eran, además, sencillos pero coquetos, con pequeñas cornisas y portales grandes de puertas de hierro y cristal. Las fachadas estaban bien pintadas y restauradas y a través de las cortinas de las ventanas uno podía imaginar casas de tarima de amplias estancias y techos altos rematados con molduras de escayola. Todo hacía adivinar que el vecindario de este pequeño rincón de Madrid estaba formado por profesionales liberales de aire bohemio y cosmopolita.

Sí, era el lugar donde a ella también le habría gustado residir. Anotó instintivamente el dato en su cabeza mientras escudriñaba los botones del portero automático: ático izquierda. Apretó el botón con sus dedos todavía enfundados en los guantes y se apoyó contra el portón a la espera de que Gonzalo le abriera desde arriba. La puerta quedó desbloqueada con el característico sonido de chicharra de los porteros automáticos. Dudó un instante; esperaba que al menos el anfitrión le hubiera saludado tras facilitar ella su identidad. Sin duda, solo la aguardaba a ella. Innecesarios más preámbulos. Empujó la puerta con su propio cuerpo y entró mientras la luz, automática, se encendía a su paso. La esperaba un ascensor de diseño modernista. Aprovechó los espejos del interior para recomponer un poco su abrigo y su pelo. Se pasó la barra de cacao rosa por los labios y mirándose con mueca de desagrado le preguntó a su reflejo: «¿Por qué coño has venido hasta aquí?». El disgusto fue aún mayor al sentir que el aparato se detenía en el ático. ¿Qué creía? ¿Que quizá no llegaría nunca? ¿Que una pequeña avería la libraría de su estúpida decisión de responder a las angustiadas llamadas de Gonzalo? ¿Y si le diese al botón de bajar y se marchase por donde había llegado? Todavía estaba a tiempo.

Sus pies avanzaron a través del dintel del ascensor y la llevaron hacia el ático izquierda. Cuando la puerta se abrió, antes de que llamara al timbre, Any comprendió que ya no había escapatoria. Estaba aquí y él la esperaba apoyado en el quicio de la

puerta, con gesto grave, las manos caídas a lo largo de un jersey que le quedaba grande y unos vaqueros desgastados. Titubeó. Él le dedicó una triste sonrisa y un «gracias por venir» apenas audible y cuando la joven aún dudaba en el tipo de saludo que merecía su anfitrión, este avanzó un poquito a su encuentro y la abrazó largamente en silencio. Después, ambos se internaron en la casa.

Le asaltó un intenso olor a cenicero sucio y restos de comida. El aire estaba enrarecido; sin reciclar. Él la condujo hasta la cocina para ofrecerle algo y ahí observó Any la huella del abandono y la desidia. La pila estaba repleta de loza sucia. Sobre la encimera y la mesa no había un solo hueco libre de migas, latas abiertas, envases vacíos y vasos usados. En un rincón, en el suelo, reposaban varias botellas vacías de alcohol. Whisky y ron, por lo menos, según pudo comprobar de un vistazo. A su invitación, ella respondió que tomaría una Coca-Cola, pero, obviamente, no había Coca-Colas en aquella nevera tristemente inhabitada. Finalmente, se tuvo que conformar con un vaso de agua sin hielo.

Luego le siguió por el largo pasillo. Del techo colgaba una bombilla y apoyados sobre ambas paredes, en el suelo, habían quedado algunos cuadros por colgar. Comprobó que el resto de la casa exhibía la misma provisionalidad. En el salón había dos coquetas butacas de orejas y alrededor muebles nuevos de Ikea, algunos todavía sin montar. También vio cajas de cartón, cajas de mudanza sin abrir y a veces apiladas unas sobre las otras. En la mesa baja, un cenicero desbordado y un vaso largo con un líquido de color marrón casi amarillo que podría ser whisky sin hielo ni agua, a palo seco. Él la invitó a utilizar una de las butacas de orejas y volvió a la que, sin duda, llevaba ocupando una eternidad.

Any no pudo soportar por más tiempo el silencio. Los nervios la delataban.

—Bueno, ya estoy aquí. No me quedará mucho rato.

—No importa. Verte aparecer ha sido lo único bueno que me ha pasado en las dos últimas semanas.

—A mí tampoco me ha ido muy bien.

Gonzalo volvió a sonreír forzosamente. Any le notó cambiado. Había perdido peso. Bajo el jersey le adivinaba su musculado abdomen un poco más encogido que de costumbre. Era evidente que no se había afeitado y que seguramente llevaba varios días sin hacerlo. La tez estaba más pálida de lo habitual. Debajo de los ojos, unos surcos oscuros daban profundidad a su mirada y el pelo estaba revuelto, despeinado. Lo encontró más guapo que nunca y eso le asustó.

—Necesitaba verte. No sé por qué. Bueno, sí lo sé. Me siento culpable. Me siento a morir.

—Es normal.

«¿Es normal?» ¿No se le ocurría nada más inteligente que decir? ¿O no quería decir nada más inteligente? Pero si había llegado hasta aquí, ¿por qué seguir manteniendo una cautela tan artificial? Tomó aire.

—Gonzalo, estoy a punto de echar a correr. No sé por qué he venido. No entiendo

que me necesites tanto de pronto.

—No me extraña. Siempre has sido una persona muy sensata, no como yo. — Hundió su cabeza entre las manos—. Lo cierto es que necesitaba verte, porque después de todo lo sucedido creo que podemos hablar...

—... y disculparte. —Le interrumpió—. Hablar y, sobre todo, disculparte. Digo yo.

—Sí, lo que quieras.

Y entonces hizo lo más inesperado. Lo que a Any más le podía asustar. Se dejó caer hacia delante, quedó de rodillas en el suelo, avanzó hacia ella y se abrazó a sus piernas mientras daba rienda suelta a sus lágrimas, los ojos escondidos entre los muslos de ella, humedeciéndole el pantalón.

—Ahora que ella no está es cuando tienes que entenderme. Comprender cuánto la quería. Y no puedes seguir pensando por más tiempo que me porté mal contigo, porque era lo único que podía hacer.

Quiso acariciarle el pelo; dejarse llevar por su pena. Se contuvo. Una de sus manos había quedado atrapada entre su cuerpo y el suyo. La otra reposaba en el brazo de la butaca. Él se convulsionaba ahí abajo al tiempo que se forzaba para poder seguir hablando. Sus palabras emergían ahogadas desde su garganta.

—Yo nunca he querido tanto a una mujer como a ella. Cuando estuve contigo estaba desesperado. Y lo sabes.

—Claro que lo sé. Tan desesperado, tan desesperado que concentraste todas tus energías en acostarte conmigo. Eres un cabrón.

—Pero yo nunca, nunca te engañé.

—¡Ja! —Aprovechó para liberar la mano atrapada entre su pierna y su pecho—. Pero ¿cómo puedes decir eso? Mira, Gonzalo —adoptó un tono de impaciencia—, sé perfectamente lo que sentías por Ana y fuiste relativamente sincero. Pero, al menos, podías haberte despedido. Dar alguna explicación. Tener un detalle. Pero no, desapareciste sin más. Y aún no sé por qué coño he venido a verte. Pero volviendo a lo del engaño, te diré que me acuerdo perfectamente de todas las cosas que me decías, pero no me apetece repetirlas.

—Yo sí te puedo repetir algunas. —Había controlado el llanto y una de sus manos se había deslizado hasta la cintura de ella con aparente descuido—. Te dije que te quería, y es verdad. Te dije que eras maravillosa, y es verdad. —Levantó un tanto la cabeza y la miró con una mueca que podría ser una sonrisa—. Te dije que estabas buenísima. Y también es verdad.

Ella también sonrió; a su pesar. Porque si había algo que él le había repetido hasta la saciedad era aquello «qué buena estás, palomita». Y, ¡cosas de la vida!, a ella, que aquello de «palomita» siempre le habría resultado un apelativo cursi y ridículo, en boca de Gonzalo le parecía un estímulo irresistible. Y él, consciente de su hallazgo, se lo decía a todas horas: en la cama, en la ducha, en el coche... Ella le apartó suavemente la cabeza y se zafó definitivamente de su abrazo. Luego, se puso de pie.

Él la siguió, hasta que ambos llegaron al ventanal del salón. Quedaron apoyados contra el cristal. Él en una hoja. Ella, en la otra.

—Me gusta tu casa. Y esta plazoleta está muy bien. Pero está todo hecho un asco. Y tú también un poco.

—Any, quiero pedirte perdón. Siento mucho haberte hecho daño.

—Bueno, tampoco fue para tanto —mintió ella.

—Siento que te necesito, que no puedo soportar su pérdida sin ti, sin tu amistad. ¡Me recuerdas tanto a Ana! —Ella elevó la mirada al techo con un gesto de irritación—. Y sé que no te gusta. Pero tienes que aceptarlo: ella ya no está. Por eso necesito verte. Y hablarte. Solo contigo siento que encuentro algo de consuelo.

—Gonzalo, no me voy a volver a acostar contigo. De verdad, nunca más.

Él se volvió hacia ella como un rayo. La agarró de los brazos con fuerza y la zarandó con los ojos enrojecidos. Luego se echó a reír. La soltó, se acercó a la mesa y cogió con rabia la caja de cigarrillos. Se llevó uno a la boca, tiró la cajetilla con desdén y buscó un mechero con el que encender su nueva dosis.

—¡No has entendido nada!

Dio varias caladas al cigarro de forma compulsiva. Por un momento, Any pensó que quizás estaba dispuesto a fumárselo entero de una sola vez, sin respirar. Pero no. Tras cinco caladas cortas de una hondura inusitada, apartó el cigarrillo y sacudió la ceniza sobre el cenicero y sus alrededores. Any lo vio allí de pie, consumiendo el cigarrillo con la ansiedad del toxicómano, y se preguntó cómo había podido hacer el amor con aquel monstruo. Guapo, sí, pero inquietante. Guapo y, a veces, completamente irresistible. Le vinieron a la cabeza escenas de aquella vez, los dos desnudos en la cama, cuando él le había puesto inesperadamente una mano en la cara y le había hecho respirar por la nariz unos polvos blancos que la hicieron estornudar. Nunca había probado la cocaína. Siempre hay una primera vez y aquella noche follaron durante tres horas seguidas; tres horas de una intensidad inédita en las que a ella solo le obsesionaba la idea de seguir follando como una perra. Se sintió azorada, temerosa de que él pudiera leer sus pensamientos. Pero Gonzalo ni siquiera la miraba. Se había sentado de nuevo en una de las butacas y permanecía absorto contemplando el humo que liberaba su garganta.

—No teníamos amigos comunes. Tú eres la única persona que nos conocía bien a los dos. Es eso. Sí, es eso. Lo habíamos dejado otra vez. Yo ya he perdido la cuenta de la cantidad de veces que rompimos. Tu tía era... Ana era tan exigente conmigo... No sé qué voy a hacer ahora. No lo sé.

Debía claudicar. Definitivamente, ahí delante había un hombre destrozado y ella solo parecía interesarse por su miserable sentimiento de engaño y despecho. Además, debía ser un poco más justa. Él nunca le había mentado del todo. Fue más bien ella la que en aquella época parecía dispuesta a inventarse una historia romántica repleta de pasión; una fantasía basada en unos cuantos datos inconexos pero arteramente seleccionados de la realidad. Ahora era más madura y disponía de parejas menos

complicadas. Tomó asiento en la otra butaca y se dispuso a escuchar.

—Bueno, dime, ¿qué es lo quieres? ¿Hablar de ella?

—Antes no te gustaba...

—Las cosas son ahora diferentes. Es evidente. Nunca me has contado, por ejemplo, cómo la conociste.

—En el hospital. ¿Dónde si no? Fue cuando la operaron de apendicitis.

—No sabía. ¿La gente mayor también tiene apendicitis?

—Ja, ja. Sí. Apenas estuvo tres días ingresada. Allí la conocí. Yo estaba de guardia. Hablamos mucho. No tuvimos mucho tiempo para nada más. Yo veía pasar por allí a toda esa gente tan importante... Aun así, el día que se fue me atreví a ponerle en la mano un papel con mi número de móvil. La verdad es que creí que nunca me llamaría. Pero lo hizo. ¿Sabes cuándo? Ese mismo día. Ya ves. Fue una sorpresa increíble. Esa misma tarde me llamó y me preguntó: «¿No crees que hace demasiadas horas que no nos vemos?».

—Muy típico de ella.

—Lo demás ya te lo sabes.

—No creas. Yo hablaba muy poco con Ana en los últimos tiempos. Ella estaba superliada, y yo también.

—Demasiado liada. —Apuró el whisky—. Cuando la conocí no vivía más que para el trabajo. Bueno, y luego también. Pero la persona que yo conocí era incapaz de disfrutar de las pequeñas cosas. Todo lo resolvía con dinero, rápidamente, a todo correr. Intenté hacerla disfrutar de otras cosas en todo lo posible. Ella siempre me decía que yo la había cambiado en Venecia. Fue un viaje estupendo. Llevábamos poco tiempo juntos y una noche le propuse irnos de fin de semana; a Almagro, a Toledo, a Soria... Que nos marchásemos fuera de Madrid, donde ella dormía seis horas y trabajaba dieciocho. Finalmente, la cosa se fue complicando. No quería hacer excursiones en España. —Se encendió otro cigarrillo y aspiró lenta y hondamente el humo del tabaco—. Había decidido invitarme a pasar un fin de semana en Venecia. Lo acepté, pero con condiciones. Serían dos días, sí, pero yo elegiría las fechas. Finalmente, una noche hicimos las maletas y nos fuimos a Venecia. Logré cambiar el sábado por un lunes, para que no coincidiéramos con todos los turistas. Se resistió, pero finalmente aceptó un poco escamada. En invierno, un domingo por la noche, Venecia se queda prácticamente vacía. Era lo que yo buscaba. La obligué a quitarse los tacones, a ponerse ropa y calzado cómodo, a dejar el móvil en el hotel, y nos fuimos a cenar a un restaurante fantástico del centro; la Osteria della Campana, o algo así. Al final de la cena brindamos con champán y entonces le anuncié: «Esta noche no vamos a dormir». Estábamos junto a la plaza de San Marcos. Salimos del restaurante y empezamos a pasear, sin prisa, parándonos en todos los rincones, mientras los restaurantes acababan de cerrar y los gondoleros recogían sus aperos. Nos perdimos por entre las callejuelas de la ciudad. Cruzamos estrechos puentes, dimos de comer a los gatos. Al principio, ella se empeñaba en hacer de guía. «¡Mira!

Ese palacio de ahí enfrente es la Ca'd'Oro. Dentro hay una espléndida colección de pintura». O: «La Fundación de los Tedeschi. Ahora es la sede de Correos». Yo había estado en Venecia una sola vez, hacía años, en una excursión organizada. Me había defraudado. Me había sentido un turista japonés en un enjambre de turistas japoneses recorriendo en manadas los mismos lugares, las mismas cosas: ahora el *vaporetto*, ahora dar de comer a las palomas, ahora cruzar el puente de Rialto... Había decidido que aquella noche tenía que ser especial. Y lo fue, sí, lo fue para los dos. Poco a poco dejamos de interesarnos por los nombres de las calles, de los canales, de las iglesias y de los puentes. Venecia vacía y de noche está llena de ecos. Es otra ciudad, en la que las góndolas aparcadas en los canales secundarios golpetean suavemente las maderas de los muelles produciendo un sordo eco en el agua. *Cloc. Cloc.* Se respira la humedad y huele a comida casera. Descubres que la mayoría de los edificios están vacíos, pero que en otros muchos hay ajeteo, vida. Cada vez andábamos más despacio, dejándonos llevar por el capricho de nuestros pasos y dejándonos sorprender por una nueva plaza, por una nueva fachada, por los pequeños grupos de paseantes que solo de vez en cuando nos cruzábamos por el camino. Ana estaba entusiasmada. Me dijo: «¿Sabes? Hacía mucho tiempo que no paseaba tan relajada. Creí que íbamos a dar un paseo en góndola, pero esto es mucho mejor». Nos metimos por todas las callejuelas, por todos los rincones, preciosos a la luz de la luna. Le costó darse cuenta de la razón por la cual yo había elegido la fecha del viaje. Pero cayó. Y yo, por fin, pude presumir de mi regalo. «¡Claro, Venecia con luna llena!» Me abrazó y me dio el beso más largo que me han dado en mi vida. Fue una noche mágica. No teníamos prisa en volver al hotel. No teníamos prisa en ir a ninguna parte, en ver ningún nuevo monumento. Andábamos cogidos de la mano o de la cintura, disfrutando en ocasiones del silencio de Venecia, de nuestro propio silencio también. Porque a ratos nos parecía que si hablábamos romperíamos la magia del paseo. Así que simplemente nos apretábamos de la mano o nos señalábamos el uno al otro con el dedo los detalles a admirar. Cuando empezó a amanecer ya estábamos de regreso al hotel. Nos había costado encontrar el camino de vuelta, aunque tampoco pusimos mucho empeño en no perdernos. Me dijo que había sido la mejor noche de su vida. Y a mí eso me pareció un enorme triunfo. Ella podía regalarme viajes, sorprenderme con un reloj de oro o comprarme el último móvil del mercado. Yo no tenía tanto dinero. Así que le regalé aquel paseo con luna llena; tan barato. Creo, modestamente, que la hice disfrutar de esas pequeñas cosas que ella ya había olvidado. Te parecerá un poco presuntuoso por mi parte, pero siempre decía que aquel paseo por Venecia fue el mejor regalo que le habían hecho nunca. Luego es verdad que en Madrid todo era más difícil y tormentoso. Pero Ana y yo éramos... Éramos algo especial.

Se levantó. Desapareció camino de la cocina con el vaso vacío en la mano y volvió con él a medio llenar. Se paró en medio de la estancia. Echó un trago y recuperó su asiento.

—¿Sabes que me ha dejado un montón de dinero? —explicó Any.

—No lo sabía, pero no me extraña.

—Marcos está un poco mosqueado.

—No te voy a regalar los oídos con lo que decía de ti. En cambio, con Marcos...
¡Pobre Marcos!

—Mi primo es estupendo. En algunas cosas yo creo que Ana era un poco injusta. Está mal que lo diga yo y en estos momentos...

—No, no. Dime más cosas. Esto es lo único que quería. Es lo único que me apetece: hablar de ella. Ahora me doy cuenta.

Al final de la tarde, él la acompañó hasta el recibidor. Se despidieron con un abrazo y la promesa de ella de volver a verse. En la puerta, mientras la joven esperaba el ascensor, él todavía le hizo una última confidencia.

—¿Sabes? A veces todavía la llamo al móvil. Por si acaso lo coge.

Aquella mañana se había levantado a la misma hora que de costumbre para ir a trabajar. Sin embargo, nada era igual que antes. Tras casi tres semanas de baja no se sentía con fuerzas para volver a la oficina, pero Gloria la había llamado tres días antes y su información y sus consejos la habían puesto en guardia. «Tenemos nuevo jefe —le dijo—. Empieza el lunes.» Lo demás fue palabrería aparentemente inconexa que le aportó abundante información sobre la situación que, en resumen, era complicada. Según miembros del comité de empresa, la dirección estaba ya analizando la posibilidad de hacer un reajuste de plantilla. Las cosas venían mal dadas y, con prescripción médica o sin ella, más valía estar alerta y no faltar demasiado al trabajo. En su caso, la depresión era obvia, pero también para los directivos resulta demasiado obvio que es la excusa mayoritaria entre los vagos que prefieren quedarse en casa quejándose del maltrato al que les somete la empresa.

No se lo pensó dos veces. Se desayunó con unas cuantas pastillas y se vistió con su mejor traje de chaqueta. Se miró al espejo y confirmó con disgusto que tenía bigote. Siempre se había reído de algunas mujeres que incluso se lo depilaban y allí estaba ella ahora, con cincuenta y ocho años y con mostacho. También se había reído siempre de las que acudían maquilladas cada día a trabajar. Destapó el frasco de aquella cremosa y suave mascarilla y la extendió cuidadosamente sobre su cutis. Un buen y caro maquillaje hace milagros. A medida que se aplica parece no servir de gran cosa, pero es cuando se retira por la noche y se redescubre la palidez real cuando su mágico efecto es más evidente. No quita las arrugas, pero las suaviza. No tiñe la piel, pero le otorga ese suave tono que solo se puede adquirir con buena vida e invernales paseos por la playa, lo que en sus circunstancias siempre había sido un lujo prohibido. El maquillaje es un sistema más barato.

Se perfumó y salió de casa dispuesta a pasar el mal trago de la vuelta sin Ana y a defender su puesto de trabajo. De modo que incluso el maquillaje lo utilizó aquella mañana como un arma más de la que pertrecharse para acudir al campo de batalla. No tenía suficientes ahorros como para retirarse ahora. Encontrar un empleo a esta edad es misión imposible. No medía 1,80 ni tenía veinticinco años. Tampoco se manejaba con soltura en inglés; a decir verdad, solo chapurreaba unas cuantas frases hechas. Y del francés del colegio apenas le quedaban algunas nociones. Tampoco era licenciada en Georgetown. Ni tenía, en definitiva, todo ese currículum académico que exhibían

las jóvenes de ahora.

Se consideraba, sin embargo, muy dotada para el puesto que ocupaba. Era discreta, eficiente, leal y, desde luego, experimentada. Daba sopas con ondas, en fin, a toda esa pléyade de jovencitas esbeltas y encantadoras que ocupaban puestos similares al suyo y con las que tenía que relacionarse profesionalmente cada día. Pero era consciente de que la única manera de mantenerse en su puesto era, sobre todo a partir de ahora, una batalla que tendría que librar cada día.

Gloria y Estefanía la recibieron con cierto alborozo. También ellas habían cuidado hoy con esmero su vestuario. Era verdad que el nuevo jefe, Salcedo, las conocía de sobra, pero también sabían que hoy se fijaría más en ellas que de costumbre. Gloria y Estrella habían coincidido en los colores: tonos azul marino y blanco. Estefanía, la más joven, había optado, sin embargo, por un traje de pantalón negro que le caía especialmente bien porque la chaqueta se le ajustaba a la cintura para adaptarse luego graciosamente sobre las caderas. El cuello era alto y elegante.

Entre las tres habían llegado a formar un buen equipo. Estefanía ponía los idiomas. Gloria y Estrella, de edades similares, la eficacia y la discreción. Compartir con ellas el nerviosismo del primer día era reconfortante. Ahora se daba cuenta de que apenas tres semanas después de la muerte de Ana y con la Navidad de por medio, aquel tiempo que a ella le había parecido una eternidad era en su mundo laboral apenas un suspiro. Se piropearon mutuamente, se contaron sus pequeñas aventuras de fin de año y no se atrevieron a ausentarse para tomar un café como hubieran hecho habitualmente. En cualquier momento podría aparecer el nuevo jefe y ponerlas en marcha; una posibilidad esta última que las excitaba. Era lo que estaban deseando hacer: ponerse a trabajar y dejar atrás el ritmo lánguido de los últimos días haciendo guardia a las puertas de un despacho vacío.

Unos pasos firmes por el pasillo les anunciaron la llegada de Julián Salcedo, que entró en las dependencias sin dar tiempo a las tres mujeres a recuperar sus asientos. Llegaba exultante. El mentón ligeramente elevado; el rictus grave. Les dedicó una casi imperceptible sonrisa y un «buenos días» que sonó magnánimo, condescendiente. Las tres respondieron al unísono. Había ansiedad en sus miradas, artificialidad en sus movimientos, preocupación por mantenerse en perfecto estado de revista.

Gloria tuvo los reflejos más rápidos. Se apresuró a felicitar al nuevo jefe por su nombramiento y él le agradeció sus palabras. Estrella y Estefanía se sumaron torpemente. Le rodearon guardando las distancias y festejaron su ascenso, y entonces él se dejó regalar los oídos hasta que consideró terminado el tiempo de recreo. Acalló las voces de sus súbditas y pidió amable pero impaciente la prensa, la correspondencia y la agenda del día. De nuevo Gloria les sacó un cuerpo de ventaja obedeciendo las órdenes con presteza antes de que Salcedo hubiera alcanzado la puerta de su despacho. Antes de introducirse en su guarida, el hombre anunció a las empleadas que enseguida llegarían un par de operarios con sus efectos personales. No

les dio más indicaciones. Daba por supuesto que ellas sabrían cómo atenderle sin importunarle. Después, el nuevo jefe cerró la puerta tras de sí y Estrella se enfureció consigo misma por haber sido capaz de contemplar aquella escena sin inmutarse, cuando por dentro se abría un dolor físico casi insoportable, el que le infligió la profanación del despacho de su adorada jefa Ana Ruiz-Benegas por parte de aquel patán que ahora era su superior.

Aquel mismo día comenzó la pesadilla de Estrella de la Fuente, la chica de Vallecas que gracias a una mujer poderosa creyó por momentos compartir su mismo poder. Aquel día empezaron todos los males. Hasta hacía bien poco, Estrella de la Fuente era la llave para acceder a Ana Ruiz-Benegas. Diplomáticos, consejeros, técnicos, ejecutivos y políticos encajaban con respeto y obligada deportividad las negativas de Estrella. Porque ella era la que debía rechazar una invitación a comer, demorar la reunión pedida por tanto tiempo o evitar una conversación directa con la jefa. Y solo ella sabía cuándo tales negativas eran reales o ficticias. Ella estaba en los secretos, en el meollo de las cosas. Sabía lo que los demás desconocían y a fuerza de saber se había convertido en una persona a tratar, a mimar y a la que dar conversación. Porque de alguna manera Estrella de la Fuente era el primer peldaño, la antesala del poder. De modo que su presencia nunca era ignorada en la cafetería, en un pasillo, en el parking. Hasta que se desencadenó el terremoto.

Su baja por depresión fue un buen entrenamiento. La muerte de Ana fue un negro abismo abierto en su camino. Se sintió vacía. Eso la preparó para esta nueva etapa en la que había de convertirse en lo más parecido a la nada.

A falta de nuevas órdenes, aquel primer día se entretuvo toda la mañana en poner orden en sus papeles y, por ende, en los de Ana. Había muchas cartas por contestar y varios documentos por archivar. Poco antes de la hora del almuerzo, su nuevo jefe la reclamó. Entró en el despacho tras recolocarse el traje y golpear la hoja de la puerta suavemente con los nudillos. Avanzó insegura hacia Salcedo y tomó asiento. Sentada frente a él, desposeída definitivamente de todo su poder, se sintió incómoda y desnuda. Esperó.

Julián Salcedo la miró y puso los codos sobre la mesa. Luego empezó a darse palmas con la mano derecha sobre el dorso de la izquierda, que mantenía reposada sobre el escritorio. Era un movimiento mecánico que ella no había tenido tiempo de interpretar.

—¿Qué tal estás, Estrella? —Ella sabía que no le interesaba su estado de salud. Era una pregunta retórica con la que romper el hielo. De hecho, ni siquiera esperó a su respuesta—. Me imagino que la muerte de Ana habrá sido un duro golpe para ti. —La mujer reclinó un poco la cabeza, casi asintiendo. Él seguía dándose golpecitos en el dorso de la mano izquierda—. Esta misma tarde se traslada aquí Elena. Ha estado dejando las cosas en orden abajo.

¡Elena! Que la noticia fuera previsible no le restaba dramatismo. Trabajar con Elena era, se mirara por donde se mirase, una malísima noticia. Estrella recibió la

nueva con todo el respeto y la deportividad de que fue capaz.

—La ayudaremos en todo lo posible, señor Salcedo. Estamos a sus órdenes y, como le hemos dicho antes, le damos la bienvenida.

El hombre pareció no escucharla.

—Estrella, a mí las cosas me gustan por derecho. Sé que eres una buena secretaria, pero yo necesito conmigo a alguien de mi total confianza, alguien con quien llevo trabajando mucho tiempo. Sé lo que esto significa para ti, pero espero contar con tu colaboración.

Aquel hombre le estaba pidiendo ayuda al tiempo que la apuñalaba sin piedad. Acababa de perder a su jefa. Ahora estaba perdiendo su categoría y parte de su salario. Siempre supo de la precariedad del empleo de una secretaria, pero nunca había probado tan agrio bocado hasta ahora. Era el segundo golpe mortal que recibía en pocos días. No vio salida para su próximo destino.

—Por supuesto, cuenta usted con toda mi colaboración. Y sepa que entiendo perfectamente su decisión. Es lógica, señor Salcedo.

Julián Salcedo sonrió y dejó de darse palmadas a sí mismo. Quitó los codos de la mesa y apoyó la espalda en el respaldo. Estaba aliviado.

—Bien. No esperaba otra actitud.

Una rápida mirada de él hacia los papeles que le aguardaban sobre la mesa fue la evidente señal de que la reunión había concluido.

Estrella de la Fuente se levantó de la silla sabiendo que tenía que marcharse, pero en vez de hacerlo siguió hablando torpemente.

—Trabajaré para Elena sin problemas. Ahora tiene usted un cargo muy complicado y no seré yo la que le complique la existencia. Sabe que cualquier cosa que necesite no tiene más que pedírnosla. Estamos a su servicio para que usted se pueda centrar en su trabajo.

Sintió náuseas de sí misma y abandonó el despacho segura de haber dejado en él cualquier resto de dignidad. Salió precipitadamente a comer, intentando no volver a pensar en lo ocurrido. Pero no fue posible. Ni aquel día ni los días subsiguientes. Porque con el tiempo aquel encuentro fue adquiriendo el carácter de lo extraordinario. Nunca, nunca más volvió a concederle Salcedo tanto tiempo como el que le concedió aquel aciago día. Y ella, presa de su propio discurso, no quiso pedir el traslado a ningún otro departamento. Se quedó allí, dispuesta a morir a fuego lento, sufriendo desplante tras desplante, hundiéndose cada día más en la ciénaga.

La temida Elena apareció esa misma tarde rodeada de operarios prestos a obedecer sus órdenes. Movieron mesas, ordenadores y archivadores hasta que la nueva configuración de la estancia común quedó de su agrado. Fue la primera humillación. Elena le arrebató su mesa y la separó del resto de modo que su espacio, aunque abierto y someramente limitado por un par de paneles móviles, era amplio y luminoso y lo más parecido a un verdadero despacho individual. Los metros cuadrados, la mejor medida de la categoría de los empleados de una empresa,

quedaron así bien delimitados para el nuevo estatus de la feliz Elena. En un rincón dejó apiñadas las tres mesas de sus compañeras, asediadas por los cables, los archivadores y el laberinto de sus estrechos pasos para acceder al puesto de trabajo. Estrella conservó su viejo ordenador, lo que no respondía a privilegio alguno, pues la mayoría de la gente de la empresa disponía ya de nuevos y más potentes modelos, como el de la propia Elena, que los operarios le habían trasladado desde abajo. Por lo demás, la mala suerte quiso que su mesa y su silla quedaran incómodamente encajonadas junto a una columna, en la zona menos luminosa de la estancia, y que no dispusiera de teléfono propio. Podría compartirlo con las demás en tanto llegara el nuevo aparato y la línea correspondiente.

Un mes después de la tormenta, Estrella ya había decidido que debería probar con el yoga. Una amiga se lo había recomendado. «Con el yoga aprendes a mantener la calma sin sufrir.» Fue lo primero que ensayó: mantenerse aparentemente impertérrita ante los agravios. Según su amiga, ella misma había puesto en práctica un método que consistía en afrontar los malos momentos con cierta estoicidad. «Yo, sin que se me note mucho, hago respiraciones profundas y cuento mentalmente hasta diez para mantener la calma y mi armonía interior. Luego ya puedo digerir lo que está pasando y poner remedio, tranquilamente, a lo ocurrido.»

Teóricamente, el método prometía funcionar, pero llevarlo a la práctica era más complicado. Sobre todo las primeras veces. Las situaciones no eran fáciles porque, además, eran siempre inesperadas y, por tanto, la pillaban desarmada. Al poco de iniciar su nuevo estatus, Julián Salcedo salió una mañana de su despacho hecho una hidra. Llevaba unos papeles en la mano que Estrella reconoció inmediatamente: contenían un informe que ella misma había confeccionado la tarde anterior para él. Salcedo los llevaba ahora en la mano, desordenados, deseando soltarlos, como si le mancharan los dedos. Los tiró con desprecio sobre la mesa de Elena y gritó en voz alta:

—Este dossier es una mierda. Necesito uno nuevo esta misma tarde.

En la gran estancia común se hizo un silencio que a Estrella le resultó insoportable cuando Salcedo cerró la puerta de su despacho con un portazo. En aquel momento, y en medio de aquel silencio clamoroso, Elena le clavó a Estrella en el corazón una mirada condescendiente que terminó por destruirla.

Sin embargo, había cosas peores. Y, desde luego, la más dramática fue la de su invisibilidad. Porque justamente después de aquel primer encuentro, Julián Salcedo dejó de verla. Estrella empezó a pensar que era transparente. Evidentemente, si era invisible para Salcedo fue invisible también para todos los demás. El nuevo jefe hacía todos los encargos a Elena y, solo de vez en cuando, a Estefanía, dado que Gloria había terminado pasando al departamento de Recursos Humanos. A ella, nunca. Jamás.

Así que a fuerza de no ser vista, por lógica, fue también del todo ignorada. Le resultaba difícil encontrar compañía para tomar un café; imposible compartir el

almuerzo con alguien. Habría sido capaz de llevar su aislamiento con cierta dignidad si al menos la hubieran mantenido ocupada en su puesto de trabajo. Pero ahora, en su nueva condición de apestada, ninguna tarea le era encomendada. La inactividad fue su sentencia de muerte y el reloj se convirtió en su peor enemigo. Las horas trascurrían monótonas y perezosas. Las manecillas se resistían a avanzar en la esfera blanca de aquel reloj que en otros tiempos nunca tuvo tiempo de observar. Ahora lo tenía allí, como un terco recordatorio de su condena, de la atonía de su vida y la inutilidad de su presencia. Y mientras quedaba allí varada con la sola compañía de un segundero remolón, la actividad se sucedía frenética a su alrededor, haciendo más evidente su inacción y su naufragio.

Apenas cinco semanas después de aquel primer día de tormenta, Estrella de la Fuente ya era incapaz de recordarse activa y eficiente. En su lugar, solo quedaba una torpe empleada que mataba el tiempo con solitarios y la prensa por Internet. Una vez ojeados todos los periódicos y explotados repetidamente los juegos de naipes, miraba desolada el reloj para comprobar que solo eran las diez y media de la mañana y que todavía tenía por delante una eterna jornada antes de poder coger el bolso para marcharse.

Las primeras nociones de yoga y los ansiolíticos le ayudaron por aquel entonces a no romper en un llanto ridículo e hizo de la necesidad virtud. Por ejemplo, Elena había tomado por costumbre obligarle a cumplir un largo horario recurriendo a un truco cruel y eficaz. Así como por las mañanas prescindía totalmente de su ayuda, por las tardes, casi siempre a última hora, le encomendaba alguna tarea urgiéndole a tenerla lista para primera hora del día siguiente. Las primeras veces había obedecido con presteza y comprobó alarmada la cantidad de errores que era ahora capaz de cometer. Nunca fue tan inepta. La solución fue quedarse trabajando hasta altas horas verificando cada uno de sus pasos. Así, sola, cuando todos se habían ido, era cuando podía concentrarse y tomarse el tiempo necesario para no volverse a equivocar.

Cuando terminaba, depositaba el pulcro trabajo sobre la mesa de Elena y se iba a casa urgida por la hora, pero también satisfecha de haber hecho algo útil. Si al día siguiente nadie dejaba caer una crítica sobre lo realizado la noche anterior, entonces Estrella podía sentirse aliviada.

Así era eran los nuevos códigos en su oficina.

*M*adre e hija cubrieron el recorrido en silencio. Conducía Any. A Rosa nunca le gustó el volante y, de hecho, fue feliz cuando su propia hija obtuvo el permiso de conducir y le tomó el relevo. Su broma era recurrente: «Es que tú naciste para ser rica y tener chófer, mami». Y ella siempre sonreía y seguía la broma. «Si es que se lo he dicho muchas veces a Ana. Yo soy la que verdaderamente tenía vocación de rica. No ella.»

Rosa siempre admiró la capacidad de su hermana mayor para desenvolverse en mundos tan ajenos a los que ambas habían conocido. Su padre era un modesto profesor de literatura en la universidad y su madre, una funcionaría del Ministerio de Cultura. Nunca sufrieron estrecheces y, además, transitaron por su infancia común en un amplio piso del centro de Madrid y un buen colegio de pago. Pero a partir de ahí ninguna de las dos conoció más lujo que el de los viajes culturales que sus padres organizaban con primor y las vacaciones en la gran masía del abuelo paterno. Sin embargo, Ana lo tuvo claro desde muy pequeña: «Yo de mayor quiero ser millonaria». Y jugaban a que ella era la señora de la casa y Rosa, su mayordomo.

Cuando ambas empezaron a tener edad de salir con chicos, organizaban guateques en los que bailaban con ellos. Incluso se besaban con alguno. Ana, que era mayor, lo hizo una vez con lengua, según le contó después a su hermana, que moviendo la suya en su boca se preguntaba con repugnancia dónde podía estar el atractivo de hacer tal cosa con un imberbe infestado por los granos. Pero era lo que había que hacer porque era lo que sus amigas de entonces decían que había que hacer: salir con chicos, bailar, besarse y dejarse tocar un poquito. Un rollo, vaya, en el que además todo era complicado, desconocido y un poco nauseabundo. Así que ambas hermanas, cuando por fin, liberadas, volvían a casa, regresaban a sus muñecas, celosamente guardadas en el fondo del armario, y las dos casi a escondidas recuperaban su imaginación infantil. Bañaban y peinaban a sus muñecas y siempre, indefectiblemente, la de Ana era la señora de la casa y la de Rosa, la sumisa sirvienta o el elegante mayordomo que vivía el éxito a través del de su patrona.

Any era hoy más que un chófer de lujo. Era la compañía que Rosa necesitaba para afrontar con cierta entereza el encargo que le habían hecho Fernando y Marcos de desvestir la casa de Ana, despojarla de todos sus efectos personales para que Marcos pudiera volver a ella. Se lo había pedido casi de rodillas. «Tía, por favor. Sería

incapaz de hacerlo yo. Además, las mujeres...» No le dejó continuar. Incluso los hombres jóvenes como Marcos mantenían, para su desesperación, esa imagen utilitaria de las mujeres en todo lo concerniente a asuntos domésticos. Curiosa manera de pensar la de un chico cuya madre siempre estuvo demasiado ocupada como para plancharle una camisa.

Con los cincuenta y dos años ya bien cumplidos, estaba casi decidida a tirar la toalla. Las nuevas generaciones no preludiaban cambios decisivos respecto al papel de las mujeres, cosa que su hija ignoraba por completo. La miró de reojo. El pelo largo, siempre despeinado, las gafas de sol, el mentón ligeramente adelantado y aire despreocupado. No sería ella la que le robara el espejismo; esa arrogancia juvenil de la buena estudiante firmemente convencida de que el resto de su vida será parecido a su pasado; confiada en que los chicos y las chicas compartirán bancos a partes iguales y que solo el mérito distinguirá a unos de los otros. Suspiró.

—No te preocupes, madre. Lo vamos a hacer todo muy rápido.

Any le tocó el brazo ligeramente con la mano derecha antes de emprender la maniobra para entrar en el aparcamiento subterráneo del chalé.

—Estaba pensando en el morro que tiene tu primo. Esto lo tenía que haber hecho él.

—Marcos siempre ha sido un poco cagueta. Está hecho polvo. Es normal.

—¿Y yo no?

Estalló en un llanto incontenible, de rabia. ¡Qué momento tan absurdo para llorar! Any pareció dudar, aferrada al volante. Ralentizó la marcha justo antes de iniciar la rampa de bajada. Finalmente, paró completamente la marcha y esperó. Aquellos sollozos le produjeron un irrefrenable sentimiento de frustración que disimuló con un pequeño masaje en la espalda de su madre.

—¿Por qué no te quedas en el coche? O mejor te llevo a casa y me ocupo yo. Es una tontería que te hayas prestado...

—No, no, déjalo. Sonsoles y Fátima harán todo. Vendrán enseguida. Nosotras solo tenemos que controlar la operación.

Any esperó aún unos segundos y reemprendió la marcha lentamente hacia las profundidades del aparcamiento en medio de un espeso silencio. Aparcó el coche en una de las plazas de garaje y ambas abandonaron el vehículo para internarse en la casa por la puerta de acceso directo de esa planta subterránea. La policía ya había liberado el Aston Martin, pero nadie había pasado todavía a recogerlo. Marcos aseguró que eso sí sería capaz de hacerlo personalmente en cuanto diera un salto a Madrid un fin de semana. Junto a la escalera que daba al recibidor del piso bajo estaba la puerta del trastero. Encendieron la luz para echar un vistazo rápido al interior. En medio de la estancia había una bicicleta estática que parecía recién salida de la tienda y una cinta de correr que tampoco había sufrido gran deterioro. Estaba también la moto de campo del propio Marcos, un par de bicicletas antiguas —estas sí muy estropeadas—, tres pares de esquís y un montón de muebles viejos, herramientas

y ropa colgada dentro de cajas de mudanza. Rosa inspeccionó la habitación a pesar de los ruegos de su hija de subir a la casa. Finalmente, ambas enfilaron la escalera.

El perfume de Ana impregnaba todavía las estancias. Rosa recibió un golpe de nostalgia. Cerró los ojos un instante. Ese olor... Ana se pasó al Chanel N.º 5 cuando todavía no había cumplido los veinticinco años. Y nunca lo abandonó. Esa fragancia era un componente fundamental del olor de su hermana. Inconfundible. Ahora sabía que habría sido capaz de distinguirla con los ojos cerrados de entre una multitud. Los abrigos colgados del armario de la entrada estaban contaminados de aquel perfume de su piel. Las paredes, los cajones, la madera noble de los muebles. ¿Por qué dismantelar todo aquello? ¿Por cuánto tiempo podría permanecer allí su presencia si nadie tocaba nada? Ella podría refugiarse allí en los días grises y recordar su infancia, aquellos tiempos en los que era feliz sin paliativos. Porque las personas que la rodeaban, las personas que más quería, estaban siempre allí para protegerla y mimarla. En esa infancia estaba su madre, que le contaba cuentos por la noche y le ponía coquetas cintas en el pelo entre beso y beso. Estaba su padre, siempre con un piropero en la boca; orgulloso de sus hijas. «Ana es la lista y Rosa es la guapa.» «Rosa es mi novia.» Ella se colgaba de su brazo mientras su hermana mayor asentía con una sonrisa en los labios. Y allí estaba siempre Ana, la inteligente, la mayor, para guiarla, para desbrozar el camino y facilitarle todos los tránsitos de la vida.

Subieron a la habitación y se internó en el baño, en el inmenso baño que Ana utilizaba a diario. Había una ducha cerrada de cristal esmerilado, pero también una amplia bañera exenta. Y dos lavabos y unos estantes en la pared repletos de frascos de esmerado diseño. En este cuarto de baño cabían cuatro como el que ambas compartieron durante tantos años en el piso familiar del centro de Madrid. Allí entró un día Rosa como un torbellino con las lágrimas a punto de emerger y la cara enrojecida por la ira. Apenas tenía siete años y ya había enviado la carta a los Reyes Magos. Ana se estaba cepillando los dientes y ella entró ofendida, indignada. ¿Cómo ella, su propia hermana, su faro, su guía, podía haberle mentido de aquella manera? Deseaba matarla. La odiaba. Exigía una explicación.

—¡Me ha dicho Lucrecia que los Reyes son los papás!

Ana estaba terminando de lavar el cepillo de dientes y siguió parsimoniosamente con su labor. Cerró el tubo del dentífrico y mientras lo colocaba de nuevo en su sitio, en un pequeño vasito que colgaba de la pared, respondió sin mirarla.

—Bueno, claro, es que hay algunas niñas que no se portan bien y los Reyes nunca les traen regalos. Y lógicamente, son sus padres los que tienen que comprarlos.

La ira de Rosa desapareció instantáneamente, tan de inmediato como cayó en la cuenta de su estúpido error. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Ahora todo tenía sentido. Lucrecia era la niña más perversa de la clase, la más mala. La que siempre le pegaba. Le tiraba del pelo, le manchaba los cuadernos y la echaba de los juegos siempre que encontraba ocasión. ¿Cómo iban los Reyes Magos a poner regalos a una niña tan maligna? ¿Y cómo había podido dudar de su propia hermana por culpa de

aquel mal bicho?

Aquella Navidad pudo disfrutar de nuevo de la magia del engaño más grande y hermoso jamás planeado por el mundo de los adultos. Fue la última vez, pero mereció la pena.

Se agachó bajo los lavabos y abrió las puertas del mueble que parecía sostenerlos. Entre más productos de belleza e higiene personal se apilaban todo tipo de artículos de botiquín. Gasas, pomadas para las quemaduras, esparadrapos, alcohol, betadine... Era a todas luces un botiquín excesivo para una casa. Impropio de un hogar en el que no hay niños abriéndose brechas en las rodillas. Las manos le temblaron. Gonzalo, verdugo y cuidador a la vez. Golpeando con una mano y curando con la otra. Distinguió artículos propios de hospital. Incluso una caja que parecía ser masa para hacer escayolas. Allí estaba lo que ella buscaba, lo que sospechó que encontraría, lo que había que hacer desaparecer antes que ninguna otra cosa. Bajó a la cocina y se hizo con unas cuantas bolsas de basura. Se cruzó con su hija en el pasillo.

—¿Qué te parece si empezamos a tirar todo lo que nos parece obvio que sobra antes de que lleguen las chicas?

Any se encogió de hombros y luego asintió. Cogió las bolsas que su madre le ofrecía y se fue directa al cajón de la cómoda donde sabía que Ana guardaba su ropa interior. Era muy bonita y sugestiva. Una lástima que terminara en la basura.

El timbre del portero automático le sobresaltó. No esperaba ninguna visita y menos aún a media mañana. Por un momento acarició la idea de que Any hubiera tomado la iniciativa, por fin, de darle una sorpresa, una grata sorpresa; lo que era improbable. Había logrado que ella le visitara aún una vez más después de aquel primer encuentro después de mucha insistencia por su parte. Por alguna razón, Any era ahora el mejor consuelo para él. Nadie más podía entenderle como ella porque nadie más había estado tan cerca de los dos: de Ana y de él. Tan cerca de ese torbellino que le había arrastrado durante estos últimos años a amar a Ana con la bravura de un mar encabritado. Bajó el volumen de la televisión, que había encendido por pura rutina, abandonó su sillón y recorrió el pasillo hasta llegar al telefonillo y atender la llamada con el corazón aún esperanzado.

—¿Sí?

—Correo certificado para Gonzalo Cifuentes Romero.

—Abro.

Todavía podía ser ella. Ella en forma de regalo, en forma del bálsamo que necesitaba para curar aquella herida imposible de cerrar. Con la mano aún extendida sobre el telefonillo apoyó la frente contra la pared. Un súbito sentimiento de angustia se apoderó de su pecho. Volvió a la sala y atrapó el paquete de tabaco como si alguien hubiera de arrebatárselo antes de alcanzarlo. Quedaban un par de cigarrillos. Cogió uno, se lo llevó a la boca, se hizo con el mechero que descansaba sobre la mesa y lo encendió con avidez. Recorrió de nuevo el pasillo hacia la puerta de la calle con el cigarro encendido entre sus dedos. El ruido del ascensor en el descansillo le alertó de la llegada del mensajero, un joven de melena rubia, casi albino, que, parado frente a su puerta, ahora abierta, releía atentamente las indicaciones del paquete que portaba. Luego, sin levantar la vista, le recitó de nuevo su nombre y, finalmente, se lo ofreció a Gonzalo con gesto decidido, profesional, al tiempo que le indicaba dónde debía estampar su firma y le extendía un bolígrafo desgastado.

Cuando cerró la puerta, el cigarro entre los labios, palpó con curiosidad aquel pequeño paquete que parecía contener un disco. El remitente era una marca desconocida para él: Moon System, S. A. Se preguntó con una media sonrisa si sería esta una nueva técnica publicitaria; una técnica agresiva capaz de atrapar la atención del consumidor.

Recorrió el pasillo desarrollando el paquete y analizando con extrañeza el DVD de grabación casera que contenía. ¿Y si fuera, finalmente, un regalo de Any, un mensaje dentro de una botella para un naufrago como él? La última vez que se vieron hablaron de música. Ni siquiera recordaba los grupos que ella le había mencionado. Quizá fuera una selección musical en formato videoclip. Estos jóvenes son así. Manejan lo digital con maestría. Introdujo el disco en su receptor de vídeo y presionó los correspondientes botones de los mandos a distancia. Se sentó en su butaca preferida, apuró los últimos sorbos del ron que se había servido diez minutos antes y se dispuso a dejarse sorprender.

Reconoció la casa de Ana en la primera imagen. No era de calidad. Sin duda, el aparato que había grabado la escena era una cámara fija, como las que usa la Dirección General de Tráfico, o los bancos o, bueno, cualquier empresa de hoy en día. El objetivo no se movía. Enfocaba solo la fachada de la casa de Ana desde la misma acera del chalé; según se sale, a la derecha, pensó. Conocía perfectamente la zona. Se fijó en la fecha que marcaba el vídeo abajo, a la derecha, y casi se le heló el corazón: 20:32. 11/12/09. El morro del Aston Martin emergió del garaje lentamente al tiempo que un hombre se acercaba al coche, de frente a la cámara. Otro aparecía de espaldas, de debajo de la cámara, acercándose al coche por el lado de la derecha, hacia la puerta del copiloto. El coche frenó. Las luces rojas resplandecieron en la imagen de la cámara, poco nítida a esas oscuras horas invernales de la tarde. Gonzalo se reconoció a sí mismo acercándose apresuradamente al coche mientras el otro, siempre de espaldas a la cámara, interceptaba el paso del automóvil. Gonzalo rompía el cristal de la ventanilla e introducía la mano hasta aprisionar a la conductora. Dada la poca calidad de las imágenes, la información que le devolvían no era completa, pero eso poco importaba ahora, porque él conocía a la perfección cada movimiento, cada gesto, de aquel momento en aquella noche fatídica. Sabía de sobra cómo él mismo había amarrado fuertemente por los pelos, con mano de hierro, a su adorada Ana y cómo había permanecido sordo, inmutable, a los gritos de ella. El otro hombre, de espaldas, se acercaba. Entre los dos sacaban del coche a la mujer. Las imágenes aquí eran más confusas porque el mismo coche se interponía entre ellos y el objetivo. También aquí la memoria suplió las deficiencias del vídeo. Fueron momentos brutales que creyó que el alcohol, la marihuana y la cocaína borrarían de su corteza cerebral. Pero no. Los recordaba perfectamente. Cada detalle le martilleaba desde hacía demasiadas semanas. Una y otra vez, una y otra vez. Por la mañana, por la tarde y, sobre todo, por la noche. Y así fue cómo aquellos rápidos momentos de aquella tarde de diciembre, un suspiro en el tiempo, cobraron tan larga e inevitable presencia.

Embrutecido, movido por una obsesiva voluntad de venganza, fue sordo a sus súplicas, a sus gritos, a su agonía. Jamás se habría creído capaz de hacer lo que hizo, de actuar con la brutalidad que le cegó aquella maldita noche. Sacó a su amada Ana del coche tirándole de la melena y cuando estaba a punto de caer al suelo, todavía sin soltarla con la mano izquierda, descargó el martillo que mantenía en la derecha contra

su hombro. Ella quiso protegerse con los brazos, ya vencida, en el suelo, y él descargó un segundo martillazo, aún más brutal que el primero y mucho más certero, sobre su cabeza.

Cuando su amigo la atacó con su navaja al grito de «puta, más que puta», Gonzalo se sintió enardecido, recuperando la razón de su sinrazón, dando sentido al sinsentido de estar acabando con la mujer que amaba. De haber estado solo, su sed de venganza ya habría desfallecido allí mismo, junto al cuerpo inerte de Ana. Detuvo el vídeo con el mando a distancia y se secó las lágrimas con la manga de la camisa. Presionó el *play* y siguió mirando, decidido a apurar este trago tan amargo.

Su amigo entraba en el coche y tomaba el asiento del conductor, mientras el propio Gonzalo, de nuevo frente a la cámara, rodeaba el coche corriendo, torpemente, se introducía en el otro asiento delantero y el automóvil arrancaba, saliendo de la escena. La cámara seguía, sin embargo, grabando los movimientos inexistentes de una calle vacía. En el suelo quedaba un bulto. A esa distancia y con tan mala calidad de imagen apenas si se apreciaba el espléndido abrigo de paño beis que Ana se había comprado en Viena ese mismo invierno.

Gonzalo se quedó tan quieto como el cuerpo de su amante. Como si el alcohol actuara con retardo, sintió un ligero mareo. Las paredes y los muebles flotaron a su alrededor. Desde aquel 11 de diciembre no había podido liberarse ni un solo día del recuerdo de su propia atrocidad. Lo había intentado todo. Quiso culpar al alcohol y a su amigo. Quiso poner en ella la carga de la prueba; en sus desplantes, en sus afrentas, en sus desaires... Quiso también desdibujar la realidad. Eso le ayudaba. Pero jamás consiguió librarse de su culpa, siquiera olvidarla por un instante. Por si acaso, ahí estaba aquel vídeo para evitar el olvido y todos sus intentos de disfrazar lo ocurrido.

Adelantó una mano hacia la mesa y cogió su móvil con la mirada perdida en la pantalla de la televisión, que ahora había quedado oscurecida. Buscó en la agenda el nombre de Luis. Lo pulsó por enésima vez en los últimos treinta días, pero apenas se acercó el teléfono a la oreja. Se sabía la respuesta casi de memoria: «El número que ha marcado está apagado o fuera de cobertura en este momento». Sus peores presagios invadían todos sus pensamientos. ¿Cómo no sospechó de Luis desde el primer momento? Todo aquel interés de los días previos y, sobre todo, del día anterior a aquella tropelía por hacerle compañía, por compartir con él la cocaína, por participar en aquel crimen que le había dejado solo para siempre, no podían ser más que parte de un plan preconcebido. Su amigo le había empujado. Le había convencido, le había puesto en el disparadero definitivo de su propia aniquilación. ¡Qué cuidado había tenido el tipo de no salir en las imágenes! ¡Qué bien planeado todo! El martillo, su navaja, tantas horas en vela hablando de la perversidad de las mujeres y de la maldad de Ana, una puta rica, la peor clase, una zorra que seguramente le utilizaba y despreciaba por ser de casta inferior. Sí, Luis había sido el instigador, pero ello no le libraba en absoluto de su culpa, del dolor que, como un

cáncer, le comía por dentro desde aquella noche oscura.

Llamó de nuevo a Luis para escuchar de nuevo aquella letanía. «El número que ha marcado está apagado o fuera de cobertura en este momento.» Repasó su agenda y allí estaba, entre los primeros números, el de Any. Se sirvió otro vaso de ron sin hielo, sin Coca-Cola. Lo bebió despacio pero sin pausa mientras sus ideas se le ordenaban en la cabeza con clarividencia. Y a medida que lo hacía, paradójicamente, recuperaba la calma interior que perdió aquel 11 de diciembre. Era la paz espiritual de los que acaban de confesarse, de los que expían sus culpas y se sienten perdonados.

Escribió dos SMS. El primero fue para el único amigo que había tenido en su vida, para Jaime. El segundo fue para Any: «Adiós, Any. Yo solo soy culpable de lo que he hecho y debo pagar por ello. Pero si quieres una respuesta verdadera, espera a que te llegue mi regalo». Releyó atentamente los dos mensajes y, finalmente, le dio a la tecla de enviar para el uno y para el otro. Después buscó en la carpeta de elementos enviados y apretó el botón de eliminar para ambos. Los volvió a buscar en la carpeta de elementos eliminados y los borró definitivamente de la memoria de su móvil.

Dejó el vaso vacío sobre la mesa y se fue al dormitorio. Allí, en el pequeño cajón de una bonita dama de noche, guardaba un paquetito con polvos blancos. Lo sacó y se fue al baño. En el armario que colgaba sobre el lavabo guardaba jeringuillas. Desenfundó una de ellas y se fue a la cocina. Allí se preparó una generosa dosis, la introdujo en el émbolo y volvió al salón. Se preparó otra copa. Sacó el DVD del receptor y lo introdujo en el ordenador de sobremesa que tenía en la mesa camilla del mismo salón. Ahí, borró todos los archivos contenidos en el disco, lo sacó y lo mezcló con las películas que guardaba desordenadamente en sus estantes.

Se sentó en su butaca preferida y pensó en su propia muerte. No le gustaba la idea de la autopsia, pero ese era otro de los pequeños tributos que debería pagar por el crimen cometido. Era una penalidad más que aliviaba su sentimiento de culpa. Un médico forense le abriría en canal para corroborar su muerte por sobredosis. Observaría con desinterés sus vísceras brillantes y nacaradas, su bazo hinchado y su hígado castigado por el alcohol y concluiría que la causa de su muerte sería con toda probabilidad la autoadministración de una droga de abuso, probablemente cocaína, inyectada por vía venosa causante de la parada cardiorrespiratoria producida por el shock tóxico.

Se arremangó el brazo izquierdo. Se quitó el pañuelo que envolvía su cuello y se lo anudó a la altura del antebrazo mientras intentaba revivir los momentos más intensos de su relación con Ana. Miró por unos segundos la fotografía de ella que presidía los estantes del salón y le declaró su amor en voz alta:

—Te quiero.

Luego inspeccionó el salón y, mentalmente, toda la casa. No dejaba atrás nada importante. Se atusó el pelo y sonrió. La levedad se había hecho fuerte en su cuerpo. El peso de la culpa, por fin, se evaporaba. El arrepentimiento no había sido suficiente

durante todo este tiempo, solo el severo castigo que estaba a punto de infligirse daba resultado. Se buscó la vena y se concentró en el pinchazo. Lo haría con la pulcritud del profesional, el que siempre fue. Ana lo sabía. Sabía que era un buen enfermero y que nunca le hizo a ella tanto daño como el que él se había hecho a sí mismo. Metió la aguja en la vena y presionó el émbolo con el pulgar de su mano derecha.

No pudo terminar. Y así fue como le encontraron. Allí sentado, pálido, con la jeringuilla colgando de su brazo izquierdo y la mano derecha caída sobre su regazo. La cabeza hacia delante; el pelo cubriéndole la frente. En su butaca preferida.

*M*iriam llegó puntual a su cita de los jueves. A las diez de la mañana, todos los jueves del año, ella y dos amigas tenían un encuentro imprescindible con Cristian, el entrenador de Pilates. Era la mejor actividad de la semana. Los lunes hacía bicicleta estática; una auténtica paliza después del culpable relax del fin de semana. La monitora, una jovencita de músculos de acero, elevaba el volumen de la música hasta un nivel casi insoportable y, micrófono pegado a la boca, mantenía con sus gritos un ritmo devastador. Miriam intentaba no perderlo y, desde luego, jamás hacía trampas. Al contrario. Si había que subir la resistencia un cuarto de vuelta ella todavía apuraba un poquito más. Y si había que abandonar el sillín para pedalear de pie, ella era de las primeras en hacerlo. Estaba en forma. Le gustaba notar el sudor corretear por entre las raíces del pelo y ver caer los goterones de su frente y su pecho. No era su ejercicio favorito, pero sí el que le había consolidado definitivamente los músculos del abdomen, los glúteos y los muslos.

Los martes se entregaba a la natación. Tenía que comprarse cuanto antes un *i-pod* especial para seguir la música en el agua. Le habían hablado de ello. Era el ejercicio que menos apreciaba. La natación le dejaba demasiado tiempo para pensar y solía salir deprimida del agua. Los miércoles y los viernes hacía máquinas y un poco de cardiovascular, un ejercicio monótono y aburrido a pesar de seguir los grandes éxitos musicales a través de los monitores de televisión. La clase de Pilates de los jueves era, con distancia, la actividad deportiva más atractiva de todas. Cristian era un magnífico profesor que, además, se preocupaba de que cada movimiento se ejecutara a la perfección, lo que multiplicaba su efecto benéfico. Pero no era Cristian la razón del atractivo. O no solo él. El azar reunía cada jueves en torno a él a Miriam con una profesora chiflada de universidad y una bibliotecaria de avanzada edad que compartía jugosas anécdotas y se dejaba llevar una vez a la semana por la banalidad del Pilates y un café de media mañana.

Miriam tenía ya cuarenta y tres años, pero con tesón y sacrificio había sido capaz de mantener la talla 38 tras sus dos embarazos. Era una conquista de la que se sentía plenamente satisfecha. Cuando era joven nunca fue deportista ni amante del gimnasio. De forma espontánea y natural, su cuerpo adquirió desde muy pronto unas proporciones que todos admiraban: 1,75 de estatura, cintura estrecha, caderas no demasiado anchas, piernas largas, como su pelo, como sus manos. Era la percha

perfecta para cualquier prenda, eso le decía siempre su madre. Y sí, lo era. Esa anatomía que todos miraban cuando se desplazaba por la playa, por la calle o por el pasillo de una facultad era un gracioso regalo que la naturaleza le había dado a cambio de nada. Y ello conformó su carácter. Porque desde que cumplió los catorce años se sabía observada y admirada allá adonde estuviera. Los chicos le reían cualquier gracia y algunas chicas se arribaban a ella atraídas como un imán, como si ella fuera el tótem que necesitaban para dotar a sus propias vidas de toda la belleza, el esplendor y el éxito del que creían carecer.

Estudió periodismo y con relativa facilidad encontró un buen empleo en *Finanzas*, una revista económica de corta tirada y gran repercusión que le aportó una experiencia profesional fascinante. Los periodistas hablaban con pasión de política, de deporte, de economía, del agujero de la capa de ozono, de Fidel Castro, del despegue de China o de la victoria electoral de Bill Clinton. Allí descubrió que el mundo era ancho e inabarcable; injusto y deslumbrante. Allí comprendió que el camino era largo y tortuoso y, como primera medida, se empleó a fondo en intentar sepultar su imagen de becaria. Lo logró. Pero para entonces sus planes cambiaron de rumbo por completo.

La razón se llamaba Tino, ese hombre al que un día entrevistó y que pronto empezó a llenar todos los espacios de su vida. La primera señal llegó en forma de inmenso ramo de flores. Llegó a la redacción el mismo día que se publicó la entrevista, lo que a Miriam le desconcertó. Que un entrevistado quede contento de lo publicado no suele ser lo más recomendable para alguien que se pretenda periodista. A partir de ahí, Tino se hizo omnipresente. La llamaba, la agasajaba, la pretendía, la perseguía, la invitaba a cenar, le presentaba a sus amigos... De modo que poco a poco ella fue incorporándole a su vida o, mejor dicho, incorporándose a la suya, lo que era mucho más fácil y emocionante. Porque Tino era inteligente, listo, chispeante y, sobre todo, inmensamente rico. De su primera noche juntos, Miriam siempre recordaría aquel restaurante en el que él le enseñó a apreciar el champán francés, las extravagantes dimensiones de la casa de su novio y aquellas sábanas de seda que envolvieron con delicadeza sus cuerpos desnudos hasta el amanecer.

Admiraba a Tino. Quería a Tino. No fue fácil dejarlo todo por él. Tenía veinte años más que ella y eso era un general motivo de escándalo; especialmente para sus padres. Pero seguir trabajando como una reportera de a pie era incompatible con su nueva vida. Ella cenaba con presidentes de bancos y ministros por las noches y desayunaba bocatas de jamón reseco con sus colegas. Por lealtad hacia Tino, había dejado de contarles los chismes de los ricos. Ellos se hubieran sentido traicionados de saber que ella había empezado a callar otros muchos detalles que habrían hecho las delicias del redactor jefe. Tino y su mundo la empujaron a ser desleal con la profesión que amaba.

Pero la vida del periodista no es un lecho de rosas y un día Miriam terminó de deshojar la margarita y abrazar todo el lujo y las facilidades que el empresario le

ofrecía. De esta manera podría dejar de sentirse en falta con *Finanzas* y casarse por fin con el hombre que tantas veces se lo había pedido en el último año.

No se equivocó. Fue feliz con Tino. Aquel hombre la idolatraba. No era guapo y sufría una irrefrenable tendencia a la gordura y la calvicie, pero ambas cosas habían dejado de ser visibles para ella desde hacía una eternidad. Además, él cambió. Rejuveneció. Tuvieron dos hijos maravillosos, viajaron por todo el mundo y se convirtieron en la pareja de moda, a pesar de su permanente huida de los fotógrafos de la prensa rosa. Era una nueva circunstancia que a Tino le llenaba de orgullo. Le gustaba que le robaran fotos con su mujer en un estreno de cine o en un viaje. Le gustaba que los demás admiraran el cuerpo de ella sabiendo que solo era para él entre sus sábanas, tan largo, tan bello, tan sedoso y tan distraídamente feliz.

Miriam, por su parte, se adaptó con naturalidad. Incluso cuando los dos niños eran muy pequeños disponía de infraestructura suficiente como para poder mantener una vida fácil e indolente. Gimnasio, piscina, compras, masajes, lectura... Cuando conoció a Andrew el aburrimiento ya se había instalado en su vida. Ni los cursillos de artesanía ni las diversas aficiones que desarrollaba eran capaces de terminar con ese exasperante sentimiento que le corroía por dentro y que, como las termitas, la dejaba vacía.

Pero conoció a Andrew, Andy, su profesor de inglés, y la emoción regresó a su vida. Tenía treinta y seis años; solo dos menos que ella. Le gustó su porte desde el primer momento. Era alto, extremadamente delgado y siempre vestía una ropa holgada que, lejos de ocultar su figura, marcaba sus aristas otorgándole una elegancia natural que ella apreciaba sobremanera. Le gustaba cómo colgaban las camisetas de sus anchos hombros y le producían un cierto cosquilleo aquellos pómulos bajo sus ojos verdes y esos ligeros hoyuelos que se le dibujaban en la cara a la mínima sonrisa. Arrastraba las palabras con un fuerte acento americano y, para su deleite, era de una timidez tan exagerada que rara vez se atrevía a mirarla de frente. Al principio seguían un libro que él siempre portaba bajo el brazo. Al poco tiempo, fueron olvidándose del libro y los ejercicios y convirtieron la clase en una conversación en la que poco a poco se fueron abriendo paso las confidencias.

El día que él apartó los cuadernos de la mesa y la besó suavemente en un esfuerzo sobrehumano contra su propia timidez, ella recibió su boca como si la hubiera estado esperando con ansiedad desde el primer día. Quedaron para el día siguiente, en casa de él, y cuando llegó el momento todo fue un arrebató. Ella subió las escaleras de aquel viejo edificio de Chueca con el corazón sobresaltado y él le abrió la puerta con el deseo desbocado. Aquel primer día no fueron capaces de llegar hasta la cama. Ella entró en el apartamento, él se abalanzó sobre ella y allí mismo, contra la puerta, comenzó el forcejeo.

Hicieron el amor furiosamente sobre la moqueta, poseídos por la urgencia, y separarse aquella tarde les produjo un dolor físico casi insoportable.

Andrew le causó a Miriam una auténtica adicción. Era el hombre más hermoso

que había conocido nunca y una extraña química entre ellos les convirtió en unos obsesos del sexo. Así que después de aquel primer encuentro repitieron al día siguiente. Y al siguiente, también. Obligados a estar separados el fin de semana, el lunes volvieron a la carga.

Porque hacer el amor con Andy era una experiencia casi religiosa. En ocasiones, los dos se quedaban simplemente desnudos el uno frente al otro y se acariciaban durante horas. Empezaron a abandonarse al tiempo sin saber que este les sería escaso. Apenas tres semanas después de su primera cita clandestina y cuando conspiraban para poder pasar juntos una noche entera, Miriam se encontró a la salida de aquel refugio de amor en el barrio de Chueca al chófer de su marido plantado sobre la acera. El hombre le dedicó una mirada neutra, dio un paso atrás, abrió la puerta del asiento posterior del coche de Tino y la invitó con la mano a entrar en él. Miriam, paralizada por el miedo y la sorpresa, obedeció, se introdujo en el vehículo y se dejó llevar al redil sin atreverse a reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo.

Para su sorpresa, Tino no estaba en casa. Así que se fue al dormitorio, se duchó y le esperó hundida en un creciente sentimiento de culpa y miedo. Finalmente llegó su marido. Eran las once y media de la noche. Subió las escaleras y entró en el dormitorio. Ella había estado dando vueltas sin saber dónde debía ponerse exactamente, hasta que finalmente optó por sentarse al borde de la cama. Él la miró. Ella lo miró. Él se acercó y, sin mediar palabra, le dio una bofetada en la mejilla. Estaba tan poco preparada para un saludo como ese que Miriam notó cómo la cabeza se le desplazaba hacia un lado y su cuerpo perdía un poco el equilibrio. Recuperó la posición sobre la cama y se llevó la mano a la mejilla, ardiente como el fuego. Luego él se encerró en el cuarto de baño, donde permaneció una eternidad. Finalmente, reapareció en la estancia vestido con un pijama limpio e impecablemente planchado, como exigía a diario, se deslizó entre las sábanas y se acomodó de espaldas a ella, dispuesto a dormir ignorándola por completo.

Miriam dudó. Quizá todo aquello merecía el exilio del dormitorio conyugal. Permaneció sentada unos minutos mientras la respiración de Tino empezaba a acompañarse. Su instinto, tras tantos años de convivencia, le dijo que debía permanecer allí, sufrir el castigo de su indiferencia, esperar paciente y afligida hasta que él, magnánimo, perdonara la afrenta. Así que se introdujo en el baño y, dispuesta al sacrificio, se preparó para pasar, junto al cuerpo inerte de su marido, una noche de insomnio.

No volvió a ver a Andrew. Él tampoco la llamó, un detalle que la desconcertó pero sobre el cual no se atrevió a indagar. Tino la ignoraba. No le hablaba. No la miraba. No la tocaba. Al cabo de un par de semanas, Miriam se topó con su mirada y se la sostuvo, sumisa, durante uno, quizá dos dolorosos segundos. Estaban solos en el dormitorio. Luego él le advirtió gravemente: «No vuelvas a hacerme esto». Y al poco tiempo todo volvió a ser como antes. O no.

Miriam recuperó esa cómoda felicidad que mecía su vida junto a Tino. Él volvió a

colmarla de regalos y a cuidarla como si fuera la niña de sus ojos. Parecía evidente que nunca le tendría en cuenta lo ocurrido; que la amaría con la misma adoración con la que le había querido siempre. Fue ella, sin embargo, la que cambió. Su casa se convirtió en una prisión asfixiante y tenía miedo. Temía a su marido y los que le rodeaban dejaron de ser sirvientes para pasar a ser confidentes del dueño de la casa y de sus vidas. Comprendió de pronto que su felicidad tenía un precio y que era el de su propia libertad. Solo podría conservar todo lo que tenía si era una buena chica. Si se comportaba como debía.

Decidió no buscarse más complicaciones y ser tal y como se esperaba que fuera. Aunque ello la dejara vacía. Debía intentar volver a disfrutar de su ocio, de las propiedades del ejercicio físico, de sus hijos y de las sábanas de seda del lecho conyugal. No era tan difícil. Antes de Andy lo conseguía con facilidad. Recuperaría aquella sensación de vacío, que bien podía ser una percepción equivocada, y volvería al aburrimiento; este, al fin y al cabo, es un lujo de ricos que ella no solo se podía permitir, sino que le era exigido. Se aburriría de buena gana; expiaría así sus culpas por un tiempo.

Por eso los jueves eran días especiales en el paisaje de su existencia. Porque allí, con Cristian atento a cada uno de sus músculos y a cada una de sus vértebras, Miriam se abandonaba al ingenuo pasatiempo de bromear con sus dos estrafalarias amigas. La cita la culminaban con aquel café de media mañana en la que la conversación no se reducía a hablar del colegio de los niños o de la fiesta de cumpleaños de uno de sus amiguitos. Aquella profesora de filosofía y aquella inteligente bibliotecaria la internaban en vericuetos más propios de tres adolescentes alocadas que de tres mujeres maduras de vida ordenada.

— **P**ero ¿por qué no te quedaste con unas cuantas prendas? Unos tanguitas rojos a juego con el sujetador. O unas ligas de esas de putón. Hum. Seguro que tenía de todas clases y colores.

—Déjame en paz. Los hombres no pensáis en otra cosa.

—Y las mujeres es en lo único que no pensáis. Felipe dice siempre que está convencido de que a las mujeres no os gusta el sexo. Que lo hacéis casi por hacernos un favor.

—Felipe es un cretino.

Él le metió la mano en el pantalón subrepticamente, aprovechando el telón que le ofrecía el abrigo, y le pellizcó el culo. Ella se dejó, absorta como estaba en la localización del bazar que buscaba en una calle céntrica de Valdemorillo, un pueblo de la sierra de Madrid. Señaló la entrada, triunfante. Habían llegado a su destino. La puerta era de madera con cuadrantes de cristal. Él sacó la mano del pantalón de ella y le abrió el paso gentilmente con una sonrisa. Ella hizo un gesto de cómica paciencia. Aquel chico de negra melena y cuerpo menudo que nunca la había atraído especialmente la divertía cada día un poco más. La gran ventaja de Lorenzo es que casi siempre estaba de buen humor y se tomaba la vida con deportividad y despreocupación. Le importaba un pito carecer de dinero. Le importaba un pito tener un piso pequeño que su compañero mantenía permanentemente desordenado o que la calefacción se estropeará. «Mi padre es camionero y mi madre friega escaleras, nena. Yo, en cambio, tengo título universitario y trabajo en un buen periódico. ¿Cómo me voy a quejar?», bromeaba él. Y Any le admiraba por ello.

En la cama era tan entusiasta como en su vida laboral. Y su imaginación era desbordante en todos los ámbitos. Any sabía que la mitad de los triunfos profesionales que él le contaba eran falsos. Porque desde que Lorenzo trabajaba en *El Globo* no había una sola historia importante, una entrevista o una exclusiva periodística en la que él no hubiera desempeñado un papel clave. Pero por alguna extraña razón le perdonaba de buen grado toda esa vanidad. Él relataba sus hazañas y ella fingía creerle. Sabía que ella disimulaba, pero su aliento le animaba. Era una arrogancia inocua; un juego que alimentaba su relación, que, a su vez, se intensificaba por momentos.

Aquel bazar de Valdemorillo era un lugar extraordinario. Abigarrado, repleto de

estantes con los artículos más dispares: desde unas tijeras de podar hasta una manguera. Desde un paquete de compresas hasta una botella de vino. Palillos para los dientes, servilletas de papel, platos precocinados, sartenes, pijamas, bozales, linternas, botijos, limas, insecticidas, pilas, tiritas, tornillos... El lugar ideal, en fin, para una emergencia en un pueblo pequeño. Al fondo dos campesinos, uno de ellos con boina, sopesaban la sogá en la que ambos parecían interesados. Una mujer de más de cien años inspeccionaba unos finos tapetes de hilo que colgaban de la pared. Sentado tras el mostrador había un hombre de manos grandes, orejas enormes y unos ojos verdes que contrastaban con un pelo negro, abundante y de textura de estropajo. Vestía un jersey grueso que se había arremangado hasta los codos. En cuanto vio a la pareja entrar en su local pareció reconocerles. Se levantó y les interpeló directamente.

—¿Any?

—¿Jaime?

Se dieron la mano. La joven economista pensó que ese hombre estaba lleno de salud. Su mano era una mano ruda y su mirada, limpia y directa.

—Jaime, te presento a Lorenzo.

Apretón de manos otra vez. Y después, sin más preámbulos, el dependiente echó mano al cajón que tenía bajo el mostrador y les mostró un caballo de madera. Mediría unos veinte centímetros de alto y estaba pintado con lacas de colores. El cuerpo del caballo era de un verde pálido y estaba supuestamente enjaezado con unas mantas de colores verdes, rojas y amarillas. Era un équido tosco con el torso cortado en horizontal; un minúsculo caballo de Troya. Por un lado había unas pequeñas bisagras. Por el otro, el caballo se abría en dos. El campesino lo abrió y les enseñó el compartimento interior. Contenía un pequeño dispositivo de almacenamiento de datos con puerto USB.

—Me dijo Gonzalo que el auténtico regalo estaba dentro. —Cerró el caballo con una sonrisa—. A este hombre le encantan las sorpresas, pero no tengo ni idea de qué será. Además, no es para mí.

Jaime arrancó de la pared una de las bolsas de plástico de su tienda e introdujo en ella el caballo. Luego, lo puso encima del mostrador. Any dudó. Quizás aquel hombre esperaba que no se fueran sin echar un vistazo a la tienda. En su lugar departieron durante un rato. Y así supieron que Jaime fue vecino de Gonzalo durante los primeros años de la existencia de ambos en el barrio de Canillejas. Los dos tenían la misma edad y los dos aprendieron juntos a jugar a las canicas. Pero el tiempo y sus inquietudes les fueron separando. Gonzalo quería estudiar y vivir en Madrid. Jaime sentía una irresistible atracción por el campo y en cuanto tuvo la primera oportunidad abandonó la urbe.

Regentar un bazar no era el empleo de su vida, pero sí el que le permitía disfrutar con cierta estabilidad del ambiente rural que buscaba. En casa tenía una pequeña huerta, dos perros, doce gatos y una cabra. Sus tres hijos crecían salvajes en aquel huerto, meando en el limonero para enriquecer sus frutos, ajenos a los atascos de

Madrid que se producían cada día a solo cuarenta kilómetros del paraíso.

Terminaron en un bar del pueblo, rodeados de humo, inmigrantes y chatos de vino. Aunque hablaron de él, lo cierto es que, a medida que cogía confianza, Jaime chasqueaba la lengua con disgusto cuando su amigo Gonzalo salía de nuevo a colación.

—Esa vida que lleva él... A mí no... Pero le quiero mucho. Mucho. Hace tiempo que no le veo, pero él sabe que me tiene aquí.

Y cambiaba de tema para hablar de sus hijos, de los tomates de su huerto y de la leche de la cabra. Any se negó a un tercer vaso de vino. Había que conducir de regreso a Madrid, dijo. Y se despidieron con la convicción de que volverían a encontrarse.

La noche era gélida y regresaron al coche. Fue allí, cuando ya estaban dentro del vehículo abrochándose los cinturones, cuando sonó el móvil de Any.

—Dime, Miguel. —Tapó un instante el aparato con la mano para dirigirse al periodista—. Es mi hermano —susurró.

Se puso otra vez el aparato cerca de la oreja y escuchó atentamente la voz del chaval mientras Lorenzo encendía la radio para escuchar las noticias.

—... le han encontrado muerto en su casa, de sobredosis, según ha dicho la policía —explicó Miguel—. O sea, muy fuerte. Qué tío tan pirado. Seguro que se ha suicidado. ¿Cómo no va a controlar eso un enfermero? Y lo más chocante es que mamá está rarísima. Yo me he enterado por ella, pero no porque me lo haya contado, sino porque la he oído desde la habitación. Ese tipo debía de estar loco por la tía.

Any no puso atención a sus comentarios de adolescente. ¿Lamentaba la muerte de Gonzalo? No respiraba y el brazo con el que sostenía el móvil le tembló ligeramente. Pegó el aparato a la oreja. Ante el parabrisas el negro de la noche absorbía sus pensamientos desordenados.

—¿Dónde estás? —le preguntó Miguel.

—Volviendo a casa.

—Bueno, mejor. Porque ya te digo que mamá está fatal. Está rara.

—En media hora estoy ahí.

Lorenzo seguía abstraído en las noticias mientras a ella le invadía un extraño malestar. Revisó los mensajes de su móvil.

GONZALO: Adiós, Any. Solo yo soy culpable de lo que he hecho y debo pagar por ello. Pero si quieres una respuesta verdadera, espera a que te llegue mi regalo.

Lorenzo apagó la radio. El motor estaba en marcha, pero Any no se decidía a arrancar.

—¿Qué pasa?

Por toda respuesta, ella le pasó el móvil con el mensaje de Gonzalo abierto. Luego le contó la noticia que su hermano Miguel le acaba de transmitir. Lorenzo meditó.

—La única manera de entender algo es ver qué es lo que hay en ese *pendrive*.

¡Maldita sea! Me podía haber traído el ordenador portátil. Pero no se me ha ocurrido.

—Vamos a mi casa. Quiero estar allí. Usaremos mi ordenador.

—De acuerdo. Pero dime una cosa, ¿sabía Gonzalo que andabas liada con un periodista?

—¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Bueno, lo digo porque a lo mejor pensó que yo te podía ayudar. Si no, ¿por qué te iba a mandar a ti, precisamente, ese mensaje y este regalo? Ya sabes que lo mío es el periodismo de investigación.

Any estalló en una carcajada. Aquel chico nunca dejaría de sorprenderla. Y aquella carcajada era la forma más eficaz de sacudirse la tensión que la muerte de Gonzalo le acababa de producir. Así que se rio hasta el llanto y él no se ofendió ni se escamó por ello. Al contrario. La situación le pareció divertidamente cómica.

—¿Cuándo empezarás a creer en mí?

—Ya creo en ti. ¡Eres el mejor! —Guardó silencio durante un momento—. No se lo decimos a Jaime, ¿verdad?

El joven periodista negó rotundamente con la cabeza y Any arrancó el coche para abstraerse en sus pensamientos preguntándose si sería capaz de conducir de vuelta a casa. Se concentró en ello. Nada más abandonar el pueblo bajaron el pequeño puerto de montaña por el que se accedía hasta la capital. Abajo, al fondo, se extendía la ciudad como un parque temático engalanado de bombillas. Las nubes negras y grises enmarcaban la imagen deslumbrante de una urbe que, de lejos, solo exhibe su cara más amable. Desde la altura de la sierra se vislumbran luces tintineantes que dibujan rascacielos y serpientes rojas y blancas desplazándose armoniosamente por las arterias de Madrid. Es un festival de luz, un fascinante espectáculo que solo pierde su encanto cuando uno se interna en sus tripas y le ve la cara a la crisis, a la cola del paro, al toxicómano que se chuta una sobredosis, al poblado de chabolas inundado de desperdicios y chatarra, a los tubos de escape gaseando las calles.

En la distancia tampoco hay lugar para las pequeñas cosas hermosas. Any sintió lástima por Gonzalo, enamorado de una mujer mayor que él, una mujer de la alta sociedad. Ella fue testigo excepcional de su sufrimiento en las dos últimas semanas. Pudo comprobar su progresivo deterioro, pero confiaba en que el duelo acabaría antes o después. Le habló de su sentimiento de pérdida, de su definitivo desclasamiento.

—Se avergonzaba de mí —le dijo un día vencido por la tristeza—. Nunca me llevó a una cena con su gente. Nunca quiso que me vieran. Y, a veces, esperándola allí en su casa, amorrado a la televisión, me sentía morir. Pero no podía dejarla.

Ella había intentado consolarle, a sabiendas de la naturaleza de la hermana de su madre, para la cual carecía de interés lo que no estuviera relacionado con el poder y el dinero. En realidad nunca llegó a entender del todo aquella relación salvo que el secreto de su tía, como el suyo propio, se escondiera entre las sábanas.

Hubo momentos, especialmente en la última visita, apenas cuatro días atrás, que creyó que exageraba su pena ante ella. Ahora comprobaba cuán equivocada estaba y

cómo realmente el proceso de Gonzalo era un lento suicidio provocado por un dolor irreparable. Un Romeo del siglo XXI, se dijo a sí misma, mientras esquivaba el afán de conversación que Lorenzo, aburrido, le proponía.

Cuando llegaron a casa, Any comprobó el preocupante estado anímico de su madre que Miguel le había anunciado. Metió a Lorenzo en su habitación y allí le dejó manipulando el ordenador mientras ella iniciaba una difícil maniobra de acercamiento hacia Rosa. Estaba sentada frente a la televisión, el cuello rígido, la tez pálida, la mirada perdida entre los colores de la pantalla. Any le acarició un brazo. Luego le tomó la mano izquierda y la cobijó entre las suyas.

Y así, entrelazadas, Rosa le contó cómo esta nueva muerte le retrotraía a la de su hermana. Le dijo que deseaba intensamente olvidar todo lo sucedido, borrar de su cabeza un final que Ana no merecía. Que por las noches, las pesadillas la despertaban porque su hermana, convertida de nuevo en la niña que fue, gritaba desesperada mientras se agarraba la tripa, asustada, agujereada por un montón de cuchilladas. Y que ella la miraba impasible aun sabiendo que debía ayudarla y tapar con sus manos aquellas heridas para que la sangre dejara de brotar, incontenible. También le dijo que una parte de ella se había ido con Ana. Que algo había muerto en su interior.

—En los primeros años, cuando la abuela nos llamaba para ir a la mesa o para que dejáramos de pelearnos o para cualquier otra cosa, siempre la llamaba primero a ella y luego a mí. Ya sabes, lo normal es empezar siempre por el mayor. «Ana, Rosa, a comer», nos gritaba. «Ana, Rosa, a estudiar.» «Ana, Rosa, ayudadme en la cocina.» Pero un día, haciendo bromas sobre nuestros nombres, nos anunció: «A partir de ahora os llamaré Rosana». Nos reímos. Discutimos la oportunidad de ese cambio. Empezó a hacerlo de broma y a hablarnos en singular. «Rosana, ven a comer», y nosotras corríamos a la cocina muertas de risa. «Rosana, no me gusta nada ese pantalón que te has puesto hoy.» Y nos mirábamos la una a la otra intentando desentrañar a cuál de las dos se refería. Casi siempre se refería a las dos, porque aunque fueran de distinto color el problema es que eran demasiado estrechos, demasiado atrevidos para ella. Y la broma se fue extendiendo. Si una de las dos rompía algo o se quedaba con un poco de dinero de la compra confesábamos que, sí, que había sido Rosana. Y si nos encontraban un preservativo en el cajón de la mesilla contestábamos lo mismo...

Aquella anécdota la rescató del llanto y ahora Rosa hablaba con una torcida sonrisa. Any le pasó de todos modos un pañuelo de papel para que pudiera quitarse todo rastro de lágrimas y luego dejó caer la cabeza sobre las piernas de ella. Su madre le acarició el pelo; ausente.

—A veces he pensado... Yo quiero mucho a Miguel y a Lucas, pero a veces he pensado si querría a una hermana igual que a ellos. Si sería diferente.

—¿Por qué no? Les querrías a todos igual.

—No dudo de que los querría a todos igual. Solo me pregunto si sería de la misma manera. ¿Cómo querría yo a una hermana? ¿Nuestras conversaciones serían

distintas? Supongo que sí. —Any miraba intensamente al techo; abstraída.

Su madre guardó un largo silencio y cuando Any creyó que ya no respondería a sus cuestiones, Rosa inició su monólogo.

—Bueno, es que cuando llegas ella ya está ahí. —Sonrió—. Supongo que para mí el mundo era desde el primer día vivir con un papá, una mamá y una enanita mandona que seguro que me daba besos muerta de celos por mi inoportuna llegada. Ja, ja. Mi madre me comentó algo al respecto. Me besaba porque ellos me besaban y porque cuando lo hacían la felicitaban por ello, así son los niños. Pero como te decía apenas tengo recuerdos de mi infancia sin ella y para mí era todo. La Ana de mi infancia y de mi juventud era maravillosa. Me cuidaba, me enseñaba, me hacía compañía, me ilustraba... No sé cómo hubiera crecido sin ella, pero sí sé que habría sido todo mucho peor, mucho menos divertido, mucho menos interesante y mucho menos intenso. Ana y yo éramos muy distintas, así que cuando por fin nos olvidamos de las muñecas empezamos a hacer nuestras amistades por separado; nuestras vidas tomaron caminos diferentes, lo que era doloroso y emocionante a la vez. Habitualmente yo me sentía incómoda con sus amigos y ella no soportaba a los míos, y aceptar eso nos costó una crisis que a mí me hizo madurar. Sufrí su marcha mucho antes de que se fuera de casa. Ella era una chica de matrículas de honor, una intelectual, una persona con recursos y una ambición exagerada y contagiosa. Así, mientras yo andaba todavía perdida intentando saber quién era y qué buscaba en la vida, ella brillaba con luz propia y se alejaba un poco más cada día. Nuestros contactos empezaron a espaciarse y eso me confundió enormemente hasta que comprobé que eran cada vez, al mismo tiempo, más intensos. Cuando volvíamos a vernos éramos de nuevo nosotras dos y ni el tiempo ni el espacio parecía habernos separado un minuto. Íbamos cambiando, claro, pero nos reconocíamos inmediatamente. Y ella, sobre todo, me escuchaba y me atendía. Me protegía. Esa era la sensación que yo tenía con ella. Me mimaba y me protegía. Sabía que era superior, pero también que ella me necesitaba tanto como yo a ella, aunque de manera distinta. Confieso que para dar cada paso en mi vida he necesitado contar con... yo te diría que con su aprobación. Ella no. Era una persona determinada que jamás habría buscado mi consejo. Pero me necesitaba porque, simplemente, me quería; era como su niña, a pesar de que solo nos llevábamos dos años... Pero, bueno, vaya rollo que te estoy contando. Ni siquiera soy capaz de contestar a tu pregunta.

—La verdad es que no. Todo lo que me cuentas es parecido a lo que yo puedo sentir por Miguel o por Lucas y viceversa.

—Y sin embargo, supongo que debe de haber alguna diferencia. A dos mujeres les une algo imposible de compartir con un varón.

—Sí, claro, la regla y todo eso —bromeó Any.

—Pues sí, me parece que es la regla «y todo eso» como tú dices. Crecer es para nosotras descubrir un mundo hostil por el que tienes que aprender a moverte con cautela. Te llega la regla y mientras tus primos y tus amigos siguen haciéndose

aguadillas en la piscina, de pronto tú te ves físicamente disminuida, con dolor de tripa y de cabeza, sentada bajo una sombrilla y cubriéndote bien la entrepierna para que la sangre, viscosa, no te delate. Y ahí tienes a tu hermana para entenderte y explicarte qué es lo que te está pasando y para reírse de todo eso también. Es una compañera de contrariedades para afrontar las decepciones que te aguardan por el simple hecho de ser una chica. Te enfrentas a las primeras experiencias sexuales, tan difíciles al principio para nosotras, tan peligrosas... ¿Crees que los hombres pueden entender hasta qué punto tienes miedo de hacer el amor las primeras veces? Miedo a hacerte daño, miedo a que te lo hagan, miedo a no saber disfrutar, miedo a quedarte embarazada.

—Mamá, por dios, eso ahora ya no es así... —La voz de Any sonó impaciente y algo despectiva.

—No, supongo que no.

Rosa se sintió ridícula. ¿Cómo resumir en palabras lo que nunca había expresado? ¿Por qué no le había dicho a Ana todas estas cosas? ¿Por qué el destino las había separado definitivamente sin siquiera darles un minuto para despedirse? ¿Qué hubiera pensado ella? Ana siempre había estado ahí y ahí debía haber seguido. Si no hubiera sido por... ¿Su mala cabeza? El dolor le rompía por dentro. Ana supo cuidar de su hermana pequeña pero no fue lo suficientemente inteligente como para cuidar de sí misma. Le era difícil aceptar esa idea sin odiarla, sin cambiar definitivamente su opinión sobre ella. Gonzalo. Solo Gonzalo era el culpable de su tragedia. Su suicidio era la confirmación de todas las sospechas. Ese hombre maldito se había llevado a Ana, cuando tenían todavía tantas cosas que decirse...

Any se desperezó y se incorporó sobre el sofá. Luego miró la hora. Su madre creyó oportuno colaborar en su fuga.

—Es tarde, sí. Me voy a la cama.

Any se levantó, le acarició despreocupadamente la cabeza, le estampó un rápido beso y desapareció del salón camino de su dormitorio.

En él encontró a Lorenzo enfrascado en el ordenador y tomando notas. No parecía muy entusiasmado, pero aun así le hizo un breve resumen antes de que ella hubiera cerrado del todo la puerta del cuarto. El dispositivo de almacenamiento masivo contenía unos cuarenta documentos de difícil comprensión, todos ellos pertenecientes o relativos a la empresa inmobiliaria Faugosa, que le sonaba vagamente. Prácticamente todos los documentos —no le había dado tiempo a revisar más que una mínima parte— eran del año 2002 y contenían asientos contables, tasaciones de suelo, tasaciones de inmuebles, escrituras de compraventa... Vio también un pequeño informe con el membrete de la consultora CityLimits. Y casi todas las cifras que había observado a voleo eran disparatadamente grandes. Había un terreno valorado en casi 10 000 millones de pesetas (60 millones de euros, según se traducía en el mismo documento) y una cifra de activos de la compañía que superaba los 830 billones de pesetas, lo que equivalía a casi 5000 millones.

—En definitiva, que no entiendo nada. Bien es verdad que, como sabes, el periodismo económico no es lo mío.

—¿Por qué me suena tanto Faugosa?

—Podemos hacer una búsqueda rápida por Internet.

—No. Déjalo. Estoy cansada y si empezamos a mirar ahora nos vamos a enrollar. Mañana lo vemos.

—Mejor. Mañana me toca turno matutino y me tengo que levantar pronto.

—Yo, como sabes, siempre tengo turno de mañana.

Lorenzo abandonó el ordenador y recogió sus cosas perezosamente. Ella le observaba dubitativa. Podría invitarle a dormir, pero no sabía si quería. Él se puso el jersey y se acercó a la cama a coger su abrigo mientras hablaba para sí.

—Ya me voy, ya me voy. Noto que me estás echando.

Con el abrigo aún en la mano se acercó a ella, la atrajo hacia sí y la besó. Luego, forzando suavemente el cuerpo de la joven hacia atrás, le hizo perder el equilibrio y cayeron juntos en la cama. Una vez ahí, Lorenzo empezó a hacerle cosquillas en los costados. Any gritó, excitada, convulsionándose bajo el cuerpo de él. Lorenzo se reía. Había descubierto el poder relajante de ese juego de niños en su atormentada amiga. Luego, se puso en pie casi de un salto, triunfante, y salió de la habitación.

Any no tuvo tiempo de acompañarle a la puerta. Tampoco de dudar más. Invitarle a su cama cuando él ya había alcanzado la puerta de casa hubiera quedado ridículo. Y entonces se preguntó con un mohín caprichoso en los labios por qué él no le había dado esa oportunidad; por qué no había insistido un poco. Se encogió de hombros y empezó a desvestirse pensando en Gonzalo y su inesperado final. Aquel broche disipaba por completo todos los reproches acumulados contra él y, le avergonzaba admitirlo, su inconfesable aventura con aquel maestro del erotismo se desvanecía irremediabilmente, desaparecía de su vida porque a partir de ahora sería solo un lejano recuerdo con nadie compartido.

En la entrada del hotel Ritz se agolpaban los coches oficiales. La calle estaba prácticamente intransitable a esas tempranas horas de la mañana. Los conductores se peleaban entre sí. Ninguno quería abandonar su puesto de vigilancia junto a la puerta aunque sus grandes vehículos blindados entorpecieran el paso de los menos madrugadores. Dos magníficos porteros de vistoso uniforme observaban el espectáculo con medido desinterés. Entre los viandantes que pululaban por el lugar solo había aquella mañana dos tipos de personas: los periodistas y los guardaespaldas. Los primeros vigilaban con una sonrisa meliflua cuando saludaban a un ministro o a un gran ejecutivo. Los segundos observaban cada movimiento a cara de perro y con gafas de sol a pesar de la grisura del ambiente.

Dentro, el hormiguero estaba animado. Se formaban pequeños grupos cambiantes de gentes que se saludaban con aparente afecto. Alguno respondía a las preguntas de los periodistas, formados en corro e iluminados por los focos de las cámaras televisivas. Otros preferían ir directamente a los asientos que les habían asignado. Unos grandes paneles distribuían ordenadamente a los invitados. A los importantes y a la prensa les aguardaba una silla en el Salón Real, el mismo donde se situaba la mesa presidencial y el invitado del día: el comisario europeo de Economía. El resto debía conformarse con los salones adyacentes, desde los cuales seguirían la conferencia y el posterior debate a través de las pantallas de televisión instaladas al efecto.

Federico Almansa llegó exactamente con cinco minutos de antelación a la hora oficial fijada para el inicio del evento. Este tipo de desayunos le importunaban sobremanera, pero los consideraba útiles y, por suerte, no vivía lejos del hotel. De hecho, las cuatro veces al año que acudía a uno de estos acontecimientos sociales madrugaba menos que otros días. Esa era una ventaja, si bien la más importante de estos desayunos era mucho más intangible. En estos acontecimientos sociales, la gente como Almansa disponía de multitud de ocasiones para intercambiar un cumplido con un alto cargo o para recibir una pequeña confianza de otro empresario. El contacto con los periodistas era un elemento de mayor incertidumbre. En ocasiones, Almansa había sacado buen provecho del mismo, pero en otras las preguntas le habían incomodado. En este punto se solidarizaba con los políticos, que solían quejarse amargamente del perverso interés de la prensa por los asuntos más

controvertidos y de la ulterior interpretación que realizaban de sus gestos y palabras. Solo un puñado de avezados próceres eran capaces de marcar su propio ritmo a los periodistas, una cualidad que el resto achacaba con envidia a inconfesables prácticas.

Salió de su coche con su terno y su cuello rígido característico. Un par de disparos de cámara fotográfica le dieron la bienvenida. El director de una cadena de radio coincidió con él en la puerta de entrada. Se saludaron cordialmente y continuaron juntos el camino por las alfombras. A su lado, el periodista directivo parecía más un bufón que uno de los invitados. Una cámara les enfocó y, entonces, el periodista elevó el pecho, recuperó la verticalidad de su espalda y siguió departiendo con el empresario. Finalmente, Federico Almansa aceleró el paso y dejó atrás a su acompañante mientras enfilaba el camino de la mesa presidencial. Muchos se detenían ante los paneles o preguntaban a las azafatas para identificar el lugar que les había correspondido. Almansa continuó avanzando con paso decidido. Su secretaria se ocupaba de informarle de estos pequeños detalles la misma víspera y en este punto había pocos sobresaltos: siempre tenía un hueco en la mesa presidencial. De otra manera, habría declinado la invitación a acudir a un evento de tales características.

Hoy compartiría café con cuatro ministros, cinco presidentes de banca y otros tantos ejecutivos de su mismo nivel. En el centro, obviamente, el conferenciante del día.

Una jovencísima azafata le condujo durante los últimos metros hasta su silla, a pesar de lo innecesario del gesto. Era una chica de piel de chocolate embutida en un sedoso vestido de color verde pistacho. Caminaba exageradamente erguida sobre unos elevadísimos zapatos de tacón fino que aumentaban su talla hasta el metro ochenta. Rondaba los veinticinco años y, a pesar de su natural belleza, mostraba un rostro densamente maquillado y unos ojos profusamente perfilados por el rímel. El pelo, que le llegaba hasta la cintura, flotaba cayendo en cascada hasta el punto central en que la espalda termina. Federico Almansa la siguió, pero apenas reparó en ella. Solo en esta sala principal había otras diez azafatas cortadas por el mismo patrón perfecto y exquisito.

Muchos de los invitados ya estaban sentados. Otros, como Almansa, permanecieron de pie junto a su silla unos minutos más saludándose mutuamente. Olía a perfume masculino y por los altavoces se oían unas notas reiterativas que indicaban que el espectáculo estaba a punto de comenzar. Los periodistas quedaron relegados a un par de mesas del fondo del salón. Algunos estiraban el cuello y movían la cabeza de un lado a otro, lentamente, escrutando todos los detalles.

José Luis Inciarte saludó a Almansa con entusiasmo. Sus sillas estaban muy cerca y lo celebraron. Pero a partir de ahí el presidente de Hidressa, la empresa que en el pasado fue pública y que hoy era una de las compañías energéticas más importantes de Europa, apenas pudo moverse del lugar, pues estaba recibiendo los afectuosos saludos de sus pares, que casi en romería le estrechaban la mano uno tras otro. Cuando ya todos parecían a punto de tomar sus asientos Almansa se vio de frente, a

un palmo de su cara, con uno de los hombres más ricos de España.

A Faustino Gómez hacía tiempo que le sobraba el apellido. En todos los mentideros del país, hablar de Faustino era hablar de Faustino Gómez. En la actualidad era el presidente, y dueño casi absoluto, de Fauscartera, S. A., propietaria a su vez de una importante cartera de valores y de bienes inmuebles con participación en al menos una decena de empresas, entre las que destacaban la eléctrica Electrasa, la inmobiliaria Áticos Reunidos y la compañía farmacéutica EstarBien S. A. Todas ellas estaban a su vez participadas por una constelación de otra docena de empresas. Un entramado, en fin, que le había valido para aparecer un par de veces en el ranking de los cien personajes más ricos del mundo de la revista Forbes.

Los escándalos habían perseguido a Faustino Gómez desde el comienzo de su carrera, pero este hombre de ruda extracción era un superviviente. Y aunque al principio la élite económica y política le rehuía, lo cierto es que al cabo de los años había logrado hacerse hueco en su mesa. La gran ventaja de Faustino era su carácter campechano y, sobre todo, la liquidez de la que disfrutaban sus negocios. Al menos en un par de ocasiones había salido ya al rescate de esos endomingados y arrogantes próceres de la economía española. Veinte años atrás había acudido a la ampliación de capital de un banco dirigido por el hijo del fundador; un hombre bien educado que había demostrado a todas luces su ineptitud para un puesto que nadie habría osado disputarle. Fue una inyección de liquidez —a cambio, aparentemente, de nada— que salvó no solo al banco, sino la propia imagen de su directivo, y un gesto que no pasó desapercibido a ninguna de las grandes sagas familiares del país.

En la segunda ocasión, la operación fue de mayor riesgo. Aceptó quedarse una empresa satélite de Caja de Madrid y Ciudad Real de la que se habían enseñoreado los políticos sin futuro acreedores de favores pasados y que se encontraba en la ruina más absoluta. Madrid Capital, S. A., que había nacido tras una campaña de propaganda propia de una estrella de la canción, se había convertido en pocos años en un lastre para los directivos de una caja de ahorros en la que las batallas por el poder se dirimían en las páginas económicas de los periódicos. Darle salida y, de paso y de forma indirecta, desprenderse de todos aquellos parásitos incrustados en la telaraña de Madrid Capital fue un fantástico golpe de efecto.

Una vez privatizada la firma y fuera del foco de la prensa, Faustino tuvo las manos libres para operar como un frío cirujano. Madrid Capital fue el germen de Áticos Reunidos. En los primeros tiempos, la prensa publicó algunas malintencionadas informaciones que apuntaban a que Faustino, lejos de haberse sacrificado por los directivos de la caja de ahorros, se había hecho, en realidad, y a precio de ganga, con una empresa cuyos activos podrían ascender a los 3000 millones de euros; tres veces más, en definitiva, del desembolso que Faustino tuvo que hacer para quedársela, si es que alguna vez sacó verdaderamente el dinero de alguna parte. Los periodistas se cansaron de indagar porque, entre otras cosas, nadie mostró después, ni siquiera los sindicatos de la caja de ahorros, el más mínimo interés por

aportar detalles al respecto. Áticos Reunidos era ahora una empresa eficaz y saneada que estaba capeando como ninguna el temporal de la debacle inmobiliaria. Faustino era un genio y no resultaba, por tanto, sorprendente que en 2007 la misma prensa que husmeó en sus escándalos le nombrara empresario del año.

Faustino palmeó la espalda de Federico Almansa y este le correspondió con cortesía. Los dos eran hombres bien distintos. Faustino apenas medía un metro setenta, era calvo y su prominente barriga siempre le precedía de manera ostentosa. No tenía estudios universitarios, lo que la prensa había publicado hasta la saciedad, y se le adjudicaba una agudeza y un olfato para los negocios que ya quisieran para sí muchos licenciados en Harvard. Federico Almansa era, por el contrario, alto y espigado; el fiel retrato de un aristócrata sin título. Políglota, culto y de familia adinerada. Nadie ponía en cuestión su habilidad para los negocios y la dirección de la empresa que manejaba; ni para bien ni para mal. Todos sabían que había tenido sus altibajos, pero Almansa pertenecía a una casta superior desde el origen de los tiempos y eso no alimentaba sencillos juicios de valor.

Cuando todos habían tomado asiento, el comisario europeo hizo una brillante y abigarrada exposición sobre los desafíos de la crisis y después se prestó a contestar las preguntas de los invitados. De maestro de ceremonias ejercía el director de una agencia de noticias que se había especializado en este tipo de acontecimientos, lo que le daba la oportunidad de desplegar todas sus habilidades y seguir aumentando el tamaño de su cuenta corriente. Fue él, por cierto, el que anunció que próximamente contarían en aquel mismo foro con la presencia del presidente del Gobierno y fue él también el que dio a conocer a los presentes la asistencia al evento de Julián Salcedo, el nuevo director ejecutivo de Telefisa, que hizo un breve amago de levantarse de su silla a modo de saludo para los allí reunidos, quienes le buscaron con la mirada para, a continuación, dedicarle una discreta ovación.

Federico Almansa fue uno de los pocos que rehusó tomarse la molestia de contemplar al aludido. Le conocía. Era la mano derecha de Ana Ruiz-Benegas, el hombre que llevaba dos años trabajando con ella. Ahora, un golpe del destino le había situado en su lugar. Nadie en Telefisa dudó de que el mejor sustituto de la gran ejecutiva sería Julián Salcedo. El nombramiento se había producido cuatro semanas después de la muerte de su amiga. Que ocupara su lugar era quizá la principal razón de su desprecio, pero no la única. Almansa estaba convencido de que el penúltimo ascenso de Salcedo era un error de su amiga; un error de apreciación. Probablemente se lo impusieron. Ella nunca le dio detalles, pero después de tantos años sabía cuándo su estimada Ana se entusiasmaba con alguien o, simplemente, lo aceptaba de buen grado.

Miró el reloj. Eran casi las diez. Tenía prisa por salir porque acababa de tomar una decisión de cuya ejecución no quería olvidarse.

Any entró en el restaurante con quince minutos de retraso. Desde la mesa, la mano de Lorenzo le hizo señas para que dejara de otear por entre el resto de los comensales. Se dedicaron una sonrisa y ella sorteó el resto de las mesas hasta alcanzar la de su amigo. El restaurante estaba prácticamente repleto. Los camareros se movían con agilidad por entre el público con las piernas enfundadas en un largo mandil blanco que estilizaba sus caderas. Il Piccolo no era una pizzería, sino un restaurante de mayor ambición especializado en pastas y finas ensaladas compuestas de productos de primera calidad. La pareja había decidido tirar la casa por la ventana. Los dos habían acudido al lugar emocionados por la sorpresa mutua que se habían preparado el uno al otro.

Un camarero retiró la silla para que Any se sentara más confortablemente al tiempo que se llevaba su abrigo. Otro se acercó enseguida preguntando por la bebida y tales gestos vinieron a acrecentar el sentimiento de ambos de que esta era una cita especial. Encargaron una botella de Chianti que Lorenzo había seleccionado previamente de la carta de vinos y una jarra de agua. Cuando se quedaron solos, se besaron radiantes. El lugar elegido les pareció el más adecuado. La luz eléctrica era tenue, casi inexistente. En su lugar, las velas ofrecían una verdadera sensación de intimidad. La emoción de la felicidad hizo presa de ambos.

Para saborear el momento con deleite aguardaron a que llegara el primer plato antes de entrar en los asuntos que les habían reunido allí. Discutieron. ¿Quién empezaría primero? Estuvieron a punto de jugárselo a cara o cruz. Finalmente, decidieron que empezaría Lorenzo con sus novedades, dado que su relato iba a ser largo. Ella aseguró que se sentiría capaz de esperar hasta los postres, porque, en definitiva, sus novedades eran sencillas y rápidas de explicar. La cuenta la pagaría ella, como habían acordado de antemano, ante lo cual Lorenzo no rechistó. «Cuando te lo cuente comprenderás hasta qué punto me he ganado esta cena», dijo. Brindaron, se volvieron a besar y él inició su relato:

—Faugosa. ¿Te acuerdas? ¿Qué era Faugosa? Pues como parecía evidente por los documentos que vimos en tu ordenador, Faugosa era una inmobiliaria de mediano tamaño que en los años noventa creció casi desde la nada hasta lograr convertirse en una firma reconocida, de prestigio, con presencia en casi toda España y más especialmente en Madrid, Valencia y Andalucía. En el año 2001 es adquirida por el

Banco Toledano por la bonita cifra de veintidós mil trescientos millones de pesetas. Su dueño y fundador era entonces un empresario relativamente desconocido, Faustino Gómez. Hoy, como sabes, es uno de los hombres más ricos de España.

Any empezó a balbucear con la boca todavía medio llena por la mozzarella con tomate que estaba degustando. Lorenzo le hizo un gesto imperativo con la mano. Había sacado un par de papeles del bolsillo, donde había garabateado algunas anotaciones a mano.

—No me interrumpas. Espera, que me lo he preparado todo a conciencia. —Bajó la mano y carraspeó un poquito—. Me he tomado la molestia de traducirlo a euros. Son solo ciento treinta y cuatro millones de euros. Una cifra que ahora, casi diez años después, parece insignificante. Pero es una pasta, un montón de dinero. Y es, de hecho, el origen de la inmensa fortuna de Faustino. O eso parece. Porque es a partir de entonces cuando empieza a aparecer en la prensa, a comprar empresas, a generar nuevas firmas... Todo parece indicar que Faugosa fue su gran pelotazo; un evidente éxito empresarial, ¿verdad? Y sin embargo... Apenas dos años más tarde el Banco Toledano empieza a tener serios problemas. Algunos analistas hablaron entonces de la mala gestión de su presidente, Federico Almansa. Te suena, ¿no?

Any le miró con cara de sorpresa. Abrió los ojos desmesuradamente mientras Lorenzo le recordaba con su mano la promesa de no interrumpirle. En su lugar, apuró su copa de vino y siguió escuchando.

—Entre los ejemplos de la mala gestión que le adjudicaban se citó en un par de artículos la compra, precisamente, de Faugosa. La verdad es que en ninguno de los artículos que he visto hay grandes explicaciones al respecto. Simplemente, la citan. Pero la realidad es que la CNMV inició una investigación sobre aquella transacción que, finalmente, quedó en el olvido; especialmente cuando el Banco Toledano terminó tres años más tarde engullido por uno de los bancos más importantes de Europa. Federico Almansa, que entonces era todavía un valor en alza, abandonó la entidad y dejó de aparecer en los titulares de prensa durante una larga temporada. Final del preámbulo.

El camarero se había acercado a preguntar si todo estaba a su gusto y si necesitaban algo más de vino. Apenas le hicieron caso.

—Sábado, 12 de febrero del año 2005. ¿Recuerdas?

Any negó con la cabeza. Aquella fecha no le decía absolutamente nada y además, cinco años atrás, apenas terminada la carrera, estaba fuera de España cursando un master de economía.

—Once de la noche en el edificio Windsor. Una directiva se ha quedado trabajando en su despacho del piso veintiuno hasta esa hora. Trabajando y fumando. Según su propio relato, el último cigarrillo lo apagó concienzudamente a eso de las diez y media de la noche. A las once y diez minutos, según el registro de salidas, abandona la torre. A las once y quince un chivato acústico y una luz en el panel de control avisan a los vigilantes de que hay fuego o humo en la planta veintiuno. La

investigación posterior concluyó que todo pudo ser debido a una colilla mal apagada arrojada a la papelera. Me pregunto si la pobre directiva no ha enloquecido o se ha ido a las Bahamas. Pero esa es otra historia. Uno de los cuatro hombres que están de guardia esa noche sube a comprobar y, en efecto, observa que hay fuego en el despacho de esa directiva de la planta veintiuno y que está cerrado con llave. Baja a por la llave maestra y vuelve a subir con un compañero, pero no pueden abrir la puerta. Hay algo que les dificulta su apertura, dijeron después. Además, comprueban que con los medios que tienen serán incapaces de apagar el incendio. Cuando empiezan a bajar por la escalera ya suben los bomberos, a los que ellos mismos han alertado desde el primer momento. Lo demás creo que te lo sabes. El incendio es espectacular. Todo el país lo sigue prácticamente en directo por televisión como cuatro años antes había seguido la caída de las Torres Gemelas. Es una cuestión de mala suerte. Las obras de rehabilitación del edificio están por terminar. No ha dado tiempo a instalar un sistema más moderno de detección de incendios con extintores automáticos. La red ya está instalada, pero no los rociadores, que quizás habrían terminado con el fuego en pocos minutos. En apenas un par de horas, uno de los símbolos de Madrid queda arrasado por las llamas. Es un edificio singular, de treinta y cinco plantas, aunque solo 28 de ellas están sobre el nivel del suelo. A diferencia de las Torres Gemelas, sin embargo, el edificio no se colapsa. Las plantas superiores caen como naipes, pero la planta diecisiete, la llamada planta técnica, soporta, para alivio de todos, el derrumbe superior sin generar un peligro mayor. No hay víctimas. Ese día han pasado por el edificio hasta ciento cincuenta personas, pero a esas horas de la noche solo están los cuatro vigilantes, que salen totalmente ilesos del incendio más grande jamás registrado en la capital de España.

—Lorenzo, me tienes en ascuas. Espero que todo esto tenga algún sentido. ¿Qué tiene que ver Faugosa con el incendio de la torre Windsor?

—El nexo se llama CityLimits. —La miró con una media sonrisa. Se llevó la copa a la boca y apuró su vino. Luego se sirvió un poco más y acabó su primer plato. Ella hacía rato que lo había terminado. El narrador se recreó en sus *pappardelle*, dio otro sorbito al vino y prosiguió, ufano y seguro de estar obteniendo la atención y quizá la admiración de ella—. CityLimits es el nexo, Any.

Ella asintió sin convicción. Todo aquel suceso lo guardaba su memoria en una gran nebulosa. A Estados Unidos no llegaron muchas noticias de lo ocurrido y solo a posteriori le contaron cosas, casi siempre sesgadas por la experiencia personal del que se lo relatara. En acontecimientos de este tipo termina siendo más importante qué estaba haciendo uno en ese momento o qué pensó que lo realmente ocurrido. Su amigo continuó el relato.

—En ese momento, CityLimits ocupaba veinte plantas del edificio Windsor. Era el principal inquilino de la torre. Trescientos empleados de la firma auditora trabajaban en el edificio. La planta veintiuno era de CityLimits. La mujer que, según todos los indicios, provocó la debacle era una directiva de CityLimits. Por cierto, esta

misma firma fue cuatro años antes víctima del atentado de las Torres Gemelas, pues también allí tenían oficinas. En España, en ese momento, auditaba más de veinte compañías del Ibex 35.

—Sigue siendo una firma importantísima. Continúa. —La impaciencia y la curiosidad convirtieron su ruego en casi una orden.

—De lo que te voy a contar ahora seguro que te acuerdas más todavía. A las tres de la mañana de aquella noche del incendio, un abogado catalán hace una extraordinaria filmación con su cámara doméstica desde un edificio próximo. Las imágenes se muestran después en todas las televisiones. A la altura del piso trece se distingue la silueta de dos personas dentro del edificio. Parecen llevar casco y uno de ellos parece también (las imágenes no son de buena calidad) portar una linterna. Uno se lleva en un momento dado una mano a la cara. ¿Hablaban a un micrófono? ¿Leía un papel? Nadie lo sabe. El abogado llama a los bomberos cuando ya son casi las cuatro de la mañana para alertarles de la presencia de esas dos personas, pero estos le contestan que es imposible, que dentro de la torre no hay absolutamente nadie.

—Sí, de todo eso sí que me acuerdo. Pero una investigación posterior demostró que era un efecto óptico, que se trataba del reflejo en una de las ventanas del Windsor de dos individuos que estaban en un edificio próximo.

—¡Error! —canturreó como el locutor que está presentando un concurso de televisión—. Esa investigación de la que hablas fue solo un informe preliminar de los propios bomberos, que hasta se atrevieron a afirmar que esas dos personas reflejadas en el Windsor estaban dentro del edificio La Estrella, muy próximo a la torre incendiada. Lo cierto es que la investigación judicial concluyó un año más tarde con el archivo de la causa penal, pues pareció evidente que el incendio no fue intencionado, pero en ese mismo escrito del juez se descarta totalmente que esas sombras que filmó el abogado fueran un reflejo. O sea, en la planta número trece del edificio Windsor había esa noche dos personas. Es un detalle que el juez consideró irrelevante, pues no cambiaba nada el hecho que se investigaba: el incendio de la torre. Pero aquí es donde puede estar la clave que buscamos.

Hizo un pequeño receso. Saboreó su *carpaccio* de buey, que había sazonado con un poco más de aceite puro de oliva. Mojó con el pan un poco de la salsa y ella aprovechó el momento para romper el silencio.

—Pero tú, ¿cómo sabes todo eso? ¿Cómo has averiguado toda esta historia en solo dos días?

Él sonrió complacido mientras hacía un barquito más sobre su plato aceitoso.

—No te lo vas a creer. Me jode no poder ponerme una medalla, pero lo cierto es que todo esto, TODO, está publicado. No entiendo cómo la gente piensa que ha llegado la hora de que los periódicos desaparezcan. ¡Ay!

—¿De verdad?

—Sí, sí, de verdad. Solo he tirado de hemeroteca. Bueno, a decir verdad, también me ha ayudado un poquito un colega de la sección de economía. Los periodistas son

una mina de información, sobre todo cuando cuentan todo lo que no han publicado o, mejor dicho, todo lo que no han podido publicar.

—Bueno, sigue.

—En un primer momento, la consultora CityLimits reaccionó ágilmente. Un portavoz de la compañía calmó a sus importantes clientes y a las autoridades públicas asegurando que de todos los documentos contenidos en los ordenadores y los cajones de la firma se guardaba copia en un almacén situado fuera de Madrid. Pero que, además, de mucho de lo devorado por las llamas seguía habiendo copias en los ordenadores personales de los auditores, que habitualmente portaban permanentemente. Pero ¡qué mala suerte! Tras la denuncia de la CNMV, la fiscalía anticorrupción investigaba la compraventa de Faugosa. Sospechaba que había desfases contables. Y justamente unos días antes del incendio había pedido formalmente a CityLimits que le entregara todos los soportes documentales de la auditoría hecha precisamente en esa época, en el año 2002. Como digo, fue mala suerte, porque resultó que CityLimits no pudo entregarlos. Aseguró que justamente de estos no guardaba copia porque eran antiguos y que lo que había en la torre se quemó totalmente en el incendio. Por aquellos días, por cierto, Faustino Gómez no hizo declaraciones. Ni se defendió ni rechazó las sutiles acusaciones que hicieron algunos columnistas, de modo que la prensa se olvidó del asunto y nadie pareció interesarse nunca más por ello.

Any siguió mirándole en silencio, pero Lorenzo hizo muestras de haber terminado su relato.

—Bueno, y entonces...

—¿Te parece poco?

—No, pero es que en realidad no tenemos clave ninguna. Esos «soportes documentales» se perdieron, se quemaron. Nadie se ha interesado por ellos. Nada indica que... —Any dejó su vaso de agua sobre la mesa con un cierto estrépito y se dio una pequeña palmada en la frente—. ¡Esos «soportes documentales» son los que tenemos en el pendrive!

—Parece evidente.

—Pero ¿cómo llegaron hasta Gonzalo? Todo esto es un galimatías.

—Eso es lo que tenemos que averiguar ahora. Pero como primera medida te propongo que no hablemos a nadie de esto.

Any se encogió imperceptiblemente. La muerte de su tía había sido hasta ahora un accidente. Una cuestión de mala suerte. A cualquiera le puede ocurrir, aunque es muy improbable, que a una le asalten en la calle y la cosan a navajazos. La muerte de Gonzalo era triste, tremenda, pero también una consecuencia lógica y trágica de un accidente anterior. Ahora todo cobraba para ella perfiles inquietantes. Lorenzo retomó la palabra. Hasta este momento, su investigación había sido un divertimento. Su propia frase, copia de las películas de serie negra, y la mirada asustada de ella le transportaron en milésimas de segundo a la realidad. Su voz sonó ahora un poco

distinta. Más insegura.

—Yo creo que Jaime no sabe nada.

—Yo también. Acuérdate que dijo que hacía casi dos años que guardaba allí el caballo, que hacía mucho que no veía a Gonzalo... No, no creo que se haya tomado el más mínimo interés ni en curiosear. No creo que tenga ni ordenador en casa.

—Eso casi seguro.

Ambos se mantuvieron en silencio un buen rato; absortos. El camarero les ofreció los postres y pidieron dos tras analizar la carta. Quizá para prolongar la cena y, sobre todo, otorgar un poco más de tiempo a sus pensamientos y ordenar sus ideas.

—Gonzalo era un tipo listo, Lorenzo. Lo sé. Podía haber elegido otros métodos para hacerme llegar los documentos. Hay cajas de seguridad, apartados de correos... Si eligió este es porque sabía que por ahí nadie rastrearía. Me acuerdo que una vez un banquero, padre de un amigo mío, me contó cómo hace muchos años distribuían el dinero en las sucursales de los pueblos en un coche normal. «Todo el mundo puede vigilar los movimientos de una furgoneta blindada, pero a nadie se le ocurriría sospechar de un Seat 600», me explicó. Dice que lo hizo un par de veces y por circunstancias especiales. En fin, bueno, quiero decir con esto que el sistema de Gonzalo es tan simple... Ahí está su ventaja.

—Tienes razón. Espero que sea así.

—Pero, Lorenzo, tú llevas dos días con este asunto. ¿Cuál es tu tesis?

—No lo tengo claro todavía. Las cifras que aparecen en esos documentos son astronómicas. Lo que Anticorrupción llama «desfases contables» se refiere seguramente a que muchas de las partidas estaban hinchadas artificialmente.

—Pero eso lo habría detectado el auditor.

—Dice mi colega de *El Globo* que hace años las normas no eran tan estrictas. Acuérdate de Enron y compañía. Y mira lo que está pasando ahora. Estamos viendo empresas sobrevaloradas con el único fin de que sus directivos puedan cobrar primas millonarias.

—Eso es verdad.

—Pero bueno, a lo que vamos. Voy a aventurar una hipótesis. Si todo es como parece Faustino Gómez engañó vilmente al Banco Toledano, que compró una empresa por ciento treinta y cuatro millones de euros creyendo que hacía una magnífica inversión y que quizás, enseguida, comprendió que la empresa no valía ni la mitad, o la cuarta parte. ¿Qué se yo? Por eso hubo una denuncia a la CNMV y una investigación de la Fiscalía.

—Bien, correcto. Suena convincente. Pero si fuera así, ¿por qué Almansa no siguió hasta el final? ¿Por qué no persiguió al que le engañó? ¿Por qué nadie se ha interesado por este asunto? Y, de nuevo, ¿por qué tenía Gonzalo esos documentos?

—Demasiadas preguntas por responder. Pero no te preocupes, tengo un hilo del que podríamos tirar.

Ella se echó hacia atrás en su asiento con una mueca casi divertida.

—Lo sabía. Sabía que te habías quedado con algún as en la manga. —Él le devolvió la sonrisa con falsa humildad—. Ya te conozco, Lorencito.

—No es gran cosa, no flipes. Para empezar, no te he dicho que, según he podido comprobar en uno de los recortes de prensa, la propia CityLimits confesó que el ordenador en el que guardaba los documentos de Faugosa estaba en uno de los pisos inferiores al veintiuno en el que se originó el incendio. La frase fue «unos cuantos pisos más abajo». Podía ser, perfectamente, la planta trece. Curiosamente, aquí no fueron tan precisos, si bien respecto a los datos de otras compañías no tuvieron problemas en identificar la planta exacta donde se encontraban los documentos. La planta trece estaba debajo de la planta técnica. Y eso es fundamental, porque sirvió no solo para que la torre no colapsara, sino también para que la propagación del incendio en las plantas inferiores a la diecisiete fuera más lenta. Esas dos personas que estaban allí aquella noche quizá lo sabían. Si no, no se entiende que anduvieran por allí durante casi una hora con tal tranquilidad. ¿Fueron a robar los archivos? ¿O entraron para cerciorarse de que todo quedaba destruido por las llamas? Mi colega de *El Globo* tiene un buen amigo en CityLimits que quizá no trabajaba entonces en la empresa pero que es lo suficientemente atrevido como para ponerse a indagar y ayudarnos.

—Tengo que repasar todos los documentos que metimos en mi ordenador. En alguno tendrá que aparecer el nombre del auditor. Aunque... Bueno, no hace falta, bastaría con analizar las propiedades digitales de los documentos para saber quién es el autor de muchos de ellos.

—Tienes razón. Eso es lo mejor. Además, no quiero que alguien se dé cuenta de que estamos investigando.

Any observó detenidamente la luz de una de las velas de la mesa, que estaba a punto de consumirse. Reflexionó en voz alta.

—Lo lógico es que fuera Almansa la persona que guardara esos datos. Son la prueba de que Faustino le engañó.

—A veces justamente lo que uno no quiere ver son las pruebas de cómo has hecho el ridículo.

—Pero denunció el caso. —Tamborileó con sus dedos sobre la mesa—. También es verdad que a Federico Almansa no le ha ido nada mal después de todo aquello. Yo diría incluso que su carrera es más exitosa que la de Faustino, aunque sea menos rico. Desde luego, y te lo digo porque lo sé, es mucho más respetado.

El restaurante se estaba quedando vacío. En un gesto poco elegante, un camarero les preguntó si tomarían algo más antes de cerrar la caja. Pidieron la cuenta.

—Bueno, ahora te toca a ti. ¿Cuál es la sorpresa que tenías para mí? ¿Esa noticia que me ibas a contar?

Any se removió un poco en la silla. Luego resopló y tomó aire.

—Mi jefe máximo, Andrés Collado, me ha llamado a su despacho esta mañana y me ha nombrado jefa del departamento de análisis de mercado.

—¡Joder! ¿Cómo has podido callártelo hasta ahora? Ya sé que mi historia era interesante, pero...

—Eso supone casi duplicar mi sueldo. Y pasar por encima a Jorge, mi jefe hasta ahora. Y a otra chica de la que no te he hablado pero que tiene una gran experiencia.

—Bueno, esos remilgos no van a ninguna parte.

—La cuestión es que Collado me ha dejado muy claro que «arriba» se han fijado en mi trabajo y que «arriba» le han recomendado vivamente mi promoción. Que quieren gente joven y todo ese rollo.

—Y déjame adivinar, «arriba» es el mismísimo Almansa.

—Digo yo. Es el presidente de la empresa. Apenas me conoce. Me saludó una vez cuando llevaba yo muy poco tiempo.

Todo el mundo piensa que estoy ahí por mi tía Ana, su gran amiga. Eso me da mucha rabia.

—No le des importancia. Todo el mundo en este país tiene amigos y enchufes. Esto funciona así.

—No en tu caso.

—Por eso solo cobro novecientos euros y no he conseguido un contrato fijo. Mi caso es una excepción y el día que tenga un amigo importante lo aprovecharé, no te preocupes.

El camarero les sirvió la cuenta en una pequeña caja de madera. Ella introdujo su tarjeta sin fijarse en la factura y se la devolvió. Lorenzo levantó su copa hacia ella.

—Any, gracias, y enhorabuena. Vas a ser la mejor jefa de análisis de mercado de Hidressa.

Luego, por primera vez, se cogieron de la mano durante un largo rato a la espera de la devolución de la tarjeta. Aquella noche dormirían juntos. La noche entera. Así lo habían acordado. Rosa y Juan estaban avisados. Tomás, el compañero de casa de Lorenzo, también. Hoy dispondrían del pequeño piso de él para los dos solos y hasta desayunarían juntos. Aquello se parecía cada día más a una relación adulta de pareja.

Los últimos acontecimientos parecían decididos a unir a madre e hija. Este tendría lugar a las ocho de la tarde, un momento caótico del día para abandonar el trabajo, aparcar en el centro y llegar a tiempo a los canapés. Rosa y Any decidieron dejar el coche en casa y acercarse en metro al Círculo de Bellas Artes. No podían faltar a la cita. Olivia Schuman presentaba su primer libro destinado al gran público y les había rogado que no faltasen. Se trataba de un ensayo feminista titulado *Cuando despertemos* que había logrado que publicase una editorial comercial y no la habitual de la Universidad Autónoma, lo que ya de por sí era un triunfo para una escritora novel en este terreno, pues Olivia ya había publicado algún ensayo de carácter universitario. El libro estaba dedicado a su «gran amiga Ana Ruiz-Benegas». Ni su hermana ni su sobrina querían faltar a aquel homenaje póstumo.

Supusieron que la sala del Bellas Artes se llenaría hasta la bandera ante el llamamiento de una editorial tan importante y la mención a una de las españolas que más alto había llegado en el difícil mundo de las altas finanzas. Así que salieron con tanto tiempo que fueron casi las primeras en llegar. Olivia estaba tan exultante como nerviosa. La encontraron junto a una empleada de la editorial hablando más alto de lo que sin duda era necesario y enfundada en un traje morado de raso brillante con fular de plumas. En la cabeza, sobre un moño, se había instalado otro par de plumas sobre una abigarrada peineta de color dorado. Por el escote no le rebosaban las tetas, sino los huesos picudos de sus clavículas.

Cuando vio a madre e hija aparecer por la puerta se abalanzó sobre ellas y las abrazó efusivamente.

—¡Qué bien que hayáis venido! Mira, Gertrudis, te presento a Rosa Ruiz y a su hija Ana María.

La mujer se acercó a ellas y les dio un par de besos a cada una sin mucho entusiasmo, aunque sin perder su sonrisa. Comentaron el libro. Les encantaría leerlo. Le agradecieron la invitación y, en cuanto pudieron, tomaron asiento en una fila intermedia para que así Olivia pudiera seguir ejerciendo de anfitriona.

El acto empezó con quince minutos de retraso y una sala medio vacía. Entre el público, un par de periodistas con cara de sospechar que se habían equivocado de evento, un fotógrafo, muchas mujeres —entre las que Rosa identificó a algunas viejas activistas del feminismo— y algún que otro asistente despistado. Any y su madre ni

siquiera osaron comentar el fracaso de la convocatoria, lo que, por otra parte, no menguó en absoluto el entusiasmo de Olivia Schuman, que presentó su libro con pasión y con una fuerza que prendieron la atención de Any.

—El germen de este libro nació en julio de 2004. Yo tenía que ir a Riga por motivos laborales y, en el avión, se me ocurrió ponerme a ojear la revista de la compañía aérea. Encontré un artículo interesante. La tesis era que en las sociedades modernas, obsesionadas por el trabajo, jugar es una actividad que está mal vista. Sin embargo, decía el artículo, los investigadores están poniendo cada vez más de relieve que el juego es una parte vital del ser humano. Os leo textualmente: «El juego es la llave que desbloquea las puertas de nosotros mismos», decía la psicóloga Lenore Terr, autora del libro *Beyond Love and Work: Why Adults Need to Play*. «Jugar es una actividad que reduce el estrés, descarga emociones, enseña nuevas habilidades y da satisfacción y diversión. Jugar es esencial para nuestro bienestar mental y físico.» Seguí ojeando aquella revista y varias páginas después me encontré con otro reportaje sobre la historia de los Juegos Olímpicos. También era muy interesante y nada tenía que ver con lo anterior, pero como ilustración del artículo había varias fotos y, entre ellas, una muy antigua que mostraba a una tenista de esas que iban con faldas por debajo de las rodillas y con el siguiente pie de foto: «Año 1900: las mujeres son admitidas por primera vez en los Juegos Olímpicos. Charlotte Cooper, de Reino Unido, ganó en simples femeninos». Me quedé atónita. ¿Se dieron cuenta los editores de la revista de la clara relación que había entre ambos artículos? Sospeché que no. Y, sin embargo, no pude dejar de reflexionar sobre ello durante todo el trayecto. A las mujeres se nos ha discriminado históricamente en la educación, en el trabajo, en la forma de vestir... Pero ¿en cuántas otras cosas más hemos sufrido discriminaciones sin apenas darnos cuenta de ello? Sabíamos que las mujeres no participaban en los Juegos Olímpicos, pero las teorías de Lenore Terr conferían a esa prohibición una importancia de la que al menos yo nunca fui consciente. Pensé en cuántas otras prohibiciones y costumbres habría en la historia del ser humano en las que seguramente no habíamos reparado y que, sin embargo, tuvieran unas consecuencias tan graves. Consecuencias que inciden en nuestra construcción como personas. Este libro es el resultado de esa reflexión. Es el resultado de una exhaustiva investigación sobre todas esas discriminaciones encubiertas, apenas tenidas como tales, que hemos sufrido y sufren todavía hoy millones y millones de mujeres.

Cuando Olivia terminó su exposición, Any aplaudió junto al resto del auditorio, sorprendida de sí misma. No se había perdido una sola palabra. Miró alrededor y pensó que quizás era la más joven de las asistentes y que la razón de su desmedido interés residiría probablemente en el hecho incontestable de que se estaba haciendo mayor.

Madre e hija se quedaron al cóctel y lograron que Olivia les firmara un par de ejemplares, pero no consiguieron huir del lugar a una hora temprana como hubieran deseado. Olivia insistió en esperar hasta que todos se marcharan y en tomar algo en la

cafetería las tres. Accedieron.

Ante unas cañas y unos pinchos de tortilla departieron sobre el libro, sobre el feminismo y sobre el negocio editorial. Finalmente, terminaron hablando de Ana. Olivia era, a todas luces, una mujer desinhibida y, hecho el duelo, parecía dispuesta a recuperar lo mejor de su amiga. Contó viajes, anécdotas y desencuentros. Y, para desesperación de Rosa, habló de Gonzalo como si su hija Any no estuviera presente.

—Me vais a perdonar que hable así, pero para mí lo único positivo de todo lo ocurrido es que el cabrón de Gonzalo se haya quitado de en medio.

—¡Mujer! —protestó Rosa sin demasiada convicción.

—A ver, Rosa, ya te lo dije: ese tío no era trigo limpio y le desgració la vida a tu hermana. De seguir vivo, cualquier otra podría ser su víctima ahora.

Any bebió su cerveza. Se sentía incómoda. Gonzalo había sufrido como nadie la muerte de su tía. Le resultaba indecente que hablaran así y, sin embargo, no se atrevía a defenderle. Temía delatarse tomando partido. Y Olivia insistía.

—Mira, yo soy de las que siempre he pensado que los hijos de puta no merecen un poco de respeto solo porque se hayan muerto. Odio esas necrológicas en las que el muerto se convierte en un santo de la noche a la mañana. Y Gonzalo era un hijo de puta.

—Bueno, vamos a dejarlo —rogó Rosa.

—Lo dejo, sí. Pero no puedo quitármelo de la cabeza. No sabes lo contenta que me puse el pasado verano cuando Ana me dijo que rompía definitivamente con él. Habían tenido una pelotera sin precedentes y me aseguró que nunca más volvería con él. Me acuerdo que hasta le insultó. Le llamó de todo, pero no lo decía con despecho, sino de verdad, como si de pronto hubiera caído en la cuenta de que, en efecto, era todo lo que ella decía: poco inteligente, estúpido, avaro, torpe, egoísta... Incluso estuvimos haciendo planes para irnos juntas de vacaciones. Pero... Volvió. Siempre volvía.

Rosa mostró su impaciencia y pidió la cuenta. Any también tenía ganas de abandonar aquella reunión. Descubría en Olivia a una mujer obsesionada y dañina. La tortilla le estaba cayendo mal en el estómago y el evidente malestar de su madre acrecentaba su desasosiego.

Regresaron a casa sin apenas comentar lo ocurrido y, finalmente, cada una se recluyó en su habitación. Pero Any no tenía intención alguna de meterse en la cama. Encendió el ordenador, introdujo el *pendrive* de Gonzalo y decidió abrir una carpeta nueva y copiar todos los archivos. Después, empezó a analizar los documentos. Primero seleccionó algunos de los que parecían haber sido elaborados en la propia consultora y clicó en archivo/propiedades para conocer la autoría de cada documento. Empezó a hacer anotaciones. El autor no siempre era el mismo, pero había un nombre que se repetía entre todos los demás. Lo anotó. Luego empezó a analizar detenidamente algunos de los documentos. Sus conocimientos económicos le permitían hacerse una buena idea de la situación de Faugosa en el año 2001, que era,

a todas luces, boyante porque todos sus activos estaban espléndidamente valorados. Any se retrotrajo a aquella época. Las constructoras e inmobiliarias de este país sumaban sus beneficios por millones. Las casas se revalorizaban en un 10 por ciento, hasta en un 15 por ciento anual. Comprar un solar edificable era un negocio seguro.

Estaba cansada, pero su curiosidad se acrecentaba cada vez que encontraba un documento relacionado con otro. En el dispositivo de almacenamiento masivo se habían introducido de manera desordenada, de modo que analizarlos ahora obligaba a recomponer el rompecabezas. Su idea del *boom* inmobiliario pasado se vio confirmada cuando encontró, por ejemplo, los documentos relativos a una finca de Puerto Real (Cádiz) que la empresa había adquirido por 336 000 euros casi diez años atrás. Apuntó el número de la finca para comprobar que era la misma que después en las anotaciones contables de la empresa aparecía valorada en 65 millones de euros. Hizo una búsqueda rápida de Windows para identificar todos los documentos en los que se citara aquella finca. No era una trampa. Una importante compañía de tasación había analizado el solar y lo valoraba, en efecto, en 65 millones de euros.

Imprimió algunos de los documentos y siguió rastreando. La contabilidad no era su especialidad, lo que le dificultaba la tarea. Tendría que buscar ayuda. Le dolía la espalda, pero no tenía ganas de dormir. Decidió hacerse un café para poder seguir escudriñando todo aquello durante un buen rato más. Se masajeó el cuello.

Alguien golpeó suavemente con los nudillos. Luego, su madre, entornó la puerta y pidió permiso para entrar. Le preguntó si estaba trabajando. Le dijo que no podía dormir. Tomó asiento junto a ella y se interesó por su tarea mientras Any cerraba precipitadamente todos los archivos abiertos e intentaba recoger la desordenada papelería de su mesa. Rosa recogió uno de los documentos impresos que habían caído al suelo y se lo dio a su hija.

—¡Faugosa! Esa empresa ya ha desaparecido.

—Sí, lo sé. Pero tengo que hacer un trabajo sobre ella.

—Ana conocía muy bien esa empresa. Y conocía muy bien a Faustino. Ya sabes quién es.

—Sí, claro.

—Te voy a dejar. Te estoy entreteniendo, pero es que no podía dormir. No hago más que darle vueltas a las cosas...

—Mamá, no hagas caso a Olivia. Es una tía rara.

Rosa se abrazaba el estómago como si tuviera frío y había empezado a balancearse suavemente hacia delante y hacia atrás.

—No le des más vueltas.

—No, pero, por otro lado, ¿cómo no lo voy a hacer? En fin, mejor será que me vaya y te deje trabajar. Voy a poner en práctica algunos de los trucos que me sé para dormir.

—Contar ovejitas.

—O cualquier otra cosa. Debo pensar en cosas bonitas, en situaciones agradables.

¡Pero no sabes cómo me cuesta!

Any elevó los hombros y dejó escapar un largo suspiro. Llevaba demasiados días ensayando palabras de consuelo como para poder ser creativa a tan altas horas de la noche. Necesitaba huir del abismo que se le abría cada vez que su madre entraba en crisis. En vez de correr, le pasó suavemente un brazo por los hombros adoptando un gesto maternal y acarició uno de sus omoplatos como el que acaricia el lomo de una mascota.

—Ya verás como pronto podrás volver a pensar en cosas bonitas. No te preocupes, anda.

Su mano continuó un rato más arriba y abajo. Rosa había hundido la cabeza entre los hombros, pero se levantó de la silla sin demasiado ánimo y estampó a su hija un beso en la frente. Luego se dio la vuelta y abandonó la habitación para volver al infierno.

Any se sintió ligeramente aliviada. Miró la pantalla del ordenador. Eran las 3.34 y lo mejor sería intentar dormir. Retiró el *pendrive* y lo depositó en el fondo del cajón de su escritorio. Dejó la nueva carpeta, la que había bautizado como CityLimits, en la carpeta de sus documentos, aunque con un acceso directo en el escritorio, y apagó el aparato. A las nueve debía estar en la oficina y le esperaba una dura jornada.

Se durmió pensando en Lorenzo.

Habían preparado la cita con esmero. El lugar, una cafetería del Paseo de la Castellana en la que además de cafés se podían comprar pasteles, pastas y bollería. Lorenzo y Any habían elegido la mesa más discreta del lugar. Any, siguiendo las instrucciones de él, había acudido a la cita pertrechada con un par de maletitas de fotógrafo que él mismo le había facilitado y se había colgado al cuello su mejor cámara, una Nikon digital D3X. Lorenzo no llegó disfrazado. La grabadora, el cuaderno y el bolígrafo formaban parte de su anatomía desde que había empezado a trabajar en *El Globo*.

A las doce en punto entró en el lugar un hombre espigado de unos treinta y cinco años. La corbata, excesivamente estrecha, le alargaba aún un poco más su figura. Llevaba el pelo muy corto y las entradas laterales sobre la frente anunciaban una inevitable, progresiva e inclemente calvicie para un futuro no muy lejano. Quizá por ello vestía el traje con más desenvoltura de la habitual en un ejecutivo, como una reivindicación de su juventud física y mental, a pesar de la deserción de su cabellera. Manuel Larrea Linzoain les reconoció de inmediato y se dirigió hacia ellos a enormes zancadas. Se estrecharon las manos. Le pidieron un café con leche y empezaron a charlar.

Lorenzo le volvió a explicar la finalidad del reportaje. Estaba haciendo una galería de personajes de muy distinta extracción para ver cómo afrontaban la crisis. Le interesaba contar con gente de todas las edades y todas las condiciones. Le agradeció que se hubiera prestado a colaborar con *El Globo*. El hombre contestó amablemente que era un periódico que le gustaba y que si la petición para prestarse a la entrevista venía de su amigo Miguel, por supuesto que accedía encantado.

Any se concentró en intentar desenvolverse como una fotógrafa profesional. Le miraba fijamente, fruncía el entrecejo, observaba la luz que entraba por la ventana y luego se parapetaba detrás del objetivo a disparar una y otra vez. A los quince minutos anunció que ya había terminado su trabajo y se puso a escuchar más atentamente la entrevista. Pidieron un segundo café y al cabo de una hora Lorenzo apagó su pequeño grabador digital y lo devolvió a su funda antes de meterlo todo en su cartera. Pidieron la cuenta.

—Oye, por cierto, me ha dicho Miguel que tú trabajabas en la torre Windsor cuando se quemó.

—Sí, sí. Es verdad. Bueno, yo y otros trescientos colegas.

Any creyó ver el momento de participar en la conversación.

—Yo estaba entonces fuera de España, pero creo que fue algo espectacular.

—Sí, lo fue —respondió Larrea en el mismo tono despreocupado que se había instalado entre los tres—. Para nosotros fue traumático, la verdad. Ya os podéis imaginar. Todo quedó calcinado. Yo estaba de viaje aquella semana, pero hubo compañeros míos que incluso estuvieron en sus despachos ese mismo día.

—¡No me digas! —exclamó ella.

—Sí —zanjó Lorenzo—. De hecho, bueno, según leí después el incendio se produjo en el despacho de una compañera tuya.

—Sí. Para ella todo fue aún peor.

—¿Tu despacho también estaba allí?

Manuel Larrea meditó por un instante.

—El mío estaba en el piso trece. —Lorenzo y Any procuraron mantener un gesto inexpresivo mientras su interlocutor pareció de pronto divertido. Echó su cuerpo un poco hacia adelante—. ¿Os acordáis de aquellas sombras que un tipo filmó aquella misma noche? —La pareja asintió al unísono con la respiración contenida—. Os lo juro, para mí que aquellos tipos estaban en mi despacho.

—¡No! —exclamaron también al unísono.

—Sí, en mi despacho. Bueno, en el mío y el que compartía con otro colega que ya no está en CityLimits. Todo un misterio... que quedó en nada.

—¿Y eso? —preguntó Lorenzo con gesto inocente.

—Pues quedó en nada porque no tenía sentido. Sé que los jueces archivaron la investigación y no hicieron ningún caso al hecho de que dos individuos pudieran estar allí a esas horas. Eso no cambiaba nada de lo ocurrido. Yo me inclino a pensar que un par de rateros aprovecharon la coyuntura para entrar en la torre y robar todo lo que pudieran. Tampoco debieron de tener mucha suerte. Dinero no pudieron encontrar. Con el tiempo hay gente que se acuerda de haberse olvidado allí un reloj, una grabadora, una sortija... Tonterías, vaya, que a lo mejor los ladrones llegaron a ver. O no. Dadas las circunstancias, era lo que menos nos quitaba el sueño en aquellos momentos en CityLimits. Nos trasladamos enseguida a la torre Picasso y teníamos demasiado trabajo como para preocuparnos de esas bobadas. Pero os aseguro que ver aquellas imágenes en la televisión me impactó de verdad. En fin, batallitas. —El auditor consultó su reloj.

—Pero gran mosqueo, ¿no? —se atrevió a preguntar Any torpemente.

—Bueno, tampoco. No creas. Mucha gente venía a preguntarme después, pues todos mis colegas sabían dónde estaba mi despacho, pero el susto general era tan grande que terminamos olvidándonos de ese detalle.

—¿Y la policía nunca descubrió lo que era?

—Que yo sepa, no —dijo consultando de nuevo su reloj—. Bueno, chicos. Ha sido un placer estar con vosotros, pero me tengo que ir. ¿Cuándo saldrá esto?

—Te avisaré —contestó Lorenzo.

Lorenzo y Any se levantaron para despedirse, pero regresaron a sus sillas cuando se quedaron solos. Meditaban.

—O no sabe absolutamente nada o es un hipócrita redomado —aventuró Any.

—Yo creo que las dos cosas. Me explico. Por una parte, no le da importancia a lo ocurrido porque no ha tenido ninguna repercusión después. Por tanto, probablemente, cinco años después del incendio, ha llegado a la conclusión que él mismo cuenta: que fueron unos rateros.

—Pero él debe de saber que la fiscalía pidió justamente el dossier que manejaba.

—Sí, pero, insisto: pasado tanto tiempo, él también puede haber llegado a la conclusión de que fue una casualidad. Ha dicho que el despacho no era solo suyo.

—Y ni la consultora ni nadie confirmó nunca que ese dossier estuviera justamente en la planta trece —añadió ella.

—Eso es lo que me lleva a pensar que también es un poco hipócrita. O que nos ha tomado por unos chavales indocumentados.

—Hay que reconocer que es el aspecto que tenemos.

—Sí, claro. Él ya se ha montado su película de que todo fue el azar y nos ha querido epatar recordándonos la historia de las sombras en su despacho.

—Probablemente es lo más entretenido que le ha pasado en su vida.

—Y nosotros somos un par de reporteros inexpertos. No se jugaba nada contándonos eso, aunque ha sido un poco atrevido.

—¡Bah! ¿Te imaginas la cantidad de veces y a la cantidad de amigos a los que les habrá contado ya la misma historia? No es habitual que la gente pueda sentirse protagonista aunque sea solo por un día.

Volvieron a meditar un instante.

—En cualquier caso, a mí me parece evidente que le robaron el dossier aquella noche —dijo ella—. Y también me parece claro que solo dos personas en el mundo tenían interés en él, aparte de la propia fiscalía anticorrupción: Faustino y Federico Almansa.

—Pero ¿para qué? ¿Por qué? ¿Contra quién?

—Uf —resopló Any abatida—. Yo ya no sé por dónde seguir. ¿Qué se te ocurre?

—En este momento, lo único que se me ocurre es que me tengo que ir a currar porque llego tarde. ¿Crees que podría aprovechar esta entrevista para algo?

—Me temo que no.

—Yo tampoco.

—¿Se puede?

Rosa levantó la vista hacia la puerta. La interrupción de Soraya llegaba oportuna.

—Adelante, adelante.

La mujer dio unos pasitos hacia su mesa, como si intentara no hacer ruido al aplastar con su peso los viejos tablones de madera que revestían el suelo de aquel desgastado despacho. Era una mujer menuda, pero robusta. A decir verdad, sufría sobrepeso. Quizá por eso se había acostumbrado a andar así, con aire culpable, intentando evitar que su cuerpo cayera tan a plomo sobre sus pies como su peso requería. Rosa le dedicó una sonrisa y ella se sentó en una silla frente a ella.

—García Bielsa ni va a pasar por aquí ni nos va a pagar. ¡Yo me rindo!

Hubo un largo silencio. El caso de García Bielsa era en aquellos momentos la pesadilla del despacho. Tanto Rosa como Soraya habían trabajado hasta la extenuación para aquel empresario que, al principio, les pareció un dechado de virtudes y, sobre todo, una no despreciable fuente de ingresos. Ahora, tras varios meses de crisis y un buen puñado de clientes en apuros con facturas sin pagar, las deudas acumuladas de García Bielsa se habían convertido en el jaque mate de aquel modesto bufete de abogados. Rosa miró de frente a Soraya. Le hubiera gustado recordarle que ella le advirtió; que hacía mucho tiempo que le había prevenido contra aquel hombre y del peligro de seguir trabajando tanto para él. Se mordió la lengua.

—Habrà que darle un nuevo plazo. No podemos renunciar a cobrar esa deuda.

La mujer se levantó de la silla visiblemente enojada. Luego, de pronto, su cara enrojeció y sus ojos se inundaron de lágrimas.

—¡Ya no tenemos ni para pagar la factura del teléfono!

Después salió precipitadamente y cerró la puerta con estrépito al tiempo que Rosa se encogía de hombros. Estaba acostumbrada a esos estallidos de su socia. Hacía mucho tiempo que formaban parte del paisaje.

Rosa apartó los papeles que reposaban sobre su escritorio y suspiró largamente. No merecía la pena seguir trabajando para García Bielsa; al menos hoy. Se levantó de su silla, avanzó hacia la estantería y extrajo unas cuantas carpetas aparentemente desordenadas que almacenaba sobre una de las baldas. Poco a poco, sin demasiada prisa, había ido analizando cada papel de los que contenían y realizado gestiones

administrativas para cerrar el largo capítulo de la herencia de Ana. Repasó atentamente los documentos. En breve, Marcos podría empezar a disfrutar de una fortuna impropia para su edad. Rosa sonrió. Podría pedirle a su sobrino un préstamo para afrontar los recibos del despacho. Incluso la propia Any podría convertirse en una buena prestamista cuando recibiera la pequeña pero importante parte que le había legado su tía.

Expurgó algunos de los documentos tirándolos a la papelera e intentó poner en orden los demás. Así fue como llegó a los legajos que había evitado hasta ahora. Eran hojas manuscritas y cartas personales de su hermana para las que nunca había encontrado el momento de revisar sin merma de su estabilidad emocional. Ahora se sorprendió a sí misma repasándolas como una fría entomóloga. Había una vieja misiva de Fernando. Comprobó la fecha del matasellos: septiembre de 1982. Para entonces, según sus cálculos, la pareja apenas acababa de conocerse. Sacó varios folios del sobre. Era una larga y densa carta escrita a mano y Rosa sintió una mezcla de pudor y pereza. La devolvió a su lugar sin leer una línea.

Encontró un dibujo primorosamente plegado. Lo extendió. Con ese desorden y esa ausencia de perspectiva de la mirada infantil, una casa, un árbol y un monigote con faldas y bolso en el brazo ocupaban la hoja en blanco. «Para la mejor mamá del mundo», decía en letras desiguales la dedicatoria. Luego había una firma llena de bucles y tachaduras; la de Marcos. Al pie, una fecha: 4 de mayo de 1989, día de la madre. La abogada sonrió. Ella también había guardado varios dibujos de sus hijos en fechas similares. Sabía que las profesoras incorporaban tales dedicatorias al trabajo formativo de los párvulos. Aun así, moqueó con ternura cada vez que uno de sus retoños le regaló, orgulloso, un dibujo como aquel.

Siguió ordenando la carpeta hasta dar con otro sobre. Reconoció con cierta extrañeza su propia caligrafía, aunque necesitó comprobar el remite para confirmar que aquella carta era suya. El sobre era fino, el idóneo para que cruzara el Atlántico por vía aérea y no tardara más de una semana en llegar a su destino. En la era de Internet y los mensajes instantáneos es difícil retrotraerse a ese tiempo en el que las cartas tardaban varios días en volar a su destino. El mundo estaba inundado de mensajes viajando dentro de sus correspondientes botellas. Varios sellos convenientemente timbrados adornaban una de las caras, justo encima de aquella dirección de Washington que tan bien recordaba la abogada. Liberó los folios con cierta urgencia, picada por la curiosidad, se retumbó un poco en su asiento y empezó a leer.

Querida Ana:

¡Qué interesante es todo lo que cuentas! Esa conferencia ante un auditorio tan concurrido, y en inglés, bueno... Me hubiera gustado mucho estar ahí y aplaudirte hasta hacerme daño en las palmas de las manos. Tienes que escribirme más. Tu carta me ha sacado de mi monotonía (quizá debería decir de mi mediocridad) y he aprendido un montón de cosas sobre un país del que creemos que sabemos mucho sin

saber nada en realidad.

He estado preguntando en la agencia de viajes. Me gustaría ir en Semana Santa y conocer por fin esa ciudad y parte de ese país, pero el precio es prohibitivo. No lo digo para que me invites. No quiero que me invites. Voy a ir por mis propios medios, pero quizá de una manera inesperada, por la compañía... Bueno, te lo tengo que contar antes de que te enteres por papá y mamá: finalmente, siguiendo tus consejos, he decidido casarme con Juan. Sí, hermanita, tenías razón. Llevas mucho tiempo diciéndome que tenía que sentar la cabeza y centrarme y, ya ves, eso es exactamente lo que voy a hacer. Pero no te asustes. Todavía no hemos fijado la fecha. Lo haremos durante las vacaciones o un puente largo, para que puedas venir sin problemas desde allí.

Ahora lo veo todo un poco más claro. He perdido el tiempo miserablemente. ¡Qué razón tenías! Es verdad que el Derecho nunca me ha motivado demasiado, pero también que es una carrera fácil que tenía que haber acabado hace mucho tiempo. Ahora ya está. Todo eso pasó: los suspensos, los líos, las juergas... Si te hubiera hecho caso habría terminado hace una eternidad y ya tendría mi propio despacho. Pero estoy contenta. Tu amiga Soraya es buena tía. Creo que con ella y con Alfonso me va a ir muy bien. Nos hemos repartido las responsabilidades y el trabajo de la forma más equitativa posible y ya hemos ganado algunos casos.

Algún día me tendrás que explicar por qué dices que me admiras. Tiene gracia que tú digas eso de mí. Dices que me he divertido y que he disfrutado mucho de la vida, pero la realidad es que todo lo que dejo atrás no me divierte en absoluto. Estoy deseando casarme con Juan y, bueno, él me dice todo el tiempo que le encantaría tener un hijo enseguida y yo estoy feliz, lo que es muy curioso, porque yo que no había sentido jamás la llamada de la maternidad resulta que ahora apenas si pienso en otra cosa. Si es una niña la llamaré como tú, Ana. ¿Qué te parece? También podría ponerle Rosana, pero ¿y si tengo una segunda hija? Ja, ja, tendré que pensármelo bien.

No estaba llorando, pero las lágrimas le habían inundado los ojos y las mejillas. Aquel mar de lágrimas corría como un torrente de vida perdida. Lágrimas de nostalgia de esa chica que fue ella misma y nunca más volvería. Esa chica que con los veinticinco años cumplidos le parecía ahora tan ingenua y adolescente.

Ana, soy yo la que te admiro a ti. En casa todos estamos orgullosos de ti. Creo que te exiges demasiado y, al mismo tiempo, estoy tan agradecida... Nunca me has pedido nada. Siempre me has querido tal como soy. Y eso ha sido para mí una gran ayuda, algo que me ha dado valor y fuerza para seguir adelante e intentar ser feliz, que es lo que siempre me has deseado.

Juan es un tipo estupendo. Te percastaste de ello a la primera. Tampoco me exige nada, salvo que le quiera y te aseguro que en estos meses ha conseguido que me enamore hasta las cachas. ¿Te acuerdas? Yo decía que era demasiado blandito. A mí siempre me han ido los tíos un poco más canallas. Así me ha ido, claro. Enamorarme

de Juan es la prueba de que he madurado. Y eso no sé si es bueno, pero desde luego es mucho menos agotador para mí y te aseguro que también para papá y mamá, que estaban un poco preocupados conmigo.

Son las doce de la noche y mañana tengo que madrugar. Háblame de tus planes y dime qué fechas te irían mejor para mi boda. Venga, ya sé que estás ocupada. Mira el calendario y échame una mano.

Por cierto. El otro día estuvo Fernando por aquí. Nos pidió que le guardáramos unas cuantas cajas en el trastero mientras encuentra nuevo piso. Para mí que es una excusa total. Yo creo que quiere mantener algún vínculo con nosotros para no perderte. Ese tío está loco por ti. Y la verdad es que el otro día le encontré guapísimo. Me dijo que le han ascendido en el servicio de cardiología y que está buscando una casa mejor más próxima al hospital.

Adiós, superhermana. Cuídate mucho.

Se secó la cara con un pañuelo de papel. Luego plegó los finos folios siguiendo las viejas huellas de los pliegues y los introdujo en el sobre. Si algo no le encajaba de su hermana era que guardase durante años cartas como aquella. Nunca había dudado de su cariño, pero sí de su interés una vez que ella había empezado a triunfar en la vida. ¿Le dijo alguna vez que la admiraba? Debía rebuscar en casa. Le sonaba vagamente haber almacenado desordenadamente varias cartas en una caja de cartón. Debía encontrar su escondrijo. Hoy mismo lo intentaría.

Ana María Estévez Ruiz-Benegas hizo su primer viaje de trabajo como jefa del departamento de análisis de Hidressa fuera de España el 9 de febrero del año 2010. La experiencia fue mareante. Se trataba de una cita previamente acordada por su jefe, Andrés Collado, que de la noche a la mañana delegó en ella por motivos de agenda. Había que acudir a una reunión fijada en París en la sede de la compañía EGF a la que estaban convocados representantes de otras grandes cinco compañías energéticas europeas. Tomó el avión el día anterior a media tarde. Cenó en un magnífico restaurante próximo a los Campos Elíseos y se fue pronto al hotel, donde apenas pudo conciliar el sueño. Solo a sí misma podía admitirse que aquella situación la superaba. Y así lo pudo constatar al día siguiente.

Se despertó varias veces durante la noche temerosa de no levantarse a tiempo. Pero el reloj parecía haberse parado. Eran las cuatro y media de la madrugada todavía cuando encendió todas las luces para cerciorarse de la hora. Se colocó la radio-despertador bien visible hacia ella, a la altura de su almohada, y se aseguró de haber programado bien el teléfono móvil. Se volvió a despertar a las 4.52. Luego, a las 5.18. Luego, a las 6.02. Y, finalmente, antes de las 6.30 abandonó la cama decidida a dar un paseo por la ciudad para mitigar su ansiedad. Cuando llegó a la sede de EGF a las nueve de la mañana estaba tan cansada como cuando volvía a casa después de una dura jornada laboral.

La reunión se celebró en tres partes, con recesos para el café y un almuerzo rápido, de manera que la mayoría de los presentes pudo correr al aeropuerto a eso de las 4.30 de la tarde. A esa hora, según calculó, le quedaban todavía más de seis horas hasta llegar, por fin, a casa, con el sentimiento de haberse pegado la paliza de su vida y no haber rentabilizado en absoluto la ocasión. Ignoraba en aquel momento hasta qué punto aquel fatigante día iba a alargarse.

En el avión tampoco pudo dormir. Sacó un miniportátil y redactó un informe para Collado sobre la jornada parisina. Entre sus notas y los papeles que habían compartido comprobó que su informe no daría en absoluto la medida del abatimiento profesional que la embargaba. Había estado torpe, insulsa, sin ideas, frente a unos ejecutivos que habían acudido allí con la lección bien aprendida y una desenvoltura propia del que cuenta con una larga experiencia. Algunos se conocían de ocasiones anteriores, lo que ya era una ventaja frente a ella. Otros, simplemente, acertaban a

intervenir en el momento oportuno, concitando la aprobación de los demás. Ella se sintió incapaz de disimular su bisonñez y prefirió escuchar y tomar nota de todo, además de departir a ratos sobre asuntos intrascendentes.

Releyó su informe y asintió con la cabeza. Guardó el ordenador y esperó algo más relajada a que el avión terminara su maniobra de aproximación a Barajas y la liberara para poner definitivamente rumbo a casa. Eran las 10.30 de la noche. Con suerte, alcanzaría su cama a las 11.30 y eso gracias a que no había facturado maletas.

Así fue. A las 11.25 llegaba a casa exhausta y con la urgencia de darse una ducha para dormir, se dijo, como un niño. En casa, Miguel y Lucas ya se habían recluso en su cuarto, mientras que sus padres ordenaban el salón antes de irse a la cama. Les saludó. Le preguntaron por su experiencia sin demasiado interés y se retiró deseándoles buenas noches. Venció la pereza y se duchó. Se puso el pijama y se metió en la cama. Por la forma de llamar a la puerta supo que era su madre la que pedía permiso para entrar. Esta se coló tras entreabrir la puerta, que cerró cuidadosamente tras de sí y, sin mediar palabra, se sentó en el borde de la cama de su hija. Any deslizó su cuerpo hacia la pared para dejarle más sitio. Esta vez su madre no la besó en la frente, ni le cogió la mano. Se mantuvo firme, algo envarada, con las manos sobre las rodillas. Finalmente, rompió el silencio.

—Any, tienes que perdonarme. He hecho algo que no debía, pero no he podido controlarme —dijo Rosa atropelladamente, sin pausas, como si hubiera ensayado previamente lo que quería decir—. Sabes que nunca he sido fisgona, pero he hurgado en tu ordenador. Tienes que contármelo todo.

Any intentó mantener la calma, pensar detenidamente lo que debía decir. Quizá no se refería a lo que ella creía que realmente se estaba refiriendo. Después de una jornada como aquella se sentía incapaz de estar lúcida. Le asaltaron un montón de ideas desordenadas.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo ha llegado hasta ti toda esa documentación? ¿En qué estás metida?

Intentó preparar una teoría brillante, inventar una historia verosímil, pero sus pensamientos transitaban por su mente con torpeza. Sopesó un par de alternativas sencillas: insistir en que se trataba de un asunto de trabajo o, sencillamente, montarle un pollo a su madre por inmiscuirse en sus asuntos. Rosa abortó su estrategia.

—Any, conozco perfectamente aquel asunto de la venta al Banco Toledano, presidido entonces por Almansa. Ana me habló una vez de ello. Fue un asunto que le preocupó por lo que supuso para su amigo Federico. ¿Por qué estás ahora indagando en esos documentos? ¿Cómo han llegado hasta a ti?

La joven se incorporó un poco en la cama. Tiró de la almohada hacia arriba para apoyarla sobre el cabecero y poder levantar un poco más la mirada hacia su madre. Empezaría por contestar a la primera pregunta mientras ideaba una respuesta para la segunda. Así que le contó casi toda la verdad. Le dijo que sospechaba que la muerte de Ana estaba relacionada con aquel caso. Le contó, en versión resumida, los

acontecimientos ocurridos aquella noche del 12 de febrero de 2005 en la torre Windsor e incluso le relató la entrevista con el auditor Manuel Larrea, lo que a su vez le llevó a admitir que su amigo Lorenzo estaba al corriente del asunto.

Rosa escuchó sin rechistar. Sus explicaciones, además de convincentes, daban sentido a esos documentos aparentemente inconexos que seguramente ella había analizado. Pero, finalmente, su madre insistió en la temida pregunta.

—Bien, ¿pero cómo ha llegado a ti todo esto?

Eran las dos de la madrugada y Ana María Estévez Ruiz-Benegas seguía sin encontrar otra respuesta más convincente que no fuera la verdad.

—Me lo dio Gonzalo.

Rosa abrió desmesuradamente los ojos. Era un gesto de sorpresa, pero también de incredulidad.

—¿Te lo dio Gonzalo? ¿A ti? ¿Por qué? ¿Cómo?

En su tono había una sincera curiosidad. Any no percibió sospecha; tampoco desconfianza. Pero eran demasiadas preguntas para ser respondidas adecuadamente.

—Bueno, supongo que porque trabajo en la empresa de Federico Almansa.

—¿Cuándo te lo dio? ¿Qué te dijo?

—A los pocos días del funeral. ¿Te acuerdas? Un día me llamó. Me dijo que sospechaba de todo el mundo respecto a la muerte de Ana y que me quería dar información que él sabía que era importante, pero que no entendía.

Recapitó sobre lo que acababa de decir. Era creíble. Verosímil. Y su vergonzante relación con Gonzalo quedaba a salvo, opaca al escrutinio de su madre. De la preocupación de delatarse a sí misma sobre este particular pasó a la inquietud de haber incorporado a su madre a la investigación que Lorenzo y ella tenían entre manos.

—Ese Gonzalo... —Rosa hizo un gesto de disgusto.

—Mamá, Gonzalo no mató a la tía Ana. Estoy segura.

—Yo no he dicho nada.

—Pero sé lo que dice Olivia. Es probable que no fuera el mejor novio del mundo, pero te aseguro que cuando lo vi estaba hecho polvo.

—¿Qué te dijo exactamente?

Puso su imaginación a trabajar. Consideró que la mejor opción sería sazonar la realidad con un par de detalles inventados; lo que hubiera hecho cualquiera.

—Me habló mucho de la tía. Hasta me contó un viaje a Venecia que habían hecho al principio...

—Sí, me acuerdo de eso.

—Luego me dijo que tenía miedo y que él siempre había sospechado que esos documentos que ella le había confiado una vez eran muy importantes. Que le pidió que se los guardara. Y que, ahora que ella había sido... Bueno, eso, asesinada, sospechaba que tenía relación con esa operación.

—Te mintió.

Any contuvo el aliento al tiempo que intentaba disimular su inquietud. La rotundidad de su madre la dejó paralizada. Algo había hecho mal. Rosa insistió:

—Gonzalo te mintió. Ana nunca le habría confiado a él esos documentos. Estoy segura. Me apostaría lo que fuera a que se los robó.

—¿Que se los robó?

—Sí, se los robó. Has oído bien. No se me ocurre otra explicación. Mi hermana podría estar muy loca por él, pero nunca hubiera puesto en sus manos un asunto de trabajo y de esa envergadura. Lo sé.

Any pensó en los rateros del edificio Windsor. Recorrió de nuevo con la mirada aquella espléndida casa de Gonzalo en el centro de Madrid. Una casa a la que se había mudado recientemente. ¿Cómo no lo había pensado antes? Aquel lugar no casaba con la descripción de Lorenzo de una infancia común y humilde en Canillejas. Un enfermero no habría podido permitirse nunca muchos de los lujos de los que disfrutaba Gonzalo en los últimos tiempos. Aquello podría ser fruto de la generosidad de Ana, pero también resultaba plausible pensar que el enfermero había encontrado por su cuenta la manera de enriquecerse. Necesitó compartir con su madre su sospecha.

—A lo mejor se los robó para sacar tajada. Para chantajear a alguien.

—Concretamente a Faustino Gómez. Parece evidente. Tenemos que averiguarlo.

Aquella última frase la dejó perpleja. Miró a su madre y percibió en ella una decisión en la mirada que le resultaba poco familiar. ¿Tenemos que averiguarlo? ¿Estaba su madre determinada a tomar las riendas? La confusión se apoderó de su entendimiento. Había hablado demasiado y ahora sentía que nada de lo que tenía entre manos era ya suyo. Meditó. Quizá no era mala cosa que su madre se entretuviera en el caso en vez de seguir penando por los pasillos. Al fin y al cabo, ella era abogada mercantil y nada de lo que en esos papeles se describía le era ajeno. Así que de alguna manera también podía sentirse descargada de una tarea que había empezado a abrumarle. Las responsabilidades de su nuevo cargo en la empresa le exigían entrega a tiempo completo.

Sintió el peso de la fatiga en el cuerpo e intentó bostezar. Su madre le acarició el pelo, le dio un beso en la mejilla y luego la arropó como si fuera una niña. Rosa abandonó el dormitorio y su hija apenas tardó unos minutos en conciliar el sueño.

Al día siguiente, cuando Ana María Estévez estaba a punto de salir en busca de un almuerzo rápido, recibió en el móvil una llamada de su madre.

—Esta tarde tenemos que ir juntas de visita.

—He quedado con Lorenzo.

—Pues anula la cita. Vamos a ver a la madre de Gonzalo.

Nos espera a las ocho de la tarde. ¿Vamos juntas o te espero allí?

Ana sopesó la respuesta. Había planeado quedarse hoy un poco más tarde para despachar los asuntos pendientes del viaje a París, pero al otro lado de la línea, su madre parecía aguardar en silencio solo una respuesta positiva.

—Nos vemos allí. Dame la dirección.

Ambas fueron puntuales. Cuando el coche de Any pasaba frente al portal anotado en su agenda, su madre ya estaba plantada en la acera, esperándola. La calle era estrecha y los vehículos aparcados apenas dejaban un carril libre para circular. Dio un par de vueltas a la manzana en busca de aparcamiento. El barrio era impersonal, de edificios casi idénticos de varios pisos. Ladrillos vistos, terrazas estrechas de barandillas oxidadas, aparatos de aire acondicionado horadando las endeble fachadas y ventanas de aluminio pasadas de moda. Unos pocos árboles ya crecidos daban cuenta de la edad del barrio. Rosa recordaba muchos rincones como este: habían crecido en Madrid en pleno desarrollismo español, cuando los inmigrantes de la periferia llegaban en aluvión por miles.

El paso del tiempo había castigado seriamente los materiales de aquellas casas clónicas y baratas, pero también había enriquecido al barrio con un explosivo raudal de vida. De algunos balcones asomaban los geranios hibernando en espera de la primavera. De los patios interiores y las salidas de aire emanaban voces dispersas de niños, de adultos y teleseries. Percibieron también ruido de loza y cazuelas junto al aroma inconfundible de las tortillas de patatas con cebolla, los garbanzos y los filetes empanados. Flotaba, en fin, en el aire helado un agradable ajetreo doméstico que impregnaba las frías fronteras de ladrillo de esta ciudad colmena.

Alguien había dejado el portal abierto. Subieron hasta el tercer piso, llamaron a la puerta y aún presionaba Rosa el timbre cuando una pequeña y redonda mujer les franqueó el paso con una tímida pero franca sonrisa. La miró desde abajo, pues apenas si medía metro y medio, las invitó a pasar hasta el fondo del pasillo pidiendo

excusas por el desorden, por la estrechez, por la hora y por su ausencia de etiqueta. No ahorró un solo comentario que no denotara la inseguridad que le proporcionaba ser la anfitriona de una visita de tan alto ringorrango.

Any no recordaba haber estado jamás en una casa tan estrecha. Quizás el hecho de que el pasillo estuviera cargado de muebles acrecentaba esa sensación de angostura. Pasaron por delante de la cocina, de donde emanaba el inconfundible olor de los garbanzos guisados, dejaron atrás algunas puertas que parecían dar a dormitorios y un cuarto de baño y aterrizaron en un salón que apenas si era un poco más ancho que el corredor que acababan de recorrer. La mujer que les precedía hablaba sin parar hasta que, finalmente, alcanzaron la sala y les invitó a tomar asiento.

La madre de Gonzalo vestía una falda color marrón y una blusa de nylon un poco más claro que dejaba adivinar un sujetador de grandes copas. Llevaba medias, pero calzaba zapatillas de felpa de andar por casa. El pelo era gris claro con algunas vetas más oscuras, pero las raíces dejaban adivinar unas venerables canas que ella se empeñaba en ocultar. Rosa se fijó en su cara redonda de piel impecable, limpia, apenas surcada por las arrugas. Delante de sí, Rosa vio a una madre afable y generosa, ahora desestabilizada por la desgracia, pero no rota.

Sirvió a sus invitadas un vasito de vino después de haber insistido amablemente y le costó tomar asiento junto a ellas. Parecía sentirse más cómoda si la conversación se desarrollaba mientras trajinaba de acá para allá, vigilando su guiso o recolocando algún objeto en su sitio exacto. Ellas, por su parte, habían sido acomodadas en el mejor lugar de la casa, un pequeño sofá pegado a la pared. Frente a sus ojos relampagueaba una gran televisión plana que ocupaba prácticamente el muro contrario. El electrodoméstico estaba encendido aunque el volumen estaba prácticamente a cero; algo poco habitual en los hogares españoles. Aquella televisión tenía lo menos 42 pulgadas. Dado el tamaño y la marca, Rosa calculó que su precio habría rondado un mínimo de 3000 euros.

Doña Inés les estaba profundamente agradecida por la visita. Consideraba que aquel gesto era un rasgo de humanidad, pero también, y sobre todo, de aprecio hacia su amado hijo. Ellas alabaron el olor que desprendía la cocina y dedicaron bellas palabras a Gonzalo en la certeza de que era el mejor consuelo para su atribulada madre. El ruido metálico de la cerradura de la puerta anunció la llegada de un cuarto participante en la reunión. Doña Inés advirtió que sería su hija Eva y las dos visitantes aguardaron expectantes su entrada en el salón.

Any reconoció en su boca los labios finos de él. Y en sus ojos, el color de miel de los ojos de Gonzalo. Era una mujer joven, de unos treinta años, de complexión delgada y una evidente tendencia a las líneas rectas. Vestía un vaquero ajustado de abundantes y complicados bolsillos, un *piercing* en el ombligo y una sudadera de color rojo bastante desgastada. Saludó con cortesía pero con cierta desgana y se sentó en un taburete junto al sofá. Las mujeres continuaron entonces la conversación, que,

desordenadamente, se había internado por los vericuetos de la memoria.

—Mi hijo era muy trabajador y muy responsable, pero yo creo que me lo desgraciaron las malas compañías. ¿Verdad, Eva, que era muy buen chico?

—Sí, sí. Mi hermano era el mejor —contestó mecánicamente la joven.

—Yo, cuando empezó a salir con la hermana de usted, me puse muy contenta —terció doña Inés recolocando un par de adornos que reposaban sobre una de las repisas del salón—. Pero no pudo ser. No pudo ser. ¡Qué desgracia tan grande! —exclamó. Luego la mujer pareció atragantarse. Se llevó un pañuelo a los ojos y se secó un par de lágrimas.

—Venga, mama. No llores más —la consoló su hija sin moverse del taburete.

—Y el caso es que yo lo veía últimamente muy contento. Muy contento. A la vuelta del verano, apareció un día aquí sin avisar, con unos mozos de El Corte Inglés, y me instaló esta televisión. Así era él. Siempre que podía me regalaba cosas. «Esto te lo he comprado en no sé dónde para ti, mama», venía y me decía. Siempre se acordaba de su madre. Era muy buen hijo.

La ingenuidad de aquellas mujeres era genuina; casi refrescante. Eva participaba distraídamente de la conversación mientras jugueteaba con su móvil inteligente de última generación y las cuatro terminaron por entablar una conversación fluida y nostálgica sobre Ana y Gonzalo, siempre por separado, que no resultó en absoluto desagradable. Doña Inés y su hija hablaban de él. Rosa y Any, de ella. Era evidente que ninguna de las dos partes parecía conocer demasiado a la contraria. A Rosa le costaba trabajo imaginarse a su hermana manteniendo una conversación con aquellas mujeres en aquel lugar. Era el tipo de situaciones que Ana nunca supo valorar; jamás se hubiera prestado a intimar con doña Inés. Se preguntó con curiosidad si al menos se habrían visto alguna vez.

—Ahora me están volviendo loca los del banco y los del seguro con los bienes de mi pobre hijo. No tienen corazón. Y no se dan cuenta de que todo ese papeleo ahora no es más que más sufrimiento para nosotros.

—¿Tiene usted ayuda de alguien?

—Eva me ayuda todo lo que puede, ¿verdad?

—Sí, mama —respondió la joven con la vista pegada a su móvil.

Aquel encuentro había adquirido los tintes de una reunión casi familiar. La indolencia de Eva, su aparente despreocupación por lo que la rodeaba, y el interés de las otras tres mujeres en un asunto que tanto las unía había logrado relajar a la madre de Gonzalo, que seguía de pie, frente a ellas, ahora más atenta que intimidada. Había cruzado los brazos bajo su pecho y había dejado de recolocar inútilmente adornos y enseres. Rosa la miraba ahora de frente en un gesto plenamente amistoso.

—Me refería a si cuenta usted con la ayuda de un abogado. Si su hijo no tenía testamento...

—¿Cómo iba a tener testamento la criatura? —le interrumpió doña Inés descruzando los brazos y colocando las palmas de sus manos hacia arriba.

—Si su hijo no tenía hecho testamento —prosiguió Rosa— todo es mucho más complicado.

—Estábamos pensando en... No sé si serán muy caros.

—No se preocupe por eso. Yo soy abogada. Nos podemos hacer cargo de todo en mi bufete.

—¿De verdad? —preguntó la mujer con mal disimulado alivio.

—¡Solo faltaría! Lo resolveremos todo en unas semanas y defenderé sus intereses. Es lo menos que puedo hacer por... Gonzalo y su familia.

Y así fue como madre e hija encontraron en aquella casa mucho más de lo que buscaban. No se atrevieron a probar los sencillos manjares recién preparados de la cocina, pero abandonaron el lugar cargadas con dos cajas de papeles pertenecientes a Gonzalo en los que su madre se perdía tan solo con mirarlos. Las colocaron en el maletero del coche y al poco se vieron conduciendo de vuelta a casa con un botín inesperado.

Aquel 24 de febrero de 2010, Lorenzo Contreras sufrió el mayor revés de su corta carrera profesional. Aquel día le tocaba turno de mañana y llegó a la redacción de *El Globo* media hora antes del horario previsto para releer la prensa antes de iniciar la jornada. Había adquirido esta costumbre desde que un día un subdirector experimentado criticó ácidamente a todos aquellos jóvenes que trabajaban para un periódico que nunca leían.

—Conozco a alguno que solo lee sus propias crónicas. Y así le va. Ni sabe escribir, ni sabe de qué está hablando —le dijo aquel hombretón entre risotadas.

Y Lorenzo, que ambicionaba quitarle el puesto a aquel directivo mucho antes de lo que él pudiera imaginar, tomó nota. Desde aquel día empezó a leer los periódicos con auténtico interés y comprendió hasta qué punto aquella indicación le abría los ojos a nuevos conocimientos y, sobre todo, a nuevas perspectivas profesionales. En poco tiempo, muchos de los colegas se convirtieron a sus ojos en botarates que apenas si sabían analizar una noticia que no fuera la declaración de un político respondiendo a la declaración de otro.

A las once, cuando ya llevaba varias horas trabajando, introduciendo las noticias en la página web del periódico, aquel insigne periodista que tan buen consejo le había dado lo llamó a su despacho con aire circunspecto. Lorenzo le siguió con un cosquilleo en el estómago. ¿Le iban a cambiar de sección? ¿Le propondrían un contrato estable? ¿Le iban a encomendar un trabajo especial? El directivo le invitó a tomar asiento y él se sentó también a su mesa. Le miraba a los ojos con gesto severo y Lorenzo empezó a perder secretamente la calma.

—Me dicen que hace unos días entrevistaste a un consultor llamado Manuel Larrea Linzoain.

Lorenzo Contreras se puso en guardia. Era lo último que esperaba. Buscó argumentos entre el torbellino de ideas y emociones que le asaltaban.

—Sí, es verdad. Se me había ocurrido hacer un reportaje sobre diversos españoles ante la crisis y pensé que él era un buen prototipo.

El directivo no pareció escucharle y le mantenía la mirada retadora. A Lorenzo le recorría el cuerpo un desagradable sentimiento de miedo. Tenía húmedas las palmas de las manos.

—¿Y dónde pensabas publicar ese reportaje? ¿A quién se lo propusiste? ¿Quién te

lo encargó?

—Nadie. Fue una iniciativa mía. Creí que así, con el trabajo ya hecho, sería más convincente...

—¿Ya lo has terminado?

Era evidente que aquel jefe suyo no creía una sola palabra de lo que Lorenzo le contaba. Estaba perdido.

—No, todavía no.

Hubo un silencio eterno. La voz de un locutor comentaba en la radio la reunión bilateral en la que el presidente del Gobierno y el primer ministro polaco habían firmado importantes acuerdos de cooperación en el terreno de la energía y las infraestructuras. El joven periodista hubiera querido idear rápidamente una estrategia, pero era consciente de que podía errar el tiro en cualquier momento. Aquel maestro de periodistas parecía haberse informado bien antes de llamarle a su presencia. Nunca se había visto en una situación tan desesperada. El directivo cogió uno de los periódicos que tenía sobre su mesa y, repentinamente, lo lanzó con rabia hacia una esquina de su escritorio. Su voz sonó atronadora.

—Vamos a ver si nos entendemos. Tú no puedes ir por ahí jugando a periodistas y utilizando el nombre de este periódico.

—Pero yo... —Lorenzo interrumpió su frase. ¿Qué podía argumentar en su descargo? ¿No sería mejor callar? Guardó silencio y bajó la vista.

—¿Qué coño querías de ese tío?

—Pensé que era un buen reportaje. Lo que pasa es que luego no seguí por falta de tiempo.

Aquel hombretón de gran mostacho dio un puñetazo en la mesa. La puerta del despacho seguía abierta de par en par, como siempre, y Lorenzo supo que aquella bronca ya la estaría siguiendo algún colega indiscreto. El maestro de periodistas gritó aún más alto:

—¿Y quién cojones era la fotógrafa que te acompañaba? Ninguna fotógrafa de este periódico fue contigo aquel día. ¿Tú te crees que yo soy gilipollas?

Lorenzo tuvo ganas de echarse a llorar. En su lugar, levantó la vista y miró con franqueza y arrepentimiento a su jefe.

—Lo... Lo siento. De veras. Fue una tontería. Quería ayudar a una amiga...

—¿Acaso no conoces nuestro libro de estilo? —le interrumpió el otro fuera de sí—. ¿Es que en la universidad no os enseñan algo de deontología profesional? ¿Tú qué te crees que estás haciendo aquí? ¿Tú dónde te crees que estás? Recoge tus cosas y pásate por personal. Espero no volver a verte nunca más.

Lorenzo se levantó de la silla como un resorte. Le estaban echando. En realidad, ya estaba fuera de aquella organización tan seria que tan poco le pagaba. No debía seguir un segundo más en aquel despacho aguantando el chaparrón de aquel hombre que ya no era su jefe. Tuvo ganas de hablarle y decirle que se equivocaba con él. Que él era un buen periodista y que *El Globo* perdía una promesa por explotar. En vez de

ello, le tendió la mano a modo de despedida y le miró fijamente a los ojos, con un nudo en la garganta, e intentando pensar todo aquello que nunca habría sabido decir: «Te equivocas conmigo. Voy a ser un buen periodista y, si me dieras la oportunidad, llegaría más alto que tú en esta empresa. Soy un diamante en bruto y tú te limitas a aplicar inflexible tu librito de estilo. Yo nunca despediré a un tío como yo cuando sea mayor y ocupe un despacho como este». Balbuceó un «lo siento» y salió de aquel lugar rumiando el sabor de la humillación y la derrota.

Paseó la mirada por la redacción. Nadie parecía haberse percatado de lo sucedido allí dentro, de modo que anduvo con gesto inexpresivo hasta su mesa, recogió sus cosas, cerró el ordenador y con el mismo paso firme se llegó hasta los retretes. Allí, sentado sobre una taza de váter, procurando no hacer ruido, lloró de impotencia. Tiró un par de veces de la cadena para acallar sus gemidos y finalmente, fuera, se lavó la cara y se largó a buscar su finiquito. Cuando por fin salió a la calle y el aire frío del invierno le azotó la cara, Lorenzo decidió volver a casa caminando. Le separaban ocho kilómetros. Le daría tiempo a reflexionar sobre su vida y su trabajo. No quiso mirar atrás y contemplar, como hizo el primer día, las letras de neón de *El Globo*. Recordó la primera vez que llegó allí con el espíritu inflamado de proyectos. No quería ver aquel rótulo con la desilusión que ahora le atenazaba. Caminó y caminó hasta que le sonó el móvil en el bolsillo. Era Any. No lo cogió. Lo apagó y lo devolvió al bolsillo del pantalón. Siguió andando y andando por entre la gente, sintiéndose cada vez más pequeño. Cuando por fin alcanzó las escaleras de su casa, a la una y media de la tarde, comprendió que estaba agotado, que le dolían los pies y que necesitaba tumbarse en la cama para seguir pensando en su futuro.

Cuando llegó al descansillo del piso vio a Any levantarse del peldaño de la escalera que le había servido de asiento. No dijo nada. La chica le abrazó y él temió que su despido fuera un clamor en la redacción. Luego rompió el silencio de la manera más torpe, anunciando lo que sin duda sabía.

—Me han echado.

—¿Qué ha pasado?

Dudó por un instante. No deseaba su consuelo. Ahora no. No lo necesitaba. Saldría adelante después de esta.

—La crisis.

—¡Joder! ¡Vaya mierda!

Él la apartó suavemente y abrió la puerta de su casa invitándola a entrar. Se disculpó por el desorden y la acomodó en la sala de estar mientras dejaba sus cosas, entraba en el baño, hacía tiempo, en fin, intentando enfriar los sentimientos y diseñar la próxima estrategia. Se refrescó la cara por segunda vez y se frotó enérgicamente con la toalla. Luego se fue al encuentro de Any momentáneamente recuperado. Se paró ante ella, se llevó la mano al estómago y luego le guiñó un ojo.

—¿Sabes? Tengo un poco de hambre. ¿Qué te parece si comemos algo aquí?

Any miró el reloj. Si hacían ahora un almuerzo temprano podría volver al trabajo

enseguida y aprovechar bien la tarde. No era mala idea. Nada estaba ocurriendo como ella esperaba, sino mucho mejor. Le entusiasmaba la capacidad de Lorenzo para superar el peor de los obstáculos.

—Yo creía que te iba a encontrar hecho polvo.

—Bueno, sí. Lo estoy. En realidad voy a necesitar mucho cariño.

—No, en serio.

—Lo digo en serio.

—Quiero decir que... Bueno, me encanta cómo te tomas las cosas, Lorenzo. Te quiero.

Se besaron largamente, sin prisa, mientras él enredaba con la mano entre su pelo y ella le acariciaba el torso por debajo del jersey. Luego él apartó su boca de la suya mientras seguía jugando con sus cabellos.

—Soy un superviviente. No te preocupes por mí. Saldré adelante. Y a lo mejor un día me fichan en *El Globo* con una buena oferta de trabajo. Lo que tenía ahora no era para tirar cohetes. No me resultará difícil encontrar un curro por ese sueldo.

—Ya lo sé.

Lorenzo la volvió a abrazar, secretamente emocionado. No esperaba frases de consuelo. Ni esperaba un milagro. Y, sin embargo, aquel «ya lo sé» tan convencido fue el mejor bálsamo que podía haber obtenido aquel aciago día. Any estaba convencida de su valía y era su chica. ¿Qué mejor consuelo y regalo podía esperar? Mantuvo el abrazo para evitar que ella viera la emoción en sus ojos y, finalmente, separó su cuerpo del suyo dispuesto a ponerse el delantal. Prepararía una magnífica ensalada y después empezaría a pensar en su futuro y en cómo labrarse un nuevo porvenir. Ahora tenía más experiencia que nunca. Jamás había contado con tan buen punto de partida.

Any asistía a su tercera reunión de la mañana. Empezaba a tener la incómoda sensación de trabajar poco desde que la habían ascendido. Nunca había pasado tantas horas en la empresa de forma tan improductiva. Así lo creía. Desde que le notificaron su ascenso y ocupó su nuevo puesto se veía obligada a llevarse a casa los papeles para poder concentrarse en ellos por la noche, lo que no siempre era fácil. En ocasiones, se había despertado a la mañana siguiente con la luz encendida y los folios desordenados sobre su cama. Pero ¿cómo hacer si no para estudiarse los temas? ¿Cómo prepararse siquiera las reuniones del día siguiente? Ahora entendía realmente el valor de la responsabilidad y la jefatura. Era agobiante y, al mismo tiempo, una espuela permanente. Lograría hacerse con el puesto más pronto que tarde.

Comprobó que se encendía la pantalla de su móvil y echó un vistazo con la mayor discreción.

Madre: ¿Puedes hablar?

Tecléo a toda velocidad: «No». Su jefe, Andrés Collado, intervenía ahora para demostrar hasta qué punto los planes de ahorro de la empresa estaban dando resultado en su departamento. La pantalla del móvil se volvió a encender.

MADRE: ¡Bingo! Papeles de Gonzalo claros. ¿Comemos?

Anny volvió a teclear con toda rapidez: «No puedo». Collado seguía hablando del recorte de gastos. La pantalla se iluminó de nuevo.

MADRE: Ven x la tarde a despacho. Alucinarás.

Respuesta: Ok. Bsss.

A partir de ese momento, los desvelos de su jefe por reducir los gastos de la compañía pasaron a un segundo plano. Su nuevo trabajo no le había permitido ocuparse demasiado del asunto de Faugosa, de Ana y de Gonzalo. ¿Qué habría encontrado su madre entre los papeles de aquel enfermero que durante tres semanas había sido capaz de robarle la razón? El más tórrido de los romances de su existencia. Aquel enfermero de ojos de miel y torso prieto fue un mago capaz de mantenerla en celo permanente, con la urgencia en las entrañas de hacer el amor, de volver a sentir sus manos sabias posándose siempre en el lugar oportuno. Gonzalo, el amor prohibido.

A las siete de la tarde recogió su mesa, recopiló los documentos que se llevaría a casa y se marchó al despacho de su madre, situado muy cerca de su casa, en un viejo

edificio próximo al Retiro. El trabajo la había vuelto a absorber durante toda la jornada y solo ahora, cuando ya subía las escaleras hasta el tercer piso en el que se hallaba la oficina de Rosa, logró olvidarse de los mercados energéticos y volver a la muerte de Gonzalo y la intriga que su madre le había transmitido con sus cortos mensajes de móvil. Llamó y esperó un rato. Rosa tardó en acudir hasta la puerta de un despacho que había quedado a esas horas evidentemente vacío.

Juntas recorrieron el angosto pasillo del viejo piso. A derecha e izquierda, puertas de madera pintada de blanco y cristal daban acceso a pequeñas estancias. Any conocía bien el lugar. Había otros tres despachos, un par de cuartos de baño, una habitación en la que estaban instaladas las impresoras y las fotocopadoras, otra en la que se almacenaba el material de oficina, otra en la que se apilaban libros de Derecho, una cocina con microondas en la que de vez en cuando se preparaban cafés y se calentaban platos preparados y, finalmente, al fondo, el cubículo de la abogada Rosa Ruiz-Benegas. Cuando era pequeña, le encantaba estar allí junto a su madre, dibujando en la mesa de reuniones, una pequeña superficie redonda con carpetas esparcidas y con cuatro sillas que había que liberar siempre de libros y papeles para poder ocuparlas. La mesa de trabajo de Rosa se situaba a la derecha de la puerta, según se entraba en la estancia. Estaba instalada perpendicular al balcón. Era una mesa antigua, algo tosca, de madera oscura, quizá caoba. En una mesa auxiliar, pequeña, también antigua, aunque no hacía juego con la primera, se situaba el ordenador, de espaldas a la luz. De manera que cuando Rosa escribía casi podía asomarse al exterior, de donde procedía un constante ruido de tráfico rodado. En las paredes títulos universitarios, fotos antiguas de Madrid y un pequeño cuadro abstracto que Rosa compró en ARCO de un artista entonces desconocido del que nunca volvió a oír hablar. Olía a madera y a cera.

Cuando ambas entraron en aquel lugar, una mujer se levantó de su asiento para saludar a Any. Le costó reconocerla. Estrella había perdido peso y unas profundas ojeras marcaban una mirada entre asustada y angustiada.

—¡Estrella! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo estás? —saludó Any antes de darle un par de besos.

La mujer no contestó. Solo le dedicó una triste sonrisa. Rosa rompió el hielo.

—Estrella acaba de llegar y le estaba ofreciendo un café. ¿Quieres tomar algo?

Any rechazó la invitación, a lo que se sumó Estrella con un «no, gracias» apenas audible. Con un gesto, Rosa las invitó a tomar asiento. Cogió una carpeta de su mesa, la colocó cerrada sobre la mesa de reuniones, se sentó junto a ellas y cruzó las manos sobre la misma carpeta sin llegar a abrirla. Adoptó un cierto aire solemne y tomó la palabra.

—Estrella, antes que nada quiero disculparme por haberte hecho venir hasta aquí. No he querido ponerte en antecedentes por teléfono por razones que tu misma vas a entender enseguida. —Rosa hizo una pequeña pausa y buscó con la mirada la anuencia de su hija antes de dirigirse de nuevo a la fiel secretaria—. Estrella, tenemos

la sospecha de que a Ana no la mató un ladrón cualquiera. Creemos que su muerte tiene relación con la compraventa de Faugosa.

La mujer se removió en el asiento. Abrió la boca. Parecía que iba a decir algo, pero se contuvo y siguió escuchando. En sus ojos se percibió un punto de interés. Rosa prosiguió:

—Gonzalo le hizo llegar a mi hija el soporte documental de la auditoría previa a aquella compraventa de la que posiblemente te acuerdas. —Estrella asintió con la cabeza—. Any y yo estamos dispuestas a descubrir qué es lo que pasó con mi hermana. —Hizo un pequeño silencio y, volviéndose hacia Any, continuó—. Gonzalo quiso dejar claro antes de suicidarse que Ana había sido víctima de algún complot relacionado con aquella operación que parece fraudulenta, aunque no tenemos muchos datos al respecto. Ahora sabemos que, además, Gonzalo cobró en los últimos seis meses un mínimo de trescientos mil euros de una empresa llamada Real State Corporation. —Rosa abrió la carpeta y consultó algunos de los papeles que contenían—. Extracto de la cuenta corriente de Gonzalo Cifuentes Romero. Fecha: 3 de septiembre de 2009. Transferencia recibida de Real State Corporation de cincuenta mil euros. Fecha: 12 de octubre de 2009. Transferencia recibida de Real State Corporation de sesenta y dos mil euros. Fecha: 4 de noviembre de 2009. Transferencia recibida de Real State Corporation de cuarenta mil euros... Hay más — dijo rebuscando entre los papeles.

—¿Sabemos algo de esa empresa? —interrumpió Any, impaciente.

—Sí —respondió Rosa enseguida cerrando la carpeta ante sí y colocando encima de nuevo sus manos entrelazadas—. Real State Corporation es una empresa pequeña, con un capital social de dieciséis mil euros, en la que aparece como administrador único un tal Jesús González Carrasco. He consultado el registro mercantil y he visto que Jesús González Carrasco aparece como administrador único o consejero en una decena de empresas; la mayoría de ellas propiedad de Faustino Gómez.

—Eso podría significar que Gonzalo estaba chantajeando a Faustino por una razón que desconocemos.

—¡Exactamente! Quizás así compraba sencillamente su silencio sobre una operación que fue un engaño.

—Pero esos documentos no valen tanto. Soy economista. No van a ninguna parte.

—Bueno, son los que la fiscalía anticorrupción quiso obtener sin éxito alguno gracias al oportuno incendio de la torre Windsor.

—¿Y los pagos a Gonzalo son solo desde hace seis meses?

—Eso parece. En algunos de los extractos bancarios anteriores al verano no hay ingresos de este calibre. Y, desde luego, ninguno procede de esta empresa.

Any se quedó pensativa. Intentó por un momento recomponer el rompecabezas, pero se sentía aturdida.

—Si me permitís... —Estrella interrumpió sus pensamientos con voz trémula.

—Adelante, Estrella. Estamos perdidas. Por eso te he llamado. Había pensado que

quizá tú podrías ayudarnos a entender qué es lo que pasó —dijo Rosa.

—Creo que os estáis dejando enredar por Gonzalo. Él fue quien la mató. No hay otra explicación posible. Estoy segura de que fue él.

La secretaria le dedicó a Rosa una subrepticia mirada de connivencia en el convencimiento de que ella debía entender aquella afirmación tras la información que semanas atrás le había ofrecido. Any, ajena a todo ello, reaccionó con cierta virulencia.

—Estrella, por Dios, ¿tú también? Aun suponiendo que hubiera sido él, una vez que se suicida, ¿qué interés iba a tener Gonzalo en desviar la atención?

—A la gente le preocupa su imagen incluso después de muerta.

Las tres mujeres guardaron silencio. Fuera de aquel despacho no parecía haber movimiento alguno. Era lo habitual; sobre todo en los últimos tiempos de crisis. Los clientes parecían haberse exiliado. Rosa resopló; desanimada. Revisó distraídamente los papeles y luego se volvió hacia la secretaria de su hermana.

—Estrella, ¿sabes qué fue lo que pasó con Faugosa?

—Por supuesto. Aquello salió en todos los periódicos. ¿Cómo no iba a saberlo?

Nuevo silencio. Rosa esperó golpeando la mesa suavemente con las yemas de los dedos. Había en su gesto la huella de la impaciencia.

—Estrella, mi hermana está muerta. Ya no hace falta que mantengas tu discreción por encima de todo. Y menos con nosotras. ¿Sabes algo más sobre Faugosa que no sepamos nosotras? ¿Sospechaste sobre el chantaje de Gonzalo? ¿Tienes alguna hipótesis? —Bajó la mirada y, tras un instante, suplicó—: Tienes que ayudarnos.

Estrella se retorció las manos. Meditó. Luego empezó a hablar:

—Soy la única persona que tenía acceso a todo el papeleo con el que Ana trabajaba. No exagero si os digo que confiaba plenamente en mí. Yo le archivaba y organizaba todos los documentos escaneados en mi ordenador. Solo ella y yo teníamos acceso a los mismos. Los originales los guardábamos en uno de sus armarios bajo llave. El lunes siguiente a su desaparición me llevé todo a casa: tanto los originales como las copias informáticas.

Anocheecía. De la calle solo se filtraban las tenues luces de las farolas. Any se vio sumida en una situación irreal. Era la reunión de trabajo más extraña a la que había asistido nunca. Un cosquilleo en el estómago la mantenía extraordinariamente atenta.

—¿Tenía mi hermana documentos sobre Faugosa? —le interpelló Rosa.

La secretaria le aguantó la mirada.

—Sí, todos. Tenía todos los documentos.

—Necesitamos analizarlos.

—Cuando queráis.

—¿Os parece que nos veamos mañana aquí a la misma hora?

Estrella y Any asintieron con la cabeza. Rosa dio una palmada sobre la mesa. Luego las tres mujeres se levantaron de sus sillas. Había en el ambiente cierta emoción. Estrella esbozó incluso una sonrisa. Recogieron sus abrigos y tomaron el

pasillo camino de la salida. Rosa les prometió una merienda para el día siguiente y juntas bajaron las escaleras en animada conversación. Finalmente, madre e hija despidieron a Estrella en el portal. La vieron alejarse más erguida que cuando llegó.

Estrella se había acercado en metro y anduvo en busca de la parada más próxima. Caminaba con paso decidido sumida en sus pensamientos. Haría copias de toda la información que conservaba. Le cabría todo en un solo *pendrive*. Pero antes repasaría un poco los documentos. Conocía los asuntos, aunque no los había analizado por chismorreo. Su curiosidad podía ser todo lo limitada que Ana quisiera. Si confiaba en ella, si confiaba lo suficiente como para pasarle todo aquello es que tenía el tácito consentimiento para analizar, revisar y, como objetivo final, archivar ordenadamente para dar con el documento exacto con presteza, aquel que Ana necesitara en cada momento. Ella era una buena profesional, sí. Una secretaria en la que confiar. Una secretaria a la que nunca se le pasaba un cumpleaños, una llamada, un dossier. No hablaba un inglés fluido ni podía exhibir el vientre plano, pero era imprescindible en la oficina porque cuidaba hasta el último detalle para que su jefa pudiera ocuparse solo y en exclusiva de las cosas importantes. Ese era su mérito. Ana siempre supo valorar su profesionalidad y ella estuvo orgullosa de ello. Los ojos se le inundaron de lágrimas. Por primera vez en muchas semanas fue capaz de recuperar la autoestima por unos instantes. Fue capaz de no odiarse por lo que era. Deseaba llegar a casa cuanto antes. Ahora tenía una tarea urgente por delante. Y nada le urgía más que ponerse a ello. Volver hoy a su guarida no sería un solitario suplicio. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano, levantó el brazo derecho y detuvo un taxi.

Son las cinco de la madrugada y no puedo dormir. Es normal. En España son todavía las diez de la noche. Últimamente no me hacen mucho efecto las pastillas, pero no importa. El viaje ha sido cómodo y he descansado lo suficiente como para poder pasar la noche en blanco sin tener mañana cara de *zombie*. Me pregunto por qué últimamente el mejor descanso me viene de la mano de los aviones.

Te escribo porque el otro día me dejaste preocupada. Tres hijos dan mucho trabajo y deberías buscarte alguna vía de escape con la que de vez en cuando recargar las pilas. Si fueras capaz de cuidarte un poco podrías disfrutar mejor de ellos y de todo lo que tienes. Haz el favor de no deprimirte. Mira a tu alrededor, Rosa. ¿Acaso no te das cuenta de lo afortunada que eres? Te lo he dicho muchas veces y tú no me crees, pero es verdad. Te envidio. Piénsalo bien. En este mismo momento, tú debes de estar cómodamente sentada en el sofá ojeando una revista o viendo la televisión junto a Juan mientras que yo, tan importante, estoy aquí jodida, odiando la cena que me tomé hace tres horas porque no han venido a recoger la bandeja. *Agggg*. ¿Quién crees que está mejor? ¿Quién ha elegido mejor?

He roto con Fran. O él ha roto conmigo. A estas alturas es un detalle que importa poco. Y no creas que te escribo por eso. ¡No sabes hasta qué punto me siento liberada de la carga de ese hombre! ¿Te dije que tenía un hijo insoportable y una exmujer completamente chiflada? A veces estos viajes tan largos me ayudan a relativizar un montón de cosas. Por ejemplo, esta que te cuento ahora. ¡Fran! Pasó a la historia. No voy a perder un minuto más con él ni con su jodida familia.

Ahora que lo pienso no sé qué voy a hacer con esta carta. Me temo que llegaré yo a Madrid antes que ella si la dejo en el buzón. Pero, bueno, ¿qué más da? La enviaré

desde aquí de todos modos. Tendrá el sabor antiguo de esas cartas (pocas, sí, lo sé) que te escribía cuando éramos jóvenes.

No sé cómo transmitirte un mensaje de aliento. Es lo que intentaba, aunque ahora que releo la carta (perdona la letra, pero estoy escribiendo en la cama) me temo que estoy siendo muy torpe. Solo quería también que supieras que te apoyo al cien por cien en tu decisión de recortar tu jornada laboral para estar más con los niños. Creo que poco a poco te acostumbrarás y no te sentirás culpable por ello y que es una decisión inteligente, como todas las tuyas.

Mejor lo dejo. No estoy inspirada. Cuídate mucho,

ANA

Aquellas veinticuatro horas fueron emocionantes para Estrella de la Fuente. Tentada estuvo de faltar al trabajo, pero después se preguntó a sí misma por qué tendría que hacerlo. Ya que no le daban tarea en la oficina, ya que su arrogante jefa no le pasaba ni las migajas de lo que a ella le sobraba, Estrella se llevaría allí los documentos para analizarlos concienzudamente. Si nunca reparaban en ella mientras esperaba desesperada el final de la jornada, allí confinada en su rincón, ¿por qué iba a ser hoy distinto? Se llevó un *pendrive* de gran capacidad al despacho y allí pasó el día enfrascada en la pantalla analizando y tomando notas. Tuvo previamente la precaución de iniciar un solitario de cartas en el ordenador para poder abrirlo en cuanto alguien intentara husmear en su pantalla. Sabía qué era lo que Elena deseaba descubrir. Sabía que en eso consistía parte de su humillación: generar en ella ese insoportable sentimiento de culpa, de pérdida de tiempo, de total improductividad mientras los demás andaban de cabeza atareados.

Mantuvo allí el solitario, minimizado en su escritorio, pero finalmente no tuvo que recurrir a él. Aquel día, como el anterior y el anterior del anterior nadie se preocupó por Estrella de la Fuente. Y así transcurrieron las horas, volando, de anotación en anotación. Le sorprendió comprobar que ya eran las siete de la tarde cuando aún no había terminado, pero sabía que tenía material suficiente para Rosa y Any. No era necesario seguir. Les haría una copia electrónica de todos los documentos y acudiría a la cita como habían acordado.

Elena la llamó desde la distancia, de modo que Estrella detuvo el proceso, abrió el solitario para que ocupara toda la pantalla de su ordenador y anduvo hasta la mesa de su jefa forzando un gesto neutro en el rostro. Las tardes empezaban a alargarse. Aún entraba por la ventana algo de la luz natural del atardecer y apenas quedaban unos minutos para escapar de las garras de aquella mujer que ahora le mostraba un archivador que reposaba sobre su mesa.

—Haz fotocopias de todo esto y prepara un dossier digital al señor Salcedo —le ordenó con un mohín de condescendencia en los labios y una fingida camaradería.

—Muy bien. Enseguida.

Estrella cogió el archivador y se dirigió de vuelta a su mesa. A medio camino, la voz aflautada de Elena sonó impaciente e imperativa.

—Debe estar listo mañana a las nueve.

No contestó. Aquel archivador llevaba toda la tarde en la mesa de su jefa. Solo una semana atrás habría recurrido al truco de siempre: quedarse allí hasta la noche para lograr tener el trabajo pulcramente terminado a las nueve en punto de la mañana. Ahora ya sabía que sus desvelos nunca servían de gran cosa. Que si cumplía las órdenes, Elena jamás reclamaría el trabajo a la hora fijada. Y que hiciera como hiciese el trabajo, nunca estaría bien. Se sentó en su silla e hizo unas cuantas respiraciones profundas aprendidas en sus clases de yoga. Es importante que el aire entre hasta bien abajo, por debajo del estómago, antes de exhalarlo nuevamente. Hizo las copias de los documentos que había dejado pendientes e, inmediatamente, se enfrascó en el archivador. Pasó páginas adelante y atrás un poco divertida mientras vigilaba de reojo a su jefa. Finalmente esta, exultante y satisfecha, cogió su abrigo y su bolso y se despidió alegremente.

Estrella de la Fuente hizo un poco de tiempo; apenas diez minutos más. Suficientes como para imprimir unos pocos documentos previamente seleccionados, recoger sus cosas y marcharse con la misma satisfacción que Elena; con el mismo sentimiento de trabajo cumplido con el que se había ido hasta ahora a su casa prácticamente todos los días de su vida hasta que Ana la abandonara a su suerte y la dejara en manos de esta perversa mujer. Entornó los ojos. Algún día acabaría con ella. Julián Salcedo y su fiel secretaria merecían un correctivo y ahora ella disponía de todo el tiempo del mundo para idear el más conveniente. La última vez fue el cese fulminante de Salcedo y la caída en desgracia de Elena, que se había visto obligada a bajar al departamento de personal a las órdenes del peor de todos los jefes de Telefisa. La semana anterior había soñado con un vídeo doméstico grabado en los lavabos en los que Salcedo y Elena follaban como conejos y la publicación de la cinta en Youtube para escarnio de ambos que, finalmente, abandonaban la empresa y se exiliaban en Madagascar para no ser reconocidos. Allí, por supuesto, les robaban todas sus pertenencias y terminaban regentando un bar de mala muerte para blancos borrachos. Pero hoy no tenía tiempo para planear más finales felices. Debía correr al despacho de Rosa Ruiz-Benegas, que no era como la gran Ana, pero que ahora se le parecía bastante.

Cuando llegó, Rosa y su hija ya estaban esperándola. Magnífica señal. Ambas elogiaron su puntualidad y su buen aspecto. Se besaron y se piropearon como solo las mujeres saben hacerlo entre sí: con franca admiración, pero también por el puro placer de complacer a las otras. Recorrieron el pasillo y, esta vez sí, se prepararon unos refrescos antes de iniciar la reunión. Estrella abrió su gran bolso y dio a cada una de ellas una copia de los documentos impresos en la oficina unos minutos antes. También colocó sobre la mesa un *pendrive*. Rosa y Any dispusieron sus papeles a la vista de las demás, pero esta vez fue Estrella la que tomó la palabra. Las otras dos escucharon expectantes.

—En el *pendrive* están todos los documentos que Ana guardaba relacionados con Faugosa. Como podréis comprobar, hay un poco de todo, desde documentos de la

CNMV hasta recortes de prensa, auditorías e informes internos. Os he impreso solo algunos de los que he considerado más esclarecedores, pero he tenido tiempo para revisarlos y creo que podría haceros un relato bastante ajustado de lo que pasó con esta empresa. Sin embargo, antes de empezar os tengo que aclarar que, extrañamente, entre la documentación creo que no está la base que dio lugar a la auditoría previa a la venta de la empresa, que, sin embargo, tenía Any.

Las tres mujeres hicieron un breve silencio. Estrella se llevó el vaso de Coca-Cola a los labios. Estaba nerviosa. Había preparado cada detalle. Era su gran momento. Sin embargo, Rosa tomó la palabra.

—Quizá no se atrevió a compartir esa auditoría contigo.

La secretaria pareció escucharla sin prestar demasiada atención. El aplomo y la calma eran hoy sus aliados.

—Puede ser, pero no lo creo. Los documentos que guardábamos en la oficina demuestran claramente el fraude. Son tan escandalosos como me supongo que son los que dieron lugar a esa auditoría. Si no hubiera querido compartir los documentos conmigo tampoco habría dejado estos en mis manos. Más bien me inclino a pensar que la única diferencia entre unos y otros son las fechas. Pero, para empezar, creo que no me habéis comentado gran cosa sobre esa auditoría.

Any se sintió aludida. Últimamente había estado demasiado atareada, pero sí, había encontrado huecos para analizar la información de la que disponía.

—Básicamente, esos documentos demuestran que Faugosa, en el año 2001, disponía de unos tremendos activos. Aún no he podido analizar detenidamente la información, pero hay, por ejemplo, fincas que a Faugosa le costaron poco más de trescientos mil euros y que años después estaban valoradas, por empresas de tasación serias, en más de sesenta millones. Los activos de la compañía, en el momento de la venta, sumaban un total de cuatro mil trescientos millones de euros. Todo parece indicar que la situación de la compañía era boyante, salvo que... —Any hizo una pausa para beber—... salvo que tenía una deuda valorada en casi esa misma cantidad.

—Bueno, en principio, no parece que haya nada raro —dijo Rosa—. El Banco Toledano compró la empresa por ciento treinta y cuatro millones, un buen precio habida cuenta de que ese era el patrimonio neto de la compañía y que en aquellos años vivíamos en pleno *boom* inmobiliario; una etapa en la que los bienes inmuebles se revalorizaban hasta en un catorce por ciento al año, a una velocidad muy superior a lo que costaba el dinero.

—Yo creo que los documentos que teníamos en la oficina son posteriores a esos papeles y que, por tanto, cierran el círculo, dando una explicación a todo este embrollo —interrumpió Estrella—. Todos son posteriores a la compraventa y, como vosotras mismas podéis comprobar, demuestran claramente que los resultados de la empresa y las valoraciones estaban infladas. En realidad, toda Faugosa estaba sobrevalorada. De ahí que la fiscalía anticorrupción, seguramente alertada por partidas que no la convencían, hubiera iniciado posteriormente una investigación

sobre el asunto.

—Pero en las bases documentales, como bien decíais, hay tasaciones firmadas por empresas solventes —meditó Any.

Rosa sonrió condescendiente mirando a su hija.

—Los tasadores y los auditores son muy obedientes con quienes les pagan.

—¡Eso no es así! —protestó Any con el ceño fruncido—. Se la juegan si hacen eso.

—Se la juegan ahora. Hace solo ocho años las cosas eran bien distintas. Y aun así hoy en día te escandalizarías de las fantasías contables que utiliza la gente. —Rosa se volvió hacia Estrella—. Continúa, por favor.

—Una vez que el Banco Toledano se quedó con Faugosa empezaron los problemas. Uno de los documentos que os he traído impreso es precisamente la valoración de la compañía, con fecha de mayo de 2002. Como veis ahí, una firma internacional valoraba el patrimonio inmobiliario de Faugosa en cuatro mil trescientos setenta y cinco millones de euros. Descontadas las deudas, el patrimonio neto de la empresa era de trescientos noventa y ocho millones. Pues bien, un año después, siendo Faugosa propiedad del banco, resulta que una nueva tasación situaba el patrimonio en solo dos mil novecientos ochenta millones y que la empresa, en realidad, lejos de ser una ganga, era un saco de deudas.

—¡Es increíble! —murmuró Any.

—Sí, sí. Prácticamente todos los activos estaban sobrevalorados. Ahí os he impreso un par de ejemplos muy ilustrativos que demuestran que Faugosa fue un fraude total.

Estrella mostró uno de los documentos y les explicó con detalle la fantasía contable utilizada en el caso de una finca cordobesa comprada por un millón de euros y valorada al poco tiempo en ochenta millones, como si el dinero se multiplicara milagrosamente según Faugosa simplemente pusiera las manos sobre él. Números y números mentirosos, tramposos, de efectos, eso sí, millonarios para quien, a todas luces, sabía jugar con ellos. Any, incrédula, dejaba escapar exclamaciones mientras repasaba una y otra vez los documentos que la eficaz secretaria le había entregado.

—En estos otros documentos comprobaréis una operación muy similar.

Rosa y Any se enfrascaban ahora en los papeles relativos a una finca de Faugosa en Castellón, comprobando de hito en hito las cifras que Estrella les dictaba. La secretaria les dio un respiro para que ojearan los documentos y Rosa habló sin levantar la vista.

—En realidad, aquí hay un problema con las tasaciones, no con los auditores.

—Pero los auditores, como pude comprobar anoche mismo —terció Any—, no expresaron en sus conclusiones finales ninguna salvedad. Ni asomo de duda ante las cuentas ofrecidas por la empresa. Todo lo dieron por bueno... ¡Sin comprobar!

—Estamos hablando de la época inmediatamente anterior a la gran crisis. Estamos hablando de la época en la que Enron cae estrepitosamente —dijo Rosa.

La secretaria compuso un gesto de interrogación. Any interrumpió a su madre y pasó a explicar los detalles mirando a Estrella.

—Me acuerdo perfectamente de aquel escándalo porque lo estuvimos analizando en clase. Recuerdo hasta las cifras exactas. Las acciones de Enron pasaron de valer ochenta y cinco dólares a tan solo cinco céntimos. Los ahorradores y accionistas perdieron prácticamente todo su dinero porque habían confiado en la auditoría de la gran consultora Arthur Andersen, que había bendecido las cuentas de la compañía.

Estrella asintió al rememorar súbitamente toda aquella trama y la crisis de las firmas consultoras, que tuvieron que avenirse a normas más estrictas en ambos lados del Atlántico. Rosa interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—Vamos a centrarnos un poco. —Hizo una pausa—. La cuestión está en que los documentos que tenemos son complementarios y que todos ellos eran de mi hermana. —Las otras dos asintieron levemente con la cabeza—. O, mejor dicho, los tenía mi hermana. No acabo de entender muy bien por qué le interesaban tanto. Seguramente, Estrella, eres la única de las tres que puede saberlo.

Hasta ese preciso momento, la secretaria se dio cuenta que se había entretenido demasiado en los detalles puramente técnicos sin pararse a pensar en el significado del conjunto. Pero lo sabía. ¿Cómo no iba a saber qué cosas le interesaban y por qué a su amada Ana?

—Ana siempre tuvo un interés enorme en esta empresa. Era la que precipitó la caída de Federico Almansa y, bueno, creo que no hace falta que os diga a vosotras la estima que le tenía. Creo que Almansa era como su segundo padre, aunque él no es mucho mayor que ella. Pero entre los dos había...

—Por alguna razón Almansa le pasó todos estos *dossieres* a mi hermana —le interrumpió Rosa—. Él estaba entonces en el Toledano y tenía acceso a todos estos documentos.

Estrella levantó el dedo índice de la mano derecha y lo movió suavemente de un lado a otro.

—No, no. Te equivocas. Recuerdo perfectamente que cuando Ana me empezó a entregar todos estos documentos para archivarlos fue justamente después de que Almansa dejara el banco.

—Quizá se los llevó con él y se los pasó.

—No, de verdad, Rosa. Yo creo que los consiguió ella por su cuenta, aunque no sabría decirte cómo lo hizo. Pero estoy cien por cien segura de que no era Almansa porque entraban poco a poco y porque si hubiera sido él yo lo habría sabido.

Rosa levantó las cejas en un gesto de duda.

—Te lo aseguro. Os lo digo de verdad. Yo tenía acceso a cualquier cosa que Almansa pudiera enviarle a Ana. El señor Almansa sabía perfectamente que yo era de plena confianza. Y, de hecho, me lo demostró en varias ocasiones con asuntos diversos y digamos que también confidenciales.

Any tomó la palabra.

—Eso quiere decir que la tía Ana se hizo con esos documentos después de que Federico abandonara el banco y también que los consiguió de forma que nosotras desconocemos. —La joven economista hizo una pausa y luego exhaló un suave resoplido—. Me siento perdida.

Rosa entornó los ojos. Intentaba ponerse en el lugar de su hermana, mirar las cosas desde su óptica y, sorprendida, comprendió que no le resultaba tan difícil.

—Federico Almansa, su gran amigo, había sido víctima de una vulgar estafa. Y eso le había costado su carrera. En aquel momento, Almansa pasó de ser el empresario de todas las salsas al apestado en los salones financieros de Madrid. Y mi hermana... —Sonrió—. La conozco bien. Mi hermana cargó la escopeta. Se hizo con toda la munición posible contra Faustino Gómez. Eso fue lo que hizo.

—¿Qué hizo? ¿Chantajearle? —preguntó Any, hundida todavía en la incredulidad.

—Ana se habría reído de ti, ¿verdad, Estrella? Ella nunca habría hecho tal cosa. No le hacía ninguna falta. Ja, ja.

Rosa acalló su propia carcajada. Quizás estaba siendo demasiado indiscreta. Quizá no debía haber dicho lo que acababa de decir. Le invadió una repentina desazón mientras recordaba una conversación íntima mantenida en cierta ocasión con su hermana. «¿Tú crees que es necesario que un empresario pague con dinero los favores a un político?», le preguntó un día sin esperar respuesta. «¡No! No hace ninguna falta. Simplemente, ese empresario ya sabrá cómo devolverle algún día el favor al político, generándole unos beneficios generosos. Ya encontrará el momento. Así es el sistema, hermanita.»

Se volvió hacia Estrella, aún perturbada por sus propios recuerdos.

—Dime una cosa, Estrella, ¿qué tipo de relación tenía mi hermana con Faustino Gómez?

—Yo diría que era una relación normal entre dos personas de su posición. No era muy fluida, porque los sectores de actividad son distintos, pero era una relación correcta e incluso cordial.

—Ajá. Esa es la prueba de que no necesitó chantajearle.

—Pero ¿chantajearle para qué?

Rosa se encogió de hombros.

—No lo sé. No puedo saberlo, pero...

—Es el lenguaje de los negocios. Ana se hacía respetar. Eso es todo.

Any se dio un palmetazo en la frente y se levantó repentinamente del asiento. Las otras dos mujeres la siguieron sorprendidas con la mirada.

—¡Eso es! Gonzalo se hizo con estos documentos y empezó a chantajear a Faustino Gómez. ¡Eso fue lo que pasó! Rompió las reglas del juego.

—Y entonces, Faustino Gómez decidió darle un buen escarmiento matando a mi hermana —sentenció Rosa—. Eso fue lo que pasó. Él rompió las reglas, pero la responsabilidad era de Ana. —Un par de lágrimas nublaron sus ojos—. Faustino le

hizo pagar a ella el error; de esa manera, conseguiría que él desistiera de su empeño de seguir robándole.

Any dejó de pasear y miró atónita a su madre. Esa era la pieza que faltaba en el gran rompecabezas. La única explicación posible a todo aquel embrollo.

—... y Gonzalo se suicidó al comprender lo que había ocurrido.

Any releyó mentalmente el mensaje que aún guardaba en su móvil: «Soy culpable de lo que he hecho y debo pagar por ello. Pero si quieres una respuesta verdadera, espera a que te llegue mi regalo».

El silencio se instaló entre las tres mujeres. Cada una parecía sumida en sus propias cavilaciones. Estrella, finalmente, intervino de nuevo.

—Por si os interesa, documento a documento, ahí está toda la historia de Faugosa. El banco se fue desprendiendo de los activos que pudo para equilibrar las cuentas. Los desfases contables eran increíbles, como bien había sospechado la fiscalía. Las pérdidas de la operación debieron de ser cuantiosas. El documento más reciente es del año 2007. En realidad, ya para entonces Faugosa se había desintegrado. Había desaparecido del mapa. El banco prefirió enterrar una firma que ya no generaba confianza. Muchos de sus activos inmobiliarios pasaron a Urbaland, la marca inmobiliaria que el banco constituyó en 2005.

Any había cogido un mechón de su propio pelo y jugueteaba con él, retorciéndolo como si deseara que este quedara en forma de trenza natural.

—No sé, no sé —dijo, aún sumida en sus reflexiones—. Creo que hemos ido demasiado rápido. Damos por sentado que un empresario es capaz de matar fríamente... ¿De verdad creéis que Faustino Gómez sería capaz...?

—Alguien tuvo que ser —respondió Rosa casi interrumpiendo el curso de sus pensamientos—. Desde luego, lo que no parece lógico es que la matara un loco que la atacara por casualidad. La mataron con saña. Iban a por ella. No a por su bolso, ni a por su coche. Es evidente. —Se volvió hacia Estrella, empujada por una inercia que le impedía emocionarse por todo lo que significaba aquello que salía de su boca y le permitía continuar con la frialdad de un cirujano abriendo la caja torácica de su paciente—. Salvo que tuviera algún otro enemigo que desconocemos.

Estrella negó rotundamente con la cabeza durante un buen rato y Any la observó mientras retorció más y más aquel castigado mechón de su pelo.

—Yo creo que todo es muy aventurado. Si tuviéramos alguna manera de confirmarlo... —insistió la joven economista.

—¿De confirmar el qué? —le preguntó su madre.

—Que fue Faustino Gómez.

Rosa agarró suavemente el brazo de Estrella con su mano y miró a su hija. Después habló lentamente, mirando alternativamente a una y a otra.

—Vamos a hacer una cosa. Vamos a seguir analizando cada una por nuestra cuenta los documentos que tenemos. Hemos de hacerlo con la mente bien abierta. Podemos estar equivocadas, pero quizá no. Creo que al menos podremos estar más

seguras. ¿Qué os parece? —Las dos asintieron con la mirada—. Después, ya veremos qué es lo que decidimos.

Dieron por terminada la reunión. Recogieron los vasos y los refrescos que habían sacado de la cocina y juntas apagaron las luces y abandonaron aquel edificio con el firme propósito de ser discretas. Entre las tres marcaron sus nuevos códigos de conducta: no hablarían de estos temas jamás por teléfono, no le contarían a nadie en qué estaban, analizarían cualquier otro indicio que les asaltara y cotejarían todos sus datos siempre que pudieran con cualquier otro documento que pudieran conseguir. Finalmente, se verían en aquel mismo sitio, a la misma hora, siete días después. Abandonaron el despacho con la certeza de que se habían asomado a un abismo profundo y peligroso.

Un camarero de impecable chaquetilla blanca y largo delantal servía una copa de cava a su mejor cliente. En cuanto le vio atravesar el vano de la puerta supo que tendría que descorchar una botella para él. Había ocupado su rincón favorito, en un recodo acotado por cristales de agua que protegieran su intimidad de la mirada de los curiosos. El camarero devolvió la botella con destreza a la bandeja que mantenía en perfecto equilibrio con la mano izquierda y depositó sobre la mesa del cliente un plato de almendras fritas y otro con aceitunas. Luego se retiró hacia la barra con una leve reverencia y una profesional sonrisa.

Federico Almansa siempre había honrado este lugar con su presencia y sus buenos modales. Desde el limpiabotas hasta la dueña, todos allí sabían que a él le debían parte de su clientela más selecta. No era su costumbre tomar una copa a esas horas de la tarde; Almansa era más partidario de organizar en esa tasca de postín largos aperitivos o comidas de trabajo. De su mano habían pasado por allí empresarios y políticos en la cúspide. Hoy, sin embargo, estaba solo y se le notaba levemente impaciente. Había mirado el reloj un par de veces antes de que la mujer que esperaba llegara al lugar y se acercara a él con aire grave. Era una señora de mediana edad, alta, de pelo negro, enfundada en un abrigo beis con cinturón que le marcaba las caderas. Llevaba un gran fular de tonos marrones alrededor del cuello. Almansa la miró. A pesar de su impaciencia, la recibió cortésmente con una sonrisa que parecía sincera. Había algo de Ana en aquella mujer.

Rosa se deshizo en disculpas mientras se liberaba de sus prendas de abrigo. Sabía lo atareado que estaba él, le dijo, y el esfuerzo enorme que, seguramente, había tenido que hacer para encontrar un hueco en su agenda, le repitió. Él le restó importancia a los inconvenientes de la cita y le rogó que se olvidara de tal preocupación como mandan los cánones de la buena educación.

Pidieron otra copa de cava y el camarero corrió a por ella mientras aquella singular pareja tomaba asiento e intercambiaba los saludos de rigor. La mujer saboreó la bebida más por calmar sus nervios que su sed y, finalmente, osó entrar en el asunto que la había llevado hasta allí.

—Te he llamado porque necesito tu ayuda, Federico.

—Tú dirás. Sabes que puedes contar conmigo. No hace falta que te lo diga.

—Verás —Rosa tragó saliva, carraspeó ligeramente y luego continuó preparando

cuidadosamente sus palabras—, necesito que colabores conmigo en un asunto relacionado con Ana. —Hizo una breve pausa, como si necesitara ahorrarse los rodeos—. Federico, tengo la sospecha de que la muerte de Ana está relacionada con el fraude de Faugosa.

Por toda respuesta, Federico Almansa se arregló el nudo de la corbata y se mantuvo expectante; dando por hecho que la abogada aún no había terminado.

—Por un cúmulo de casualidades, alguien nos ha puesto sobre la pista de esa compañía. Tengo el convencimiento de que la información que mi hermana tenía sobre Faugosa era pura dinamita y que a Faustino no le hacía ninguna gracia que ella tuviera esa información y pudiera... manejarla.

No supo interpretar su mirada; tampoco su silencio. Menos aún, su gesto imperturbable. Claro que ella nunca había sido buena jugando al póquer; jamás adivinaba las cartas del contrario. ¿Cuáles eran las de Federico? ¿Qué estaba ocurriendo en su cabeza? ¿Había desatado una tormenta con sus referencias a Faugosa o su mente estaba, simplemente, lejos de aquel lugar, sumida en el último negocio, en la última gestión o en la sesión de golf que le esperaba a la salida de aquella cita tan incómoda? Desconocía por completo los resortes de aquel amigo de su hermana, de aquel extraño personaje con el que jamás había intercambiado más de tres frases seguidas. De modo que siguió hablando. Le contó punto por punto todo lo que sabía hasta el momento de los números de Faugosa, de sus maquillajes contables y sus estrambóticas y estratosféricas cifras. Finalmente, desmenuzó también para él los desvelos de su hermana por recopilar todos aquellos documentos. De pronto, se sintió exhausta.

—Federico, si me ayudarás... Creo que tu colaboración me sería muy valiosa.

Hubo cierta súplica en su voz. Durante todo su amplio relato, aquel hombre apenas había movido un músculo de la cara. De algún modo tenía que intentar romper aquella coraza, en el supuesto de que se tratara de una estrategia defensiva por parte del ejecutivo y no de la total carencia de interés en el asunto. A medida que avanzaba en su descripción frente a un hombre aparentemente indiferente se acrecentaba su inseguridad. Todo lo que hasta ahora la abogada había visto claro amenazaba con derrumbarse como un castillo de naipes, como el sueño que a lo largo de la mañana se desvanece en una destrucción lenta pero implacablemente de sus contornos.

—No sé muy bien qué puedo aportar yo —dijo él, rompiendo, por fin, su silencio—. Supongo que conoces perfectamente lo ocurrido con Faugosa y el papel que jugué en aquella operación. No fue la mejor gestión de mi vida. —Sonrió, mientras ella asentía con la cabeza en un gesto de connivencia—. A partir de ahí, no he vuelto a ocuparme de todo aquello. En la vida hay que mirar hacia delante, Rosa.

—Sí. Tienes razón. Hay que mirar hacia delante, pero... —Rosa se acercó un poco más a él y bajó el tono de su voz—. Federico, alguien ha matado a mi hermana y no por accidente. ¿Es una locura intentar saber quién fue y por qué? Ana era una mujer valiente. Ella hubiera hecho lo mismo por mí. ¿Crees que se habría quedado de

brazos cruzados llorando mi ausencia? Mira, Federico, Ana guardaba celosamente la base documental de la auditoría de 2001 sobre la que el banco se basó para comprar Faugosa. Guardaba también aquella auditoría, cuya copia tenía, obviamente, la CNMV, y toda la documentación interna de la empresa hasta que esta desapareció subsumida en el banco. Creo que toda esa documentación da una idea completa de hasta qué punto Faustino Gómez había inflado los resultados de la empresa para dar un auténtico pelotazo a costa del dinero del banco. Y tengo la sensación, casi la certeza, de que Faustino sabía que mi hermana guardaba todo eso y que quizás ahí está la razón de su muerte violenta.

Un leve acceso de tos se apoderó de Federico Almansa. Se llevó la mano a la boca. Luego jugueteó con la base de su copa y Rosa se preguntó si aquellos pequeños gestos eran la señal definitiva de que él estaba sopesando la medida de su colaboración o, por el contrario, la estrategia de su huida.

—No te he dicho... No te he dicho que Gonzalo chantajeaba a Faustino. De alguna manera, Gonzalo se hizo con la base documental de esa auditoría...

—Rosa —terció el ejecutivo con cierto tono paternalista—, lo que me estás contando me suena a ciencia ficción.

—¡Pero no lo es! —protestó la abogada—. No es ciencia ficción. Ana guardaba todos esos documentos, pruebas de un evidente fraude fiscal, de fantasías contables capaces de llevar a la cárcel a un empresario llamado Faustino Gómez. Y toda esa documentación está ahora en mi poder.

«¿Por qué insistes en hacerte el loco? —le hubiera gustado preguntarle—. ¿Estás asustado? Quisiera decirte que yo también estoy asustada. Que tengo miedo y un impulso irrefrenable por seguir bajando a las profundidades que mi hermana me ha dejado en herencia.»

—Sigo sin entender en qué puedo ayudar yo —insistió lacónico Almansa.

La abogada, a punto de rendirse, inspeccionó el lugar. Ante ella había una tasca elegante de copas finas y mesas de mármol y un frío ejecutivo en el que solo su hermana fue alguna vez capaz de hallar algún gesto de humanidad. Quizás Ana murió sin saber que aquella supuesta amistad era solo una ilusión. Sin embargo, no tiró la toalla. Su oficio de abogada fue la mejor herramienta para poder seguir en tan incómoda tesitura.

—¿Tú sabes cómo pudo llegar todo eso a sus manos? —Almansa no contestó. Parecía meditar—. Mi hermana está muerta, Federico, y la idea de que alguien organizara su asesinato me tiene obsesionada. Tengo que averiguar qué pasó. Y nada me gustaría más que el culpable pagara algún precio por ello. Suponía que tú también estarías interesado. Eras su mejor amigo, según creo.

El ejecutivo alzó la mano para intentar llamar la atención del camarero. Luego siguió la conversación sin mirarla.

—Rosa, creo que deberías dejarlo estar. Creo que a lo mejor te estás metiendo en un terreno peligroso. Piénsalo. De todos modos, nunca recuperaremos a Ana. Ni tú ni

yo. ¿Has hablado con la policía?

—Todavía no, pero no descarto hacerlo. Antes quisiera tener más elementos de juicio.

Almansa apuró la copa y, con el camarero expectante junto a la mesa, le hizo un gesto elocuente para que la rellenara.

—¿Estás segura de que tienes toda la base documental de aquella auditoría? Que yo sepa, se quemó en las oficinas de CityLimits de la torre Windsor. Aunque siempre sospeché que alguien la robó.

—Y no fuiste tú...

Federico la miró, ahora sí, de frente a los ojos. Había sorpresa en su mirada, en ningún caso reproche por una pregunta impertinente. Y esta vez habló. Habló más de lo que Rosa podía esperar a estas alturas de su fracasada cita.

—No fui yo. Te lo juro. Y me sobraban razones para haberlo hecho. Pero el motivo por el cual tienes que creerme es que si yo hubiera tenido aquellos documentos hubiera ido hasta el final contra mi gran amigo Faustino. Lo habría destrozado. Pero no los busqué y no los tuve. Cuando descubrimos el fraude ya era demasiado tarde. Ya no solo se trataba de mi reputación, sino de la del propio banco, que se cerró en banda para no dañar su propia imagen. Prefirió ignorar el engaño. Es la filosofía de las entidades bancarias: son las mejores víctimas del mundo porque son las menos interesadas en denunciar un fraude, un robo, un atraco a mano armada. Los que salen a la luz son los que han sido imposibles de ocultar. Ese tipo de cosas quebrantan la confianza de los clientes. Es más rentable ocultarlas.

—La cuestión es que alguien robó esos documentos y que llegaron a manos de Ana. Y que a partir de ahí Ana se hizo con un montón de documentación posterior y complementaria. ¿Por qué? ¿Para qué? No me imagino a mi hermana chantajeando a Faustino, pero sí veo a Faustino haciéndole daño cuando sabe lo que tiene.

—El incendio de la torre Windsor fue en 2005. Por lo que me acabas de decir, Ana obtuvo esos documentos por aquellas fechas. ¿O los tenía antes?

Rota la coraza, el ejecutivo mostraba interés por los detalles y la abogada empezaba a acariciar la victoria de su gestión.

—Tengo la impresión de que fue por aquellas fechas. Y que el resto de los documentos que ahora tengo los consiguió después de 2005.

—O sea, una vez desaparecida de facto la empresa Faugosa.

—Sí, pero aunque tuviera todo aquello años después, el valor de la documentación era evidente.

El silencio volvió a instalarse en aquella mesa. Rosa sospechó que la suya iba a ser, finalmente, solo una victoria pírrica, y las palabras de él así se lo confirmaron.

—Rosa, te agradezco mucho la confianza que has tenido conmigo. Pero no estoy seguro de poderte ayudar. Me preocupa que estés metida en un asunto que quizá pueda ser peligroso. Supongo que eres consciente de que no deberías hablar de este tema con mucha gente, salvo que lo dejes en manos de la policía, lo que tampoco sé

si es muy buena idea.

Ambos se pusieron de pie y comenzaron a ponerse sus abrigos. Almansa dejó un billete sobre la mesa mientras la indignación se apoderaba de la abogada, que deseó alejarse urgentemente de aquel lugar. Una punzada amarga en el estómago le recordó que acababa de ingerir cava, una bebida que nunca le había entusiasmado. Se preguntó por qué su hermana sentía tanta debilidad por aquel ser insensible, aquel trozo de corcho con forma de ejecutivo relamido que le insistía, camino de la puerta, sobre la imposibilidad de ayudarla al tiempo que le pasaba su tarjeta de visita con sus teléfonos directos por si alguna vez ella quería volver a contactarle.

De pie en la acera, a punto de separarse quizá para siempre, ella quiso todavía probar suerte o tal vez vengarse de aquella frialdad impenetrable.

—En realidad, Federico, no sé si Ana tenía la base documental de aquella auditoría. Lo que sí sé es que quien la tuvo en sus manos fue su novio Gonzalo, quien, por cierto, se acaba de suicidar. He dado por supuesto que lo sabías, pero quizás es algo de lo que no te habías enterado. Se ha suicidado con una sobredosis de cocaína inyectada en vena. Los ingresos por parte de una empresa de Faustino en su cuenta corriente habían cesado, sin embargo, en diciembre, coincidiendo con la muerte de Ana. Son detalles que quiero que sepas.

Almansa pareció no escuchar. Se introdujo en su coche e hizo un casi imperceptible ademán con la mano a modo de despedida. Rosa echó a andar y vio cómo el automóvil desaparecía por un lateral de su mirada.

A la mañana siguiente, Estrella de la Fuente abandonó la cama con cierta urgencia por llegar a la oficina. Se recordó a sí misma que hacía meses que no vivía esa sensación tan positiva por trabajar, por aportar algo a su vida y al mercado productivo. Pero tenía prisa, sí. La noche anterior se había quedado hasta altas horas acabando uno de los trabajos que su jefa siempre le reservaba para el final de la tarde y esa vez había decidido aparcarse las pesquisas sobre Faugosa y cumplir con sus amados jefes para no levantar sospechas.

Debía acabar la tarea y, entonces, dedicarse a seguir repasando algunos de los documentos más impactantes; los que desvelaban la magnífica ingeniería financiera que eran capaces de poner en marcha Faustino Gómez y sus secuaces. Estrella pensó que si ella fuera profesora de Economía en una universidad mostraría aquellos documentos a sus alumnos. Seguramente aprenderían más que con ningún otro manual al uso.

Cavilaba sobre todo esto cuando mecánicamente pasó su tarjeta de empleado sobre el lector y el torno de la puerta de entrada de Telefisa se abrió para dejarla pasar. A esas horas de la mañana, una nube dispersa de empleados de cuello blanco venidos de todos los rincones acudía mansamente hasta el hormiguero. Un moderno edificio de varias alas les acogía en el borde de la carretera de circunvalación M-40.

Alguien gritó su nombre y Estrella, casi asustada, despertó sobresaltada de sus pensamientos y miró alrededor. Delante de ella, parado en mitad del gran vestíbulo de la empresa, un hombre de apenas cuarenta años, con corbata debajo de un triste jersey verde oliva, la saludaba mano en alto. Era Saturno, el conductor de Ana y, ahora, de Julián Salcedo. Estrella guardó su tarjeta y su cartera en el bolso y anduvo hacia él. En realidad, no tenía más opción que caminar a su encuentro, salvo que le sorteara, lo que hubiera sido una grosería. Sus relaciones con Saturno nunca fueron buenas, pero tampoco había existido animadversión mutua. Él recelaba de su estrecha relación con Ana y ella, para qué negarlo, sufría de vez en cuando la misma patología. El tiempo borra muy pronto rasguños superficiales como aquellos. Fingió alegrarse del encuentro y le saludó con cordialidad. Pero aquel hombre de facciones angulosas y pelo engominado no parecía ser el mismo y al primer intercambio de saludos Saturno fue directamente al grano.

—Estoy a la espera de destino. Salcedo ha cambiado de conductor.

—¡No sabía nada!

—Pues sí. De momento, me quedo con la mitad del sueldo. ¡Una alegría en estos tiempos!

Estrella sintió una inmediata empatía con aquel hombre. Ella había pasado por algo similar, de modo que podía hacerse una idea cabal del tormento de Saturno. Pero no solo le conmovió la compasión; también sintió un cierto consuelo. Ella no era un bicho raro. No era un desecho social, una mujer menopáusica a la que ahora apartaban de un manotazo como se espanta a una mosca. Había otros seres humanos en el mundo, otras personas que eran más jóvenes y agraciadas que también eran expulsadas del paraíso de la noche a la mañana. La humillación compartida es más tolerable y la soledad de la desgracia parece un poco más llevadera. Así que hoy sería toda oídos para Saturno. Le atendería, le consolaría y le daría buenos consejos para evitarle alguna penalidad sobrevenida.

Acordaron verse a las diez y media en la cafetería de la empresa.

Estrella no podía sospechar hasta qué punto le resultaría útil aquel gesto de camaradería de esa mañana de marzo.

El timbre de la puerta le sobresaltó. Miró el reloj. Eran las once de la noche y la habitación había quedado sumida en una incómoda penumbra. Se atusó un poco el pelo y anduvo hacia la puerta con desgana. Demasiado tarde para salir a cenar. Demasiado tarde para poder charlar. Demasiado tarde para todo. Abrió sin comprobar la identidad del visitante. Any estaba de pie, en el descansillo, sin atreverse a entrar y con gesto culpable.

—Lo siento, lo siento, lo siento, lo siento.

Lorenzo torció los labios y se encogió un poco de hombros. La hora de la cena se había pasado. No tenía ganas de comer y, quizá, tampoco de verla. Contrariedad. Impotencia.

—¿Bajamos a Casa Juan? Aún está abierto. Venga, te invito.

Ella dio un par de pasos hacia él y le besó en la mejilla. El joven periodista en paro estaba mudo y hastiado. Salir ahora a la calle le resultaba tan fatigoso como empezar a escalar una montaña. Retrocedió.

—No tengo hambre —dijo marcando cada sílaba, incapaz de contener el desaliento—. Me había quedado dormido. No me apetece salir.

—¡Te he dicho que lo siento! —protestó Any—. No había manera de escaparme. No podía marcharme de la oficina. Te lo he explicado.

—¡Pero son las once de la noche, Any! Habíamos quedado a las nueve...

—Te he llamado.

—Sí, para decirme que seguías allí y que ya te quedaba poco.

—Joder, ¡lo siento!

—¡Y yo también!

Any había cerrado la puerta tras de sí, pero Lorenzo seguía sin invitarla a invadir su espacio. Ambos estaban allí de pie, en aquel estrecho recibidor, exhaustos y enfadados con el mundo. Ella amenazó con marcharse, pero no lo hizo y él terminó por disculpar su tardanza una vez más. Quizás el desempleo estaba agriando su carácter, pensó el reportero en ciernes. Las horas del día eran ahora más largas que nunca y los demás dejan de respetar el tiempo de un desocupado. Any no tenía la culpa de su situación y él la necesitaba más que nunca.

—¿Tienes algo en la nevera? Yo sí que tengo hambre. Aunque sea una lata de sardinas...

Se fueron a la cocina y allí, entre sartenes, pucheros y unos vasos de vino, olvidaron la desventura del desencuentro. Ella se había acomodado en un taburete con la espalda pegada a la pared mientras él se empeñaba en poner y quitar platos.

—Estoy tan cansada...

—No me extraña. A ver —giró una mano a derecha e izquierda con la vista perdida en la pared—, hoy, calculando así por lo bajo, has trabajado más de doce horas...

—... y mañana tengo que llegar un poco antes de las nueve. —Any apuró el vaso de vino y miró el reloj. Cogió el móvil de encima de la mesa—. Le voy a decir a mi madre que no voy a ir a dormir. Prefiero quedarme contigo.

El joven no se alegró y se preguntó por qué mientras buscaba en la nevera un par de yogures. ¿Se quedaba porque simplemente le era más cómodo o porque se sentía en deuda con él por el retraso? Sacó los yogures y los puso sobre la mesa. Después rebuscó entre los cubiertos y alcanzó el azúcar. Finalmente, se sentó con cierta desgana frente a su novia.

—Sé que no estoy en la mejor posición para decir esto, pero ¿de verdad te compensa el trabajo que tienes ahora? ¿Te das cuenta de que estás siempre cansada y cabreada y de que no hay manera de ir al cine o hacer algo distinto que no sea cenar tarde y meterte en la cama? ¿Es esto lo que te espera? ¿Lo que nos espera?

Lorenzo sintió que Any le atravesaba con la mirada. La joven economista apartó el yogur y dejó caer la cucharilla en el plato. Intentaba no perder la calma, pero su voz sonó algo metálica.

—Pues, efectivamente, no me parece que estés en la mejor situación para criticarme.

Lorenzo miró al techo y chasqueó la lengua.

—Sabía que te lo ibas a tomar a mal. No te estoy criticando a ti. Estoy criticando tu trabajo. Porque tampoco me parece que tengas un sueldo como para echar ahí todo el día. Y encima con mal rollo. Ni tu jefe parece estimarte lo suficiente ni tus colaboradores parecen contentos...

—Te aprovechas de todo lo que te he contado de buena fe.

—Me aprovecho porque te quiero y porque me gustaría verte más y verte mejor.

—Claro, verme como a una chica normal, con un trabajito normal, esperando a su chico toda contenta, siempre encantada de hacerle la cena, estar presentable y hacer el amor. ¡Te has equivocado de tía!

—Buah, me asquea ese feminismo de pacotilla. Lo sabes.

—Pero si fuera un chico no me lo dirías. Pensarías: «Qué tío tan listo y tan ambicioso que sabe lo que quiere. En la empresa no pueden pasar sin él». No le preguntarías si le merece la pena estar tantas horas en el curro.

—No, de verdad, no sigas por ahí. Retiro lo que he dicho. Déjalo.

Lorenzo se tapaba los oídos, exagerando su rechazo.

—Yo no voy a ser como mi madre, que hizo una carrera para luego dedicarse a la

familia y jugar solo un poquito a ser abogada.

—¿Qué tiene que ver tu madre en esto?

—Déjame en paz. Yo tampoco quiero seguir discutiendo contigo.

Él la besó fríamente en la mejilla y después ambos terminaron de recoger la cocina en silencio, temerosos de romperlo, de provocar otra chispa que encendiera su cólera. Solo en la oscuridad del dormitorio y entre las sábanas cayeron las barreras. Se abrazaron y ella dejó su cabeza en el cálido hueco existente entre el hombro y la cabeza del periodista, que miraba al techo con intensidad insomne.

—Tengo veintisiete años y no sé qué va a ser de mi vida.

—Bueno, tampoco hay que ponerse tan melodramático, Lorenzo. Encontrarás trabajo. Eres un buen periodista. Estoy convencida.

—No me refiero a eso. Mi padre me machacaba mucho de pequeño. Sobre todo cuando era adolescente. —El joven sonrió, nostálgico—. Me decía: «Mira, hijo, en la vida hay momentos clave en los que andas sobre el filo de un muro y solo de ti, de la decisión que tomes en esos momentos, depende que caigas de un lado o de otro. Puedes decidir que lo mejor es dejar de estudiar, de ser buena persona, dedicarte a las drogas, tener ciertos amigos totalmente inconvenientes... Y ya estás jodido. Caes en el lado malo y ahí has decidido tu futuro».

—Uf, ¡qué estrés!

—No, bueno, yo me reía porque me lo decía cada dos por tres. Pero ahora no me río. Ahora le doy vueltas a todo eso. Debe de ser que tengo demasiado tiempo para pensar. Pienso en que ahora es importante tomar las decisiones correctas porque luego pasa el tiempo y rectificar es más complicado. La gente se ata a una determinada forma de vida, a un trabajo, a una pareja, a una casa, a una situación... Y queda atrapada para siempre.

Any resopló.

—O sea, todo esto venía de nuevo a cuento de mi trabajo...

El joven desoyó sus palabras.

—Sé que quiero ser periodista, aunque también me pregunto si es lo que realmente quiero ser. ¿Por qué empecé la carrera? ¿Por qué me vine a Madrid? ¿Tomé las decisiones más adecuadas? ¿Debería cambiar toda mi estrategia? Ahora que soy libre y que mi cuenta corriente encoge peligrosamente puedo plantearme empezar de nuevo. Tengo un lío descomunal.

Ella le peinó el pelo con sus dedos.

—¿Me estás dejando?

—¡No digas tonterías!

Se rieron y él la atrajo hacia sí un poco más. Notó el calor tibio de su cuerpo y su piel tersa. Su mano repasaba el brazo de ella. Su mente seguía ausente.

—¿Sabes que mi padre podría haber dado el pelotazo de su vida y se negó?

—Ni idea.

—Pues sí. Resulta que en el pueblo un amigo suyo le convenció para que se

metiera en política y terminó siendo concejal de urbanismo, de cultura y deportes. Todo un cargo en un pueblo de quince mil habitantes. No veas. En casa seguíamos sin ver un duro, pero mi padre era importante y la gente le miraba con admiración. —Se rio—. Un día, el alcalde, que le tenía en gran estima, le dijo que quería presentarle a un par de amigos. Que irían a la capital y se darían allí un homenaje. Mi padre estaba que no le llegaba la camisa al cuello. Iba a comer con un importante dirigente político y con uno de los empresarios más conocidos de la provincia. Se compró una camisa nueva y una corbata horrenda. La comida fue suculenta, pero el encuentro, un absoluto desastre. El empresario había planificado una espléndida promoción inmobiliaria en el pueblo y tanto el alcalde como el dirigente político estaban encantados con el proyecto, que daría riqueza al pueblo, dijeron. A mi padre aquel empresario se le atravesó desde el primer apretón de manos. «Me trataba como si yo fuera un gañán», me dijo. Realmente, la pinta de mi padre en aquel restaurante de lujo en el que se descorcharon varias botellas de gran reserva y se consumieron todo tipo de mariscos debía de ser llamativa. Pero a tozudo nadie le gana. Aquel hombre no le gustó. Creyó que le tomaba por un tonto útil o algo así, y eso le ofendió. Además, no veía por ninguna parte los beneficios para el pueblo de todo aquel negocio. Así que puso todas las pegadas del mundo y le discutió a aquel empresario todos los detalles. Al terminar la comida, el alcalde y mi padre cogieron el coche de vuelta. Iban en el Mercedes del alcalde. El puro, todavía en la boca. Cabreado. «De puta madre, José Antonio. De puta madre. Me has hecho quedar como un gilipollas», le dijo. «No has entendido nada.» Aquel proyecto necesitaba la firma de mi padre y él, un muerto de hambre, estaba dispuesto a pararlo. Nunca llegaron a hablar de dinero, pero mi padre comprendió que se habría llevado un buen pellizco si hubiera colaborado en aquella operación. A partir de entonces, el alcalde empezó a ningunearle y a faltarle al respeto. Le decía que era tonto, que no tenía idea de nada, que por qué no se olvidaba de todo y se dedicaba a lo único que sabía hacer: conducir camiones. No le hizo falta insistir demasiado. Dimitió y se volvió a casa, desencantado de la política.

La voz de Any sonó débilmente desde su guarida, en el regazo de él.

—Se perdió el pelotazo, pero pudo dormir con la conciencia tranquila.

—Pues no lo sé. Te diré que los problemas que tenía como camionero con un sueldo de miseria le quitaron el sueño muchas veces, mientras que resultaba evidente que aquel señor alcalde no tenía problemas de insomnio. A mi padre no le gustaba comentar lo ocurrido, pero vi muchas veces su cara de disgusto cuando en el pueblo empezaron a hacer barbaridades urbanísticas. Toda su supuesta heroicidad no había valido para nada. Y, además, la gente empezó a mirarle mal. Para la mayoría de los vecinos, mi padre no era un héroe, sino un gilipollas, un fracasado. Eso es duro. —Guardó un largo silencio—. No sé por qué de pronto te he metido todo este rollo. Supongo que por lo que te decía de decidir lo correcto en el momento oportuno. Creo que me estoy haciendo mayor, que por primera vez siento el paso del tiempo y la

necesidad de centrarme. Perdóname si a veces estoy un poco nervioso.

Esperó en vano su respuesta y su consuelo. Su respiración acompasada le anunció que Any llevaba largo rato dormitando, así que liberó suavemente el brazo de debajo de la cabeza de ella, intentando no interrumpir su sueño, y apagó la luz.

La excitación flotaba en el ambiente. Aquel tercer encuentro era el más festivo de todos. Estrella había tomado la iniciativa y había cambiado el paso de las demás proponiendo una cena en su casa en vez del frío encuentro en el despacho de Rosa. Así que madre e hija aparecieron en el apartamento de la secretaria pasteles en mano con una vaga sensación de celebración. Estrella, por su parte, se había esmerado. Había preparado un par de exóticas ensaladas y estaba a punto de meter en el horno unas hermosas lubinas cuando Rosa y Any llamaron a su puerta. En el pequeño salón, Estrella había dispuesto ya la mesa con espacio suficiente para desplegar papeles al tiempo que daban cuenta de las viandas.

Pero la mesa se hizo esperar. Las tres mujeres se quedaron en la cocina esperando que el horno hiciera su trabajo mientras ellas abrían la primera botella de vino blanco y se entregaban a los bastoncitos de zanahoria empapados en una rica salsa de queso fundido a las finas hierbas.

La casa de Estrella era un piso de poco más de cien metros cuadrados en un edificio tipo colmena de los alrededores de Capitán Haya de Madrid, zona de ensanche de la capital en los años sesenta y setenta para las clases medias adineradas ávidas de progreso social. El portal, las escaleras, los ascensores y todas las zonas comunes de aquel edificio eran verdaderamente impersonales. Traspasar la puerta de la casa de Estrella era tanto como abandonar un territorio frío y hostil para entrar en una cálida guarida. Reminiscencias de un pasado hippie asomaban por los rincones de toda la casa entremezclándose con un mobiliario cambiante que, seguramente, había ido tornándose cada vez más clásico. Pero entre un sofá de piel o una mesa de caoba aún quedaba por allí una marioneta comprada en Praga, una enorme mariposa de papel colgada de una esquina y un cierto olor a sándalo.

Any observó a la anfitriona e intentó imaginarla con treinta años menos. No era difícil. Dado que tenía que cocinar, Estrella se había puesto cómoda para recibirlas y en ese gesto había perdido el rastro de la pulcra secretaria que era. El traje de chaqueta de falda recta había dado paso a un pantalón ancho atado a la cintura con un sencillo cordoncillo y una blusa blanca de ribetes bordados sobre la que exhibía un florido chaleco en tonos verdes y naranjas. No era, pues, tan difícil imaginarla con un largo traje de flores y una cinta en el pelo cantando canciones de The Mamas and the Papas.

Para cuando se sentaron a la mesa ya habían abierto una segunda botella de vino previamente refrigerada en la nevera. Festearon la exquisitez de las ensaladas y Rosa les contó sus pesquisas. Desde la última reunión celebrada en su despacho, Rosa no solo había podido analizar todos y cada uno de los documentos que doña Inés le había entregado, sino que había obtenido otro tanto con una simple llamada telefónica a la mujer que, sin dudarlo, le había entregado el resto de los papeles que había sido capaz de recolectar. Muchos de ellos no aportaban nada nuevo. Confirmaban, eso sí, la tesis inicial: Gonzalo había empezado a enriquecerse de forma espectacular a partir, aproximadamente, de junio del año anterior. Rosa había encontrado alguna otra transferencia de Real State Corporation. En octubre, Gonzalo había comprado el apartamento que poseía en el centro de Madrid, aunque en el momento de la transacción no había vendido aún su estudio, situado cerca de Cuatro Vientos, un barrio de aluvión mucho más modesto. Consiguió desprenderse de él a finales de noviembre. En definitiva, Gonzalo había cobrado un mínimo de 450 000 euros en los últimos seis meses del año y no los 300 000 que había calculado en un principio. Con ellos y con el resultado de la venta del estudio, Gonzalo había pagado gran parte del apartamento adquirido en el centro de la ciudad, aunque, según constaba en el banco, todavía había una deuda pendiente de otros casi trescientos mil euros, lo que significaba que Gonzalo había mantenido un alto nivel de gasto y era la razón por la cual ahora el banco estaba a punto de apropiarse del inmueble para resarcirse del impago de la hipoteca.

—Desde mi punto de vista —concluyó Rosa agitando la copa de vino en su mano—, es evidente que Gonzalo estuvo recibiendo dinero de Real State; es decir, de Faustino Gómez, desde junio del pasado año. —Hizo una pausa algo teatral antes de continuar—. Pero todavía hay un detalle más que os puede interesar. Lo he rastreado bien: no hay ningún nuevo ingreso en su cuenta de parte de Real State desde el 1 de diciembre; diez días antes de la muerte de Ana.

El vívido recuerdo de Gonzalo se hizo presente en la mente de Any. Lo imaginó llamando a Faustino, reclamándole el dinero que no llegaba a su cuenta corriente; el dinero con el que pagar la coca y el televisor con el que quería agasajar a su madre. Dinero que nunca conseguiría con su modesto empleo de auxiliar de enfermería en una clínica privada para ricos. Pero ¿por qué matar a Ana? ¿No era una señal demasiado dura para Gonzalo? ¿No había otra manera más sencilla de acallar al chantajista? Todavía le costaba ver a Gonzalo cayendo en la tentación del dinero fácil. Él siempre se jactaba de ser un profesional de modestos ingresos frente a todos esos que desde arriba roban legalmente a la gente. Gonzalo resultaba incluso arrogante en la defensa de su propia humildad, como si un profundo sentimiento de clase le alentara en la vida. Era un hombre libre de envidias y complejos de inferioridad. Estrella interrumpió sus pensamientos.

—Todo esto es un poco extraño. La muerte de Ana no cambiaba nada respecto a la, digamos, relación entre Faustino y Gonzalo. Con su muerte, Faustino no se

garantizaba que Gonzalo le dejase en paz.

—Y, sin embargo, dejó de pagarle —puntualizó Rosa—. Supongo que es una buena manera de avisar de hasta dónde podía llegar si Gonzalo seguía por ese camino.

—No cuadra —repuso Estrella con la mano en la barbilla.

—En todo caso —concluyó Rosa—, es evidente la relación entre el chantaje y la muerte de Ana. Quizás ahora somos incapaces de comprender el desarrollo completo de los hechos, pero lo cierto es que Gonzalo chantajeaba a Faustino y que este dejó de pagar justo unos días antes de la muerte de Ana. ¿La mataron por orden suya? A mí me parece lo más probable.

—De alguna manera —intervino Any, sorprendida por su propia clarividencia—, sabía que Gonzalo no resistiría la desaparición de Ana, así que Faustino Gómez mató dos pájaros de un tiro.

—Eso está bien visto —comentó Rosa con la copa de vino en la mano y un cierto gesto de desaliento—. Mi hermana y su novio les resultaban molestos e, incluso, peligrosos.

Estrella empezó a servir la lubina. Se sentía, como Any, algo confusa, pero estaba contenta de haber preparado una cena en casa. Pensó para sí que aquella nueva relación que parecía abrirse en su horizonte con Rosa, aunque también con Any, era un regalo póstumo de su admirada jefa. Pero se concentró en la preparación del pescado. No quería ponerse sentimental. Más le valía mirar hacia delante.

Rosa, por su parte, había tomado la batuta. Se volvió hacia su hija.

—Bueno, Any, dínos, ¿has averiguado algo más por tu parte?

Any asintió con la cabeza mientras terminaba su último bocado de ensalada. Luego, apuró su copa de vino y empezó a hablar.

—Os podría pormenorizar muchos detalles sobre el fraude que resultó ser la venta de Faugosa. La base documental de la auditoría está repleta de papeles que lo evidencian, pero creo que por ahí no íbamos a descubrir nada nuevo. Ya está dicho y, además, es demasiado farragoso todo. Faugosa se vendió muy por encima de su precio y Faustino Gómez dio el pelotazo de su vida. Así que me he entretenido con otros detalles.

Estrella le sirvió lubina en su plato. Any la probó. Estaba exquisita. Pero podía seguir hablando con calma.

—Le he metido a la historia el gran angular para intentar entender algo de lo ocurrido. Veréis: en 2001, el banco Toledano se queda con Faugosa. Y ese mismo año, Federico Almansa es fulminantemente destituido. Una injusticia total, porque es un tío bien listo. Es mi jefe, como sabéis. —Les lanzó una sonrisa y se llevó otro trozo de lubina a la boca—. La travesía del desierto de Almansa tuvo que ser terrible. Dejó de aparecer en la prensa. Ningún periodista se volvió a interesar por él. En fin, esas cosas. Según he podido averiguar, montó una pequeña consultoría que no le fue mal, pero el empresario de moda fue una sombra de sí mismo. En febrero de 2005 se

quema la torre Windsor y alguien roba los papeles de aquella auditoría que reclamaba la fiscalía anticorrupción y que, sinceramente, podría haber acabado de forma abrupta con la carrera de Faustino, que para entonces ya estaba en la cresta de la ola cabalgando sobre su holding empresarial. Ya sabéis: Madrid Capital, Áticos Reunidos, EstarBien, HTP, Oasis... Todo ese entramado que le ha hecho aparecer en la lista de los más ricos. —Any hizo una pausa para seguir degustando los sabrosos lomos de su pescado ante el silencio atento del resto de las comensales—. Así era la situación en febrero de 2005, cuando esos papeles llegan a manos de Ana. ¿Me equivoco, Estrella?

—No puedo estar segura. A mí nunca me dio esos documentos. Los que nosotras manejábamos en el despacho me los empieza a dar en abril de ese año.

—Bien; abril, mayo, da igual. Lo cierto es que tras varios años de travesía por el desierto, como os he dicho, en junio de 2005 Federico Almansa es nombrado consejero delegado de una pequeña empresa llamada Ibérica de Electricidad. ¿Os acordáis? —Rosa negó con la cabeza mientras Estrella pareció asentir—. Sí, fue nombrado consejero delegado de Ibérica de Electricidad, una empresa recién privatizada cuyo presidente era entonces Gregorio Solans, aquel tipo que fue ministro del último Gobierno de Franco. Pertenecía a los llamados tecnócratas, un joven muy moderno para su época que había viajado por el extranjero y sabía idiomas. A esas alturas, claro, era uno de esos señores mayores que sigue estando en todos los ajos porque tiene contacto con todos los importantes.

—Veo que te has documentado a conciencia —comentó Rosa complacida.

—¡No sabes hasta qué punto! Como os decía, el presidente de Ibérica de Electricidad era el tal Solans, un hombre ya mayor, por lo visto un tipo preparado y, a todas luces, con una larga trayectoria empresarial. Además de presidir esta pequeña pero saneada empresa, era miembro de varios consejos de administración. ¿Adivináis de cuáles? —Las dos mujeres le respondieron con un ligero encogimiento de hombros—. Pues bien, era consejero, entre otras, de Electrasa y de HTP; ambas de Faustino Gómez.

Any se concentró por un momento en el plato antes de continuar.

—En definitiva, qué curioso, en junio de 2005 Federico Almansa retoma el vuelo de la mano, nada menos, que del mismo que le engañó. Solans era un hombre de total confianza de Faustino. Murió el año pasado, por cierto. Y allí estaba Faustino, en su entierro, consolando a toda la familia. ¿No es interesante? El resto ya lo sabéis. Ibérica de Electricidad se expandió de forma espectacular durante la etapa de Almansa. Se convirtió en una gran empresa energética gracias a las adquisiciones que se fueron realizando con posterioridad. Finalmente, la fusión, aprobada en su momento por la Comisión Nacional de la Energía, entre Ibérica y RedGas dio lugar a Hidressa, a cuyo frente se situó a Federico Almansa.

Any se sirvió un poco más de vino blanco. Estrella decidió que abriría otra botella. Tendría ya la temperatura adecuada, tras casi dos horas en la nevera. La trajo

al salón y la descorchó. Todas habían aprovechado el momento para meditar. Rosa recordó su conversación con Federico Almansa. Nadie mejor que él podía conocer este detalle que cerraba el círculo. ¿Cómo podía haberse mantenido tan imperturbable durante su encuentro? ¡Ciencia ficción! No pudo reprimir una mueca de disgusto.

—Según el relato que nos acabas de hacer, parece que el que realmente debía haber tenido los documentos en su haber era Federico, no mi hermana. Él fue el mayor beneficiado de ese robo del Windsor.

Any asintió y Estrella intervino.

—Si los documentos fueran de Federico, los habría tenido antes de 2005. Es algo que yo también me he preguntado. A mí me parece que Ana los consiguió cuando Almansa ya había abandonado el banco. También se los podía haber pasado Federico de pronto a partir de 2005, pero no tiene sentido. Yo creo más bien que Ana consiguió hacerse con ellos. No sé cómo, pero lo hizo. En todo caso, da igual que fueran de uno o de otro. Tanto monta, monta tanto. —Las otras dos la miraron con la interrogación en los ojos—. Quiero decir que, bueno...

De pronto la fiel secretaria se sintió cohibida. Nunca en su vida había hablado abiertamente de su jefa. No tenía costumbre. Sabía que aquel auditorio era muy especial, pero le costaba romper su sacrosanta discreción. Rosa quiso echarle un cable.

—Que mi hermana adoraba a Federico, que era su mejor amigo. Eso lo sabemos perfectamente.

—Eso quería decir. Si Ana tenía en la mano una forma de favorecer a Federico lo aprovechaba. Y viceversa. Federico Almansa habría matado por Ana. Y perdón por la expresión. Pero es verdad. Yo he sido testigo. Y sé muy bien que aquella amistad era solo eso, una amistad.

—Aunque hubiera sido otra cosa, es un detalle que cambia poco las cosas.

—Sí. Claro.

Sin haberlo acordado, las tres se pusieron en pie y empezaron a recoger la mesa. Se llevaron platos y cubiertos a la cocina. Los ordenaron en el lavaplatos y llevaron los pasteles a la mesa. En el trasiego, las tres iban y venían apurando sus copas, preparando una infusión y colocando las tazas. De alguna manera, se dijo Rosa, había que intentar bajar su nivel de alcohol para poder conducir el coche de vuelta a casa. Cuando por fin volvieron a sus asientos, Rosa y Any pidieron a Estrella que les diera cuenta de sus pesquisas. Esta había elegido un pastel de chocolate y lo mantuvo en la mano un rato mientras daba explicaciones.

—Bueno, el fracaso de Faugosa fue realmente estrepitoso. Cuando el Banco Toledano comprendió que había pagado un dineral por una empresa endeudada intentó recuperar parte de la inversión realizada vendiendo o, mejor dicho, malvendiendo activos de la propia empresa. Fue terrible. El banco liquidó la empresa como pudo. Tuvo que asumir una gran parte de la deuda y, finalmente, hacer desaparecer la marca. Faugosa, como tal, deja de aparecer en los papeles a finales de

2004. En definitiva, la documentación que Ana consiguió con posterioridad a la famosa auditoría solo venía a demostrar nuevamente el fraude y el ridículo espantoso que el Banco Toledano y su ejecutivo Almansa habían hecho.

Madre e hija intentaron disimular su decepción. La fiel secretaria de Ana, finalmente, no había sabido aportar ni más pruebas ni más hipótesis sobre el asunto que las había reunido en aquel piso madrileño. Cambiaron de conversación mientras removían sus infusiones sin lograr liberarse de la creciente inquietud que se apoderaba de ellas a medida que confirmaban sus peores sospechas. Estrella aprovechó un pequeño silencio para retomar la palabra. Lo hizo con los ojos entornados y una media sonrisa.

—Tenéis que dejarme que os cuente un cotilleo del que me acabo de enterar. — De pronto Estrella hacía esfuerzos por contener la risa tapándose la boca con la mano izquierda—. No viene al caso, pero no me lo puedo callar.

—Bueno, va. Ya no nos puedes dejar así —respondió Any con la boca todavía llena por un pastel de crema.

—Buf, es que es tan típico y tan... Bueno, pues resulta que Faustino tiene una amante.

Rosa y Any estallaron en una carcajada.

—¡Vaya noticia! —Any rio de buena gana— ¡Lo raro es que no tenga ochenta! Le pega todo, sí.

—Es que no es una amante cualquiera. O, mejor dicho, sí que lo es. —Estrella dejó su taza sobre la mesa y las miró de hito en hito, como si fuera a contarles un pasaje de terror—. Es una puta, una puta de la calle de Capitán Haya. Todos los jueves, a las 20.45 exactamente, el chófer deja a Faustino en el mismo portal de apartamentos. Este sube hasta el piso de Angelina, que así se hace llamar la señora, y allí se queda hasta las 21.45 exactamente; hora a la cual sale el hombre duchado y repeinado camino de su casa otra vez. ¿Qué os parece?

Eran las ocho de la tarde. Edison José Cuesta dejó el periódico gratuito que hojeaba sobre la mesa y se fue al cuarto de baño. Todos los jueves a la misma hora cumplía a raja tabla la misma ceremonia. Descargaba su vejiga, se lavaba concienzudamente las manos, se perfumaba un poco, se atusaba el pelo y enfilaba el pasillo central del edificio camino de los ascensores para bajar al garaje. Los jueves eran, en cierto modo, el mejor día de la semana. Era verdad que la jornada laboral terminaba tan tarde como casi siempre, pero también era cierto que el trabajo de Edison José Cuesta era los jueves mucho más previsible y, por tanto, algo más cómodo para él. No debía estar siempre alerta esperando la llamada de Conchita para salir corriendo. Los jueves sabía a ciencia cierta que a las ocho y media de la tarde abandonaría el edificio y, por eso, a las ocho en punto podía prepararse con total tranquilidad antes de partir.

El gran Mercedes negro, brillante, impecable, le esperaba en su plaza de garaje. Le gustaba conducir aquel vehículo. El volante respondía como la seda a las ligeras presiones de sus manos y aquellas magníficas ruedas se deslizaban por el asfalto amortiguando las imperfecciones del camino como ningún coche que él conociera lo haría jamás. El potente rugido del motor apenas si era un lejano zumbido dentro del habitáculo. Se colocó la corbata, se ajustó el cinturón de seguridad y maniobró suavemente y con destreza hasta que enfiló la rampa de salida. Luego viró hacia la derecha y bordeó todo el edificio hasta colocarse justamente frente a la puerta principal. Ese era su sitio. Ese era el lugar en el que él y solo él podía aparcar y esperar al jefe. Dejó el motor en marcha, se apeó y esperó paciente con la mirada fija en la escalinata de salida. Tal y como lo hacía siempre.

Cuando faltaban cinco minutos para las ocho y media, un hombre bajito de cintura prominente y avanzada calvicie emergió de la puerta principal. Vestía un impecable terno negro de finísimas rayas grises y una corbata en diversas tonalidades verdes: desde el verde oliva al verde claro. Edison José Cuesta bordeó el coche y abrió la puerta posterior. El hombre de la corbata verde no le miró; ni siquiera hizo un gesto de asentimiento o gratitud por su diligencia. Parecía enfrascado en sus pensamientos. Se introdujo en el asiento posterior, dejando a su lado el portafolios que llevaba en su mano derecha y Edison José cerró la puerta suavemente con un ligero golpe seco. Luego se apresuró a ocupar el asiento del conductor, embragó,

metió primera, pisó suavemente el pedal del acelerador y empezó a rodar.

El viaje no duraría más de diez minutos y el camino era de sobra conocido. Aunque el tráfico de Madrid fuera desesperante a esas horas, Edison José no solo no perdía la paciencia, sino que sabía elegir en cada momento el carril más adecuado y el mejor atajo para arribar sin problemas al punto de destino. Comprobó de reojo la temperatura en el climatizador. Era importante que todos los detalles se ajustaran al gusto de su jefe y dueño de aquel coche: veinte grados en el interior; ni uno más ni uno menos. Siempre la misma emisora al volumen preseleccionado y jamás un frenazo o un volantazo. En todo ello ponía Edison José la máxima atención. Después de casi quince años en España, de trabajos precarios y salarios de miseria sabía que aquel era el empleo de su vida y estaba decidido a conservarlo por mucho tiempo. Cuando tres años atrás envió a sus padres una foto suya con su uniforme habitual apoyado levemente en el capó de aquel vehículo sabía que no tardaría en convertirse en el héroe del barrio y el orgullo de sus progenitores. Fue entonces cuando el nivel de sus remesas aumentó considerablemente y se estabilizaron los envíos. Solo un año después recibió de sus padres la correspondiente respuesta en formato gráfico. Los dos, rodeados de hijos y nietos, posaban ufanos ante la cámara de espaldas a la fachada de la nueva casa familiar, sobre una calle sin asfalto pero limpia y ordenada. Varias instantáneas daban cuenta de la distribución interior del nuevo domicilio familiar. Cinco dormitorios, un salón, televisión, lavadora y, detrás, un pequeño patio con huerto. Y todo ello, gracias a las aportaciones que Edison José hacía desde el primer día que aterrizó en España.

Detuvo el coche frente a un amplio portal que daba acceso a un enorme edificio de apartamentos. No se bajó. Sabía que los jueves, frente a aquel portal, Faustino Gómez prefería abrirse la puerta él mismo y escabullirse hacia aquel lugar. Así que en cuanto cerró la portezuela posterior, Edison José arrancó de nuevo y se alejó de aquel sitio, rumbo a un bar no muy lejano en el que le gustaba saborear las patatas fritas más finas y crujientes que había degustado nunca. Allí haría tiempo hasta que llegara la hora acordada, que era siempre la misma.

Para entonces, Faustino ya estaba entrando en el apartamento 512, donde le recibía un penetrante perfume de rosas y una mujer entrada en carnes embutida en una ropa interior de color negro que dejaba entrever una bata de flores medio abierta. Así era exactamente como le gustaba a él. Le entusiasmaba aquel fuerte olor a rosas que le cosquilleaba en el vientre incluso antes de llegar al descansillo de la escalera. Le enloquecía aquella ropa interior un poco ceñida que le marcaba las nalgas, los muslos carnosos y exuberantes, aquellas tetas explosivas que rebosaban por todas las costuras del sujetador.

Angelina no era una mujer espectacular. Ni muy alta ni muy baja. Morena. Pelo negro siempre despeinado recogido en un moño que ella se fijaba con destreza hasta con un bolígrafo Bic. No llegaba a ser mulata, pero tenía una piel siempre dorada y sus carnes, a pesar de sus cuarenta años, eran tersas además de generosas. Faustino la

conoció en una fiesta diez años atrás. De aquel primer contacto guardaba detalles confusos salvo uno: su escote. No podría decir si el vestido era rojo, negro o azul, pero recordaba perfectamente aquel escote, en realidad una abertura que casi le llegaba hasta el ombligo, y del que apenas si pudo apartar la vista durante toda la velada.

Fue un amor a primera vista. Faustino no cejó aquella noche hasta conseguir atraerla y, para su sorpresa, ella se sintió tan atrapada en sus redes que se negó en rotundo a acompañarle hasta una habitación de hotel y le obligó a hacer el amor furiosamente detrás de unos arbustos del jardín en el que los invitados a la fiesta seguían tomando copas. Aquello fue definitivo y crucial para su vida. A Angelina le gustaba el sexo y disfrutaba del cuerpo de Faustino sin remilgos. Con ella, Faustino Gómez era el hombre más deseado del mundo, una sensación de la que, con ella se dio cuenta, no había disfrutado tantas veces en su vida. Angelina le hacía una felación con el mismo entusiasmo con el que se dejaba penetrar por cualquier hueco de su cuerpo. Y, otra cosa importante: nunca apagaba la luz. Así que Faustino disfrutaba por la piel, por los ojos, por la nariz y por aquellas orejas sobre las que Angelina resoplaba o le confesaba procacidades sin fin. Angelina, en fin, era toda una profesional. Y eso era también un valor añadido para Faustino. Él pagaba religiosa y generosamente y ella se esmeraba más y más mojando las sábanas. Entre ellos no había trampa ni cartón. Así era como le gustaban a Faustino las relaciones; ya fuera para el sexo o los negocios. Aquel apartamento 512 era, definitivamente, su mejor inversión.

Aquel jueves, el empresario estaba exhausto, de modo que se dejó hacer y llevar por las expertas manos de Angelina y su explosiva imaginación. Porque en ello residía el éxito de sus encuentros; en entregarse el uno al otro con el único objetivo de pasar un buen rato. Una bendición.

A las nueve y media de la noche, Faustino ocupó el cuarto de baño para darse una ducha antes de volver a casa. Angelina se colocó el moño con gracejo y, enfundada en su bata, esta vez bien cerrada sobre su cuerpo desnudo, se fue a la cocina a prepararse la cena. Le gustaba cocinar y, además, pronto saldría a la calle a buscar todavía un par de clientes. Faustino era generoso, pero cualquier jueves dejaría de llegar y ella tenía muchos gastos y una gran necesidad de ahorrar para el futuro. Se había dado de alta como autónoma hacía ya muchos años y sabía que su jubilación apenas le llegaría para pagar el alquiler del apartamento. Y ella siempre había sido una mujer precavida. Cortando una cebolla para su tortilla le rondó de nuevo la idea de convertirse en el futuro en una cocinera. Era una idea que barajaba y descartaba a partes iguales. Porque le gustaba cocinar, pero no se sentía capaz de dedicarse a ello en exclusiva y tener que reducir drásticamente sus ingresos.

Faustino salió de nuevo impecable del baño y entró en la cocina festejando los olores que ya emanaban de ella. Angelina sonrió para sí. El empresario siempre estaba de buen humor cuando terminaban su transacción sexual, muestra evidente de

que hoy, de nuevo, había hecho el mejor de los trabajos. El hombre se despidió de ella desde el pasillo y al cabo de unos segundos se oyó cómo cerraba la puerta de la calle detrás de sí. La casa quedó en silencio durante otros segundos más hasta que alguien abrió la puerta corrediza del armario del dormitorio. Angelina sonrió de nuevo para sí, pero siguió con su cebolla hasta que aquel extraño tipo entró en la cocina. Llevaba una pequeña cámara de vídeo en la mano derecha. Con la izquierda se apoyó en un rincón de la encimera.

—Has estado estupenda. Estupenda. Me has puesto a cien.

Ella se encogió de hombros, halagada.

—Así soy yo. Es lo normal. No vayas a creer que me he esmerado porque estuvieras ahí...

—... y por lo bien que te he pagado.

—¡Bah! No ha sido para tanto.

La mujer batió un par de huevos mientras la cebolla se doraba en la sartén y el hombre siguió atentamente sus movimientos.

—Yo nunca he hecho una tortilla de cebolla.

—Pues ya ves que está tirado.

La cuchara de palo dio forma a aquella masa casi líquida que cuajaba sobre el fuego hasta que, finalmente, Angelina sirvió aquella tortilla caliente y compacta sobre un plato.

—¿Quieres probarla?

—No, no, gracias. Ya me voy.

El hombre dudó un instante. Pareció querer acercarse para darle la mano. Luego se lo pensó y volvió a su sitio, aún con la cámara en la mano. Dio un par de golpecitos en el quicio con el puño de la izquierda, como si no fuera capaz de encontrar las palabras adecuadas, dio media vuelta y se fue con paso firme hacia la puerta de la calle. Angelina pudo por fin sentirse libre para llevarse el plato al saloncito, encender la televisión y engullir aquella tortilla antes de ponerse en marcha de nuevo. Hoy había ganado diez veces más de lo habitual por el mismo trabajo. Nunca le habían pagado tanto por un polvo. Así es la vida. A su edad, cuando de vez en cuando se planteaba buscar una nueva salida profesional, llegaba un extraño individuo y le ofrecía todo aquel dineral por dejarse filmar.

Cuando aquel hombre le propuso un negocio tan peculiar, ella sopesó cuidadosamente la oferta. Imaginó desde el principio la cantidad de dinero que aquel vídeo valdría en manos de un chantajista. De modo que tiró por lo alto. Pidió mucho dinero y aquel personaje aceptó sus condiciones sin regatear demasiado. El único peligro era que Faustino Gómez dejara de visitarla, pero también eso lo tuvo en cuenta. ¿Dejaría de hacerlo? Lo dudaba seriamente. Le pediría explicaciones y ella adoptaría el papel de víctima. Le diría que había sido víctima de un engaño, que aquel hombre nunca le habló de filmar nada, sino de hacerse una paja dentro del armario. Faustino estaba enganchado a ella como los drogadictos están atados a la droga. No la

dejaría; al menos por ahora. Y si lo hiciera, tampoco sería tan grave. Sabía que aquello tenía un fin, que empezaría justamente cuando las carnes comenzaran a desplomarse en el cuerpo.

Además, él, en contra de lo que al principio sospechó, no era más que un buen cliente. Su mejor cliente, quizá, pero solo eso. Cuando llevaban apenas dos años de relación, María Teresa Jiménez, que ese era el nombre que figuraba en su carné de identidad, aún albergaba algunos románticos sueños en la cabeza. Soñaba con el divorcio de él, una casa y una posición a su lado. ¿Por qué no? Pero la enfermedad la despertó un buen día de aquel estúpido sueño. Un quiste en el ovario derecho le obligó a parar su actividad y a ingresar en un hospital. La operación fue algo más complicada de lo esperado y la recuperación, difícil y dolorosa. Fueron seis duras semanas en las que contó con el cariño y los cuidados de un montón de amigos. Ella era así. Tenía a su alrededor gente que la quería y la estimaba, que a su vez había contado alguna vez con sus desvelos. Faustino Gómez fue espléndido en aquella ocasión. Le envió flores al hospital, le remitió un montón de dinero y la llamó en varias ocasiones para interesarse por su salud. Dijo que odiaba los hospitales, que no soportaba el olor a formol, sangre y orines. Que debía entenderle y perdonarle. Ella lo hizo. Un jueves, por fin, reanudaron sus citas, se entregaron a sus juegos como si nada hubiera pasado y él se marchó, como siempre, contento, prometiendo volver una semana después. Aquel día, María Teresa Jiménez lloró amargamente. Se había quedado en la cama mientras él se duchaba, ocultando el dolor de su vientre. Nunca le había dolido tanto follar como le dolió aquel día. ¿Por qué no se lo dijo? En su lugar, calló y fingió. Y, cuando por fin se vio sola, lloró desconsolada. ¿Cómo había podido ser tan estúpida de esperar otra cosa de aquel hombre?

Angelina apagó la televisión y empezó a asearse para volver a la calle; su hogar. Hacía frío todavía en Madrid y debería abrigarse con esmero. Últimamente la rondaba un jovencito que parecía indeciso. Todavía no se había atrevido a contratarla. Quizás hoy, si se lo encontraba, le pondría las cosas un poco más sencillas. Hoy, por dinero, no podría quejarse. Estaba de suerte. Y aquel jovencito tenía un cuerpo espectacular. Se esmeraría con él. Se miró al espejo y volvió a sonreír. Era verdad que guardaba cierto parecido con Angelina Jolie. Se lo habían dicho muchas veces. De ahí su nombre. Tenía los labios tan carnosos como ella y una cara igualmente sugestiva. En cuerpo le ganaba ella a la actriz. Aquella chica, con el tiempo, se había quedado sin carnes, y eso a los hombres no les va. Empujó sus tetas hacia arriba con las palmas de sus manos, se colgó un par de aros de las orejas y se fue a por su abrigo.

A aquella misma hora, Faustino Gómez revolvía el pelo de su hijo mayor. El buen humor del que le impregnaba el apartamento 512 le duraba los jueves toda la velada. Tras una cena ligera, Faustino festejó los terribles dibujos de su hijo y escuchó sus cuitas colegiales. Miriam estaba a su lado, complaciente. Tino sabía que cada caricia que dedicaba a sus hijos era un bálsamo para ella. La pequeña corrió a sentarse sobre

sus rodillas para disfrutar de un padre que habitualmente estaba muy ocupado o ausente. Finalmente, una joven uniformada se llevó a los niños a dormir. Era demasiado tarde para ellos. Abrazaron a su padre y luego a su madre, que les colmó de besos. Cuando Faustino y Miriam se quedaron solos, él rompió el silencio.

—¿Sabes? Soy muy feliz.

—Yo también.

—Te quiero mucho, Miriam.

—Y yo a ti.

Luego se levantaron perezosos, apagaron las luces y se fueron a dormir.

Odiaba los tacones. ¿Por qué seguía utilizándolos? Aquellos pies atormentados por una posición antinatural e inestable le obligaban a reducir la marcha e interrumpir el devenir de sus enloquecidos pensamientos. Eran las diez de la noche, las aceras estaban prácticamente desiertas y el frío del invierno seguía azotando en las mejillas. Pero hoy necesitaba un respiro, quedarse sola consigo misma durante un buen rato, lo que dura el camino del despacho a casa, para preguntarse qué estaba haciendo con su vida. No obtuvo ninguna respuesta certera, salvo la de que tiraría aquellos incómodos zapatos en cuanto llegara a casa.

Echaba en falta a su hermana. Pero eso no explicaba el revanchismo que había crecido en su pecho. Ni siquiera el dolor por su pérdida era tan grande como el peso de su afán de venganza.

De alguna manera, ella siempre sintió que el éxito de Ana era también su éxito. Que su hermana fue lo que ella nunca se atrevió a ser. Su brillo y su importancia daban luz y lustre a su propia existencia.

Apartó con el pie una bolsa de papel que alguien había arrojado a la acera. Lo hizo con disgusto. Estaba determinada a seguir adelante aunque se rompiera los pies, aunque siguiera sin encontrar la respuesta adecuada. Porque la Rosa de siempre, como Ana, también había dejado de existir.

Antes de meter la llave en la cerradura se descalzó en el descansillo de la escalera sacudiéndose con rabia los zapatos. Luego abrió la puerta de su casa y con pasos cómodos y decididos sobre el parqué anduvo atraída por la tenue luz del salón. Por el silencio circundante comprendió que sus hijos ya estaban en la cama, de lo cual se alegró. Juan estaba sentado frente al televisor con un periódico entre las manos. Lo dejó sobre sus rodillas y se quitó las gafas.

—¡Hola! ¡Qué tarde has vuelto hoy! Últimamente trabajas demasiado.

Ella dejó el bolso sobre una silla y se despojó del abrigo. Luego se dejó caer en el sofá, muy cerca de su marido. Estaba agotada. El paseo había sido demasiado largo y la jornada de trabajo, también. Se quedó mirando la televisión. Una locutora muy joven se internaba en un piso en el que una amplia familia vivía desde hacía años sin pagar el alquiler. La madre de familia le mostraba a las cámaras con total ausencia de pudor las estancias repletas de muebles reciclados y a los chavales desaliñados intentando convencer al mundo de que no pagar era la única forma de tener vivienda

digna.

—¡Qué morro! —exclamó la abogada.

—¿Has cenado?

—No, pero no tengo hambre.

Fuera del edificio, una joven pareja explicaba a la misma periodista que no había manera de echar a los *okupas* y que ahora que la crisis y el paro arreciaban, ellos necesitaban el dinero del alquiler más que nunca para afrontar la hipoteca de lo que un día creyeron que era una buena inversión. Juan observaba la mirada perdida de Rosa enfrascada en la pantalla. Apartó el periódico. Se impacientaba.

—Mientras todo el mundo se queda sin trabajo, tú tienes más que nunca. Últimamente llegas casi siempre tarde a casa.

Había desconfianza y reproche en aquellas palabras. Rosa sabía desde hacía semanas que esto ocurriría antes o después.

—Cuando las cosas van mal en las empresas se necesitan abogados que resuelvan ciertas situaciones. Ya lo sabes.

—Siempre has dicho que es absurdo malgastar el tiempo en un trabajo a jornada completa. Ahora no tienes jornada completa, sino doble jornada.

—Sí.

La periodista se interponía entre los gritos que propietarios e inquilinos se estaban dedicando mutuamente en defensa de sus intereses. ¿Por qué a Juan no le interesaba aquel reportaje en directo tan entretenido? En vez de ello, su marido había volteado su asiento hacia ella y se había colocado de frente, dispuesto a seguir atacando.

—Rosa, me tienes preocupado. Últimamente estás muy rara. Creo que necesitas unas vacaciones. ¿Te das cuenta que desde que ha muerto Ana no te has cogido ni medio día? Creo que necesitas un descanso. Ha sido un trauma importante para ti, pero apenas hablas de ello. Siempre hemos comentado abiertamente lo que nos preocupa y ahora es más importante que nunca que lo sigamos haciendo. Pero en vez de hacer lo que siempre has hecho te pasas el día fuera de casa, más ocupada que nunca.

Juan doblaba y desdoblaba el periódico mientras explicaba atropelladamente sus desvelos. Quizá le había dado demasiadas vueltas a sus pensamientos antes de expresarlos. Rosa no dudó su respuesta.

—En este momento eso es lo que más me ayuda. Te lo aseguro.

El hombre dobló definitivamente el rotativo y lo dejó sobre la mesa.

—Bueno, si es así, lo acepto y me dejas algo más tranquilo. Quizá tienes razón. La actividad es buena a veces para no pensar demasiado o no dejarse llevar por los sentimientos más negativos.

—Pero tú también tienes razón. No me había dado cuenta de hasta qué punto he aumentado mi actividad. —Rosa se puso en pie—. Voy a la cocina. Tengo que picar algo.

Juan la esperó pacientemente hasta que ella, remolona, volvió al salón con una

pieza de fruta en la mano. Había cogido de nuevo el periódico y lo había devuelto a su sitio, incapaz de concentrarse en la lectura. Mantenía un gesto grave; desconfiado.

—Rosa, ¿de verdad tienes tanto trabajo?

Los anuncios televisivos suplieron el silencio. La abogada dejó lo que quedaba de la fruta sobre el plato sin poder evitar una sonrisa.

—No, no es posible lo que estoy pensando. No creerás que tengo un lío o algo así, ¿no? —Soltó una carcajada de la que se arrepintió inmediatamente. Era una risotada humillante e injusta con su marido. Intentó contenerse y lo logró. Miró de frente a Juan ensayando un gesto de sinceridad—. No, Juan. Por favor, no pienses eso. Nada más lejos de la realidad. Estoy muy liada con asuntos que no son del bufete. La herencia, los papeleos... Eso me está quitando mucho tiempo también.

Rosa no estaba en condiciones de dar más explicaciones. Ni siquiera las tenía para ella misma. ¿Cómo iba a poder ofrecérselas a su marido? Desde la muerte de su hermana, algo le quemaba en su interior. Era puro instinto. Quizá debía meditar sobre ello, pero hoy estaba cansada y, en efecto, demasiado atareada como para abrir un nuevo frente en su vida. Vio a su marido cabizbajo, meditando, el gesto grave todavía y deseó irse a la cama. Deseó que esa escena no estuviera ocurriendo.

—Lo entiendo, Rosa. Entiendo lo que dices, pero... Aun así, necesitas descansar. Mientras llega Semana Santa, deberías dormir un poco más. Tomarte la vida un poco más relajadamente.

—Siempre lo he hecho. Ya sabes que yo no soy como mi hermana —bromeó en un intento de zanjar aquella conversación.

—Afortunadamente. Siempre has sido más inteligente.

—¡Odio que digas eso! Lo odio y lo sabes.

—Pero es la pura verdad.

—Vale, vale. Déjalo.

Volvió a mordisquear la manzana mientras se sucedían los anuncios en la pantalla. Después se oyó el ruido de la llave en la cerradura de la puerta y los pasos inconfundibles de Any acercándose al salón. Rosa se alegró de que su hija interrumpiera aquel debate con su marido y también de comprobar hasta qué punto había mantenido la discreción sobre las pesquisas en torno a la muerte de Ana. Juan habría desaprobado todo ello. Él le habría insistido mil veces en todos los inconvenientes y, sobre todo, en los peligros de aquella aventura. Era un hombre sensato y prudente. Demasiado sensato. Demasiado prudente.

La entrada de Any fue una bocanada de aire fresco. La joven dijo estar agotada y les contó su nueva y difícil situación en la empresa, en la que ahora se le exigía una entrega que le robaba todas las energías y Juan y Rosa la escuchaban con cierto orgullo y una pizca de incredulidad ante ese supuesto agotamiento que no mermaba en absoluto su lozanía a aquellas horas de la noche.

La joven también hizo una breve incursión en la cocina y volvió al salón, donde tomó asiento frente a ellos, sin prisa aparente por irse a la cama.

—Quería comentaros una cosa —dijo de pronto con solemnidad ante las miradas expectantes de sus padres—. Me voy a ir a vivir con Lorenzo.

Juan había quitado la televisión y el silencio resultó un poco embarazoso. Rosa intervino, indecisa.

—¿Estás segura?

—Creo que sí. Es lo que quiero. Además, con la vida que llevo ahora, es la única manera de estar con él.

Juan se interesó vivamente por los planes de su hija. Le preguntó sobre la casa que compartirían, sobre el modo en que organizaría su nueva vida y sobre las posibilidades de empleo de Lorenzo. En el sofá Rosa, muda por la sorpresa, rumiaba con dolor la única realidad que se abría ante sus ojos: la marcha de su hija. Un profundo sentimiento de abandono invadió su entendimiento. ¿Tenía que irse justamente ahora? ¿Por qué había elegido aquel momento? ¿No era consciente ninguno de ellos de que quizá no podría soportar una nueva pérdida en tan poco tiempo? ¿Qué estaba pasando en su vida? ¿Qué había hecho mal?

Intentó encajar el golpe e hizo un esfuerzo por mostrarse comprensiva.

—Lo importante es que seas feliz —dijo interrumpiendo la conversación de padre e hija, con una voz que se le quebró repentinamente, una voz ahogada en su pecho.

Súbitamente comprendió que no podría evitar el llanto. Se puso en pie y salió corriendo buscando refugio en el dormitorio.

Olivia siguió aquella mañana a duras penas la clase de Pilates. Le costaba concentrarse en los ejercicios que Cristian indicaba. De hecho, le llamó la atención un par de veces. Perdía el ritmo de la respiración y no se concentraba en mantener siempre la posición correcta. Sin esas premisas, repetía siempre el entrenador, se pierde la mitad de la eficacia. Aun así sudó la camiseta antes de meterse en la ducha.

Le asaltaban las dudas aquella mañana a una mujer que no tenía por costumbre cuestionar sus propias decisiones. Pero hoy no estaba del todo segura de lo que quería hacer. Tampoco de cómo hacerlo. De modo que aquella mañana, la única de la semana que no impartía clases en la universidad, se mantuvo más callada y distante de lo habitual. Miraba a Miriam cohibida. Aquella chica le caía bien. Sus reticencias del principio se fueron diluyendo con el tiempo a pesar de que sus primeras y malas impresiones permanecían casi inalteradas, pues Miriam era tan pija y tan esclava de su cuerpo como le pareció desde el principio. Pero tenía otras muchas virtudes que le ayudaban a pasar por alto sus defectos y había llegado a tener con ella un alto grado de intimidad. Ahora se preguntaba si ese nivel de intimidad era suficiente como para plantearle abiertamente lo que le habían encomendado.

Más callada que de costumbre, Olivia acompañó a sus amigas hasta la cafetería de siempre y escuchó distraídamente la conversación esperando que Marisa saliera corriendo para el trabajo. Habitualmente Miriam, la más ociosa de las tres, les rogaba que se quedaran un rato más, pero Marisa siempre iba con prisa y ella aprovechaba para realizar otras actividades. Miró el reloj con disimulo. Era mediodía y la bibliotecaria seguía allí comentando su último viaje a Bolivia. Hablaban animadamente de Evo Morales, discutiendo si era realmente un líder obrero o un farsante con ansias de poder. Al contrario de lo que cabía esperar, Marisa mostró sus dudas al respecto mientras Miriam sostenía que era normal que los indígenas se tomaran ahora la revancha. Finalmente, para alivio de la profesora, Marisa se disculpó y abandonó la reunión. Olivia le prometió invitarla al café para acelerar su salida y, finalmente, se quedó sola con Miriam esperando la cuenta.

Hablaron durante un rato sobre Evo Morales hasta que el camarero interrumpió la charla entregándoles la nota sobre un pequeño plato de plástico. En aquel local, el plástico y el papel plastificado eran materia prima fundamental. Parte de una cadena

americana, aquella cafetería imponía todo tipo de utensilios de usar y tirar bajo una apariencia de modernidad y buen gusto con sabor a café y repostería fina. Alrededor, solo otras dos mesas estaban ocupadas a esas horas intermedias de la mañana. Dos hombres de atuendo desenfadado charlaban animadamente en una esquina. En medio, una segunda mesa cobijaba a una pareja de estudiantes que consultaba los apuntes. En una tercera mesa, en otro rincón del local, Olivia dejaba con cierta prisa un billete de diez euros sobre el platillo del camarero y esperaba que este se alejara del lugar para retomar la conversación. La profesora tomó aire. Su frase sonó casi como una exclamación.

—Tengo que hablar contigo.

Luego le rozó el brazo derecho sin querer. Miriam le devolvió una sonrisa y adoptó una posición atenta hacia su interlocutora.

—Verás. No sé cómo decirte esto...

Resopló. Miriam aprovechó el momento para consultar su móvil. Luego lo guardó en el bolso y miró a Olivia. Se mantuvo a la espera.

—Quería hablar contigo porque me ha llegado un vídeo muy comprometido sobre tu marido.

La sonrisa de Miriam desapareció de su boca. Ahora tensaba los labios mientras todo su cuerpo se erizaba de manera casi imperceptible. Olivia imaginó un gato al acecho, un gato en guardia ante el peligro.

—¿Un vídeo comprometido? ¿De qué estás hablando?

—No sé cómo decírtelo, Miriam. Pero tu marido te pone los cuernos todos los jueves con una... ejem, con una prostituta.

—Pero, pero ¿qué dices?

Miriam soltó una risa nerviosa. Miró a su amiga, esperando quizás un gesto definitivo que le indicara que se trataba de una broma. Su cara era el retrato de la interrogación. Abrió la boca como si fuera a añadir alguna cosa. Luego la cerró. Volvió a reír. Fijó su vista en los estudiantes y miró de nuevo a Olivia de lado, incrédula, en busca de respuestas.

—Miriam, yo no quiero hacerte daño. No te estoy diciendo todo esto para perjudicarte. Simplemente, de manera fortuita, me ha llegado que tienes un marido que tiene una cita todos los jueves con una mujer desde hace varios años.

La cara de Miriam había enrojecido y, entonces, su cuerpo se irguió como un resorte y con movimientos abruptos tiró de su bolso, agarró su abrigo y, girando sobre sí misma, tomó el camino de la puerta de salida como si, de pronto, hubiera recordado haber olvidado algo importante. Olivia vio su figura espigada recorriendo a zancadas aquel pequeño local y agarrando la puerta como si deseara arrancarla de sus goznes. Cuando la vio desaparecer no había pasado ni el tiempo suficiente para cambiar de postura, para decir algo, para reflexionar sobre lo ocurrido. Así que la profesora siguió allí sentada, como la novia a la que acaba de abandonar su pareja en plena discusión, con la vaga sospecha de ser el centro de atención de aquella impoluta

y antiecológica cafetería.

Suspiró. Se preguntó si habría habido otro modo de anunciar lo que debía contarle sin provocar un terremoto en aquella joven compañera de Pilates. Se encogió de hombros. No. No lo había. Y ahora ella tendría que cambiar de clase de Pilates y, probablemente, renunciar a aquel variopinto café de los jueves por la mañana. Una auténtica pena, porque a estas alturas de la vida no era tan fácil hacer nuevas amistades y aunque aquella fuera algo estrambótica y superficial lo cierto es que era un pequeño pero nuevo aliciente. Meditó sobre los tortuosos caminos de la vida. Cuando supo que Miriam era la mujer de Faustino no pudo evitar una cierta excitación morbosa durante un tiempo. Después, todo volvió a encajar con naturalidad y aquel marido famoso y millonario se convirtió en una circunstancia más de la vida de una de las mujeres de aquel pequeño equipo de gimnasia. Ahora, aquel hecho se perfilaba como la posible causa de la muerte de su mejor amiga. Sintió un ligero escalofrío y, de súbito, un sentimiento de liberación. Perder la amistad de Miriam era apartar de su mente y de su vida la desaparición de Ana.

Alguien abrió la puerta del local. Olivia vio a Miriam regresar por el mismo camino que había recorrido apenas cinco minutos antes. Volvía con la misma urgencia que le había obligado a huir del lugar y también con los mismos movimientos abruptos de antes se deshizo del abrigo, lo tiró sobre una silla y se dejó caer a plomo sobre la misma silla que había ocupado; el bolso aún entre las manos. No dijo nada. Ahora ya no reía. Tampoco lloraba. Sus ojos suplicaban la verdad de la cual acababa de intentar fugarse. Y Olivia retomó la palabra como si su ausencia no hubiera existido.

—Todos los jueves visita a una amiga, una prostituta, en la calle de Capitán Haya. Llega allí a las ocho cuarenta y cinco de la tarde y sale una hora más tarde de vuelta a casa. Alguien ha filmado uno de sus encuentros... Es tremendo. Bueno, quiero decir, es evidente. Nada más. Pensé que era bueno que lo supieras. A veces he creído que te sentías culpable por algo con él. No debes hacerlo.

No había pensado decir esto último. Simplemente, lo manifestó sobre la marcha como una evidencia. Como algo de lo que nunca habían hablado y sin embargo Olivia conocía a ciencia cierta. A Miriam se le habían contraído todos los músculos de la cara y a la profesora le pareció que era un gesto de dolor. Vio de pronto ante sí a una mujer desolada. Respetó su silencio y su rabia durante un minuto interminable. Su voz sonó metálica, imperativa, retadora.

—Quiero ver ese vídeo.

Olivia sacó el móvil del bolso y marcó un número delante de ella. Empezó a hablar. Al otro lado sonaba una voz de mujer. La profesora preguntó si ella y Miriam podrían pasar a lo largo del día por su oficina. Le dijo que era urgente visionar la cinta con su amiga. Escuchó. Asintió. Insistió. Le dijo que su amiga sería discreta mientras buscaba en Miriam una mirada de compromiso. Pero al otro lado, su interlocutora parecía resistirse. Finalmente cortó la llamada.

—Dice que te hará llegar una copia a tu casa, si quieres.

—Dile que me la envíe urgente, por favor. ¿Crees que podría tenerlo en casa esta misma mañana?

—Yo me encargo. Dame tu dirección.

Miriam buscó un bolígrafo y una hoja entre el laberinto de sus pertenencias en el bolso e hizo unas anotaciones. Luego le tendió el papel.

—Si esto es una broma de mal gusto no quiero volver a verte.

La advertencia sonó ridículamente amenazante. A Olivia le resultó, además, arrogante e hiriente.

—No es una broma. Ni lo sueñes.

Miriam se puso en pie, esta vez de manera más pausada. Llevaba un vaquero pitillo y un magnífico chaquetón de cuero y piel ajustado a la cintura. Recuperó su abrigo por segunda vez y se dirigió de nuevo a la salida. Olivia la vio desaparecer. Aún tenía el móvil en la mano. Presionó el botón de rellamada automática y leyó la dirección a la mujer que, al otro lado de la línea, debía encargarse de enviar el vídeo con motorista para que su destinataria lo recibiera esa misma mañana.

Miriam ya estaba para entonces camino de casa. Había proyectado acercarse al vivero a comprar unas cuantas plantas, pero prefirió refugiarse en la biblioteca a la espera de aquel extraño vídeo del que Olivia le hablaba. Hoy era jueves, su día preferido de la semana. Lo pasaba bien en el gimnasio y su marido regresaba tarde a casa y casi siempre cansado. Hizo memoria. ¿Cómo podía saber Olivia que Tino nunca jamás estaba en casa un jueves antes de las diez de la noche? Es verdad que el resto de los días no llegaba mucho antes, pero los jueves eran días, ¿cómo decirlo?, fijos. Días fijos, relajados, sin imprevistos, sin viajes, sin regresos tempranos a casa con cualquier excusa. Nunca había reparado en ello y, sin embargo, cuando la profesora mencionó los jueves, ella comprendió súbitamente que, en efecto, algo ocurría todos los jueves del año y nunca se le había ocurrido preguntar por qué.

Pensó en todo ello y pensó en su vida. Le gustaba aquella biblioteca que ella misma había ido alimentando. No es que hubiera muchos libros, pero sí era una habitación confortable repleta de estanterías de madera hechas a medida y una pequeña mesa próxima al balcón sobre la que había colocado un ordenador portátil que apenas utilizaba. En realidad, casi sin darse cuenta, Miriam se había construido allí un pequeño hogar en el que aislarse. Allí le gustaba leer algo de vez en cuando o consultar alguna cosa por Internet.

La menuda mujer que limpiaba la casa por las mañanas llamó a la puerta y entró con un papel en la mano. Un motorista traía un pequeño paquete a su nombre, pero solo se lo entregaría si le devolvían el papel debidamente firmado por la destinataria. Miriam hizo un garabato sobre el papel y esperó el paquete. Ya había encendido el ordenador y apenas tardó un par de segundos en desembalar el DVD e introducirlo en el lector de su pequeña máquina.

Al principio solo oyó unas voces lejanas y vio en la pantalla unas imágenes

oscuras y borrosas. La imagen y el sonido se cortaban de pronto para volver a comenzar con un plano fijo sobre un trozo de cama. Reconoció la nuca de Tino en la primera secuencia. Yacía en la cama con los brazos en cruz, casi inmóvil, mientras una mujer enorme se restregaba sobre él. Desde el ángulo en el que estaba situada la cámara se veían en primer plano dos culos inmensos en constante movimiento. El de su marido resultaba especialmente deforme y repugnante. Sus gemidos sonaban extrañamente agudos, como si fuera un cerdo a punto de ser degollado.

Las escenas empezaron a animarse. Miriam odiaba el cine porno y, sin embargo, era incapaz de apartar la mirada de aquella pequeña pantalla en la que la cara de su marido se incrustaba ahora en el sexo de aquella carnosa mujer que se bamboleaba sin cesar sobre el cuerpo masculino. Sintió ganas de vomitar, pero siguió todos los torpes movimientos de aquella pareja durante más de veinte minutos sin ser capaz de parar la proyección. Finalmente, la imagen quedó en negro y ella dejó vagar la vista perdida por aquella espesura. Eran las dos de la tarde. Jueves. En unas pocas horas, Tino volvería a aquel lugar antes de regresar a casa y meterse en la cama con ella como si nada hubiera ocurrido.

Dejó el DVD metido en el lector, con la esperanza de que alguien visionara aquellas imágenes por descuido y se encerró en el dormitorio. ¿Qué haría? Se sentó en la cama, se volvió a levantar. Miró por la ventana. Regresó al cuarto de baño y se volvió a sentar en la cama. Finalmente, tomó una decisión. Abrió el armario, sacó una maleta y empezó a llenarla con sus cosas mientras intentaba definir su estado de ánimo. No estaba enfadada con Tino. No estaba celosa. No le importaba que se acostara con otra. ¿Se sentía quizá traicionada? Sí, mucho. ¿Tanto como para irse de casa? No, no tanto. Pero ¿qué podía hacer? Se veía incapaz de compartir la cama con él aquella noche. La huida era la única salida digna que tenía por delante. Así que siguió preparando la maleta minuciosamente mientras se preguntaba adonde iría y para qué.

Cuando cargó la maleta en el coche ante la mirada inquisitiva de la mujer de la limpieza y del jardinero, la señora de la casa puso en marcha el vehículo y derrapó para salir del garaje. Callejeó hasta salir a la carretera de circunvalación M-40 y apretó el acelerador. El límite estaba en 100, pero ella condujo a 150 durante varios kilómetros con la mente embotada. Le perseguía la imagen del culo de Tino bajo aquella mujer de tez oscura. Mantuvo la mirada fija sobre el carril por el que avanzaba su vehículo mientras las lágrimas empañaban su vista. Redujo la velocidad, ocupó el carril de la derecha y se preguntó por enésima vez qué haría ahora con su vida. La casa de sus padres era la última opción. Pensó en su hermano. Le inundaría de preguntas que no le apetecía responder. Quizá debía irse a un hotel y recapacitar sobre su futuro. Por vez primera en mucho tiempo pensó en Andy. ¿Dónde estaría? ¿Se habría vuelto a su país? ¿Era todo lo que hizo con él tan zafio como lo que mostraba el vídeo que le había enviado Olivia?

Se secó las lágrimas y siguió conduciendo. Creyó haber dado ya la vuelta

completa a Madrid, pero continuó su viaje a ninguna parte. Sus hijos volverían a casa a las cinco de la tarde y se preguntarían dónde estaba mami. Las lágrimas afloraron de nuevo. Sus hijos. Eso era realmente lo único verdaderamente suyo. Ni siquiera aquel automóvil ahora mudo testigo de su desdicha era de su propiedad. Tenía cuarenta y dos años y no era absolutamente nada. Nada más que una madre de dos hijos, una nulidad, un parásito social, una pija aburrida sin oficio. Se lamentó de todas y cada una de las decisiones que había tomado en su vida. Gracias a ellas nadaba en la abundancia, se había podido someter a un par de operaciones de estética, conducía automóviles caros y viajaba al Caribe en vacaciones. Pero también gracias a ellas nunca se había sentido plenamente feliz.

Cuando culminó la cuarta vuelta a la gran ciudad, decidió que tenía hambre y que necesitaba ver a sus pequeños. Eran las cinco y media de la tarde y tuvo la urgencia de abrazarlos. Puso rumbo a casa. Era jueves y seguramente tendrían muchas aventuras que contarle.

Querida hermanita.

Esto de enviar postales parece cosa de otro tiempo. Ja, ja. ¿Has visto bien la foto de esta? ¿No es alucinante este sitio? Dile a mi sobrina favorita que estoy muy contenta de que haga Económicas como yo. Y que no se preocupe por no estar segura al cien por cien; nadie lo está. Y volviendo al tema de la ambición que hablábamos el otro día: ¿qué pasa si una tiene una ambición y también la contraria? Bueno, hala, ahí te dejo eso para la reflexión. Cuídate, guapa.

A las cuatro y media de la tarde, ni un minuto antes ni un minuto después, Miriam Díaz del Campo presionó el botón del timbre de la puerta del tercer piso de un antiguo edificio de Madrid. Abrió un chico algo despeinado, pero de impecable pantalón de traje sastre, camisa de rayas y corbata ligeramente desanudada. Frente a él había dos mujeres bien distintas. Una vestía de forma extremadamente elegante. Era alta y delgada; quizá demasiado delgada bajo su punto de vista. Llevaba el pelo más largo de lo habitual en una mujer de su edad, lo que, por otra parte, la rejuvenecía. Junto a ella otra mujer, varios años mayor y completamente estrafalaria. Altísimos tacones, pantalón de malla, pelo con mechas rojas, camiseta morada asomando por entre varias prendas que, a modo de alcachofa, entonaban de manera aparentemente casual. El joven las recibió con gesto de cordialidad y se prestó a acompañarlas hasta el despacho del fondo.

—Pasen, pasen. Seguramente está hablando por teléfono. Si no, habría salido ella a recibir las —se disculpó.

Recorrieron el pasillo en silencio. Él les abría el camino mientras Miriam escrutaba con la mirada aquel lugar desconocido. Vio una pequeña cocina a través de una de las puertas del corredor y detectó un suave olor a café. Dudaba de haber tomado la decisión correcta y seguía desconfiando de aquella mujer a la que no conocía y a la que estaba a punto de ver por vez primera. Si Olivia no se hubiera prestado a acompañarla nunca habría llegado hasta aquí. Pero ahora comprendía que su presencia no le aportaba toda la seguridad que necesitaba. Siguió caminando tras los pasos de aquel chico hasta que este les abrió la puerta y las invitó a entrar. Al otro lado de la mesa había una mujer quizá diez años mayor que ella cuyo aspecto le tranquilizó. Estaba de pie, hablando por teléfono, pero despidiéndose de forma abrupta para poder atender a su visita.

El joven desapareció cerrando la puerta tras de sí y las dos mujeres tomaron asiento siguiendo las indicaciones de la mano de Rosa. Esperaron hasta que esta colgó el auricular y entonces la anfitriona estrechó la mano de Miriam con mirada grave. Con Olivia intercambió un par de rápidos besos. La experiodista observó a la abogada, sus gestos amables y sus movimientos continuos, incapaz de parar, de mantener la calma. Aquella mujer estaba nerviosa; incómoda. Trataba de relajar el ambiente hablando del tráfico y de las dificultades de aparcar en la zona. Todo ello

tranquilizó en parte la ansiedad de la propia Miriam, que a ratos imaginó a una fría abogada chantajista dispuesta a romperle la vida en mil pedazos. Aun así le costó terminar con las formalidades y entrar en el asunto que le quitaba el sueño desde hacía tres días; el asunto que la había llevado hasta allí.

—Olivia no ha querido darme muchos detalles sobre este... Sobre este tema del vídeo.

Rosa tragó saliva y dedicó a la amiga de su hermana una breve sonrisa agradecida. Su mensajera había cumplido bien su difícil cometido.

—Es normal —dijo tornando su mirada hacia la mujer del empresario con un aplomo que a ella misma le sorprendió—. He utilizado a Olivia porque sabía que te conocía, pero es verdad que ella no está para nada en este asunto. Dudé mucho en qué hacer con...

—¿Cómo lo consiguió? —le interrumpió Miriam.

—Todo es un poco largo de contar. Y la verdad, preferiría no compartir una información que no viene al caso. Lo cierto es que...

—Sé que Olivia era íntima amiga de su hermana.

La profesora se revolvió en el asiento y Rosa recobró toda la inquietud que la mera espera de esta visita le había causado. Miriam sufría y no achacaba su dolor a la causa del mismo, sino a las mensajeras que le habían alertado sobre el engaño del que era víctima. Era una reacción previsible, de libro. Rosa la conocía bien, pero la ocasión era tan extraordinaria que la abogada empezó a temer ser incapaz de controlarla.

—Miriam, para empezar, me gustaría que me tutearas.

—De acuerdo, pero necesito saber.

—En eso no voy a ayudarte mucho. Me gustaría dejar fuera los detalles e ir a lo importante.

—¿Pretendes chantajear a mi marido con ese vídeo?

Su voz sonaba metálica; insultante. Rosa le pidió calma con las manos en un intento de tranquilizar su ánimo. Sonrió levemente, sopesando lo que quería decir.

—Miriam, yo no voy a chantajear a nadie. Quiero que eso te quede bien claro. Nunca he hecho tal cosa en mi vida y nunca lo haré. Soy una abogada mercantil y me gano honestamente la vida.

—Perdona, pero es que...

—Por razones que no voy a explicarte —interrumpió ella esta vez—; por azar, si quieres, me hice con un vídeo sobre Faustino Gómez con el que no sabía qué hacer. ¿Chantajearle? ¿Tú te acuerdas de aquel señor tan conocido filmado en una situación muy parecida? Pretendieron chantajearle, pero no sirvió para nada. Hoy nadie se acuerda de aquello. Así que no, no voy a chantajear a tu marido, aunque te confieso que ganas no me faltan por razones que tampoco querría explicarte pero que, sí, tienen que ver con mi hermana. Con la muerte de mi hermana. Por eso lo he hecho llegar hasta ti.

—Es casi lo mismo. ¿Qué pretendes de mí, aparte de destrozarme la vida? ¿Y qué tiene esto que ver con la muerte de tu hermana?

—Yo no soy la culpable. ¿De verdad crees que soy yo la que te ha destrozado la vida?

En ese momento, justo cuando parecía que Miriam disponía de sus armas cargadas con la mejor munición, la elegante mujer del empresario más rico de España rompió a llorar. Las otras dos mujeres respetaron su llanto con un incómodo silencio. Olivia le pasó el brazo por los hombros sin levantarse de su silla. Su posición le pareció ridícula, pero aguantó su brazo sobre aquel cuerpo azotado por los sollozos. Se retiró. Le pasó un pañuelo de papel. Miriam se sonó la nariz y esperó unos instantes hasta lograr contener un tanto las lágrimas. Hubo rabia en sus palabras.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué me has enviado esto? ¿Qué necesidad tenías de hacerme tanto daño?

—En una cosa tienes razón. Yo podía haber tirado ese vídeo a la basura y tú podrías haber seguido tu vida con toda normalidad sin saber nada de nada. Pero también pensé que, a lo mejor, era útil para ti. Pensé que preferirías saber la verdad.

La esposa de Faustino Gómez meneaba la cabeza de un lado a otro mientras intentaba, esta vez con mejor éxito, dejar de llorar.

—Miriam, siento el trago que estás pasando, pero... Tu marido ha hecho mucho daño. Tú no eres la única perjudicada, no sé si lo sabes. El caso es que sus correrías fuera de casa me han llegado casi por casualidad, y he creído que preferirías saber la verdad. Eso es todo. Pero, por favor, no digas que soy yo la que te hago daño. No soy yo la que te engaña todos los jueves.

La mujer del empresario intentó retirar de sus ojos los últimos vestigios de su llanto. Miraba al suelo de manera obsesiva con el ceño fruncido. Rosa y Olivia esperaban, dudando del éxito de la reunión planeada con tanto esmero. En contra de las sospechas de Olivia, Miriam quizás era una mujer que, de haber podido optar, hubiera elegido la ignorancia para salvaguardar su presunta felicidad conyugal.

Miriam, por fin, intervino de nuevo, la cabeza todavía hundida entre los hombros, la mirada fatigada, desde abajo, rendida.

—No me vas a contar nada más, ¿verdad?

Rosa negó con un movimiento de la cabeza.

—¿Tirarás a la basura las copias que tienes sobre mi marido?

Rosa afirmó con la cabeza.

—¿Seguro?

—Sí.

La mujer de Faustino Gómez se puso entonces de pie y le alargó la mano.

—Muchas gracias. Confío en ti. Espero que no me hagas más daño.

Rosa le retuvo la mano y la miró fijamente.

—Miriam, para mí también es muy importante que esto quede entre nosotras. Yo no voy a utilizar ese vídeo y, en vista de que a ti tampoco te interesa indagar más

sobre ello, te pido, por favor, que no comentes con nadie lo ocurrido. Si me he equivocado enviándote este vídeo te pido disculpas, de verdad. Te ruego que, en ese caso, lo olvides todo. Espero que lo comprendas y que yo también pueda confiar en ti.

—No lo necesitas. Sabes de sobra que lo último que nosotros podríamos hacer es darle publicidad a todo esto. Quizá no sea fácil chantajear a alguien por un vídeo así, pero puede hacer mucho daño.

Aquel «nosotros» fue para la abogada la prueba definitiva del fracaso de su estrategia. ¿Estaría Faustino ya al corriente de la existencia del vídeo y de su participación en este supuesto chantaje? Un abismo se abrió ante sus pies.

—Te pido excusas también por el disgusto que todo esto te ha supuesto.

—Bueno, me voy.

La mujer del empresario echó a andar hacia la puerta y Olivia se apresuró a acompañarla tras un segundo de confusión. Cuando Rosa las vio desaparecer, se sentó en su butaca de trabajo y exhaló un suspiro de abatimiento, pero también de desconcierto. Pensó en su hermana. Ella no se hubiera dejado llevar por el pánico. Habría actuado con decisión una vez trazado el camino. Desconocía por completo si en el alto mundo de las finanzas Ana se habría visto alguna vez involucrada en un asunto tan turbio, pero si lo hizo seguramente actuó con toda la frialdad y la asertividad que siempre la distinguió.

Ana habría intentado convencerla y habría resultado convincente. Ella ni siquiera lo había probado. Ana también habría tenido el olfato suficiente como para desenvolverse con soltura en un terreno tan resbaladizo. Ella, en cambio, andaba dando palos de ciego. Olivia le había hablado de una mujer rica e infeliz casada con una especie de morsa que la controlaba y vigilaba. Pero Rosa, ahora vencida, solo había visto delante de sí a una esposa burlada que se preguntaba cómo superar aquella prueba sin destruir su matrimonio. Su llanto era desconsolado porque tras la superación de esa prueba sabía que le esperaba un largo camino de fingida felicidad y secreta ignominia.

Ella, por su parte, estaba sintiendo el golpe recibido: aquella mirada acusadora de Miriam, su desconfianza y su sospecha de estar ante una vil chantajista la habían roto por dentro. Abrió el cajón de su mesa y sacó un DVD y la tarjeta de memoria de una cámara de vídeo. Primero introdujo esta última en el ordenador. Abrió su contenido y lo borró. Se cercioró varias veces de que aquella película de pornografía barata había desaparecido de la memoria. Luego introdujo el DVD en el lector e intentó hacer lo mismo sin éxito. Optó por sacarlo de la disquetera y partirlo en mil pedazos. Entonces se sintió un poco, solo un poco, más aliviada.

La primavera estalló en Madrid en mil colores tras aquel gélido invierno. Las mujeres desempolvaban sus ropas veraniegas y los hombres recuperaron sus bermudas para el fin de semana. Rosa apreció aquel año el cambio de estación como nunca lo había hecho. Después de un trimestre de muerte y frío, el estallido de la vida colmó sus deseos de recuperar la alegría perdida tras la desaparición de su hermana.

La emancipación de Any no fue tan dura como esperaba. Al fin y al cabo, el master cursado en Estados Unidos la había entrenado para soportar su ausencia. Después, se había acostumbrado a verla poco en casa. Cuando una salía la otra entraba. El trabajo, los viajes, los planes de fin de semana... Desde hacía tiempo, vivir bajo el mismo techo no significaba lo mismo que cuando su hija era una niña o una adolescente insolente con necesidad de ser el centro de atención. El día que hizo las maletas y se marchó al apartamento de Lorenzo, Rosa intentó mantenerse ocupada en otras cosas y le restó importancia. «Me parece que te voy a ver más que nunca», llegó a bromear con ella.

Sin embargo, la primera noche que se ausentó no pudo evitar colarse en su habitación. El dormitorio había quedado desposeído repentinamente del alma de su hija. Las fotos, sus libros, parte del armario medio vacío, su olor... Se sentó sobre la cama y lloró por todo ese tiempo que ahora formaba parte del pasado. Lloró por toda la felicidad que su hija había aportado a su vida. Por sus miedos, sus desvelos y el orgullo de ver crecer a un bebé que, al mismo tiempo, como un reloj, marca sin compasión el paso del tiempo. Juan se sentó a su lado y aquel día no encontró las palabras adecuadas para consolarla y consolarse. Así son las leyes de la vida; inflexibles, inevitables, irreversibles.

Un día, poco antes de Semana Santa, Any le pidió a Rosa que la acompañara de compras. Tenía una boda y necesitaba su consejo para comprarse un vestido y unos zapatos. A Rosa le hizo muchísima ilusión. Madre e hija compraron compulsivamente y terminaron riéndose y comiendo juntas en la cafetería de un centro comercial cargadas de bolsas. Para entonces, Rosa ya se había rendido a la evidencia de que la separación era una pérdida solo relativa. Su hija la llamaba a diario y aparecía en casa sin avisar —conservaba las llaves y no había hecho mención alguna de devolverlas, para alivio de su madre— y se movía por su antiguo domicilio como si siguiera siendo el suyo.

Juan organizó un corto viaje a Lisboa. Y allí, recorriendo la ciudad en un viejo tranvía de madera por el mero gusto de dejarse mecer sobre los oxidados raíles, Rosa se sintió de nuevo atacada por la felicidad que, afortunadamente, había presidido siempre su vida, y miró con extrañeza todas aquellas pesquisas en las que había estado enredada y que ahora se le antojaban tan lejanas y ajenas. Se acurrucó en el costado de Juan, que solo le presionó un poco con su mano sobre un omóplato como si fuera consciente de lo que estaba sucediendo en su interior y no quisiera romper el hilo de aquel instante eterno.

Aunque la edad de Miguel y Lucas era ya muy difícil a la hora de embarcarles en un viaje como aquel, los dos se ofrecieron a acompañarles encantados y parecieron disfrutar de la visita a la ciudad portuguesa. Rosa sospechó que Juan les había aleccionado. Estaban solícitos y cariñosos, quizá más que de costumbre. Demostró su gratitud hacia ellos y les facilitó las salidas nocturnas por el barrio del Chiado mientras ella y su marido se reclinaban tranquilos en el hotel.

Volvió a Madrid decidida a centrarse en su trabajo y a olvidarse del asunto que tan atareada le había tenido últimamente, volviendo a su vida anterior de trabajo en el despacho por las mañanas y tardes libres para estar más tiempo con los suyos. Sin embargo, a media mañana de su primera jornada laboral consideró oportuno llamar a Estrella de la Fuente, que le agradeció varias veces el gesto. Le contó que había pasado unos días en Alicante con una amiga y que en el trabajo las cosas se habían enderezado un tanto.

—No es que me traten mejor —le contó con voz queda—, es que yo me tomo las cosas ahora de otra manera. Ya me he hecho a la idea de que nunca voy a volver a tener una jefa como Ana.

—Hummm, si yo tuviera sitio aquí para ti...

—No te preocupes; de veras. Mira, cuando estuve tan entretenida con aquellos papeles... Fue como si reviviera. ¡Tenemos que seguir adelante!

—Ya hablaremos de ello. Como ya te dije, tengo muchas dudas...

—Pero tenemos que intentarlo, Rosa. A lo mejor no llegamos a ninguna parte, pero es obvio que nuestra tesis debe de ser muy aproximada a la realidad. Es curioso leer ahora los periódicos sobre la crisis financiera. ¿No te parece? Los chanchullos de «nuestro amigo» son tonterías comparados con lo que hacen otros. Desde luego, nadie nos pagaría un duro por la exclusiva de la historia que tenemos.

Se rieron. Rosa se tranquilizó. Por un tiempo estuvo preocupada por ella. Sabía cómo sufría en el trabajo desde la desaparición de su hermana y sabía también que podía ser la más afectada del carpetazo que unilateralmente había decidido dar al asunto de Faustino Gómez, sus trampas financieras y sus traiciones conyugales.

—Bueno, como te decía, el truco estaba en encontrar algo interesante que hacer, así que, ¿qué he decidido? Primero, me he apuntado al Facebook. Deberías probarlo, es muy interesante. Segundo, voy a hacer el doctorado en historia.

—¿En historia?

—Sí, bueno, como sabes yo estudié filosofía y letras.

—No tenía ni idea. Creía que...

—... que era una mera secretaria. —Soltó otra carcajada—. Pues no, mira, soy licenciada en Filosofía y Letras y, además, hice unos cuantos cursos en la universidad de verano de Santander. Hice uno de periodismo económico; otro sobre la transición española; otro sobre la obra de Gabriel García Márquez...

—No me extraña que mi hermana te tuviera en tan alta consideración.

Al otro lado hubo un largo silencio. Por un instante, Rosa pensó que se había cortado la línea, hasta que creyó escuchar un sonido gutural. La abogada sintió un pellizco en el estómago. La lástima invadió su pensamiento. La profunda decepción de aquella mujer frente a la vida la sumió en una repentina amargura. Apenas supo encontrar las palabras adecuadas de consuelo. Le dijo que era una profesional muy valiosa y que no debía dejarse derrotar por unos jefes ineptos. Le aconsejó que se centrara en su tesis doctoral y que en el trabajo dejara de exigirse a sí misma y empezara a exigirle a los demás que desarrollaran correctamente sus tareas empezando por lo más básico: sacar el mejor rendimiento a los empleados a su cargo. Que dejara de cuestionarse a sí misma para empezar a cuestionar a los demás.

—Estrella —le dijo por fin—, tenía que habértelo dicho mucho antes, pero, bueno, nunca es tarde. Quería darte las gracias por lo discreta que has sido siempre respecto a... lo de mi hermana —tragó saliva; creyó que no podría continuar— y Gonzalo.

—¿Eh? ¡Ah! Solo lo conté una vez y a una sola persona: tú.

—Pues eso; que gracias.

Apenas colgó el teléfono, el joven pasante del despacho pidió permiso para entrar. ¿La habría estado escuchando detrás de la puerta? Le dijo que una tal Miriam Díaz del Campo estaba en el recibidor. Que quería verla, aunque le había aclarado que no tenía cita. Rosa tardó en reaccionar.

—¿Le has dicho que estoy?

—Sí, creo que sí. Pero le puedo decir que estás ocupada.

—No, no. Dile que pase, si no te importa —le pidió Rosa con un coqueto mohín de connivencia.

—Claro que no.

La abogada intentó echar un vistazo a la primera página del periódico que tenía ante sí para reducir su ansiedad mientras aquella mujer recorría el pasillo. En los últimos meses, el tiempo había dejado de transcurrir a velocidad constante. En Lisboa se había acortado de forma drástica. Ahora, súbitamente, las vacaciones volaban hacia el pasado lejano y regresaban a su lado los engaños, la podredumbre del poder y toda la violencia de la que su hermana había sido objeto. Intentó hacer un garabato con el bolígrafo. La falló el pulso. Lo abandonó sobre la mesa cuando ante ella aparecía una mujer sombría con la piel exageradamente bronceada por el sol.

—Hola, Miriam, me alegro de verte —mintió Rosa extendiéndole la mano.

—Hola y perdona esta invasión. Debería haberme molestado en buscar tu teléfono, pero aquí estoy.

Su voz carecía de la agresividad y la desconfianza de la otra vez; de la única vez que estuvo con ella. La mujer se sentó frente a la abogada sin esperar su invitación a hacerlo. Más bien se dejó caer, como si no hubiera otra alternativa. Rosa recuperó el bolígrafo con pulso firme.

—Tú dirás.

—Quiero divorciarme.

Abrió un poco más los ojos. Extrañamente, era lo último que esperaba en ese momento.

—Vaya, créeme que lo siento. Pero yo no puedo hacer nada por ti. Soy abogada mercantil. Sin embargo, tengo una amiga que te puede ayudar si es eso lo que quieres.

—Sí, eso es lo que quiero. Pero también te necesito a ti. —La mujer de Faustino Gómez comprobó con la mirada que la puerta del despacho estaba cerrada y continuó —: Desde la última vez que estuve aquí he descubierto algunas cosas sobre mi marido que no me gustan.

Hubo algo teatral en aquel anuncio. Algo teatral y muy verdadero. La abogada apoyó la espalda sobre el asiento y se retiró un poco de la mesa, como si esa distancia que ganara entre ella y su interlocutora fuera la medida perfecta para dar rienda a las confidencias. Miriam seguía sentada en el borde de la silla, con la espalda tensa y terquedad en la mirada.

—Creo que mi marido tiene algún negocio raro y que me oculta cosas.

—No sé muy bien a qué te refieres. Él preside un entramado de empresas y seguramente eso es complicado. Que te oculte cosas tampoco es extraordinariamente raro. Yo diría que es todo lo contrario.

—Sí, supongo.

La esposa del empresario pareció buscar las palabras adecuadas. Rosa había vivido situaciones parecidas. No es fácil contar todo a un abogado, aun sabiendo que quizá sea tu único aliado. Se incorporó y apoyó los codos sobre su mesa.

—Si me buscas como abogada debes saber que estoy obligada por el secreto profesional a mantener total discreción sobre lo que me cuentes. Puedes hablar con tranquilidad en cualquier caso. Aunque no sea tu abogada estoy acostumbrada a ser discreta.

Miriam asintió con la cabeza. Entonces, prosiguió:

—Yo no trabajo. Era periodista y acababa de empezar cuando conocí a mi marido. Dejé el empleo cuando me casé con él. En realidad lo hice poco antes de casarnos. Él no me obligó, aunque me aconsejaba dejarlo porque ganaba muy poco dinero, en realidad era una miseria comparado con lo que él percibía. Así que lo dejé por voluntad propia. En aquel momento no le di importancia y, además, me pareció lo más adecuado. Enseguida tuvimos a los dos niños y me he dedicado a ellos. Ahora

quiero divorciarme, pero no tengo nada. ¿Te das cuenta? Todo es suyo: la casa, las empresas, los coches... Por una parte pienso que es lo justo, pero por otra... Ni siquiera podría llevarme a mis hijos.

—No sé adonde quieres llegar —mintió Rosa por segunda vez aquella tarde.

—Quiero que me ayudes. Creo que debería tener derecho a llevarme algo para poder vivir con mis hijos y mantenerlos. Pero por otro lado, Rosa, creo que mi marido tiene negocios demasiado turbios. Tú sabes de estas cosas, eres abogada mercantil. ¿Podría contratarte?

La abogada tamborileó con los dedos de la mano derecha sobre su escritorio. Miró hacia el balcón. El sol de la primavera se colaba por entre las cortinas. Debía mirar hacia delante, como bien aconsejaba Federico Almansa.

—La verdad, Miriam, que si me lo hubieras pedido en el momento en que te hice llegar el vídeo (algo de lo que, por cierto, nunca me arrepentiré lo bastante) te hubiera dicho que sí sin pestañear. Te confieso que en el fondo era la reacción que esperaba porque estaba ciega por el dolor. —Se detuvo un instante—. Ahora, sin embargo, voy a decirte que no. No quiero saber más de este asunto. Nada ni nadie me va a devolver a mi hermana. He hecho el duelo. La echo de menos, pero justamente ahora empiezo a recordarla sin sufrir demasiado.

Aquella bronceada y espigada mujer asintió con la cabeza, pero no pareció acusar el golpe. Hizo caso omiso de la negativa de la abogada y continuó hablando, segura de que sus argumentos serían imbatibles.

—Ahora es justamente cuando he entendido por qué te metiste en esto y me enviaste el vídeo. Estoy muy asustada. Ocurrió durante estas vacaciones. Estábamos un día en el hotel cuando decidí salir a la terraza a tomar el sol. Mi marido estaba en el baño, así que cuando salió y no me vio, debió de pensar que había bajado a la piscina porque era lo que solía hacer: tomar el sol a primera hora de la mañana antes de que apriete el calor. Lo cierto es que se quedó en la habitación dando vueltas y yo no le advertí de mi presencia. Estaba enfrascada en un libro y supuse que terminaría por venir a buscarme. En un momento dado se puso a hablar por uno de sus móviles. Utiliza tres. Uno de ellos apenas lo usa, pero un día le oí hablar y se identificó como Robert dando a continuación una serie de números. Sé que son los códigos típicos que se utilizan cuando tienes, por ejemplo, una cuenta en Suiza. La cuestión es que ese día lo llamó Jesús a uno de ellos. Jesús es uno de sus más próximos colaboradores; yo diría que el de mayor confianza. Habla con él constantemente de negocios y yo no suelo poner atención, pero esta vez oí cosas que me resultaron especialmente sospechosas y que me atemorizaron. Hablaron de un tal Luis y lo hicieron como continuación de una conversación anterior sobre el mismo asunto. Jesús parecía quejarse mucho de Luis porque Tino, mi marido, intentaba quitarle importancia, aunque terminó por darle la razón y criticarle duramente. Convinieron en que le habían pagado suficiente como para que pretendiera chantajearles exigiendo más y Jesús le confesó que le tenía algo de miedo. A lo largo de la conversación

hablaron también del «chulo de la Benegas» y de la solución que habían encontrado para él.

Rosa había escuchado impertérrita aquel relato, reprimiendo la súbita ansiedad producida por un golpe de calor que no se disipaba. Se quitó la chaqueta que aún llevaba encima y la puso con mimo sobre su respaldo intentando superar el malestar que había empezado a atenazarla.

—Fue una conversación bastante larga. Terminaron acordando que lo mejor era quitárselo de encima. Ese fue, finalmente, el consejo de mi marido, que intentaba calmar a Jesús, mientras este parecía quejarse y quejarse al otro lado del teléfono. Por lo que comentaba mi marido, Jesús tiene problemas de insomnio y Tino le daba consejos para superarlo y olvidarse de todo lo ocurrido. Mencionaron el mes de diciembre como el inicio de todos sus males. Noté a Tino realmente preocupado por la salud y la desazón de Jesús, pero sobre todo percibí una manera de hablar desconocida para mí. Tino hablaba con palabras soeces, jurando vengarse de Luis y de toda su familia como si fuera un vulgar mafioso.

El rencor regresaba a la vida de Rosa. La inquietud le impedía pensar serenamente. Solo deseaba seguir escuchando, hurgando en la herida.

—Afortunadamente, Tino abandonó la habitación enseguida sin haberse percatado de que yo estaba allí, a su lado. Porque para entonces yo estaba aterrorizada. Supe a ciencia cierta que el mero hecho de ser testigo de aquella conversación me colocaba en una posición arriesgada. Me temblaban las piernas y las manos e intenté contener la respiración hasta que cerró la puerta de la habitación tras de sí.

Rosa jugueteó con un bolígrafo, inútil gesto para liberar la tensión.

—Sabía perfectamente lo que le había pasado a tu hermana. Recordé el día que te conocí y las insinuaciones que hiciste. Todo encajaba. ¡Todo! —Miriam se retorció las manos. Finas venas violáceas cruzaban su frente—. Estaba muerta de miedo. Corrí a la piscina y me hice la encontradiza. Intenté por todos los medios que no me notara nada. Pero fíjate si temblaba que me preguntó si tenía frío. Le dije que sí y me trajo una toalla grande.

En este punto, Miriam Díaz del Campo rompió en un sollozo. Su garganta emitió un grito ahogado.

—¡Dios! Tengo que divorciarme cuanto antes. No puedo estar un día más con él y tengo miedo de él, de quedarme en la calle, de quedarme sin mis hijos...

«Bien, Rosa —pensó la abogada—. Esto es lo que querías. Esta es exactamente la reacción que quisiste provocar cuando le diste el vídeo al mensajero para que lo llevara a la mansión de los Gómez y cuando unos días antes fuiste capaz de pagar a un mequetrefe para que se colara en el armario de Angelina.» Observó a Miriam, enroscada sobre sí misma frente a ella; asustada. Muerta de miedo. Sí, hay hombres como Faustino capaces de encargarse de un asesinato a la carta: un martillazo en la cabeza y unos cuantos navajazos y problema resuelto. De nuevo era presa del odio y la sed

de venganza.

—¿Tenéis régimen de gananciales o separación de bienes?

—Separación de bienes. Antes de casarnos me dijo que es lo mejor para no arrastrar al otro en caso de que haya problemas con las empresas. Estuve de acuerdo. Pero es que ahora no tengo nada. ¡Nada!

—Cálmate.

Rosa abandonó su silla y rodeó su mesa. Fue a sentarse al otro lado, junto a Miriam, que seguía retorcida cual serpiente.

—Para empezar no es verdad que no tengas nada. Como mínimo, tienes derecho a una pensión compensatoria. Aunque tengáis separación de bienes, tú te has dedicado a la casa, a gestionar todos los asuntos domésticos, me imagino.

—Sí.

—Por tanto, tienes derecho a una parte no pequeña con la que no podrás mantener tu nivel de vida, pero que seguramente deberá ser generosa. Si logras quedarte con tus hijos, lo que no es improbable, también tendrás derecho a una generosa pensión de manutención.

—No, no lo será. Conozco a mi marido. Si le pido el divorcio no me lo perdonará. Intentará destruirme. Tengo miedo.

Rosa intentó mantener la compostura. Sabía cuál era la solución y debía ponerla sobre la mesa. Había recuperado su odio genuino hacia aquel empresario sin entrañas. Era el momento, por tanto, de recuperar todo lo que había planeado en su momento. Nunca había sentido pasión por su trabajo. Ahora, el quehacer que la aguardaba era puro despecho. Le puso la mano en el hombro a aquella mujer en un gesto de firmeza.

—Miriam, tienes una opción, pero es arriesgada.

—¿Cuál?

—Buscar papeles. Buscar pruebas. Es probable que tu marido controle más empresas y bienes de los que crees. Cuantos más datos tengas sobre él más sencillo será llegar a un acuerdo que te favorezca. No me extrañaría incluso que tuviera cosas a tu nombre que desconoces. He visto muchos casos. Si tienes información sobre esos negocios turbios que dices que tiene, mejor aún. Será una buena baza para la negociación final. Paralelamente, te recomiendo que contrates a un detective privado. Sobre todo si tienes prisa.

—Pero yo no quiero que vaya por ahí persiguiendo a mi marido por si tiene más amantes. Eso ya no me importa.

—Te estoy hablando de contratar a un detective especializado en asuntos económicos. Te será de gran ayuda.

—¿Conoces a alguno?

—Por supuesto. Conozco a uno de los mejores. Por algún lado tengo que tener su teléfono. Espera.

Rebuscó por entre sus cajones. Descolgó el teléfono y pidió los datos de José Luis

Requejo. Miriam se mantenía expectante y la abogada continuó.

—Haz fotocopias de todo. De todo. Tu marido utilizará testafierros, todos lo hacen. Intenta encontrar los contratos con ellos, son los únicos que aportarían la prueba definitiva de que las empresas o los bienes de dichos testafierros son, en realidad, suyos. Es algo que seguramente guarda en casa. Son fundamentales los contratos de compraventa, tanto inmobiliarios como de fondos y acciones. Si habla por teléfono con un alias, como dices, es que tiene intereses en algún paraíso fiscal. Es probable que tenga una o más cuentas en ellos. ¿Tenéis aquí cuentas corrientes en común a las que tengas acceso?

—¡No! En absoluto. Él me hace una transferencia cada mes para todos los gastos de la casa y los míos.

—Ábrete alguna cuenta que solo controles tú. Será importante que dispongas de fondos por lo que pueda pasar.

—¿Qué puede pasar?

—Lo peor que puede pasar es que se dé cuenta antes de tiempo. Eso sería letal para ti. Debes ser extremadamente cuidadosa. Procura que no sospeche nada. Hasta el último momento debe estar confiado. —Miriam asentía a todo con la docilidad del alumno aplicado—. Seguramente tenéis en casa una caja fuerte. O una caja de seguridad en un banco.

—En casa hay una caja fuerte. En el banco, no lo sé.

—Averígualo. Tienes que hacerte con la combinación de la caja fuerte.

Hubo unos segundos de silencio.

—¿Me darás el teléfono de tu amiga?

—¿De quién? —se extrañó Rosa.

—De la abogada de familia. En algún momento tendré que divorciarme.

—Por supuesto, pero ese será el último paso.

Miriam Díaz del Campo se puso de pie y Rosa la imitó. La periodista había perdido un tiempo precioso durante la Semana Santa, lejos de casa, encerrada en aquella jaula de oro de arena fina y mar transparente de tonalidades azules. Tenía mucho trabajo por delante y una enorme prisa por acabarlo. El teléfono de Rosa sonó brevemente. La abogada tomó el auricular y escribió rápidamente en un papel. Se lo pasó.

—Aquí tienes el número de José Luis Requejo. Llámale de mi parte. No es barato, pero para lo que necesitas es el mejor.

—Le pagaré bien. Aunque no te lo creas, el dinero es lo que menos me importa.

—Te creo.

La alarma le rescató de una pesadilla para llevarle a otra. Había pasado horas intentando conseguir el testimonio de un hombre que había presenciado en directo un grave accidente de avión y cuando por fin lo tenía frente a sí se había dado cuenta de que no llevaba bolígrafo. Tampoco podía echar mano de ningún papel. Y el hombre hablaba y hablaba. Le contaba cosas que él no entendía y que, sin embargo, estaba convencido, eran muy relevantes. Recordó de pronto que los móviles tienen la capacidad de grabar archivos de sonido, así que lo sacó del bolsillo y se puso a buscar la manera de activar la grabadora mientras el hombre seguía hablando a la nada. Las manos le temblaban. La cabeza le daba vueltas. Su móvil ya no era el de siempre. Se trataba de un modelo muy antiguo que, seguramente, no disponía de grabadora. Aun así, buscó y rebuscó en el menú. Y el hombre terminaba su relato y se alejaba sin despedirse mientras él se preguntaba cómo podría ahora escribir una crónica sobre aquello que acababa de escuchar pero que sería incapaz de repetir. Las gotas de sudor empapaban su frente. Hacía mucho calor.

Abrió los ojos y miró el reloj. Las ocho de la mañana. No era sábado. Tampoco domingo. Jueves, 15 de abril, y seguía sin trabajo. Alargó el brazo hasta que pudo presionar el botón de la alarma del despertador. A su lado, Any se enroscó aún más sobre sí misma y tiró del edredón hacia su cuello. Hacía todavía algo de fresco por las mañanas; sobre todo en aquel apartamento construido con materiales de los años sesenta, baratos e incapaces de aislar de la temperatura exterior. Se deslizó como un reptil por entre las sábanas para no despertarla. Se sentó sobre la cama, se estiró y se fue al cuarto de baño. Mientras orinaba recordó los lamentos de su novia durante la víspera. Su ascenso había resultado ser un caramelo envenenado. Sus dos colaboradores, desanimados por no haber sido los elegidos, habían optado por una actitud pasiva que irritaba profundamente a la joven economista. Por arriba, el nivel de exigencia de su jefe había aumentado hasta superar con creces el nuevo listón de su salario. Haciendo un sencillo cálculo matemático, el resultado era que la hora de trabajo de Ana María Estévez se había abaratado drásticamente.

Pero no era eso lo peor. A decir verdad, ese detalle carecía de importancia comparado con el resto de sus males. A la irritación que le producía la calculada falta de iniciativa de sus colaboradores se le sumaba la negligencia con la que ejecutaban todo lo que les encomendaba. De modo que la mayor parte de las veces Ana María se

veía obligada a rehacer los documentos elaborados por ellos antes de enviárselos a sus jefes, lo que multiplicaba sus horas de trabajo y la disuadía en ocasiones de pedirles nuevas tareas. Cualquier excusa era buena para faltar a la oficina: el dentista, un papeleo, un ligero constipado, una boda... Y luego estaban aquellas subrepticias miradas de reprobación que ella adivinaba en sus ojos.

Era extremadamente desolador comprobar cuán insensible podía llegar a ser su jefe ante tan incómoda situación. Un día tuvo el valor de exponerle sus problemas cotidianos y él le escuchó sin demasiado interés. De hecho, aprovechó un brevísimo silencio de ella, que tomaba aire para seguir hablando, para interrumpir su monólogo.

—Céntrate en tu trabajo y en los objetivos del departamento. Esa debe ser tu única ambición —le dijo con una sonrisa implacable—. Tú tienes mano izquierda. Solventarás esos problemas. Pero hazme caso, no pierdas el tiempo en lo accesorio y vete a lo fundamental.

Se quedó muda. Y se vio ridícula. Pero creyó entender el mensaje. No debía volver a molestarle con aquellas chorradas que debía solventar por ella misma porque, sencillamente, formaba parte de su sueldo. No tenía ni idea de cómo hacerlo. Nunca se había visto en semejante tesitura y ahora dudaba de si alguna vez un alto responsable debe ocuparse de esas cosas o echar de su despacho a gorrazos al jefecito que, como ella, venía a intentar colocarle sus problemas. Abandonó aquel despacho con la certeza de haber incurrido en un grave error de cálculo.

Ana María Estévez estaba perdida. Perdida y sola. Pasaba el día completo fuera de casa, lejos de su familia y de Lorenzo, sin tiempo para ocuparse de su vida privada. Los días se sucedían tormentosos en ese campo de batalla en el que se enfrentaba, sin aliados, a la agresión permanente de un batallón de enemigos.

Y luego estaba la responsabilidad. Alguien le había colocado un enorme fardo sobre sus hombros y ella cargaba con él de día y de noche. Cuando dormía y cuando estaba despierta. Cuando iba al cine y cuando trataba de tener una cena entretenida. Era una sensación nueva que cada día le pesaba un poco más. Ahora ya no era responsable de sí misma. Ahora era responsable de lo que hacían sus dos colaboradores, a los que difícilmente soportaba, pero también de ella dependía que su jefe asistiera mejor o peor preparado a una reunión o a una difícil negociación. Se veía sometida a un estricto escrutinio que la mantenía en el filo de la navaja, en una incómoda inestabilidad que amenazaba sus sueños y su capacidad de evasión.

Lorenzo la escuchaba atentamente e intentaba aconsejarle lo mejor posible, pero ella estaba tan ofuscada que incluso se enfadaba cuando él trataba de minimizar las afrentas o relativizar los errores para liberarla de la presión. En ocasiones, sus palabras de consuelo eran percibidas como ataques a su forma de liderar el equipo o a su manera de intentar reconducir la situación. «¿Por qué reaccionas tan negativamente a todo lo que te digo?», le espetó Lorenzo un día, y ella elevó aún más el tono de voz y terminó llorando entre las sábanas como una reina ofendida.

El periodista encendió la radio de la cocina y se puso a preparar el café. Le

gustaba desayunar con Ana; levantarse pronto y cumplir un horario. Por unos instantes, las noticias lo sacaron de sus pensamientos. Oyó el agua de la ducha. Su pareja ya se había levantado. Le gustaba arañarle al sueño esos cinco minutos de más que él aprovechaba para preparar el desayuno. Le complacía abandonarse entre las sábanas durante ese tiempo robado mientras de la cocina emanaban aquellos ruidos de cacerolas y ese penetrante olor a café recién hecho combinado con el aroma del pan tostado. Nunca lo habían hablado. Jamás lo habían acordado, pero fue siempre así, casi desde el primer día que durmieron juntos. Él se levantaba el primero, escuchaba la radio y la recibía en la cocina disponiendo los últimos detalles de la primera comida de la jornada. Un placentero ritual con el que saludar cada mañana al nuevo día de su nueva vida en común.

Sacó el azúcar, unos botes de mermelada y dos rebanadas de pan. Las introdujo en la tostadora y vertió el café en un termo mientras pensaba en Rosa. Aquella mujer le caía bien. Quizá no la conocía lo suficiente como para emitir un juicio de valor profundo sobre ella. Pensó en su propia madre; en sus manos, siempre hinchadas, siempre encallecidas por los líquidos abrasivos de fregar. Y pensó también en la vida tan distinta de la de Rosa. Esa mujer le producía una sana envidia. Si su madre hubiera tenido la mitad de medios, la mitad de estudios, la mitad de oportunidades... No echaba de menos una madre como Rosa. Echaba de menos una vida distinta para su propia madre.

La víspera, Ana María había regresado malherida del campo de batalla; otra vez. Le contó nuevos detalles sobre aquella situación que tanto sueño le quitaba. Pero cuando parecía haber acabado con ello, cuando el propio Lorenzo creyó llegado el momento de apagar la luz, ella reinició la conversación vaciando su corazón de dolencias más íntimas que tenían que ver con la falta de coraje de Rosa para seguir adelante con la investigación sobre Faugosa y su vida acomodada y acomodaticia.

—Es una mujer sin ambición. Su única vocación verdadera es ser ama de casa. Siempre dijo que había reducido su jornada laboral para estar con nosotros. ¡Qué va! Es porque no le gusta su trabajo, de hecho creo que es abogada porque algo tuvo que estudiar y que hacer. No tiene ningún afán profesional; solo ser doña Perfecta en casa porque fuera no es nada.

A Lorenzo le escandalizó tanta agresividad. ¿Por qué era tan importante para Ana María que su madre fuera una profesional vocacional; una ejecutiva dispuesta a partirse la cara en el campo de batalla? Reflexionó. Probablemente, su visión era una visión masculina y misógina a su pesar. Para él no era importante que una madre tuviera un perfil como el que reclamaba Ana María. Intentó imaginarse una situación similar para un padre. ¿Lo entendería mejor?

La silueta de su novia quedó perfectamente enmarcada en el quicio de la puerta de la cocina. Estaba recién duchada. Le llegó el perfume de su gel de baño y por un instante evocó los ramilletes de lavanda que a su madre le gustaba esconder en los rincones de los armarios y los cajones de la ropa interior. Luego ella le lanzó un beso

rápido, distraído, y se sentó a la mesa. Desayunaron casi en silencio, pero Ana María mantuvo un cierto gesto de disgusto, el mismo que había esbozado la noche anterior cuando le confesó la decepción sufrida por la actitud de su madre. Decepción y traición. Él, en su bienintencionado intento de entender, cometió varias torpezas. La peor vino cuando comprendió que Ana María daba vueltas y vueltas a las mismas ideas como si una fuerza centrípeta le impidiera escaparse de la trampa.

—En todo caso, Ana, que tu madre sea de una determinada manera no implica que tú tengas que ser como ella. Cada persona tiene derecho a ser, actuar y comportarse como realmente es o como realmente quiere ser. Los padres no determinan nuestra personalidad ni nuestro comportamiento. No debes atormentarte de esa manera.

En aquel momento, creyó que era el mejor de los consejos posibles. Era la clave para empezar a comprender que ella podía emanciparse también emocionalmente de sus padres; romper ese cordón umbilical que, según ella sentía, marcaba todavía su destino.

Ana María no lo entendió. Esa vez, tampoco. Y él se sumió en la desolación y, sobre todo, la impaciencia.

—Eres una pija que no piensa más que en su propio ombliguito —le espetó por fin, cuando ella ya había perdido los papeles y los nervios.

Ahora la veía allí sentada en la cocina, a su lado, y pensó en lo fácil que resulta tirar la emoción de la felicidad por la ventana. Le pidió perdón en la cama e incluso se entrelazaron antes de dormir a modo de reconciliación, pero la acritud de la disputa persistía entre ellos como una barrera invisible. Ahora, por la mañana, quería abrazarla, ponerse de rodillas, pedirle perdón de nuevo, arrastrarse hasta la puerta rogándole un beso. Y se preguntó por qué aquella chica tan egoísta había logrado ser la dueña de su voluntad; la dueña de su vida.

—Olvida lo que te dije anoche.

Ella se encogió de hombros.

—Ya está olvidado.

No era cierto, pero no la abrazaría ni le pediría un beso de rodillas. Seguiría allí sentado esperando a que ella se marchara precipitadamente para no llegar tarde a la oficina. Así que la vio de nuevo enmarcada en la puerta, esta vez de espaldas, el pelo caído sobre su espalda, y suspiró.

Las 8.45. Era absurdo llegar tan pronto a *El Globo*. Solía aterrizar allí entre las diez y las once; antes las redacciones son un desierto. Recogió la cocina y decidió dar un paseo. El aire fresco de la mañana aclararía sus ideas. Dos meses atrás había tomado una decisión arriesgada. Quizás había llegado el momento de revisar su estrategia.

A las 9.30 emergió del metro de Tribunal y se dejó llevar por las callejuelas de este céntrico barrio, uno de sus favoritos. Anduvo por la calle de La Palma hasta dar con la calle primero y la plaza después del Dos de Mayo. Le gustaban los rincones de

este barrio obrero reconvertido en nido de hippies y posmodernos en la transición española. Hasta su pueblo habían llegado los ecos de la movida madrileña, aquel movimiento festivo y ácrata que reivindicaba el goce de la creación artística combinada con las libertades recién reconquistadas. En algún rincón de su memoria había quedado aquella foto en blanco y negro de unos jóvenes desnudos sobre la estatua de Daoiz y Velarde, ahora allí tan solitaria.

La mayor parte de sus amigos despreciaban las batallitas de los cincuentones referidas a aquellos años de explosión. Él, sin embargo, las escuchaba con interés. Le hubiera gustado poder participar de todo aquello, vivir esos momentos que hacen historia. ¿Tendría él alguna vez esa oportunidad? Estaba a punto de cumplir los veintiocho y todavía no había nada en su currículum digno de mención. Cada día, un nuevo medio de comunicación anunciaba su cierre. Cada día, decenas de periodistas pasaban a engrosar las listas del paro. Se sentó en un banco y dejó que el sol acariciara su piel. Había elegido el lugar, la profesión y el momento más inadecuados para labrarse un futuro. Apenas le quedaban dos mil euros en la cuenta corriente y un poco de ánimo para seguir adelante.

Subió hasta la calle Manuela Malasaña y, de ahí, hasta la glorieta de Bilbao. Compró un periódico y desapareció en la boca del suburbano.

Cuando llegó a *El Globo* se acercó a la joven que estaba en la recepción. La conocía. Se saludaron afectuosamente y él, que ya se había leído el periódico casi al completo, se sentó en uno de los sofás de la entrada. Así venía haciéndolo desde hacía más de dos meses. Cada día, aproximadamente a la misma hora, aterrizaba en la sede central del rotativo, saludaba a la recepcionista y esperaba durante horas allí sentado sin rechistar. Solo exigía a la joven que anunciara su llegada y que se cerciorara de que el subdirector era informado de su visita. A la hora de comer salía a dar una vuelta y tomar un bocadillo. Luego volvía y pedía de nuevo que fuera anunciada su llegada.

Leía y leía. A ese ritmo de unas ocho horas de espera diarias, Lorenzo leía una media de cinco periódicos diarios y un libro cada tres días. Aunque el sofá no era el más cómodo para trabajar, procuraba no perder el tiempo. Tomaba notas o recortaba noticias que engrosaban su ya abultado archivo. De vez en cuando, algún viejo compañero osaba detenerse a charlar con él, un apestado. No era lo habitual.

Aquella mañana, cuando ya había terminado de leer su tercer periódico de la mañana, la recepcionista lo llamó con una amplia sonrisa y los ojos iluminados por la emoción apenas contenida. Le dijo que Carlos Rozas le iba a recibir inmediatamente. Lorenzo se quedó parado frente a ella escrutando su mirada. No era una broma. La chica le ofreció la tarjeta electrónica que le abriría el torno de la puerta y le indicó el camino, aunque él lo conocía perfectamente. Entró en el ascensor con el corazón desbocado. El momento por el que tantas horas había esperado llegaba por fin. Ahora se daba cuenta de que, en realidad, nunca había confiado en conseguirlo. Respiró profundamente, en un intento vano de reducir los tambores dentro de su pecho. Salió

del ascensor y recorrió la redacción con paso firme a pesar de la flaqueza de sus piernas.

La puerta del despacho del subdirector estaba abierta; como siempre. Pidió permiso para entrar, pero su ocupante siguió concentrado en la pantalla de su ordenador. Lorenzo esperó hasta que el hombre le hizo un gesto con la mano. Entró y ocupó la misma silla en la que varias semanas atrás había recibido una estocada de muerte. El directivo siguió enfrascado en su trabajo hasta que, finalmente, se volvió hacia él. Su cara y su voz delataban impaciencia; también irritación.

—¿Me puedes explicar por qué coño llevas dos meses preguntando por mí cuando te dije que no quería volver a verte?

Bueno, las cosas no podían empezar mejor. Carlos Rozas le estaba planteando justamente la pregunta que llevaba 67 días esperando y cuya respuesta había preparado durante todo ese tiempo cuidadosamente. Le sudaban las palmas de las manos y se preguntó si sería capaz de emitir algún sonido inteligible. Tuvo ganas de salir corriendo, pero también de hacerse entender.

—Me fui con la idea de no volver. Pensé en buscar trabajo en otro sitio, pero me di cuenta de que este es el único periódico en el que quiero trabajar. —Hizo una mínima pausa. Se secó discretamente las palmas en el pantalón antes de seguir sometido a aquella mirada inquisidora—. Metí la pata, está claro. Me cegué ante la posibilidad de descubrir algo realmente importante e hice lo que me pareció más sencillo. Lo que pasa, Carlos, es que justamente esa metedura de pata es la que me ha hecho ver que quiero trabajar en un sitio como este, donde los principios son importantes, donde se cumplen escrupulosamente las reglas de la profesión. He tomado nota y no volverá a ocurrir; ni aquí ni en ningún sitio. Pero al mismo tiempo... —carraspeó un poco; a partir de ahora no quería resultar arrogante—... al mismo tiempo, yo creo que doy el perfil de periodista de *El Globo*. Me resisto a andar buscando trabajo en otro sitio; en otros medios en los que a lo mejor nadie te llama la atención por hacer algo incorrecto. Solo quiero trabajar aquí y no se me ha ocurrido otra forma de decírtelo que pidiéndote audiencia aun arriesgándome a que me echés a gorrazos.

El subdirector de *El Globo* no pareció conmovido. Durante el monólogo del aprendiz de periodista había agarrado un bolígrafo de la mesa y jugueteaba con él mientras mantenía el gesto árido y la mirada sesgada, inundada por la desconfianza. La voz, todavía, grave.

—Hay muchos periodistas por ahí a los que nunca se les hubiera ocurrido hacer la gilipollez que tú hiciste, ni siquiera cuando empezaban.

—Eso es verdad. Y sé que no tengo ninguna justificación, salvo que... Salvo que si hubiera seguido adelante a lo mejor habría tenido una interesante historia para publicar. Me arriesgué demasiado. En el futuro lo seguiré haciendo, pero respetando las reglas.

Carlos Rozas apoyó la espalda en el respaldo de su silla y echó la cabeza hacia

atrás mientras escrutaba con la mirada al joven que tenía delante. Durante unos segundos interminables clavó sus ojos, entrecerrados, en los de Lorenzo sin decir palabra. El rictus de su boca había perdido la tensión del principio, pero su mirada seguía siendo desconfiada. Lorenzo se sintió agradecido. Todavía no le había echado del despacho. Seguía allí, en el cuadrilátero, sin recibir un fulminante rechazazo. Uno-cero en el primer asalto.

—¿Y se puede saber cuál era esa historia tan sumamente interesante que perseguías?

Esta pregunta también la esperaba y tras reflexionar mucho sobre ella había llegado a la conclusión de que lo más adecuado era contar la verdad. Si conseguía su propósito, también lograría saldar su deuda con aquel periódico aportando información.

—Tiene que ver con el asesinato de Ana Ruiz-Benegas. Había encontrado algunas pistas interesantes y necesitaba saber qué había ocurrido con aquella auditoría de Faugosa que reclamó en su día la fiscalía.

Carlos Rozas adoptó un gesto teatral, casi cómico de sorpresa. En otras circunstancias, su interlocutor se habría sentido humillado, pero Lorenzo tenía suficiente munición para disipar su incredulidad y su recelo.

—Veo que te gusta la ciencia ficción —exclamó, divertido.

—La chica que se hizo pasar por fotógrafa del periódico es su sobrina.

Dos-cero. Ahora, además de seguir en pie, había logrado encajar un buen golpe a su adversario, a este subdirector vanidoso que tenía ahí delante intentando atar cabos con los cuatro datos que acababa de aportarle. Lorenzo creyó oportuno recrearse en el castigo.

—Teníamos pistas interesantes, como te decía, pero ya no quise saber nada más de todo aquello. Y ella tampoco. Nos pareció peligroso.

—Bien, bien, bien...

Carlos Rozas se había echado hacia atrás, pensativo. Luego se incorporó bruscamente, apoyó los codos sobre la mesa y acercó su cuerpo hacia él. Parecía divertido. De hecho, una sonrisa de niño travieso se dibujó en su rostro. No era la primera vez que Lorenzo veía aquel gesto en su exjefe, un hombre capaz de disfrutar de su profesión como si fuera un chaval.

—Tenemos un par de bajas en la sección de Local que nos están generando problemas. Estoy dispuesto a darte otra oportunidad, pero te voy a vigilar muy estrechamente. A la mínima, te vas a la calle y esta vez, sí, para siempre.

Lorenzo creyó oportuno seguir en silencio, aunque con la cabeza ligeramente inclinada en gesto de gratitud y sometimiento.

—No te estoy ofreciendo un contrato. Te estoy ofreciendo la posibilidad de que demuestres que, efectivamente, puedes trabajar aquí. Estarás a prueba tres meses y después decidiré. Espero no tener que arrepentirme de lo que estoy haciendo.

—No tendrás que hacerlo. Te lo juro.

El veterano periodista descolgó el teléfono y pidió que avisaran a Tomás, el redactor jefe de la sección. Lorenzo intentaba disimular su emoción. Agarró los brazos de la silla con fuerza e imaginó una toma de tierra en la que descargar la tensión. Y a partir de ahí todo fue un sueño inesperado. La llegada de Tomás, que le saludó atento, quizá sin sospechar nada de lo ocurrido, transformó el clima del despacho. El periodista recibió con alborozo la noticia de su incorporación. Habló de las penurias que atravesaba la información local por falta de efectivos y de las bondades de los periodistas jóvenes que, como Lorenzo, tenían tanto potencial. El recién contratado se despidió del subdirector con un apretón de manos y salió del despacho hablando amigablemente con Tomás. Juntos caminaron hasta su mesa de trabajo sin que Lorenzo pudiera liberarse de la sensación de irrealidad que se había apoderado de él. Habría sido incapaz de acertar la hora y el día que estaba viviendo. Se detuvieron ante un grupo de mesas. Tomás se llevó la mano a la mandíbula, dubitativo. Parecía analizar la configuración del conjunto.

—Déjame pensar... Creo que lo mejor es que ocupes esta mesa —dijo, señalando una de las que estaba en diagonal con respecto a la suya—. Todos esos papeles los puedes tirar. No te preocupes. Y voy a pedir a los de sistemas que te den clave para poder usar ya el ordenador. Supongo que la tuya de la web no te vale...

Lorenzo flotaba. Aquella mesa, aquel rincón, le parecieron el paraíso. Eran el paraíso. Le hubiera gustado llorar, liberar la emoción que le estallaba en el pecho, pero no lo hizo. Se sentó y empezó a despejar su mesa para iniciar el trabajo.

Edison José Cuesta había cambiado ese día de perfume. Después de mucho cavilar, terminó por aceptar que ni su puesto ni la naturaleza de su oficio le permitían seguir utilizando una colonia barata. El empujón definitivo se lo dio su propio jefe una semana atrás, cuando a pesar del frío abrió las ventanillas traseras del coche y le preguntó por enésima vez por qué no cambiaba el ambientador, que no acababa de agradarle. El hombre creyó llegado el momento de rendirse a la evidencia. Su perfume barato encolerizaba al hombre del que dependía su presente, su futuro y el de una amplia familia a ambos lados del Atlántico. Ahora estaba allí, a las nueve y media de la noche, ligeramente apoyado sobre el capó del coche, disfrutando de la nueva fragancia que desprendía su cuerpo, atento a la llegada de su admirado Faustino Gómez.

El hombre reapareció en la puerta del portal a las nueve cuarenta y cinco. La puntualidad acompañaba todos los movimientos de su jefe como si fuera un reloj de precisión y eso era digno del mayor aprecio por parte de Edison José Cuesta, que ya le esperaba con la puerta posterior del coche abierta para que aquel hombre ocupara cómodamente su asiento y pudiera estar en casa a la hora de todos los jueves. Últimamente andaba más circunspecto que de costumbre. Pero ni siquiera Conchita, su secretaria de mayor confianza, pudo darle razones. Le dijo que no era la crisis, que justamente con ella don Faustino andaba más solicitado que nunca y que no había detectado problemas graves en sus negocios; al contrario. Pero, en efecto, sí, todos le veían más irritable y adusto que nunca. Todos los empleados de su entorno hablaban del asunto. Sabían que los cambios de humor del jefe máximo podían tener graves consecuencias en sus propias vidas, de modo que el asunto captaba todo su interés.

Edison José le observó subrepticamente desde el retrovisor aprovechando un semáforo en rojo. Ni siquiera hoy, jueves, vio sus destellos habituales de hombre satisfecho. Él era un conductor experto y cuidadoso. Jamás había sufrido un incidente, ni siquiera un pequeño alcance de los que alguna vez se es víctima en la gran ciudad. Era discreto. Y había cambiado de perfume. Cruzaba mentalmente los dedos por no ser él la causa de sus preocupaciones. Faustino Gómez era un hombre leal con los suyos, pero también impredecible y, sobre todo, implacable. Demasiado poderoso como para estar en su punto de mira.

El gran jefe no le dirigió la palabra ni una sola vez. No le miró tampoco ni una

milésima de segundo. El conductor paró suavemente el automóvil frente a la puerta principal de la magnífica mansión y corrió a abrirle la puerta. Luego vio su espalda encorvada sobre aquellas cortas piernas que la sostenían alejándose hacia el interior de aquel espléndido hogar en el que jamás había tenido la oportunidad de adentrarse. Ahí estaba su frontera, su límite. En ese punto exacto en el que ahora estaba cerrando la puerta posterior para volver al volante.

La menuda mujer que solía servirle la cena le abrió la puerta y Faustino Gómez comprendió en su mirada que algo extraordinario había sucedido. La empleada, sin embargo, no se atrevió a hablarle. Se escabulló inmediatamente camino de la cocina. El hombre dejó su gabardina en el perchero de la entrada y anduvo hacia las escaleras invadido por el peor presentimiento. Había un silencio poco habitual y demasiadas luces apagadas. Comenzó a subir los peldaños y a medida que ascendía se incrementaba su desazón. También arriba todo parecía inerte. Fue encendiendo luces. Primero entró en la habitación de Marta, la mayor. Era un amplio dormitorio lleno de muñecas y juguetes que hoy yacían perfectamente ordenados y abandonados. La cama estaba hecha, los armarios cerrados. Olía a detergente y sábanas limpias.

Luego entró en el dormitorio de Borja, donde el panorama era similar. No quiso abrir los armarios, en el deseo de aplazar la mala noticia, de darse aún un pequeño respiro. Quizá todo era un malentendido. Apagó la luz y entró en su propio dormitorio. De nuevo, las luces apagadas, el orden propio de una habitación recién aseada, impersonal, carente de vida. Entró en el cuarto de baño de Miriam. En un par de ocasiones la había sorprendido allí dentro, con los dos niños metidos en la bañera haciendo pompas de jabón. Pero de nuevo solo le recibió el intenso olor de la lejía perfumada. Volvió a la habitación y, por fin, a paso lento, se acercó al vestidor y abrió una de las puertas del armario de Miriam. No fue una sorpresa verlo medio vacío. Había todavía muchas prendas de ella, pero era evidente que había cargado con la mayor parte de su vestuario. Notó algo parecido a la flaccidez en sendas rodillas. Temió que le fallaran.

Cerró la puerta del armario y anduvo hasta la inmensa cama que llevaba años acunando sus sueños. Se sentó en el borde de la misma y se preguntó qué estaba pasando. Los primeros síntomas los notó unas cuantas semanas atrás, no podría precisar cuándo. Tampoco habría podido explicar qué es lo que había cambiado en su relación. Simplemente, Miriam ya no estaba con él, aunque la tuviera a pocos centímetros de su cuerpo. Lo miraba distinto, le tocaba de otra manera, si es que le tocaba. Quizá lo más chocante de todo era la facilidad con la que, durante los últimos días, se había escabullido de la estrecha vigilancia a la que la había sometido. Sospechó que el origen de su actitud quizás estuviera en la existencia de otro hombre, de modo que redobló los habituales controles que había establecido para ella. En principio, los resultados obtenidos le tranquilizaron enormemente. El servicio de Gps establecido en el móvil de ella y controlado por él no detectaron movimientos sospechosos, más bien al contrario. Miriam apenas salía de casa y menos aún por las

tardés o las noches. Todos sus movimientos eran los propios de una esposa y una madre ejemplar: el colegio, el gimnasio, un centro comercial...

Tampoco detectó nada sospechoso en sus comunicaciones telefónicas. Ni una sola conversación fuera de su monotonía habitual. No tenía por costumbre establecer demasiadas comunicaciones a través del ordenador, pero aun así también sus potenciales conversaciones informáticas fueron interceptadas sin resultado alguno.

El hombre que habitualmente se encargaba de vigilarla y que ahora estaba contratado a tiempo completo le aseguró no haber hallado nada en Miriam Díaz del Campo digno de mención. Pero, si no había otro hombre en su vida, entonces, ¿qué es lo que estaba pasando en su casa? ¿Por qué su mujer y sus hijos no estaban hoy en su hogar? Reflexionó. Vio a su detective allí plantado, frente a la mesa de su despacho, dándole explicaciones y recordó aquella frase a la que en aquel momento no dio importancia alguna.

—La verdad, señor Gómez, es que últimamente su mujer lleva una vida demasiado ordenada, demasiado aburrida y metódica. Nunca había sido así, que yo recuerde.

Durante ese mismo día la había llamado al móvil no menos de cinco veces. No recibió respuesta a ninguna de las llamadas. Tras unos segundos de espera, saltó el contestador automático, momento en el que él cortó la conexión. Jamás había dejado un mensaje grabado en un aparato y menos aún en el de su mujer. No quiso llamar a casa. Eso le hubiera delatado ante el servicio, una eventualidad que no contemplaba. Además, el GPS le indicaba que ella estaba en casa, de modo que ellos eran más que conscientes de que su mujer se estaba negando a contestar a sus llamadas. Prefirió esperar a la noche.

Sacó el móvil de su chaqueta y marcó de nuevo su número. Al cabo de un instante, el móvil de Miriam empezó a sonar junto a él en el cajón de su mesilla de noche. Colgó. Abrió el compartimento y observó el aparato. Tenía diez llamadas perdidas; seis de ellas del propio Faustino. Las otras cuatro eran de su madre, del gimnasio y de dos números fijos que no conocía. La primera llamada perdida se había registrado a las doce de la mañana. Así que para esa hora su familia ya había abandonado aquella espléndida mansión o, al menos, aquel maldito teléfono ya reposaba en el cajón, sordo a las llamadas. Tiró el móvil contra la pared. No se rompió. En su lugar, dejó un pico de pintura en el muro. «Una vida demasiado metódica», había dicho aquel gilipollas que se autodenominaba detective y que no era más que un guarda jurado en paro. Su mujer nunca había sido metódica. Tampoco es que fuera desordenada, pero en ocasiones había pensado si a pesar de su edad seguía siendo una niña; una niña mimada y algo caprichosa. Pero últimamente ni siquiera se había abandonado una sola vez a sus ataques de compras compulsivas.

Se puso en pie y, guiado por una repentina iluminación, anduvo de forma mecánica hasta el saloncito del primer piso en el que a veces se reclinaban para ver la televisión o jugar con los niños fuera del alcance del personal de servicio. Por

supuesto, las luces estaban apagadas y todos los muebles limpios y en perfecto estado de revista. De una de las paredes colgaba una valiosa litografía de Miró y, a su lado, un amplio y magnífico paisaje de su Asturias natal adquirido tiempo atrás en una subasta. No era muy valioso, pero a él le había cautivado la luz triste e intensa a la vez de los prados de su infancia.

Descolgó el cuadro, lo dejó cuidadosamente en el suelo y sacó una llave del bolsillo. La introdujo en la cerradura y, antes de girar esta hacia la derecha, dio las pertinentes vueltas a la rueda que escondía la combinación secreta que un día él mismo estableció. Solo dos días antes había hecho esta misma operación para guardar los 500 000 euros que ese mismo día había recibido en billetes de 500. Tenía por costumbre aprovechar tales ocasiones para hacer su particular y secreto balance. Contaba todo el dinero y se cercioraba de que todos los documentos estaban en orden. Como siempre, no hubo sorpresa alguna. Jamás le había faltado un solo billete. Jamás nadie, salvo él, había tocado uno solo de los documentos. Contó los billetes. Los 500 000 euros se sumaron a los 350 000 que aún guardaba en ese momento.

Abrió la caja y esta vez todo fue distinto. Todos los documentos estaban allí, como de costumbre y, también como siempre, no parecían haber sido tocados por mano ajena, pero el dinero no estaba. Los fajos de billetes habían desaparecido. En su lugar alguien había dejado un DVD con una nota manuscrita. Reconoció inmediatamente la letra de su mujer y de su garganta salió un grito ahogado. Lo leyó:

«Hola, Tino, como ya habrás podido comprobar, no estoy en casa. Y sospecho que no me vas a volver a ver en ella. Tus hijos estarán bien porque están conmigo. Hoy es jueves. Supongo que llegas a casa tranquilo y fatigado, como todos los jueves. He querido que este fuera un poco distinto. Por cierto, me gustaría que echaras un vistazo a esta bonita película que te dejo de regalo. Has salido muy favorecido. Tendrás noticias mías.»

La camisa se le estaba pegando al cuerpo. Notó el sudor en su frente, en sus manos y sus axilas. Se preguntó de nuevo qué estaba pasando en su vida. Aquella zorra ni siquiera le dedicaba una línea al dinero que obviamente le acababa de robar. Un dinero que nunca podría reclamarle, ¡jodida puta! Antes de coger el DVD examinó la estancia. Era pequeña y acogedora. Habían pasado buenos y felices momentos en aquella pequeña salita que al principio les había servido incluso para hacer el amor desafortunadamente fuera del convencional lecho conyugal. Examinó la pared contraria a la que contenía su preciada caja fuerte y se dio cuenta inmediatamente. Sobre unos cuantos libros de bolsillo situados en una pequeña balda esquinera vio un minúsculo aparato. Se acercó con la camisa ya definitivamente encharcada por su sudoración.

Era un pequeño dispositivo, una especie de objetivo de cuya parte posterior salía un cable diminuto. Lo arrancó con fuerza, pero detrás del cable no había nada. Se quedó con el objetivo en la mano y la certeza de estar perdiendo la calma. Su mujer ni siquiera se había molestado en esconder el aparato. El lugar era perfecto para

filmar la apertura de la caja fuerte sin que el cuerpo del que lo hacía se interpusiese. El tiro de cámara, de izquierda a derecha, para una persona diestra como él, era el ideal para visualizar sin problemas la combinación.

Volvió hacia el receptáculo de sus tesoros y cogió el DVD. Dudó por un momento. Empezó a sospechar sobre su contenido. ¿También se había enterado de sus movimientos de los jueves? Empezaba a estar seguro de ello. Cerró la puerta cerciorándose de que nadie vigilara sus pasos e introdujo el disco en el reproductor. Los minutos siguientes fueron una pesadilla, pero no por las imágenes que contenía, sino por la imposibilidad de poner en marcha un aparato que nunca había entendido. Se quitó la chaqueta, se secó de nuevo el sudor y, finalmente, tras maldecir una y mil veces las nuevas tecnologías logró visualizar su contenido. Lo primero que se preguntó a sí mismo es si Angelina se habría prestado a aquel chantaje. Inmediatamente se respondió para sí que aquella filmación habría sido imposible sin su consentimiento. Aquella puta también recibiría su merecido, pero ahora tenía otras cosas más importantes en que pensar, aunque no acertaba del todo a comprender cuáles eran exactamente.

La única evidencia que manejaba en ese momento era la de que abandonar a Faustino Gómez era una afrenta inédita que debía conllevar graves consecuencias. Si la razón hubiera sido el despecho por una simple infidelidad conyugal, todo habría tenido arreglo. Pero Miriam le había robado y, además, había burlado durante semanas sus controles. Nunca se arrepentiría lo bastante de haber cometido tantas imprudencias.

Quiso sonreír como había hecho otras veces, saboreando su venganza, pero esta vez no pudo hacerlo. En su lugar, asestó una tremenda patada a la pantalla de aquel televisor que exhibía sus amorcilladas vergüenzas y quedó rota como si hubiera recibido el impacto de una bala. La pantalla se oscureció, invadida por un líquido negro, y la triste imagen de sus carnes desapareció tras él.

El sudor empezaba a remitir. Se secó de nuevo la frente y volvió a su caja abierta. Si su mujer se había llevado el dinero, también se habría hecho con sus documentos, más importantes todavía que los fajos de billetes. Notó un repentino mareo, pero siguió adelante. Sacó todos sus papeles y, entonces, comprendió hasta qué punto Miriam se había empleado en sus vengativas maquinaciones. Todos sus papeles habían sido sustituidos por otros de similares características pero carentes de valor. Algunos de ellos habían sido sustituidos por fotocopias de los originales; otros, por papeles de parecida textura que no contenían absolutamente nada. Algunos de los sobres estaban vacíos.

Solo entonces sintió la tenaza del miedo. Más allá del valor del dinero, aquellos documentos contenían demasiados asuntos que comprometían su honradez y su riqueza. Aquello no era un simple abandono conyugal. Podía ser el fin de su carrera. Recordó a empresarios y banqueros que una vez fueron el centro de la atención mediática y terminaron comiendo bocadillos en la cárcel. Él estaba seguro. Se sentía

seguro, así que solo una vez caviló sobre todos esos personajes caídos en desgracia y se dijo convencido de que se quitaría la vida antes de caer tan bajo. Aunque tampoco fue una reflexión profunda. Él nunca pasaría por un trance así. Llevaba cuarenta años en los negocios y siempre había sido un hombre sabiamente precavido. Hasta ahora.

Pensó que debía pensar. Pensó que estaba agotado y que necesitaba recuperar la calma para empezar a tomar las medidas adecuadas a una situación que se escapaba a su control. Volvió a su dormitorio, se quitó la ropa y se dio una ducha que no logró liberar su cabeza del embotamiento al que estaba sometida. Eran ya las once y media de la noche, pero decidió cenar algo antes de irse a la cama. Aunque estaba seguro de que no podría conciliar el sueño; que sería una pérdida de tiempo intentarlo. Llamó al servicio y la mujer corrió a disponer las viandas en el comedor, donde ya había colocado los platos y los vasos. La mujer iba y venía, azorada, consciente de la grave situación desencadenada en esa casa. Faustino se sirvió una copa de vino y la apuró casi sin respirar. Tenía sed y seguía sin poder pensar con claridad. Cuando la mujer le sirvió el segundo plato ya había consumido prácticamente toda la botella de rioja. Cuando le preguntó si tomaría algo de postre, Faustino Gómez, con la lengua hinchada, silabeó un «no, gracias» algo abrupto y ella le volvió a preguntar si prefería una infusión. Fue entonces cuando él la miró fijamente a los ojos y, arrastrando las sílabas, le espetó.

—¿A qué hora se fue la señora de casa?

La mujer juntó sus manos, jugueteó nerviosamente con su delantal y respondió.

—A las once de la mañana más o menos, señor.

—¿Dijo adonde iba y a qué hora regresaría?

—No, señor. Solo dijo que no la esperaríamos ni a ella ni a los niños y que arregláramos bien la casa. Que probablemente no vendrían a dormir.

—¿Dijo algo más?

La mujer dudó. Había inquietud en su mirada, que procuraba mantener fuera del alcance de la de él.

—Eh, bueno, sí. Dijo que si usted llamaba no le dijéramos nada, que prefería hablarlo directamente con el señor.

—Bien. Retírese. No tomaré infusión.

La mujer desapareció de su vista intentando evitar siquiera el ruido de sus pasos. Faustino, incapaz de recobrar su entereza, quedó allí sentado maldiciendo a Miriam. Luego se levantó tirando al suelo la silla y subió penosamente la escalera pensando que a nadie podía recurrir en esas circunstancias sin delatarse como el perdedor que ahora era, como el hombre hundido que subía al dormitorio con la certeza de que la noche sería larga. Sin embargo, una vez allí, se tiró sobre la cama, vestido aún como estaba, y cayó en un profundo sueño del que se despertó a las tres de la mañana con la boca babeante y un insoportable dolor de cabeza.

De los dormitorios salieron gritos entrelazados de disputas juveniles. Sus tres hijos reñían acaloradamente por un gorro desaparecido y un jersey estropeado y él suspiró con feliz nostalgia en el salón, resuelto a no intervenir. En cualquier momento pasado de su vida se hubiera acercado a poner orden, enfadado. Ese día, aquel enfrentamiento adolescente era una bendición y aguzó el oído, dispuesto a saborearlo. Hubo un portazo, luego otro. Finalmente, risas y poco después una charla animada. Any, Miguel y Lucas parecían ahora entretenidos en algo. Quizás un nuevo juego de ordenador, quizás una confidencia. Los tres aparecieron en el salón, rescataron a su padre de su solitario solaz y los cuatro invadieron la cocina dispuestos a dar cuenta de la cena.

—¡Ensaladilla rusa! ¡Me encanta!

Ketchup sobre la mesa. Vasos de Coca-Cola. Charlas intrascendentes. Juan se fue introduciendo poco a poco en las conversaciones banales de sus hijos mientras intercambiaban la sal y el aceite. Se sirvió un vaso de vino y se dejó llevar por aquel trasiego doméstico que últimamente escaseaba en su casa.

—¿No esperamos a mamá? —preguntó Any.

—No, no, que yo tengo mucha hambre —contestó Lucas sirviéndose un poco de ensaladilla.

Todos parecieron de acuerdo.

—Tu madre tiene últimamente mucho trabajo y suele llegar muy tarde —le dijo Juan con falsa naturalidad.

Cenaron y, mientras Lucas se escapaba hábilmente, los demás recogieron los platos y limpiaron la cocina. Any consultó la hora.

—Pues es que yo me voy a ir ya, que mañana madrugo.

—¡Qué pringada! —le espetó Miguel con una sonrisa maliciosa.

Any miró a su padre. Le encontraba diferente. Quizás ella le miraba distinto. Ahora que ya no había esa estrecha convivencia de antaño veía a los suyos de otro modo; más ajenos, pero también con mayor curiosidad. Le observó recogiendo platos y lavando vasos y le invadió una dulce ternura. Se acercó. Le besó en el cuello y él le puso la mano en la cintura por un instante. Luego la apartó para seguir recogiendo, como si la media distancia le resultara más cómoda para seguir charlando y bromeando.

—Seguro que Lorenzo no colabora tanto como yo.

—¡Vas a comparar, padre!

—Pues yo no pienso mover un dedo en mi casa —interrumpió Miguel—. A mí la tía con la que viva me tendrá que poner la cena y lavar los platos. Para eso estáis, ¿no?

Any le sacudió con un trapo de la cocina. Luego llegaron las despedidas y el silencio empezó a enseñorearse de aquella casa. Juan se quedó en la cocina revisando unos documentos y Miguel se sentó delante del televisor para ver un extraño programa en el que unos hábiles personajes se dedicaban a tunear un viejo automóvil hasta dejarlo nuevo, original y reluciente.

Eran las once pasadas cuando Rosa apareció. Dejó su gabardina y su bolso en la entrada y se encaminó directamente a la cocina, donde Juan continuaba estudiando sus papeles. Por el camino se sacudió los zapatos en un gesto que le era ya habitual. Juan apartó los documentos y se puso de pie. Le prepararía la cena. Se rozaron las mejillas a modo de beso y ella sacó una copa y se sirvió un poco de vino mientras él rescataba las sobras.

—Any se acaba de marchar —le anunció—. Ha venido a recoger unas cuantas cosas que necesitaba. No ha podido esperarte. Ya sabes que madruga mucho.

—¡Qué pena! —contestó Rosa.

Miguel se asomó a la cocina. Se iba a dormir. Les tiró un par de besos desde la puerta.

—¡Eh, eh! A mí vas a darme un beso de verdad —protestó su madre.

Miguel no hizo caso. Sonrió y desapareció camino de su dormitorio. Juan se encogió de hombros, pero también sonreía. La cena familiar había colmado por ese día todos los afectos necesarios de su espíritu hogareño.

—Es una pena que no hayas llegado antes. Hemos cenado todos juntos —comentó el hombre siguiendo el guión de sus pensamientos.

Rosa miró a Juan detenidamente. Aquel comentario la mortificaba, pero no podía enfadarse con él. Le habría gustado haber visto a Any, pero el caso de Faustino Gómez le quitaba todo el tiempo del que disponía. Su trabajo nunca le había entusiasmado y, sin embargo, ahora disfrutaba con cada paso que daba, con cada detalle de la estrategia diseñada por ella misma; una autoría que le fascinaba. Aunque también había un factor sorpresa que le había traído suerte. Aquella Miriam Díaz del Campo era mucho más fría, inteligente y resuelta de lo que ella sospechaba y eso estaba siendo crucial también para que las cosas salieran adelante adecuadamente.

Juan le resumió la cena y la trifulca entre hermanos; «como las de antes», señaló. Recordaron algunas escenas del pasado y hablaron de Any. Juan dijo que no la veía tan contenta como al principio, aunque no habían hablado de nada en particular. Tomó asiento frente a ella.

—¿Quieres que te prepare una infusión?

—No. Déjalo. Vámonos a la cama.

Ella se puso en pie y terminó de recoger las cosas mecánicamente. Encendió el lavaplatos. Después, ambos empezaron a dejar los desayunos preparados. Luego ella dijo que tenía sueño y él se fue al salón a terminar de revisar sus papeles. Oyó sus movimientos entrando y saliendo del cuarto de baño y no logró abrir uno solo de sus documentos. Se preguntó en qué momento Rosa había dejado de ser como era. En qué momento sus ojos empezaron a mirarle de otro modo. Cuándo y por qué había comenzado a entregarse a su trabajo y a permanecer casi ausente de todo lo demás. Recordó a su cuñada. Aquella mujer nunca le gustó del todo; era verdad que Ana le había distinguido desde el principio con su afecto y que fue la primera en advertir que él sería la mejor pareja de Rosa, pero, al margen de eso, era una persona que solo iba a la suya. Nunca sintió que se interesara verdaderamente por él, salvo en lo relativo a su papel de marido, y sospechaba que algo similar ocurría con sus propios hijos. En definitiva, aquella mujer nunca le interesó lo suficiente y ahora... Ahora tenía que admitir que desde su muerte Rosa había cambiado y que le recordaba a ella de manera creciente.

Se quedó perplejo ante su propia conclusión. Perplejo y asustado. Apartó los papeles, apagó las luces y casi corrió al dormitorio. Necesitaba desechar aquellas ideas de su cabeza. Era injusto juzgar a su mujer por un comportamiento resultado, a todas luces, del choque emocional por la muerte de su única hermana. El problema era, sencillamente, un error de cálculo por su parte. Nunca sospechó que la ausencia de su hermana le hubiera afectado tanto.

Cuando se introdujo entre las sábanas, ella aún estaba despierta. La abrazó y ella fue receptiva a su abrazo. Rosa nunca había sido tan fría, ambiciosa y cerebral como su hermana, pensó al tiempo que le invadía la ternura y el deseo. Le susurró al oído.

—Te quiero.

Un sentimiento de felicidad y plenitud recorrió el cuerpo de ella. En aquel «te quiero» se resumía toda la fuerza alrededor de la cual gravitaba su vida. Era una fuerza sólida, pétrea, tallada laboriosamente a cincel durante años. Una fuerza a su medida que le permitía conciliar el sueño por las noches y desplegar por el día una energía más diversificada que nunca.

Entrelazó sus manos en las de él y se quedó dormida.

Con setenta y dos años bien cumplidos, César Mauricio Rincón era de esos hombres de movimientos exageradamente joviales, poco acordes con su edad. Aquel maduro Peter Pan hacía media hora de natación cada día antes de ir al despacho y exhibía una forma física envidiable, aunque la pierna izquierda le fallaba ya con demasiada frecuencia. Pero César Mauricio Rincón no era consciente de todo ello. Al contrario. Caminaba envarado, vestía camisas de llamativos colores a menudo entre atrevidas y pasadas de moda y se sentía deseado cada vez que una mujer le dedicaba una mirada cordial aunque la dueña de la misma fuera más joven que sus propias hijas.

Rincón era el propietario de un afamado bufete de Madrid especializado en derecho mercantil y administrativo, aunque en realidad, con el paso del tiempo y la contratación de un auténtico ejército de abogados, casi ningún asunto le era ajeno. Era el propietario y el alma del despacho. Formaba parte del equipo directivo del Colegio de Abogados de Madrid, escribía artículos en periódicos y algunas revistas especializadas, atendía a la prensa para dar su opinión en los temas más diversos publicitando la marca y, sobre todo, era el principal interlocutor de las compañías más señeras, con las que mantenía contratos de asesoramiento.

Faustino Gómez no solo era uno de sus mejores clientes; quizás el mejor. También era su amigo. Por eso, cuando le llamó en pleno ataque de histeria reclamando su ayuda para negociar el divorcio que Miriam le exigía, César Mauricio Rincón consideró que debería encargarse personalmente del asunto.

—¡Me ha robado todos mis papeles! ¿Te das cuenta? ¡Me puede arruinar! —gritó Faustino fuera de sí mientras al otro lado de la línea César Mauricio calmaba su ansiedad asegurando que intentaría un acuerdo que, sobre todo, no manchara su nombre.

—Pero hazme caso, Faustino, en estos casos conviene ser generoso para evitar males mayores —le llegó a decir también para salvar él mismo su propia fama.

—¡Ni hablar! Esa zorra no se puede salir con la suya.

César Mauricio estaba acostumbrado a tales bravuconadas. En su larga carrera había soportado muchas como aquella. El nivel de exigencia de un cliente en la primera entrevista con un abogado es en ocasiones estratosférico. La primera vez que alguien le pidió lo imposible se quedó petrificado. Ante él tenía a un acaudalado

constructor, un cliente importante, que le espetó: «Quiero que este año me hagas la declaración de la renta, pero no estoy dispuesto a pagar más de veinte mil pesetas». Vio en su cara tal determinación que apenas se atrevió a discutirle lo obvio. Una declaración correcta le habría salido a pagar como mínimo cincuenta veces esa cantidad. Solo se atrevió a decirle que corría un riesgo cierto ante Hacienda y que intentaría limar las cantidades a pagar todo lo posible. En aquellos primeros años de democracia las trampas aún eran difíciles de detectar y tuvo la fortuna de conseguir que uno de sus abogados hiciera un trabajo asombroso. Su cliente pagó aquel año 32 000 pesetas y a partir de entonces no escatimó un duro al despacho. Porque defraudar a Hacienda no era entonces una cuestión de dinero, sino de principios para unos empresarios poco acostumbrados a cumplir con el fisco, lo que consideraban poco más o menos que dejarse robar la cartera.

El caso de Faustino Gómez era difícil, pero César Mauricio, profesional veterano, diseñó inmediatamente una estrategia que muchas veces le había dado resultado. Primero había que ganar la batalla psicológica. Los tecnicismos vendrían después.

Cuando la secretaria le anunció que la abogada Azucena Flores acababa de llegar, le dijo que la guiara hasta la sala de reuniones y que le ofreciera un café. Él siguió leyendo el periódico hasta que, diez minutos más tarde, consideró pasado el tiempo prudencial de espera. Llamó entonces a uno de sus abogados de familia y le preguntó si estaba listo para la visita. Después, anduvo calmamente hasta la sala de juntas, a cuya puerta ya le estaba esperando su colaborador, un abogado pulcro y aseado que le recibió con gesto reverente.

Ambos entraron en la sala de reuniones, donde les esperaba, aún de pie, una mujer extremadamente menuda. Vestía una blusa sedosa de color rosa que dejaba entrever unas tetas de gran tamaño y una falda ceñida de las que evidencian las carnes tendentes al desbordamiento. César Mauricio no habría sabido calcularle la edad. Entre treinta y cinco y cuarenta y cinco, pensó. No era guapa y, sin embargo, le pareció extremadamente atractiva. Ella, en cuanto vio a los dos hombres, se volvió hacia ellos con una abierta sonrisa.

—Estaba admirando las pinturas que tienen ustedes en esta sala. Son magníficas.

Se estrecharon las manos. César Mauricio Rincón la invitó a sentarse y le preguntó amablemente si no quería tomar más que agua. Él por su parte se acercó a la puerta y le pidió a la recepcionista que les sirviera unos cafés y más agua mineral. Después los dos hombres se sentaron enfrente de la abogada, en la parte central de la mesa rectangular que ocupaba la estancia. La mujer ya había depositado sobre la misma una voluminosa carpeta. Su abogado de familia acarreaba una más delgada. Rincón tenía las manos libres. Confiaba en su instinto y, en cuanto los tres estuvieron sentados, creyó oportuno iniciar la reunión.

—Estimada colega, bienvenida a este modesto bufete. No teníamos el gusto de conocernos, pero tengo la impresión de que nos vamos a poder entender bien. Nosotros tenemos la mejor predisposición para llegar a ese acuerdo amistoso que

usted nos propone.

La mujer había dejado de sonreír y ello le pareció a Rincón un buen augurio. Además de haberse prestado a trasladarse hasta aquel elegante despacho, había llegado sola y, seguramente, se sentiría cohibida ante un veterano como él. Eran detalles que formaban parte de su táctica. El hombre se recostó levemente en su asiento y esbozó una nueva sonrisa observando cómo su oponente empezaba a mover papeles ante sí.

—Bien, señorita Flores, soy todo oídos. Nos gustaría escuchar sus condiciones...

La mujer apoyó los codos sobre sus documentos y apenas alzó la mirada hacia él para responderle.

—Si usted me trata de señorita me verá obligada a tratarle a usted de la misma manera, lo que, supongo, no le gustará demasiado. Lo de «señorito» queda un poco ridículo, también.

Rincón dio un ligero respingo sobre su asiento. ¿Cómo había podido ser tan descuidado? Hacía años que no utilizaba la palabra «señorita». Se había traicionado a sí mismo y, aturullado, intentó rebajar la tensión.

—Siento haberla ofendido. En mis tiempos se consideraba un gesto de galantería...

Nueva traición. Ahora estaba asumiendo su avanzada edad. Debía poner coto a su propia desenvoltura y centrarse en la situación. Quizá se estaba olvidando demasiado deprisa del ejercicio de la profesión. La abogada Flores retiró sus brazos de los papeles, eligió uno de entre ellos, lo puso delante a modo de guión y empezó a hablar de nuevo tras un silencio demasiado largo a ojos del atribulado Rincón.

—Mi representada quiere quedarse con la custodia de sus hijos, si bien está abierta a un régimen generoso de visitas. Don Faustino Gómez podrá disfrutar de sus hijos un fin de semana sí y otro no y pasar quince días de vacaciones con ellos en verano, así como una semana en Semana Santa y el Fin de Año. Los detalles los podemos ajustar posteriormente en base a esta propuesta general. —César Mauricio Rincón asintió con la cabeza y la abogada prosiguió—. Mi representada considera que la pensión alimenticia de sus hijos, para que estos puedan mantener el nivel de vida y educación de que disfrutaban hasta ahora debería establecerse en torno a los diez mil euros mensuales. Mi representada se quedaría con la propiedad de la residencia habitual de la familia, donde pretende convivir con sus hijos, y con la mansión de la familia en Menorca. —El abogado Rincón empezó a negar con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa descreída—. Además de ello, mi representada exige convertirse en la propietaria y administradora única de la empresa Oasis y quiere una participación del veinticinco por ciento de las acciones de las compañías propiedad de la familia Real State Corporation y Áticos Reunidos y un diez por ciento de Rental Capital, Electrasa, HTP y Bormar S. A.

—Señora Flores —interrumpió el abogado Rincón—. No sé si está usted hablando en serio...

—Todavía no he terminado, señor Rincón. Le ruego que me permita exponer nuestras condiciones antes de empezar a negociar. De hecho, ya no queda gran cosa.

—Como quiera, pero no me parece demasiado útil negociar sobre una base tan disparatada.

La abogada Flores lo fulminó con la mirada por toda respuesta y siguió leyendo, como quien recita un guión previamente aprendido.

—Por último, mi representada exige una indemnización de doce millones de euros. —La abogada levantó la vista del papel—. Ahora sí he terminado. Ya ve que no quedaba demasiado.

El abogado de familia había empezado a tomar notas y aún seguía en la tarea. Rincón esperó a que terminara antes de empezar a hablar.

—Bien. Tomamos nota de todo, como ve, pero hay algo en todo esto que no encaja, señora Flores. Nuestro representado se casó con la señora Díaz del Campo en régimen de separación de bienes, lo que en la práctica la priva del derecho a reclamar la mitad de los bienes de la familia.

—No estamos reclamando la mitad del patrimonio del señor Gómez. Olvide ese contrato prematrimonial. Usted sabe tan bien como yo que hay base suficiente para todas y cada una de las condiciones que le acabo de exponer. Dadas las circunstancias, estoy convencida de que el acuerdo que proponemos es más que aceptable para su representado.

César Mauricio Rincón creyó llegado el momento de enseñar los dientes. Clavó sus ojos en los de aquella menuda mujer y sonrió exageradamente.

—Analizaremos cuidadosamente todas y cada una de esas condiciones, señora Flores, pero déjeme decirle una cosa. Mi representado es un empresario que ha generado muchos empleos y que también, justo es decirlo, ha amasado una fortuna gracias a su capacidad para los negocios. Conozco a Faustino Gómez desde hace muchos años y le aseguro que voy a dejarme la piel para evitar que una joven esposa que se ha aburrido de la convivencia con él trate de aprovechar la situación para sacarle los ojos. Su representada, señora mía, es un parásito social que lleva años viviendo de Faustino y que pretende seguir haciéndolo. No dudo de que usted sea una abogada cabal, razón por la cual le debo todo el respeto. Permítame que le confiese que no siento lo mismo por su representada y que discutiré todas y cada una de sus condiciones.

La abogada Flores no pareció muy impresionada. Se había acomodado un poco sobre su silla mientras su oponente hablaba y ahora tomaba la palabra con el mismo timbre de voz que antes. Era un tono carente de emoción.

—Hay algunas condiciones, señor Rincón, que no son negociables. Por ejemplo, la propiedad de Oasis. Los documentos que obran en mi poder...

—... documentos robados.

—... demuestran que la empresa es propiedad de la señora Miriam Díaz del Campo. Puedo entregarles copia del documento en este mismo momento. —El

abogado de familia alargó el brazo y cogió las fotocopias. Las examinó cuidadosamente—. En este caso, como bien podrán comprender, tiene mucho sentido el régimen de separación de bienes. Las escrituras de constitución de la empresa están a su nombre y constan en nuestro poder numerosos documentos firmados por ella como propietaria de dicha empresa.

—Para mi representado no será negociable, en todo caso, adjudicarle a la señora Díaz del Campo una participación tan importante en sus empresas. ¡Estamos hablando de negocios! Una cosa es que ustedes establezcan unas compensaciones económicas discutibles y otra muy distinta que esta señora pretenda convertirse ahora en empresaria. ¡Eso es innegociable!

—Señor Rincón, sabe usted tan bien como yo que nuestra oferta es generosa. Sabe usted perfectamente que estamos en posición de pedir aún más. Mi cliente estima que de esta manera ella y sus hijos podrán mantener su actual *status* y también que ella podrá emprender una nueva vida, dado que hasta ahora la había dedicado por completo a su familia y al señor Gómez.

—No me haga reír, de verdad. Seamos un poco más honestos. Ustedes quieren sacarle el dinero a mi cliente y no se lo reprocho. Comprendo que es una tentación fácil. Llamemos a las cosas por su nombre y dejémonos de circunloquios. Estudiaremos todas las condiciones, pero quiero que vaya haciéndose a la idea de que revisaremos a la baja todas y cada una de ellas.

—A mí me parece bien que nos dejemos de circunloquios, señor Rincón. E insisto en que nuestra oferta es aceptable. No estamos poniendo sobre la mesa ninguna de las otras diez empresas que figuran a nombre de Faustino Gómez. A decir verdad, nos hemos centrado solo en aquellas en las que mi clienta tiene un interés particular. No reclamamos participación en ninguna de las sociedades de inversión especulativa de Faustino Gómez. Tampoco reclamamos participación alguna en la estructura internacional de su cliente. Como usted probablemente sabe, el señor Gómez posee otro importante entramado de compañías participadas por entidades creadas en paraísos fiscales. Tampoco vamos a reclamar ninguno de los innumerables inmuebles que su cliente posee en Miami, ni los dos magníficos edificios que consiguió en Buenos Aires aprovechando la época del corralito, cuando el país cayó en la bancarrota. Tampoco ha mostrado mi cliente ningún interés por sus inversiones en Panamá, aunque sobre este país tenemos documentadas más comisiones que inversiones. En definitiva, señor Rincón, que si examina detenidamente y con perspectiva nuestras condiciones llegará a la conclusión de que el mejor consejo que puede darle a su cliente es que no se comporte como el típico marido rácano ante la mujer que le abandona.

—Juega usted con fuego, señora.

—No por mucho tiempo. Mi clienta quiere firmar el acuerdo antes de una semana.

—En ese caso, debemos darnos prisa.

El abogado Rincón se levantó como un resorte de su silla. Estaba irritado. No era la primera vez que uno de sus clientes le ocultaba información. El entramado financiero de Faustino Gómez excedía con mucho lo que él imaginaba y aquella abogada jugaba, definitivamente, con ventaja. Habiendo mujeres por medio, todo era posible, Rincón lo sabía bien. Y le molestaba sobremanera comprobar las imprudencias que era capaz de cometer un inteligente hombre de negocios como Faustino Gómez. Sentía ahora tanta indignación contra él que, en el fondo, se alegraría de perder esta partida. Lo más justo era que Faustino pagara y se tragase su orgullo. Lo único que lamentaba era dejar en entredicho el buen nombre de su bufete. Se vería obligado a incrementar su minuta por ello.

Azucena Flores recogió sus papeles y los introdujo en su portafolios. Luego rodeó la mesa y miró de frente a Rincón.

—Tengo una última condición.

Rincón se metió las manos en los bolsillos del pantalón, adoptando una pose despreocupada y algo paternalista.

—Dígame.

—La próxima reunión será en mi despacho. Es lo justo. Aquí tiene mi tarjeta.

La mujercita estaba allí parada, tendiéndole la tarjeta, y él se sintió repentinamente cansado. Esta última condición era la más molesta de todas. Leyó la dirección del despacho de la abogada en la tarjeta que acababa de coger sin poner demasiada atención.

—Me parece bien. Estaré encantado de ir a su bufete la próxima vez. Espero que tengan buen café. Como habrá visto, el servicio de cafetería en mi bufete es más que deficiente.

—Yo misma se lo prepararé. No se preocupe.

Rosa cruzó la calle. Tenía hambre. Comería algo ligero antes de volver al despacho. Ahora que no solía ir a casa a la hora del almuerzo le gustaba hacer un alto en el camino en aquel pequeño establecimiento en el que solo despachaban bocadillos calientes y ensaladas. Todos los envases eran de plástico. Los cubiertos, también. El sistema era algo más incómodo para los clientes, pero a Rosa le resultaba también más aséptico. A veces, en los restaurantes tradicionales, se preguntaba con aprensión en cuántas bocas se habría introducido esa misma cuchara que ella metía ahora en la suya. Hay manías que se agravan con la edad.

—¡Rosa! ¡Qué sorpresa!

De frente a ella, parado en medio de la amplia acera, estaba Federico Almansa. Cuellos apuntando hacia el cielo. Cada pelo en su sitio, bien domado y ordenado por la gomina. Rostro ligeramente bronceado. Su presencia le pareció súbitamente un regalo.

—¿Vives por aquí?

—No, es que mi bufete está justamente ahí enfrente.

Almansa echó un rápido vistazo al otro lado de la acera seguido de un gesto de asentimiento.

—No es mal barrio este para un bufete de abogados.

—¿Y tú? ¿Qué haces por aquí?

—Vengo de una reunión aquí al lado y estaba decidido a dar un paseo. Hace un día agradable.

Rosa no habría imaginado a aquel ejecutivo dando un solitario paseo por las calles de Madrid, lo cual, bien mirado, era una tontería. La gente como Almansa debe de hacer, en definitiva, las mismas cosas que hacen el resto de los mortales. También con su hermana se había escapado ella un par de veces de compras a media mañana. Solo un par de veces, ciertamente, pero lo hicieron.

Charlaron durante un rato y hasta estuvieron a punto de comer juntos en aquel pequeño establecimiento de envases de plástico. Finalmente, se dejó convencer por Federico Almansa y acudieron a un restaurante próximo con cubiertos de metal y manteles de hilo. Hasta allí se acercaron en animada charla. Después, a la mesa hablaron de los hijos, de sus progresos y sus tropiezos. Rosa le dijo que su hija estaba muy contenta en la empresa y que su primer ascenso, al que había accedido apenas

tres meses atrás, la había hecho madurar. Él dio muestras de conocer al detalle la trayectoria de Any.

—Me sorprende. Siempre supuse que no tendrías tiempo de ocuparte de una empleada recién llegada.

—Tu hija no es una empleada cualquiera. Si no hubiera estado al tanto, tu hermana me habría matado.

Se rieron. Todo era tan sencillo hoy con Federico Almansa... Tan natural... Rosa saboreó el vino que él había pedido y se dejó llevar hasta los postres hipnotizada por la cordialidad de aquel hombre que hasta entonces le había resultado un distante desconocido.

—¿Estás al tanto de lo que le ha ocurrido a Faustino Gómez? —le preguntó él con naturalidad al tiempo que empezaba a consumir un sorbete de limón.

Ella no contestó. Sopesaba qué debía responder cuando él retomó la palabra.

—Su mujer le ha abandonado y está dispuesta a desplumarle. Lo sabe todo Madrid.

De modo que aquel era un secreto a voces, se dijo Rosa.

—Eso he oído, sí. No me da ninguna pena.

—No me hiciste caso, ¿verdad? —preguntó gravemente el empresario.

Rosa había cogido la copa de vino y se la había llevado a la boca. Federico Almansa le dio la espalda en su momento y ella no solo lo había aceptado, sino que no le guardaba ningún rencor por ello. ¿Qué quería ahora? ¿Le echaría una mano en plena negociación del divorcio del siglo? Le miró todavía con la copa levantada. Fue su única respuesta y entonces él hizo un gesto extraño: un movimiento con la cabeza arriba y abajo mientras apretaba los labios. Como si acabara de confirmar sus sospechas.

—Ya veo; sigues pensando que Faustino Gómez y la quiebra de Faugosa fue, de alguna manera, el detonante de la muerte de Ana.

La frase sonó neutra. No era una pregunta, parecía una afirmación. «No lo sigo pensando. Lo sé», se dijo Rosa sin responderle.

Él consumió su sorbete y pidió la cuenta tras confirmar que ninguno de los dos tomaría café. Ella se quedó absorta mirando a la calle mientras él sacaba su tarjeta de crédito. No le molestaba que Federico Almansa la hubiera descubierto, al contrario. En el fondo, le halagaba saber que él sabía la verdad. Siempre sospechó que era un hombre de fiar; que su hermana no podía estar tan equivocada. Regresaron a la conversación sobre el tiempo y los hijos y finalmente abandonaron la mesa de aquel restaurante testigo de excepción de tantos silencios.

El empresario le ayudó a ponerse la gabardina.

—Extrema las precauciones —le dijo—. No te fíes de ese hombre.

—Ya lo hago —contestó ella.

Después, la pareja salió del restaurante. El camarero los vio abandonar el local y se apenó de que ninguno de los dos fuera cliente habitual. Comida rápida, platos y

vinos caros y una buena propina. ¿Qué más se puede pedir?

Aquella chica había empezado a marearle. ¿Cómo habían llegado hasta allí? ¿Por qué se habían quedado solos de repente comentando la música del local y los últimos chascarrillos de *El Globo*? Una masa humana se movía en derredor sin orden aparente a ritmo de flashes y música disco. Por entre los resquicios de algunos cuerpos vio a Tomás dando botes en la pista de baile con un par de chicas. La suya se había callado ahora un rato; un regalo para sus oídos, embotados por el ruido y el alcohol. Lo más acertado sería cambiar de tercio y abandonar la mesa para pedir otra copa. Se prestó a pedir otra para su amiga e intentó ponerse en pie. Fue entonces cuando comprendió que si ingería otro *gin-tonic* podría caer enfermo. Se sujetó discretamente con los muslos apretados contra la mesa y se ayudó con las manos para incorporarse plenamente. Después miró en dirección a la barra. Calculó el tiempo que tardaría en llegar hasta ella y cuál sería el camino más idóneo. Luego se armó de valor y echó a andar por entre la multitud en movimiento de la sala intentando evitar choques inoportunos que le desestabilizaran. Cuando apoyó la mano derecha sobre la superficie de madera de la barra se sintió triunfante y un poco más entero. Y así, apoyado, esperó a que una flaquísima joven con camiseta de tirantes caídos le sirviera otro *gin-tonic* y una limonada.

El regreso a su rincón fue un poco más arriesgado. Con las copas en la mano anduvo despacio hasta recuperar su mesa y su compañía. Colocó el *gin-tonic* delante de la chica y dio un sorbo a su limonada antes de recuperar el aliento y el asiento. Ella levantó su vaso hacia él y tomó un pequeño sorbo después de elevarlo hasta sus ojos a modo de brindis. Los bailes iniciaron los primeros compases de una canción de reminiscencias *country*. Amy MacDonald cantaba *This Is The Life* y, de pronto, la chica emitió unos grititos de emoción.

—¡Me encanta esta! Venga, vamos a bailar.

Se dejó arrastrar de la mano hasta la pista. Después de todo, no era mala idea abandonarse a la música. Su cuerpo se lo pedía. Llevaba demasiado tiempo sufriendo en el mundo de los adultos. Necesitaba un respiro. Así que ya antes de reunirse con los suyos marcó el compás con los pies mientras movía los hombros alternativamente de adelante hacia atrás. Tomás lo recibió aumentando la potencia de sus botes y las chicas les hicieron corro por un momento.

Ahí empezó el auténtico viaje del joven periodista. Notó la transformación en

apenas unos segundos. La carga había quedado en el camino y su cuerpo era ahora ligero y elástico como las ondas sonoras que modulaban el ambiente. A su lado, su amiga se contoneaba con gestos divertidos que al chico le parecieron insinuantes. A la quinta canción se agarraron de la cintura y a la séptima ya habían recortado suficientes distancias como para tener que seguir marcando el ritmo al unísono. Finalmente, exhaustos, abandonaron la pista siguiendo los pasos de Tomás y sus amigas, que parecían batirse en retirada.

Definitivamente sordos por la música, apuraron sus copas y salieron a la intemperie de la noche. Fui allí cuando Lorenzo se dio cuenta de que había caminado hasta la puerta de la mano de ella. Dudó. Quizá debería advertirle de que no quería terminar la noche con ella. Pero no lo hizo, y a medida que se acercaba el momento de las despedidas la situación sería aún más embarazosa. Aflojó la tensión de su mano por ver si se desprendía sola, pero no hubo resultado. Luego ella le abrazó y le susurró al oído.

—Lo he pasado muy bien. Cuando te decidas a cortar con esa chica con la vives y que te trata tan mal... Avísame.

Entonces separó su cuerpo del suyo y le dio un beso en los labios. Dio media vuelta y se aproximó a sus amigas, que también se despedían. Le besaron en la mejilla mientras él intentaba recordar qué era exactamente lo que le había contado a aquella chica de su vida con Any. Se enfureció consigo mismo al sospechar que había sido demasiado explícito. Miró a Tomás. Solo él le entendería. Podrían caminar juntos un rato antes de irse a dormir. Pero Tomás hizo un elocuente gesto con la mano y se alejó del lugar con un brazo sobre los hombros de una de aquellas colegas de la web de *El Globo* que el propio Lorenzo había reclutado aquella tarde de viernes, justo después de que Any le cancelara por tercera vez la cita pendiente para festejar su nuevo contrato debido a sus compromisos laborales. Eso fue lo que alegó. Lo de siempre.

¿Compromisos laborales? ¿A las diez de la noche? Los fardos volvían a colgar de sus hombros mientras dejaba atrás la percusión de la música. ¿Compromisos laborales? Sí. Andrés Collado parecía haber descubierto en Any el aliado perfecto. Delegaba en ella. Confiaba en ella. Y Any no podía defraudarle porque a través de todas esas reuniones y foros en los que él la iba introduciendo ella había caído en la cuenta de que defraudarle equivalía a perder la oportunidad de demostrarle a su empresa todo su potencial; de defraudar a su vez a todos aquellos que depositaban tanta confianza en la joven economista.

Lorenzo consultó por enésima vez la pantalla de su móvil. Nada, ni un mensaje. Ni una llamada perdida. Eran las tres y media de la mañana, estaba fuera de casa y no había avisado de su ausencia, pero nada de ello parecía importarle demasiado a Ana María, que seguramente llevaba ya más de dos horas entregada al sueño. Se preguntó si ella no le habría echado de menos. Se preguntó también si alguna vez le había echado de menos. Redujo la velocidad de sus pasos y sopesó la posibilidad de

tomarse una última copa. Pero siguió andando y andando hasta alcanzar el portal de su casa y, finalmente, fatigado, la puerta de su propio domicilio.

Cuando Ana María oyó el ruido de la llave girando dentro de la cerradura metálica sintió una última e intensa oleada de indignación. Cuando llegó a casa al filo de la medianoche esperaba encontrar a Lorenzo leyendo, como casi siempre. No tenía hambre porque había comido unos frutos secos y una ración de tortilla mientras Andrés y ella planificaban el trabajo con los nuevos esquemas organizativos. Aun así, abrió la nevera y rebuscó indecisa. La cocina estaba en orden. Era obvio que Lorenzo había cenado fuera. Cogió un yogur de fresa y comprobó la fecha de caducidad. Lo abrió, se sentó junto a la mesa de la cocina y se lo tomó como postre del desordenado menú de su cena.

A las doce y media zapeó un rato. A la una decidió meterse en la cama. Intentó leer, pero no consiguió concentrarse. Leía una y otra vez el mismo párrafo pensando, incrédula, en cómo era posible que Lorenzo no la avisara de su tardanza. Consultó el móvil. Ni un mensaje ni una llamada perdida. Estuvo a punto de llamarle, pero desechó inmediatamente la idea. ¿Cómo iba a hacer tal cosa? ¿Acaso era ella la típica mujer a la que engaña el marido en una noche de juerga? Dejó, indignada, el móvil sobre la mesilla y volvió al párrafo, intentando desmenuzarlo. Miró el reloj. La una y cuarto. Logró pasar al párrafo siguiente. Oyó un chasquido en el pasillo. Sería la madera del suelo. Siguió leyendo. La una y media.

A las dos menos cuarto apagó la luz y a las dos de la madrugada se levantó de la cama. Anduvo hasta la cocina. Abrió de nuevo la nevera y tras dudar un instante se sirvió un vaso de agua fría.

Volvió al lecho. Eran las dos y cuarto y el móvil permanecía mudo en la mesilla, inútilmente conectado a la red. Creyó que de desconectarlo sería capaz de recuperar la tranquilidad necesaria para coger el sueño. Así lo hizo. A las dos y media lo volvió a encender. ¿Y si realmente le pasaba algo a Lorenzo? ¿Cómo la encontraría a ella? Revisó las llamadas perdidas y las recibidas. Ni rastro de su novio.

Le odió. Le odió por hacerle vivir aquellos secretos e inconfesables momentos de confusión y abandono. Le odió por su insensibilidad. Por la chulería que estaba demostrando. Le odió por ser tan optimista. Por esa indolencia con que afrontaba las cosas buenas y malas de la vida. Le odió por su falta de estilo para comer el pescado y por los chistes malos que a veces contaba. Odió su mundo pequeño y miserable y odió el ambiente periodístico del que tanto se vanagloriaba. Odió todas las lavadoras que había tenido que poner en los dos últimos meses y esa nevera que casi siempre la esperaba vacía. Odió tener que odiarle y la certeza de que le sería imposible olvidar esa noche de humillación. El juego había terminado. «*Game over*», se dijo con una levísima sonrisa. Le dolían las sienes y notó asqueada el amargo sabor de su boca.

Por eso, cuando oyó la llave en la cerradura sintió una nueva oleada de indignación que, al mismo tiempo, la liberaba. No pudo evitar la tensión de su cuerpo, desde los dedos de los pies hasta las puntas del pelo de su cabeza. Tenía la luz

apagada e intentó adoptar una postura natural en un cuerpo dormido a pesar de que cada músculo seguía siendo de acero. Luego oyó sus pasos junto a la puerta y notó su presencia en la estancia. Levísimos roces de tela denotaron que él se estaba quitando la ropa, pero para entonces Ana María era ya una roca incrustada a aquella cama convertida esta noche en potro de tortura, una balsa a la deriva.

Él se deslizó entre las sábanas y contuvo la respiración. Ella pudo contener, milagrosamente, la suya. Luego el periodista se giró y le dio la espalda, momento en que ella siguió allí inmutable, aferrada a la almohada, convencida de que no podría aflojar la tensión de sus músculos sin delatarse. Convencida también de que aquella era la primera vez que Lorenzo la sometía a un castigo tan duro y de que aquella sería también la última.

Se durmió media hora más tarde planificando cómo acarrearía y transportaría todos sus enseres de la manera más rápida posible.

— *H*as hecho un buen trabajo, Azucena.
—Tú también.

Las dos mujeres sonrieron y consumieron el café expreso que la abogada Flores había preparado en una máquina especial del despacho que los elaboraba casi instantáneamente en dosis unipersonales. Rosa pensó que debería adquirir una similar para su bufete.

—¡Tenías que haberle visto! Llevaba un pañuelo en el bolsillo delantero de la chaqueta. Sabes, ¿no? Ese Rincón es un poco patético. ¿No debería jubilarse ya y dejar el despacho?

—No te fíes, Azucena. Ese tío es muy listo. Se ha confiado. No sabía que íbamos a ir tan lejos. Este tipo de gente juega con la ventaja del respeto y el miedo que saben que imponen.

—Creo que le ha quedado bastante claro que estamos dispuestas a utilizar la artillería pesada si no firman ya. Y eso que... Miriam se está empezando a poner nerviosa y la veo muy acojonada.

—¡Normal!

—He pensado, Rosa, que necesitamos darle publicidad al acuerdo.

—¿Por qué?

Azucena Flores se masajeó la nuca.

—Creo que, de alguna manera, protegeríamos a Miriam. No puede pasarse toda la vida escondiéndose de su marido. Si tras la firma del acuerdo se publica la noticia del divorcio y de las condiciones, quizás él se sentiría menos libre para tomarse la revancha. A lo mejor es una tontería, pero tal vez no.

—No lo sé. Hay ya mucha gente que está al tanto, pero puede que tengas razón. Miriam se está gastando un montón de dinero en guardaespaldas. Y nuestro amigo Requejo se ha convertido poco menos que en su director de seguridad a todos los niveles. Está encantado. Pero verdaderamente ella no puede estar así toda la vida. Se lo comentaré a ver qué le parece. —Rosa parecía más bien meditar en alto. Luego tomó un sorbo de café y miró de frente a su amiga—. Mira, lo tenemos fácil. Le podemos dar la noticia al novio de mi hija. Es periodista y trabaja en *El Globo*. En mi móvil debo tener su teléfono.

Azucena anotó los números que su amiga le dictó y después ambas mujeres se

enfrascaron una vez más en sus papeles. Analizaron hasta la extenuación las condiciones presentadas al abogado Rincón. La abogada de familia era de la opinión de evaluar bien cada una de las condiciones impuestas con la idea previa de ceder en alguna de ellas. Era su manera de negociar. Le habló a Rosa de la diferencia entre un pleito entre empresas a un pleito entre antiguos amantes. Dijo haberse convertido en una especialista en mitigar despechos y afrentas. «A la parte más perjudicada siempre tienes que regalarle un triunfo sin que note que es un regalo, claro. Lo más importante es que crean que lo logrado perjudica enormemente a la parte contraria; que realmente le duele. Así somos los humanos de miserables —le dijo una vez—. A los matrimonios rotos, lo que más les gusta es dejar al otro bien jodido.» Rosa se reía cuando Azucena parodiaba a sus clientes. Era, verdaderamente, una mujer con recursos y, sobre todo, una magnífica actriz. Actuaba de abogada implacable cuando la situación lo requería y también de picapleitos torpe y descuidada cuando quería hacer ver que se sentía obligada a ceder. Un juego, en fin, demasiado complicado para la abogada mercantil Rosa Ruiz-Benegas.

Azucena Flores había urdido para la ocasión su más rocambolesca jugada. Rosa le había convencido de que exigir tan alto porcentaje de acciones en cinco empresas del grupo era un movimiento arriesgado. Mientras tales empresas estuvieran en manos de Faustino Gómez, este siempre podría tejer mil jugadas para descapitalizarlas y desviar los negocios hacia empresas de mayor rentabilidad. En puridad todas, salvo Oasis y Bormar, eran negociables. Analizaron el valor de los porcentajes exigidos una vez más hasta que el reloj marcó la una de la tarde. Era martes y ambas decidieron tomarse un receso y, sobre todo, esperar la respuesta de Rincón.

Rosa abandonó el despacho algo más tranquila que cuando llegó. Todo este asunto le generaba una angustia inesperada. Ella que siempre había huido de entregarle al trabajo todas las horas del día se veía inmersa en un torbellino que apenas le dejaba tiempo para ocuparse de otras cosas. Pero, además, debía confesarlo, estaba inquieta. La determinación de vengar la muerte de su hermana era una operación de alto riesgo que estaba dispuesta a asumir. Pero eso no mitigaba en absoluto la inquietud que se había apoderado de su vida. Faustino era un enemigo peligroso y ella una hormiga intentando aplastar a un elefante. Le incomodaba, además, su propia cobardía. Se protegía manteniéndose en segundo plano, a la sombra de una abogada valiente como Azucena, a la sombra de una desventurada esposa que creyó alcanzar el paraíso y se vio en el infierno.

Había empezado a sentir una rara admiración por Miriam, dispuesta a escapar de aquella equivocación de juventud que la había llevado a los brazos de un ricachón de formas rudas y reglas propias. Seducida por el lujo y el poder, Miriam había vendido su cuerpo y su alma a un hombre del que probablemente nunca estuvo enamorada. Si Miriam estaba dispuesta a abandonarle es porque vivir con él debía de haber sido mucho más difícil de lo que Rosa y Olivia imaginaban.

Sin solución de continuidad, Rosa vio a su hermana en el suelo. Volvió a verla

inerte, desangrándose, tal como un día le había descrito el juez de guardia al que le había tocado la desagradable tarea de examinar a la víctima antes de llevarse el cadáver al anatómico forense. Se secó los ojos. No quería llorar. El tiempo de las lágrimas ya había pasado.

Un hombre la sacó de sus pensamientos. Chocó contra ella y Rosa se apartó, pensando que habría sufrido un traspie o, peor, que intentaba robarle el bolso. Había caminado hasta la esquina de la calle Narváez y aquel hombre que se le había abalanzado la estaba invitando a entrar en un coche. No supo reaccionar. Alguien por detrás la empujó y ella solo acertó a agarrar tontamente su bolso con fuerza para que no se lo quitaran. Los dos hombres que la rodeaban le daban órdenes al oído, como si intentaran rescatarla o prevenirla de algo; con mucha prisa.

—¡Entra, vamos, entra!

Y entró, sí, entró, de cabeza en el asiento posterior de un coche grande en el que el conductor esperaba paciente. Uno de los hombres cayó literalmente sobre ella mientras cerraba la puerta y el otro reaparecía en el asiento delantero.

El coche arrancó a gran velocidad y a la primera curva Rosa perdió el equilibrio y su cuerpo se balanceó hacia el otro lado de la puerta. Por fortuna estaba bloqueada, pero sintió un duro golpe de la cabeza contra el cristal. Gritó. Soltó palabras inconexas y un alarido cuando el hombre que estaba a su lado retorció su brazo con una fuerza brutal que le obligó a incrustarse de cara contra el asiento, de rodillas en el suelo. Estaba inmovilizada, pero aquel hombre seguía apretando su brazo hacia arriba y Rosa comprendió que se lo estaba descoyuntando, que aquella tenaza insoportable se lo estaba destrozando.

Algo cegó sus ojos. ¿Un pañuelo, una cinta? Notó el nudo en la cabeza, los pelos enredados y tirantes y los ojos oprimidos contra las cuencas. Inmovilizada por la fuerza, pero también por el terror, comprendió que todas sus reacciones habían sido inútiles y tibias. ¿Por qué no se había resistido? ¿Por qué se había dejado meter en aquel vehículo?

Se sintió tan mareada que creyó que iba a vomitar. El calor de su cuerpo humedecía la ropa. Le faltaba aire para respirar. La voz del hombre que estaba a su lado no paraba de darle órdenes.

—¡Quieta, quieta! —le gritaba, mientras ella se preguntaba cómo pretendía que se moviera sin terminar de arrancarle el brazo de cuajo. Luego le exigió el otro brazo mientras tiraba de él hacia atrás, momento en el que ella volvió a gritar de dolor al forzar de nuevo con su tenaza una posición imposible. El hombre le había logrado unir las manos por detrás y se las había atado con una cuerda o un cordel que ahora le oprimía también las muñecas, aunque ya no tironeaba tanto de su brazo malherido. Finalmente, el hombre la ayudó a sentarse en el asiento y atrajo su cabeza hasta colocársela sobre las piernas.

—Pero ¿qué quieren? ¿Adónde me llevan?

Por toda respuesta, la mano que sujetaba su cabeza la aplastó un poco más y

entonces los tres hombres empezaron a reírse. Le ordenaron callar y siguieron riéndose. Luego uno pareció encender un cigarrillo. Otro conectó la música y subió el volumen un poco más cada vez hasta que el sonido fue ensordecedor y mareante. Ello pareció animar aún más al conductor en su manejo brusco del automóvil, que acompañaba de insultos hacia otros conductores. Ahora ya no se reían, se desternillaban de la risa y seguían los compases de un rapero bronco y monótono.

Rosa pensó para sí que debía calmarse. Que debía pensar en algo; quizás en cómo mantener su propia dignidad dentro de aquella coctelera sin dejarse arrastrar por el pánico. Pero ¿qué podía hacer atrapada en el abismo? ¿Iba a morir? Pensó en sus hijos y también en Juan. Quizá ninguno de los cuatro la necesitaban ya, pero ella hubiera agradecido tanto seguir con ellos... Dejó de hacer preguntas que la música acallaba e intentó imaginar dónde estarían. Pero ahora ya no sabía si la primera curva había sido hacia la derecha o hacia la izquierda. Si llevaban allí dos minutos o cuarenta. ¡Dios, qué impotencia! Solo percibía que habían abandonado la ciudad porque ya no había frenazos, sino un bólido devorando kilómetros y aquella música infernal.

Finalmente, el automóvil redujo la marcha y pareció callejear hasta que, ya parado, el motor se detuvo totalmente. Rosa tiritaba, como si el terror sufrido hasta el momento hubiera sido solo un aperitivo. La misma mano que presionaba su cabeza tiró de los pelos hacia arriba. Se incorporó en el asiento. La música cesó y el hombre le ordenó que no se moviera. Después notó que abrían su puerta y que la sacaban del coche tirando, de nuevo, de su brazo descoyuntado. Gimió. ¿Estaban en el campo? El suelo no era firme y el aire era fresco. Se preguntó cómo era capaz de mantenerse en pie. Las rodillas apenas si podían sujetarla. Aquellos hombres hablaban entre sí, como si ella no estuviera delante.

—¡Este sitio es perfecto!

—Te lo dije, tío. Es de puta madre. Aquí he venido yo más de una vez... Ya sabes.

Nuevas risas.

La hicieron andar. La mano que presionaba su brazo le indicaba el camino. Un temblor extraño se había apoderado de su cuerpo. Llevaba la gabardina abierta y hecha un lío entre sus brazos. No hacía frío, pero ella pensó que se iba a congelar. Anduvieron por un camino que le pareció eterno y se preguntó de nuevo cuál sería su destino sin atreverse a meditar sobre ninguno de ellos.

—¿Qué queréis de mí? Dejadme, por favor, esto debe ser una equivocación.

Esta vez tampoco hubo respuesta; ni risas. Uno le había pedido tabaco al otro y un tercero parecía empeñado en ensalzar las bondades del lugar.

Finalmente pareció que entraban en un lugar cubierto. El olor a orín y excrementos le llegó como una bofetada. Imaginó una casa abandonada, un chamizo, quizá solo un rincón aún en pie en medio de la maleza. ¿La iban a violar? Se estremeció.

—Siéntate —le ordenó una voz—. Siéntate en el suelo.

La mano tiró de su brazo hacia abajo y ella obedeció inmediatamente para evitar un nuevo desgarró. Se sentó y esperó en silencio. Quizás estuvieran dispuestos a matarla. Ahora agradecía la espera como si cada minuto salvado fuera un regalo. Los hombres seguían hablando. Uno de ellos dijo que quería dejar de fumar, pero que no lo conseguía.

—Yo, macho, es que ni lo voy a intentar. ¿Para qué? El día que lo quiera dejar, lo dejo. ¡Como hay Dios! Pero mientras tanto, lo disfruto.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos con esta?

Se hizo un silencio. Rosa tiritaba. Agachó la cabeza.

—Yo le dejaría un recuerdo de nuestra excursión. Tengo aquí una navaja que afilé justamente ayer.

—¿A ver?

Oyó un pequeño chasquido metálico y unas frases de admiración. Parecían, de pronto, muy interesados en la afilada cuchilla del arma.

—No está mal. Pero no te pases. A la última le sacaste un ojo. Con una cicatriz en la cara va que se mata.

—¡Eso es muy poco, no jodas!

¡Estaban fingiendo! ¡Estaban haciendo teatro para ella! Rosa cayó en la cuenta de ello. Si la quisieran matar ya lo habrían hecho. Estaban intentando asustarla. Eso era todo. ¿Eso sería todo?

—Bueno, esperadme ahí un momento, que ahora vuelvo.

Oyó unos pasos alejándose entre los cascotes y más adelante una voz en la distancia. Hablaba con alguien por el móvil. Un sonido líquido y un inconfundible olor la alertaron de que los otros dos estaban aprovechando el momento para orinar muy cerca de ella. La abogada intentaba entender la conversación del tercero. Fue imposible. Solo emitía monosílabos. Finalmente, zanjó la conversación con un «de acuerdo». Luego sus pasos le trajeron de vuelta.

—Bueno, entonces, a lo que íbamos. Una buena marquita en la cara, ¿no?

—Pero ¿qué os he hecho yo? ¿No os habéis equivocado? ¿Qué queréis?

—¿Te hemos preguntado, eh, te hemos preguntado a ti?

No habría podido llorar. Con aquella venda oprimiéndole los ojos no podría haber derramado una sola lágrima. Aquellos hombres no querían dinero y estaban muy seguros de que su presa era la adecuada. Aquellos hombres eran, probablemente, matones de Faustino. ¿Qué otra cosa podía ser si no? Y, en tal caso, ¿cuál debía ser su actitud?

—¿Queréis que negociemos algo? —preguntó sorprendiéndose a sí misma.

Tampoco hubo respuesta ahora. Un silencio y, de nuevo, sonaron las risas.

—¿Negociar? ¿Negociar? ¿Qué quieres negociar? ¿A quién se la chupas primero? Esta tía es la hostia.

Oyó de nuevo sus risas y sus pasos acercándose a ella. Notó un pinchazo en el

cuello. Echó la cabeza hacia atrás, pero una mano la sujetó del pelo. Una cuchilla fría se incrustó de nuevo en su garganta y creyó que si no dejaba de respirar terminaría cortándole la yugular. Percibió su propia sangre resbalando hacia el pecho. Luego, la presión cesó.

—De momento, vamos a ponerte un poco más fresquita.

Aquel ritual la enloqueció. La cuchilla recorrió primero uno de sus brazos. Luego el otro. La tela rasgada de su blusa le trajo los peores presagios. Quizás aquellos hombres buscaban algo más que un susto. Tuvo una revelación: eran los mismos hombres que habían matado a su hermana. Eran ellos, sí. Les volvió a suplicar, pero cada vez que lo hacía sus risas se animaban un poco más. La cuchilla recorría ahora despacio los botones de la blusa. Uno, dos, tres, cuatro. Sin resistencia, los hilos que prendían aquellos pequeños botones se quebraban bajo la presión de la navaja. El frío era irresistible. Era incapaz de evitar el castañeteo de sus dientes.

Un grito bronco, casi histérico, congeló la escena.

—¡Policía! ¡Alto, policía! ¡Las manos en alto!

El grito se repitió aún dos veces más y se hizo un silencio espeso que fue roto inmediatamente por una voz de hombre y el ruido de algo metálico contra el suelo.

—¡Mierda!

—No disparen. No disparen —suplicó un segundo.

El hombre que le sujetaba por el pelo pareció dudar. Al principio la mantuvo agarrada e incluso presionó con más fuerza. Después, de pronto, la liberó y ella cayó de lado sobre el suelo, como si aquella presión fuera la que la había mantenido erguida hasta ahora.

—¡Ahí, venga, ahí, contra la pared! ¡Las manos bien altas! ¡Vamos, vamos, vamos!

El policía gritaba, nervioso. Exigía. Urgía. Ella oía pasos arrastrándose por entre los cascotes. Pasos lentos, medidos. Y percibió movimientos a su alrededor que no supo interpretar bajo el intenso deseo de que fueran ciertas sus sospechas, de que todo aquello fuera lo que parecía ser. Una voz susurró a su lado.

—No se preocupe. Ya está a salvo. Tranquila, tranquila.

Una mano se había posado sobre su hombro. Después, manipuló en sus ataduras liberando sus manos. Su primera reacción fue cerrarse la blusa torpemente, pero su brazo izquierdo no le obedeció. Se lo agarró con la mano derecha y se encogió sobre sí misma. Luego cayó el pañuelo y la luz volvió a sus ojos. Seguía temblando y un brazo amigo rodeó sus hombros y atrajo su cabeza hacia sí. Aplastó su cara contra aquel pecho desconocido y le resultó reconfortante la mezcla de sudor y agua de colonia. Sollozaba de forma compulsiva.

El brazo amigo la arropó con algo. ¿Una manta; su chaqueta? Luego la ayudó a levantarse y anduvo hacia ¿la puerta? aferrada a aquel ángel guardián que la estaba devolviendo a la vida. Fuera había una ingente cantidad de coches y personas. Otro policía la escoltaba sujetándola por la cintura. No se había dado cuenta; quizá lo

había hecho desde el principio. La condujeron hasta uno de los coches y la depositaron en un asiento trasero, pero el brazo amigo seguía con ella y le hablaba.

—No se preocupe. Todo ha pasado. La llevaremos al hospital para que le examinen ese brazo y las heridas en el cuello, pero no parecen importantes. Tranquila.

Rosa lo miró. Era un niño. Era un policía joven con cara de niño. Y su voz sonaba acariciadora. Percibió en él la mirada protectora de sus hijos; de Miguel, de Lucas, y volvió a llorar apoyando la cabeza en su hombro. El chico estaba en cuclillas junto al coche. Quiso pedirle que no la dejara sola, pero no se atrevió. Él, adivinando sus pensamientos, no se apartó de su lado mientras fuera seguía el bullicio.

Alguien había depositado su bolso junto a ella. Más tarde, la ayudaron a salir del coche y la introdujeron en una ambulancia. ¿Cuándo había llegado allí? Una joven de uniforme blanco la ayudó a tumbarse y le tomó la tensión. El niño policía seguía a su lado. Al rato sintió una calma inmensa. Miró a la chica; tenía los ojos azules y una sonrisa en los labios. La mano sobre su frente era la mano de su propia madre cuando era pequeña y tenía fiebre. Quería dormir. Se volvió hacia el policía.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Rosa.

—Francisco Frutos, pero todo el mundo me llama Curro.

—Gracias, Curro.

Vio su sonrisa antes de que se fuera la luz y desapareciera de su vida para siempre.

A las cinco de la tarde, la redacción de *El Globo* se prepara para su punto de ebullición. Lorenzo había empezado a divertirse con el delirio diario de elaborar, escribir, maquetar, introducir textos en sus huecos correspondientes y cerrar páginas a contrarreloj que exige un periódico de papel cada tarde. Siempre igual, siempre distinto. Como una trepidante sinfonía, el ritmo iba cada día *in crescendo* hasta que todo, desde las decisiones hasta los cambios, se tomaban, con los nervios a flor de piel, en décimas de segundo.

En la pantalla de su ordenador parpadeaba un texto sobre las protestas que varias asociaciones habían organizado aquella mañana contra los hospitales públicos de Madrid. No había demasiadas noticias locales aquel día, de modo que Tomás le había reservado una gran pieza en página impar con un despiece sobre la incompetencia del consejero de sanidad. Aún no había sido agraciado nunca con la elaboración y redacción de la noticia local más importante de la jornada, pero Tomás le adjudicaba cada día piezas más interesantes y además, ahora, Lorenzo había madurado y había aprendido a tener un poco más de paciencia.

Sonó el móvil en su bolsillo. No reconoció el número, pero atendió la llamada.

—Me llamo Azucena Flores. Soy abogada de familia y amiga de Rosa Ruiz-Benegas. Ella me ha dado tu número.

¡Una abogada amiga de la madre de Any! Se sintió tan confundido que procuró mantener su tono más neutro.

—Hola.

—He pensado que quizás a tu periódico le interese saber las condiciones del divorcio de Faustino Gómez. Acaba de firmar el acuerdo. —El joven periodista cogió instintivamente papel y bolígrafo y empezó a hacer garabatos y escribir palabras: «Divorcio», «Gómez», «Flores». Las subrayó—. Te puedo enviar los documentos. Ya los tengo escaneados.

—Perfecto, sí, pero quizá me podrías adelantar algo...

—Sí, por supuesto. Miriam Díaz del Campo se queda con la propiedad de la empresa Oasis...

—¡Es una de las empresas más importantes del grupo! Leí el otro día sus resultados. Es ya la segunda compañía mayorista de viajes de este país.

—Sí. Así es. También se queda con Bormar S. A., la constructora. Pero hay más.

—Dime. —Lorenzo anotaba ahora con más orden en su cuaderno.

—Faustino Gómez indemniza a su exmujer con doce millones de euros y ella se queda las casas de Madrid y Menorca.

—¡Caramba! No está nada mal.

—No está mal, no. ¿Crees que interesará la noticia?

—Yo creo que sí. Faustino Gómez es muy conocido.

—Yo había pensado que quizá podrías ayudarme a difundir la información. No sé cómo funciona esto, pero a mí como abogada de Miriam Díaz del Campo me interesa que se sepa. ¿Vosotros podéis enviarla a todos los medios?

Lorenzo sonrió.

—¡No! Esto no funciona así, pero déjalo de mi cuenta. En cuanto pongamos la noticia en la página web se harán eco todos los demás.

—Bueno, lo que tú digas. Me ha dicho Rosa que hagamos lo que tú digas.

Lorenzo volvió a sonreír, complacido.

—Dale las gracias de mi parte.

Cuando el periodista cortó la llamada buscó la mirada de Tomás, que andaba entretenido planificando la sección. Hasta la fecha, el joven reportero no había tenido la oportunidad de dar una noticia. Ahora sentía un ligero cosquilleo en el estómago. No se levantó de la silla. Desde su puesto de humilde redactor de noticias locales llamó la atención de su jefe.

—Tomás, Faustino Gómez se ha divorciado y voy a tener todas las condiciones del acuerdo. Su mujer se queda con Oasis, Bormar y una indemnización de doce millones de euros, entre otras cosas.

—¡Coño!, no está mal. Doce millones de euros son... unos dos mil millones de pesetas. No se lo ha montado mal la Barbie esa.

Lorenzo ya se había acostumbrado a las formas rudas de su jefe, un hombre de avanzada edad de franqueza y honestidad a prueba de bombas.

—Solo lo tenemos nosotros.

Tres colegas asistían a la conversación y Lorenzo se sintió importante.

—Voy a hablar con Rozas. Los de Economía están con una noticia relacionada con Gómez. Pero tú ponte a trabajar en ello, por si acaso. ¿Has acabado ya lo de las protestas hospitalarias?

—Prácticamente.

Tomás no esperó más. Abandonó su mesa y se dirigió con paso firme pero pausado al despacho de Rozas. A partir de ahí, el joven periodista pasó de la secreta euforia a la melancolía de la espera. Terminó de redactar y encajar en página su noticia sobre los hospitales, leyó atentamente el acuerdo suscrito entre Miriam Díaz del Campo y Faustino Gómez, y rebuscó en el archivo datos sobre la fortuna personal del empresario. Apenas encontró algunos detalles. Como una frase acuñada, la prensa destacaba a Gómez como uno de los hombres más adinerados del país, pero ninguno cuantificaba su patrimonio. Sí había, sin embargo, innumerables piezas sobre el

entramado empresarial que, como un imperio, había levantado un hombre de extracción humilde adornado por la fama de perspicaz, listo y especialmente dotado para los negocios.

Entre la documentación volvió a recuperar algunos de los artículos publicados sobre el incendio de la torre Windsor y la investigación de la fiscalía que, como ya sabía Lorenzo, había quedado sepultada en el olvido. Aun así, se prometió a sí mismo que mencionaría este asunto aunque solo fuera en una línea si le daban finalmente la oportunidad de escribir sobre este divorcio que seguramente encontraría un hueco en los espacios dedicados a la sociedad. La pareja no se había prestado al juego de la prensa del corazón, pero recordaba haber visto alguna foto robada en la que el adinerado empresario aparecía junto a una esbelta mujer de cabellos largos y piel de terciopelo.

Tomás lo rescató de su melancolía cuando regresó a su mesa de nuevo sin prisa, tras haber mantenido varias de las reuniones que le exigía cada día su puesto y su categoría. Dejó varios papeles sobre la mesa y miró a Lorenzo.

—Los de Economía tienen dinamita contra Gómez. Luis Fernando ha conseguido documentación sobre varias operaciones más que sospechosas y nuevos datos sobre la investigación de la fiscalía anticorrupción relativa a la venta de Faugosa al Banco Toledano. ¡Es la de dios!

—¡Menuda venganza la de la mujer! —exclamó un joven colega.

—Le saca la pasta y, además, le hunde —apostilló el propio Tomás.

—Tiene pinta de ser un cabronazo auténtico —abundó una becaria.

—Vete a hablar con Luis Fernando —dijo Tomás mirando a Lorenzo—. Van a publicar hoy una primera entrega y los datos del divorcio pueden ir como una pequeña pieza aparte o incluirlos en la crónica principal. Pero habla con él.

Lorenzo Contreras reagrupó todos los papeles que había extendido sobre su mesa, los ordenó someramente y se levantó con la intención de ir a la sección de Economía. Luis Fernando era un veterano periodista económico especializado en información financiera y empresarial. Llevaba siempre corbata y solía almorzar con todos aquellos hombres que ocupan la cúpula del empresariado español. Se acercaba peligrosamente a los sesenta años, pero aún era tenido por imprescindible en la redacción del periódico y en la propia empresa. Era, además, la cara visible de la marca en tertulias económicas de alto nivel en otros medios de comunicación.

Así que la joven promesa del periodismo se sintió cohibido y afortunado a partes iguales. Nunca había hablado con aquel maestro y jamás había publicado en la sección de Economía. Hoy podría ser su estreno y no se sentía del todo inseguro. Sus viejas pesquisas sobre Faustino Gómez le ayudarían ahora a cubrir sus flancos débiles. Pero a la solemnidad del momento se venían a sumar aquella tarde inquietudes que desanimaban al redactor de Local. Se preguntaba por qué Rosa no le había facilitado también las jugosas noticias que había reservado para Luis Fernando. Quizá le había considerado poco preparado para poner en sus manos un material tan

complejo.

A medida que se acercaba al rincón de Luis Fernando, un torbellino de ideas bombardeaba la línea de flotación de su autoestima. Aceleró el paso y levantó la mirada. Al fondo de aquella gigantesca redacción un hombre de pelo gris se había puesto de pie para saludarle. Luis Fernando le estrechó la mano derecha mientras con la izquierda palmoteo ligeramente su espalda. Sonreía. Le asombró su campechanía y también la aparente tranquilidad con la que afrontaba aquel asunto de tanta envergadura junto a una mesa en la que reinaba el caos y el desorden. Mantuvo su mano estrechada y le miró a los ojos, complacido y seguro de sí mismo.

—¡Así que tú eres Lorenzo Contreras! ¡No sabes cuánto me alegro de tu colaboración! Esto necesita un relevo generacional.

Deslizó una silla junto a la suya, le invitó con un ademán desenfadado a tomar asiento y ambos se pusieron, codo con codo, a trabajar.

La noche tardaba en caer. Casi las once y el cielo permanecía tenuemente iluminado. Se quitó la ropa metódica, lentamente. Sin prisa. No tenía sueño, pero era hora de dormir. Las luces de los pasillos eran ahora menos intensas; también el trasiego. Fue doblando cada prenda con cuidado y depositando una a una sobre una de las sillas azules de la habitación. Se puso el camisón dejando deslizar la tela sobre su cuerpo y asomó de nuevo la cabeza para comprobar que su madre seguía dormida.

Se sentó sobre la cama, cogió el móvil, otra vez, y acarició el teclado sin atreverse a presionarlo. Ansiaba escribirle. Enviarle una señal. Porque dudaba de ser capaz de salir adelante sin su ayuda. Aún le dolían los ojos de tanto llorar aquella tarde mientras su padre y sus hermanos la consolaban sin entender tanta lágrima.

—Hija, es solo una luxación del brazo. Mañana mamá estará en casa. Ya verás que no será nada —le insistía su padre.

La luz de emergencia dibujaba los contornos del rostro de Rosa sobre la almohada y ella la miró por enésima vez, aterrada. Se concentró de nuevo en el móvil. ¿Qué mensaje podría enviarle? Él le había hablado de aquel muro en el que, como un equilibrista, el adolescente cae del lado bueno o del malo. Para ella ya no había filo de muro que le indicara el camino. Su mundo era ahora una ciénaga, un barrizal infinito en el que no había señales de circulación que indicaran la salida. ¿Qué tal un simple «te echo de menos»? ¡No!

Aun así, tecleó: «Estoy en el hospital. Te necesito». Ahora solo faltaba el destinatario. Recorrió su lista de contactos, pero ninguno le servía más que el de Lorenzo. Suspiró. Borró el mensaje y apartó el teléfono. Le costaría dormir, de modo que lo mejor era ni siquiera intentarlo.

Los últimos días habían sido un infierno. Levantarse por las mañanas se había convertido en un castigo. La ducha, el lugar en el que dejar correr las lágrimas sin miedo a ser descubierta. El trabajo, un largo trámite necesario para poder pensar en otra cosa que no fuera su propia desdicha. Se tumbó sobre el lecho y dejó que su vista se perdiera entre las rugosidades del techo blanco. Vio entonces a su tía caminando con aplomo sobre sus zapatos de tacón, con su elegante bolso de piel, más portafolios que bolsa de mano. De pequeña siempre tuvo la secreta ambición de vivir con ella, en aquella magnífica casa de las afueras, donde Marcos y ella tenían todo a su disposición, lejos de los pelmazos de sus hermanos. Esa palabra era de su tía. Cuando

ella decía que un tipo era «un pelmazo» no había nada más que hablar: se le borraba del mundo como se borran los trazos del lápiz sobre una cuartilla.

Cuánta admiración desperdiciada, ahora que todo había acabado. Le caía bien su tía Ana. Su presencia le producía de pequeña un cierto cosquilleo en el estómago y, con ella, las reuniones familiares eran más chispeantes. Le gustaba su manera de descalificar a los demás. Además de desechar pelmazos, era una maestra ridiculizando la estulticia ajena. Era verdad que Ana era arrogante y sectaria, pero ella siempre se supo a salvo, porque los suyos eran intocables. Bastaba con leerlo en su mirada, dado que era poco dada a expresar sus afectos de otro modo.

Gonzalo dinamitó la distancia que separaba a Any de la hermana de su madre. Debía confesárselo a sí misma. El principal atractivo de aquel enfermero estaba justamente en ser el novio de su admirada tía. De algún modo, compartir al mismo hombre era una forma sencilla de equipararse a ella, de constatar que era mayor y probablemente valiosa. La niñita de Rosa, la Sobrinita, era ya una mujer con el encanto suficiente como para atraer a aquel hombre tan guapo y robárselo a la gran ejecutiva. De hecho, cuando él la dejó ella sintió el dolor de la derrota, no del amor abandonado. No llegó a enamorarse de Gonzalo. Quizá no le dio tiempo. Quizá solo perseguía aquella loca ambición de igualarse a su inalcanzable tía, a aquella mujer siempre protegida en su torre de poder. ¿Cómo no lo había visto claro hasta ahora? ¿Qué clase de monstruo había llegado a ser? No era extraño que Lorenzo también la hubiera abandonado.

Se acomodaba en la estrecha cama cuando se vio sorprendida por la mirada de su madre. Tenía los ojos entornados; demasiados calmantes para poder abrirlos del todo. Por un instante, ninguna de las dos encontró la palabra adecuada. Torpemente, Any le preguntó si necesitaba algo. Si tenía sed, si le dolía el brazo. Rosa negó a todo con la cabeza y su hija se incorporó sobre su cama. Se miraron de nuevo hasta que la joven perdió el poco aplomo que le quedaba.

—Así que seguiste investigando sobre Faustino sin decirme nada... —dijo Any. Rosa mantuvo un gesto indescifrable, pero había algo en el rictus de sus labios que su hija interpretó como una confirmación—. Bueno, oye, pues mira, total... Primero la tía Ana, luego tú... Bueno, oye, pues eso, total...

Rompió a llorar. A su pesar. Y cuanto más trataba de reprimir sus lágrimas más sonidos inconexos se le escapaban mientras huía al baño en busca, pareció decir, de papel higiénico. Cuando volvió, su madre la esperaba casi en la misma posición en que la había dejado, con los ojos un poco más abiertos que antes. Any se volvió a sentar en la cama supletoria, lejos de ella, ignorando el brazo derecho de Rosa, que parecía haberse adelantado un poco; en busca de su mano, quizá.

—Has corrido un serio peligro, madre. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿No le vas a contar nada a papá? La policía le ha contado una milonga de que si bandas organizadas, secuestros exprés y no sé qué cosas más...

—¿Se han ido todos a casa? —preguntó Rosa con dificultad, como si cada

palabra intentara quedarse en el camino.

—Sí, ya se han ido. Papá quería quedarse, pero le he convencido para que se fuera con los chicos.

Una enfermera entró en la habitación abruptamente, sin llamar a la puerta. Arrastraba un extraño aparato con ruedas. Midió la tensión de la enferma y le colocó un termómetro bajo el brazo. Luego se fue y prometió volver en cinco minutos.

—No entiendo por qué me han ingresado. Se nota que es un hospital privado. En uno público me hubieran enviado a casa de inmediato. —Rosa sonrió levemente—. Solo querían darme un susto y lo han conseguido, pero no te preocupes. Se olvidarán de mí...

Un montón de sentimientos inconexos pugnaban por prevalecer sobre el resto. Any estaba indignada, pero también acobardada. Y su madre era el inesperado eje de un torbellino que estaba moviendo el suelo bajo sus pies. Hundió la cabeza entre las manos y luego se rompió en una risa nerviosa.

—Creo que prefiero la vida de antes, la de antes de morir la tía...

—Yo también.

Any se levantó por fin de su litera, se sentó junto a la cama y dejó caer su cabeza junto al regazo de su madre. Allí, por fin, Rosa pudo acariciarle el pelo y ella seguir llorando por todo ese mundo suyo que se desmoronaba como un castillo de arena sepultado por la pleamar.

Los medios de comunicación no hablaban de otra cosa. Los periódicos publicaban los escándalos financieros de Faustino, si bien ninguno con la profusión y el nivel de detalle de *El Globo*. De hecho, las televisiones rescataron imágenes del financiero y su esposa y contaron una y otra vez los fraudes, la ingeniería fiscal y la evasión de impuestos del hombre más rico de España citando al periódico. Las radios improvisaron algunas entrevistas telefónicas con empresarios y políticos conocedores de la trama empresarial de Faustino, así como con el periodista económico Luis Fernando, que participó en una tertulia en nombre del periódico prometiendo nuevos datos para el día siguiente.

El joven Lorenzo Contreras amaneció en su diminuto apartamento algo embotado y con una leve sensación de irrealidad. Era la primera vez en su vida que participaba en el asunto más importante del momento y todavía le costaba entender cómo debía comportarse. Se afeitaba cuidadosamente cuando sintió un repentino miedo escénico viéndose a sí mismo entrando en la redacción, la misma de la que fue expulsado hacía tan poco. Inmediatamente después, se avergonzó. Un buen profesional no estaría planteándose tan irrelevantes detalles sino haciendo nuevos contactos, buscando nuevos datos. Pero ¿dónde? Debía rendirse a la evidencia de su bisoñez y, simplemente, dejarse guiar por Luis Fernando. Era lo más sensato.

Aun así, entrar en la redacción aquella mañana tuvo una dimensión distinta a la habitual y ello a pesar de que nadie le dio una palmada en la espalda ni le saludó de manera especial. Todo lo contrario. Alcanzó su mesa como cada día y fue para los demás, como siempre, casi transparente. Buscó a Tomás con la mirada sin ningún éxito y se puso a hojear los periódicos que las radios y las televisiones ya le habían contado. Estaba incómodo en la silla. Necesitaba una señal que le indicara cuál era el próximo paso. Lejos de eso, sus colegas fueron aterrizando como un goteo y le saludaron despreocupadamente como cualquier otra mañana.

Miró furtivamente a la sección de Economía. Había algo más de movimiento que otras veces a esas horas de la mañana y creyó que los teléfonos estaban también más activos que nunca mientras la redactora jefa de la sección se enfrascaba en conversaciones a varias bandas. De pronto tuvo una idea. Era arriesgada, pero solo disponía de un hilo del que tirar y ese era Manuel Larrea, el auditor. Quizás él, ahora que habría leído los periódicos, estaría más abierto a dar algún otro detalle sobre

aquella auditoría que buscaba la fiscalía anticorrupción. Buscó su número y descolgó el auricular del teléfono, pero no se atrevió a llamarle. Fue el propio Larrea el que le denunció al periódico por su falsa entrevista. Contactarle ahora era remover el capítulo más negro de su historial y quizás el detonante de su definitivo despido. Colgó el auricular.

Pero ¿qué podía perder? ¿Por qué se habría de enfadar aquel auditor? Le pediría excusas y le preguntaría si podría reconstruir su pequeña historia de una manera más detallada y así, quizás, él le contaría algo más... Descolgó el teléfono. Marcó el número. Saltó el buzón de voz. No se atrevió a dejarle mensaje.

—¿Con qué estás? —le preguntó inesperadamente la segunda de la sección de Local.

Por alguna razón se sintió como un niño pillado en falta. Ni siquiera se había percatado de la presencia de su jefa. Balbuceó.

—No, con nada. Esto... Bueno, no sé si quieren que siga con el tema de Faustino o...

—Ya. —La mujer miró alrededor con desgana. Llevaba un papel en la mano y parecía también algo perdida. Y aburrida. Hablaba como si todo ya estuviera dicho de antemano—. Ha habido un choque múltiple en la entrada de Extremadura y alguien debería acercarse enseguida. Parece que hay un camión con mercancía peligrosa. Habría que ir con un fotógrafo.

Lorenzo la miró desconcertado. No le estaba enviando a hacer la información. Parecía pensar en algo, insegura acerca de sus propios pensamientos. Pero le miraba. Y él, que hubiera dado cualquier cosa por quedarse allí, esperar a Tomás y ser reclamado por los de Economía, supo que no tenía elección, que su único deber en ese momento era correr con un fotógrafo a la autovía de Extremadura.

—Voy para allá.

El accidente resultó ser de los más aparatosos del año en las proximidades de Madrid. Una mujer había quedado malherida y el camión, en medio de la calzada, impedía el paso, además de encender la alarma dado que transportaba gas líquido. Se acordonó la zona y los atascos fueron tan kilométricos que Lorenzo aún se preguntaba cómo había sido capaz de llegar hasta allí y cómo haría después para volver a la redacción.

Y así fue como transcurrió aquel primer día de éxito profesional: perdido en los atascos de Madrid, peleándose con los policías municipales y acabando exhausto en la redacción, a media tarde, si bien Tomás le recibió con una sonrisa y, esta vez sí, con una palmada en la espalda. Luis Fernando había preguntado por él, le dijo, aunque para nada importante, pues el director no quería profundizar en el asunto del divorcio de Faustino sino en sus escándalos financieros.

Lorenzo echó un vistazo a la página web. El asunto seguía publicándose de manera muy destacada y *El Globo* aportaba más y más datos sobre el poco riguroso proceder del empresario: desvíos millonarios de dinero a paraísos fiscales, dobles

contabilidades y todas aquellas sobrevaloraciones inmobiliarias que tanto habían elevado el precio de Faugosa y de otras empresas de su entramado mercantil. Había allí muchos más datos de los que él y Any habían descubierto en su día. Sin duda, alguien con una información mucho más completa estaba aireando ahora el escandaloso proceder de Faustino. El joven periodista se preguntó quién sería la garganta profunda y si cabía la casualidad en este caso entre la llamada de la abogada Flores y la difusión de tantos documentos. Un embrollo, en fin, del que tendría que ocuparse en otro momento, dado que ahora el propio Tomás le urgía a terminar su crónica sobre el camión accidentado.

Cuando la noche caía sobre Madrid y la redacción empezaba a despoblarse de nuevo, Lorenzo atisbo desde su mesa a la colega del digital con la que hizo el ridículo la noche previa a su ruptura con Any. Ella, que pareció notar su mirada en la distancia, le saludó con una sonrisa e incluso levantó el dedo pulgar de la mano derecha a modo de felicitación. El reportero recogió pausadamente sus pertenencias, se acercó a su mesa y le propuso cenar juntos por el centro. Bromearon. Ella hizo una llamada previa y, finalmente aceptó, lo que resultó un auténtico alivio para el joven periodista. Salir solo aquella noche de la redacción y cenar consigo mismo era un castigo inmerecido.

Durante la cena, en la que intentó no consumir alcohol, pudo fijarse más detenidamente en aquella chica. Tenía el pelo corto y negro, de un negro azabache brillante, cortado a raya todo exactamente a la misma altura y peinado hacia un lado, casi pegado con gomina. Era un peinado que evocaba las imágenes modernistas de los años veinte del siglo pasado. Un peinado, en todo caso, atrevido, acorde con la personalidad de aquella muchacha un tanto desenvuelta, muy coqueta, extremadamente habladora y definitivamente simpática. Hablaron del trabajo, de su interés por el periodismo digital y de todas las redes sociales en las que estaba inscrita. Utilizaba tres teléfonos móviles y consultaba alguno de ellos un promedio de una vez cada diez minutos, dependiendo de la intensidad de la conversación.

—Es Vicente. Dice que en Huertas hay un grupo de jazz que mola mucho. Si quieres vamos —le informaba de vez en cuando tras mirar la pantalla de uno de sus *smartphones*.

Pero él no estaba dispuesto a trasnochar. Demasiados acontecimientos, demasiadas novedades y demasiado estrés para un principiante. Prefería volver a casa. La invitó y ella aceptó como si ya hubiera dado por sentado que compartirían la noche. Anduvieron cogidos de la mano camino de su humilde apartamento, contentos, inquietos por la novedad del encuentro y de la emoción que les esperaba. Pero algo tensó el cuerpo de Lorenzo cuando apenas los separaban unos metros del portal de su casa. Ella notó la tensión en su mano y también en la abrupta interrupción de la conversación desenfadada que les llevaba hasta allí. Él se paró en seco y ella, asustada, lo miró primero a él y luego alrededor en busca de alguna respuesta. Nadie esperaba en el portal. Nada extraño parecía ocurrir en torno a ellos

en las bellas tinieblas madrileñas.

—¿Pasa algo? —se atrevió a inquirir finalmente.

Él parecía confundido, pero no estaba asustado. Le indicó con la mirada uno de los coches aparcado junto a la puerta. Luego, en voz queda, con la neutralidad del que informa de oficio, solo dijo:

—Es Any. Mi novia.

La situación fue del todo incómoda. La acera era estrecha, de modo que el encuentro, casi el roce, estaba garantizado. En ningún caso hizo Lorenzo ademán alguno de sortear el obstáculo. Su repentino cambio anunciaba una complacida rendición. En un par de pasos alcanzaron la altura del coche y de la puerta delantera salió con apresurada timidez la joven economista. Ana María se disculpó con una mirada rápida pero franca hacia la acompañante de su novio y habló con voz trémula.

—Lo siento, lo siento. Perdonad. Ya me voy. Es que solo quería...

—No pasa nada —zanjó el joven.

—Ya me voy. No quería marcharme de pronto sin más sin saludar. —Silencio—. Bueno, adiós. Ya te llamo mañana, Lorenzo, si no te importa.

Any dio media vuelta de manera apresurada. Llevaba las llaves del coche en la mano y presionó el mando a distancia para abrirlo. Los pestillos se bajaron bloqueando las puertas. Sacudió la cabeza en un mínimo gesto de cómica desesperación. Volvió a presionar el mando. Las puertas se desbloquearon y se introdujo de nuevo en el asiento del conductor con cierta torpeza de movimientos. Lorenzo y su amiga seguían la escena, parados en la acera, sin acertar a encontrar la reacción adecuada. La magia de la noche se había evaporado. Ya ni siquiera iban cogidos de la mano. En algún momento se habían desasido y ninguno de ellos habría adivinado cuándo ocurrió. Ella dio una patadita en el suelo con el pie izquierdo. La economista, muy cerca, intentaba salir del aparcamiento haciendo una y otra maniobra, dado el pequeño tamaño del espacio ocupado entre otros dos vehículos.

Su amiga se transmutó en la colega que había sido hasta hoy. Miró a Lorenzo, aún aturdido.

—Oye, mira, yo no quiero ser un estorbo y paso un kilo de liarme con alguien que está pensando en otra. Decídate. A mí no me importa nada volverme a mi casa tan tranquila. Somos amigos, ¿no?

Lorenzo la miró por un instante antes de lanzarse precipitadamente hacia el coche de Any, que iniciaba el último giro del volante para liberar su automóvil de aquel diminuto espacio.

—¡Espera, espera! —gritó. Ana María pisó el freno y miró a su novio—. Tenemos que llevar a mi amiga a su casa. ¿Te importa?

Cinco minutos más tarde, los tres tomaban el camino del barrio del Carmen en animada conversación. Lorenzo ocupaba el asiento del copiloto y la periodista indicaba a la novia de este el camino.

*H*ay cuestiones fundamentales que una solo se plantea cuando llega la adversidad. Por ejemplo: ¿Cómo abrocharse el sujetador con un brazo inmovilizado? ¿Cómo lograr escribir sobre un papel sin que este se mueva bajo la presión del bolígrafo? ¿Es posible dormir de otra manera que no sea sobre el lado bueno? ¿Por qué es tan complicado abrochar y desabrochar botones con una sola mano? ¿Podría algún día recuperar todas las funciones de su malherido brazo izquierdo?

Hubo en aquellos días momentos de euforia en los que Rosa se hacía tan hilarantes preguntas, quizá motivada por una sorprendente complacencia de estar viva. Solo a sí misma podía confesarse que durante aquellos eternos minutos de secuestro se había puesto en lo peor. Así que ahora le divertía sobremanera constatar que había sobrevivido para contar lo complicado que es batir un huevo con una sola mano, por muy diestra que esta sea. Miguel y Lucas celebraban con especial regocijo aquellas dificultades y se sentían útiles ayudando a su madre en las tareas más sencillas.

Pero lo cierto era que la cabeza de Rosa andaba por aquellos días mucho más ocupada en otros asuntos menos domésticos. Había dado por hecho que los tres tipos que la raptaron eran secuaces de Faustino Gómez dispuestos a amedrentarla, pero sentía una urgencia feroz por comprobarlo. La policía la llamó para reconocerlos, pero, lamentablemente, su testimonio fue de poca ayuda. El estrés del momento y aquel pañuelo que inmediatamente cegó sus ojos le impidió identificar a los delincuentes. Ella misma sugirió la idea de intentar hacerlo solo a través de sus voces, a lo que los policías accedieron de inmediato. Para su propia frustración, solo fue capaz de reconocer la voz de uno de ellos y ni siquiera de esta estuvo segura.

—No se preocupe —la consoló un agente posando su mano en el hombro de ella—. De todos modos los pillamos in fraganti. El reconocimiento solo habría sido una prueba más. No tienen escapatoria.

—¿Podrían haber actuado por encargo?

—No parece. De momento, no logramos que nos cuenten nada. Es gente con antecedentes penales, no sería de extrañar que lo hicieran por dinero. ¡Menos mal que alguien nos avisó enseguida! Eso la salvó, señora.

Aquel mismo día llamó a José Luis Requejo. Ahora trabajaba a tiempo completo

para Miriam Díaz del Campo, pero indagaría para ella. Hablaron de su nueva jefa y él dejó entrever su agradecimiento por haberlos puesto en contacto. Parecía embelesado con ella. Le explicó que había empezado a tomar las riendas de los negocios con una pericia inesperada y que era una mujer valiente e inteligente. Finalmente, le prometió eficacia y celeridad en sus pesquisas y le dijo que estaba en deuda, que contara con él.

—Veinticuatro horas me serán suficientes para saber quiénes son esos tipos — aseguró el detective.

Ella colgó el teléfono algo más animada. Los periódicos llenaban aquellos días páginas y páginas sobre los escándalos de Faustino Gómez. Aquella mañana releyó las noticias con renovado interés. Una asociación denominada Plataforma de Ciudadanos por la Transparencia había presentado una denuncia contra el empresario en base a todo lo publicado hasta el momento. Rosa conocía bien al abogado del colectivo, uno de los mejores y más perseverantes letrados de Madrid. No cejaría hasta que Faustino diera con sus huesos en la cárcel y entonces imaginó la pesadilla que debía de estar sufriendo aquel empresario de pocos escrúpulos. Eso la consolaba enormemente cuando sufría algún ataque de pánico que, normalmente llegaba en medio de la oscuridad de la noche.

El teléfono interrumpió sus pensamientos. Era Miriam. Su voz sonaba muy diferente a la de aquella mujer burlada, insegura y temerosa de abandonar a un marido infiel y corrupto. Era una voz más vibrante; también más atropellada. Dijo estar impresionada por el intento de secuestro, del que le acababa de dar cuenta José Luis, y le exigió que le relatara todo lo sucedido. Luego le ofreció su apoyo.

—Ya le he dicho a Requejo que no se ocupe de otra cosa; que se encargue de tu caso *full-time*. ¿Cómo es posible que no me hubieras contado nada? ¿Cómo estás? ¿Te duele mucho? ¿Nos vemos?

Rosa intentó resumirle la situación a pesar de que Miriam introducía nuevas preguntas a las que se sentía obligada a responder. Finalmente, la abogada recuperó la iniciativa.

—Cuéntame tú. ¿En qué estás? Me ha dicho José Luis que estás tomando las riendas de las empresas...

—Ja, ja. Sí. En realidad estoy todavía un poco perdida, pero hay tanto potencial en ellas... De la primera que me estoy haciendo cargo es de Oasis. Al fin y al cabo era mía... —Se rio—. Es una compañía de una enorme rentabilidad, que se ha mantenido al margen del ladrillo y que ha abierto líneas de negocio fantásticas. Para empezar es una agencia de viajes, ¡una agencia de viajes en estos tiempos!, con unos resultados espectaculares. Nuestra página web recibe miles de visitas al día. Es un negocio diversificado en torno al turismo. Tenemos una pequeña cadena de hoteles y, además, se patrocinan acontecimientos culturales y deportivos. *Bufffff*. —De pronto, sus giros más excéntricos de chica pija se hicieron notar—. Estoy superilusionada y superatareada. ¿Qué será cuando me meta en las otras compañías?

—¿Y de Faustino?

—A raya. Lo tengo a raya. Aunque me parece que no es mérito mío. ¿Tú has visto cómo viene la prensa estos días? Está acorralado. No le va a quedar mucho tiempo para molestarme o pedirme la custodia de mis hijos. Esta misma mañana Azucena se ha reunido con Rincón. No parece que vaya a plantear batalla. En el despacho de Rincón están que no dan abasto. Creo que saben que tienen el caso perdido.

—Tú, por si acaso, no te fíes.

—Tengo un buen sistema de seguridad, no te preocupes.

Tras terminar la conversación, aquella frase siguió dando vueltas en su cabeza durante toda la tarde. Ella estaba allí, con un brazo inutilizado, vulnerable a los embates de tres matones que más pronto que tarde dejarían la cárcel y poniendo lavadoras mientras aquella mujer parecía encaramada a la cresta de la ola, feliz y segura de sí misma. De nuevo, su hermana ocupó sus pensamientos, como venía haciéndolo tan a menudo desde aquel fatídico 11 de diciembre. Vio su aplomo y esa mirada suya tan ausente; cosas ambas que la adornaban desde muy joven. Era la misma mirada con la que le escuchó aquel mediodía en la mesa redonda del comedor. Rosa llegó tarde, cuando sus padres y su hermana ya habían empezado a servirse el primer plato. Ana y su padre mantenían un animado debate sobre las dificultades de España para mejorar su acuerdo comercial preferente con la Comunidad Económica Europea y la idoneidad de entrar en la EFTA. Ana defendía acaloradamente la necesidad de nombrar buenos negociadores. Rosa no puso atención. No se sirvió comida, no tenía apetito. Apenas si podía contener la emoción y los golpes de su corazón retumbando bajo su esternón. Esperó paciente hasta el fin del debate y entonces tomó la palabra acaloradamente. Les contó cómo su mejor amiga se había abierto una brecha en la cabeza al caer contra el bordillo de la acera y cómo ella se había adueñado de la situación acompañándola al hospital, llamando a sus padres y controlando la angustiada agitación de todos. Debía tener entonces solo dieciséis años; quizá diecisiete. Pero era la primera vez que se había visto a sí misma actuar como un adulto. Había algo épico en todo lo que acababa de vivir y lo expresó con lujo de detalle ante un auditorio entregado y aquella mirada directa y ausente de su hermana.

Cuando terminó hubo un corto silencio. Su madre sonrió complacida y su padre balbuceó algo así como «me alegro de que todo haya quedado en un susto». Quizá no dijo eso. Quizá se interesó por la brecha de su amiga; o por sus padres. No podía recordarlo. Pero sí guardaba nítidamente en la memoria la mirada de su hermana y su mano derecha acercando la cuchara a su boca, aún absorta. Luego volvió sus ojos hacia su padre y empezó a hablar.

—¿Sabes? Desconfío totalmente de las buenas palabras de Pompidou. Si hay un país cuyos intereses se puedan ver lesionados por el bajo precio de nuestros productos, ese es Francia. Además, los seis están ahora demasiado ocupados mirando al norte...

Rosa vio la cabeza de su padre, asintiendo, interesado en las reflexiones de su hermana y un dedo algo levantado, como pidiendo la vez para intervenir, animando el reinicio del debate. Rosa notó la suave caricia de su madre sobre su pelo y agachó la cabeza agradecida, pero también humillada. Su madre le pidió el plato, ella se lo pasó y vio cómo le servía un cucharón de sopa. O de puré. O de lo que fuera. No tenía hambre. Quería llorar. Pero consumió calladamente el plato intentando atender la conversación mientras seguía viendo la brecha de su amiga y ella, ¡ella!, tranquilizando a aquellos señores que habían acudido al hospital con la palidez en el rostro y el horror en la mirada.

Hablar con Ana era una de las aficiones favoritas de su padre. También de su madre. Discutían, intercambiaban datos, teorías, reflexiones. Rosa intentaba participar, pero Ana siempre disponía de la frase más brillante, de la reflexión más original, de la exposición más vibrante. En muchas ocasiones creyó estar a la altura y, de hecho, su hermana le demostró más de una vez su sincera admiración. Adoraba aquella frase de Ana: «Ese punto de vista es realmente interesante». O aquella otra: «Eso está bien visto». En esos momentos se sentía como un caballo premiado con el correspondiente azucarillo.

—Tu hermana es realmente una persona especial, hija. Es inteligente, es sensata y tiene una capacidad de análisis verdaderamente deslumbrante. Tendremos que acostumbrarnos —le dijo su padre una y mil veces, inflamado de orgullo.

Hicieron el amor furiosamente. La urgencia les había impedido pedir café y apenas si pudieron contenerse hasta pagar la cuenta y salir corriendo al apartamento. Las cosas no estaban sucediendo exactamente como él hubiera deseado, pero recorriendo la espalda de ella con los labios no podía por menos que reconocer que aquella era la mujer de su vida. Y que, de nuevo, sus dictados eran los hilos que movían su voluntad y su deseo.

—Pero ¿por qué no te trasladas aquí? ¡No lo entiendo!

Ella le besó largamente por toda respuesta antes de abandonar la cama camino de la ducha. Él observó con deleite su cuerpo desnudo atravesando la habitación. Se llevó luego la mano a la frente en un gesto exagerado de frustración y dejó pasar el tiempo para que ella pudiera correr camino de la oficina. Él no tenía tanta prisa. Las largas jornadas laborales de su nueva ocupación le permitían un proporcional descanso a la hora de comer, máxime si no tenía una información urgente entre manos. Aun así, dejó la cama en cuanto Ana desocupó el baño. En el fondo, debía reconocer que no le desagradaban del todo las nuevas preocupaciones de su novia. Aquella chica que siempre le pareció un tanto pija y egoísta se había convertido en una persona reflexiva y protectora de su propia madre. Velaba por ella a todas las horas del día y de la noche y aunque Lorenzo se preguntaba si no sería más que una paranoia de Ana, comprensible dados los últimos acontecimientos, lo cierto es que también desvelaba una parte de su personalidad más madura y sensible.

Una vez que se quedó solo en casa empezó a recopilar sus propias prendas para vestirse de nuevo cuando el móvil empezó a sonar en su mesilla de noche. Era Rosa. Se puso en guardia. ¿Habría pasado algo de nuevo extraordinario? Tras el dramático secuestro, tan pronto como pudo el joven periodista la telefoneó para interesarse por su salud y por su estado anímico. Después, la propia Ana lo llevó a casa una tarde de sábado. Pero nunca habían tenido una relación tan estrecha como para que ella le llamara directamente a su móvil salvo que se tratara de un asunto urgente o algo relacionado con su hija. Tras los saludos de rigor, ella fue directamente al grano.

—Es sorprendente que se estén aireando todos los trapos sucios de Faustino Gómez justamente ahora. ¿Qué opinas?

Lorenzo intentaba ir más allá de la propia cuestión. Pensar más deprisa de lo habitual. ¿Hasta dónde querría llegar esa mujer?

—¿Qué opino de qué? No te entiendo.

—¿Crees que sería posible saber quién está filtrando a la prensa todos esos datos y documentos?

Empezaba a estar alarmado.

—La verdad es que no, Rosa. Sería muy complicado. Lo último que desvela un periodista es su fuente. Y no tengo ni idea de quién pasó toda la información a la sección de Economía. Yo no he manejado esos documentos en ningún momento y dudo que alguien me dijera nada al respecto si se me ocurriera preguntar.

—¿No te sorprende que te pasen la información sobre el divorcio y que ese mismo día alguien se dedique a inundar las redacciones con los escándalos financieros de Faustino?

¡Ajá! Para el periodista quedaba así confirmado que Rosa no le había desairado ofreciendo a otros la información que a él no le había facilitado. Si la madre de Ana no era la fuente informante de Luis Fernando no había motivo alguno para el malestar que este asunto le había causado.

—Pues ahora que lo dices, yo siempre he sospechado de su exmujer. Es lo más lógico. Es la venganza perfecta.

—Sí, lo es, pero lo dudo. Azucena Flores, su abogada, solo informó del divorcio para protegerla. He hablado con ella. Me consta que ni Miriam Díaz del Campo ni la propia Azucena tenían previsto sacar a la luz todo lo demás. Es algo que me quita el sueño y había pensado que solo tú podrías ayudarme.

—Y, sin embargo, Rosa, me temo que no puedo. De verdad. Ni siquiera me ocupo del asunto, como es obvio. —Guardó silencio. Creyó conveniente reducir un poco la tensión de aquella conversación tan extraordinaria para él, de aquel intercambio de información del que se había beneficiado más el periodista que la curiosa abogada—. ¡Yo siempre creí que habías sido tú! Al fin y al cabo, eres la que tienes todos los datos. ¡Ja, ja!

—Es verdad, podía haber sido yo. Pero el caso es que no fui.

—¿Y tan importante es para ti saberlo? ¿Qué cambia eso las cosas?

—En realidad, nada. Pero si pudieras...

—Lo intentaré.

Rosa puso fin a la llamada con la incómoda certeza de haber perdido el tiempo. Aquel joven periodista no parecía el más adecuado para descubrir los secretos de un caso de tanta envergadura. Pero era un asunto que le escamaba desde el primer día. Mientras que Azucena y ella solo pretendían frenar los impulsos vengativos de Faustino, alguien parecía decidido a neutralizarlo de una manera más global y devastadora. Y ella quería saberlo. ¿Para qué? Quizá para agradecérselo. El intento de su propio secuestro le persuadía ahora de que, en efecto, limitar la propia respuesta contra Faustino Gómez era una estrategia arriesgada. Contra aquel empresario de proceder mafioso solo cabía ir lo más lejos posible y alguien que no era ella así lo había entendido también.

Su móvil empezó a vibrar en la mesa de la cocina. Corrió a responder a la llamada. No reconoció el número, pero descolgó. No estaba en disposición de perder ninguna oportunidad; ninguna de las que ahora la vida le ponía por delante.

—Soy Requejo. Tengo la información que me pediste. —Ella le devolvió un sonido gutural. No quería interrumpirle—. En efecto, los que te retuvieron son hombres de Faustino. Los tres han trabajado más de una vez a las órdenes de un tal Fernando Montesinos, Monty para los amigos. Es el director de seguridad de Faustino. Estos tres son unos chuloputas de barrio que hacen todo tipo de trabajos para él. Eso sí, muy leales. No han dicho nada a la policía y se van a comer solitos todo el marrón. De momento.

—Eres un buen amigo y un buen profesional, José Luis. Muchas gracias.

—Por ser tú, te voy a regalar una información que no me has pedido.

—Ja, ja.

Aquellos modos chulescos de comisario de barrio, algo impostados en un hombre como él, que había cursado estudios superiores y era un ávido lector, siempre le habían gustado a la abogada.

—El tío que te salvó la vida se llama Leandro Puertas.

—¿Eh?

—Claro, el nombre no te dice nada. La policía lo tiene identificado porque la llamada que alertó sobre tu secuestro la hizo desde su propio móvil. Mejor dicho, desde un móvil de empresa. —Alargó artificialmente las frases para dar mayor emoción al relato—. Este hombre utiliza un número de la empresa Secursa, que tampoco te dirá nada...

—No.

—Pues es la empresa que se ocupa de la seguridad del grupo Hidressa.

—¡Ajá! Así que...

—Espera, espera, que sé alguna cosa más. Leandro no es un empleado cualquiera: durante mucho tiempo fue el escolta del mismísimo Federico Almansa. Ahora Puertas está un poco mayor y su jefe le había encontrado un puesto más tranquilo y mejor pagado hasta que, por lo visto, apareciste tú en escena.

No estaba sorprendida por la información, pero sí algo aturdida. Sin saberlo, un ángel de la guarda con nombre de antiguo galán de cine había velado por ella. Si hubiera sido consciente de ello no habría pasado tanto miedo. José Luis Requejo rompió el hilo de sus pensamientos.

—Ahora ya sabes a quién le debes la vida: ¡al mismísimo Almansa!

Las dos mujeres caminaban pausadamente por los cuidados senderos de La Almudena. Un penetrante olor a flores invadía el caldeado ambiente del mediodía en el que flotaban los pólenes primaverales amenazando gravemente las pituitarias de los alérgicos. Las frías piedras de los nichos invitaban al descanso, pero los pies de ambas, casi ingravidos, siguieron avanzando sobre el sendero trazando el camino aprendido hacia aquel muro decorado de ventanas: pequeños vanos taponados por lápidas en miniatura. Unas de mármol blanco; otras de mármol negro con vetas claras. Finalmente, pararon frente a la placa de Ana Ruiz-Benegas. Unas cuantas flores languidecían en el florero insertado junto a ella. Su hermana retiró las plantas mustias y ensartó los tallos de un pequeño ramillete de margaritas. Luego lo compuso armoniosamente.

Ana habría cumplido ese día los cincuenta y cinco años. Ella, Rosa, cumpliría al día siguiente los cincuenta y tres. A punto estuvieron de nacer el mismo día del año, pero el destino, caprichoso, jugueteó con ellas un poco más y retrasó el segundo parto de su madre las horas justas como para cambiar de día y de mes, abriendo entre ellas una engañosa distancia. Pero Ana y Rosa supieron pronto recortarla celebrando el festejo en uno solo que comenzaba a medianoche en el exacto momento en el que acababa el último día de mayo y comenzaba el primero de junio.

Releyó la inscripción de la placa blanca y vio sus propias manos escondiendo todo aquel arsenal de enfermero que halló en el lujoso cuarto de baño de su hermana. Gasas, esparadrapos, tijeras, desinfectantes... Aún le resultaba difícil entender que su hermana mayor se hubiera dejado atrapar por un vulgar maltratador. Su hija pareció percibir en ella una repentina debilidad y se aferró con un poco más de fuerza a su brazo izquierdo. Ella le devolvió una sonrisa que pretendía transmitir tranquilidad. La propia Any parecía ahora conmovida releyendo absurdamente una y otra vez la inscripción de aquella pequeña lápida. Aunque con dificultad, aún podía ver de vez en cuando su cara de niña y aquella infantil admiración dibujada en su rostro a través del espejo retrovisor del coche. Viajaba acomodada en una silla especial para niños en el asiento posterior, donde solía canturrear feliz cuando volvían a casa. «Mamá, ¿por qué la tía Ana gana más dinero que tú? ¿Es porque es más lista?». «Por supuesto, hija. Es mucho más lista que yo», respondió Rosa dejando escapar una carcajada, orgullosa de las asociaciones de ideas que el pequeño intelecto de su hija

era ya capaz de construir con solo tres años. Orgullosa pero también herida por una conclusión que para ella fue siempre tan evidente.

—Anda, vámonos ya —le pidió su hija.

Retomaron el camino de vuelta. El peso de su propio brazo lesionado se había convertido en un persistente suplicio para su cuello y su espalda. También para su espíritu. Luchaba contra ese nuevo miedo recién adquirido. Miedo a ser empujada en la calle, a caerse sobre su brazo malherido, a ser incapaz de correr como lo habría hecho solo unas cuantas semanas atrás. Estaba a punto de cumplir los cincuenta y tres, pero su cabeza y su cuerpo parecían ahora más acordes con los de una mujer de sesenta años. Toda esa debilidad, esa falta de confianza en uno mismo que supone la vejez, se unía en este caso a un afán protector de su hija que la ahogaba y la irritaba. Se desprendió del brazo de Any aprovechando el giro necesario para retomar el camino de salida del cementerio y ensayó los pasos seguros propios de una mujer que, según ella creía, aún estaba a una distancia sideral de la ancianidad.

Anduvieron un largo rato, en silencio, hasta que llegaron a la puerta principal del camposanto.

—Cariño, vete a trabajar, que se ha hecho un poco tarde. Ya cojo yo un taxi.

—No te preocupes, te acerco a casa.

Rosa elevó los hombros en un obvio gesto de paciencia y luego suspiró largamente. Tocó el brazo de la joven con la mano.

—Me gustaría ir un rato al despacho.

—Te acerco.

Se dejó llevar. Librarse de Any no era tan sencillo, pero contaba con un preciado aliado: las obligaciones profesionales de su hija, que la mantenían lo suficientemente ocupada como para no poder vigilar cada uno de sus pasos. De modo que subió al coche y la muchacha la depositó en la puerta del despacho protestando tímidamente sobre la obcecación de su madre en intentar seguir una vida casi normal después de lo ocurrido. Una vez allí, Rosa se despidió de ella con un gesto de la mano, esperó a que arrancase el coche de nuevo y luego se acercó a una cafetería que había tres manzanas más adelante.

En ella, un hombre de espigada figura, gomina en el pelo y cuellos exageradamente elevados la esperaba sentado junto a una mesa. Su penetrante olor a perfume masculino le provocó una agradable y relajante sensación. Él se puso en pie para recibirla y luego la invitó con una mano galante a tomar asiento. Hoy no había abrigos que quitarse ni esa difícil distancia con la que él intentó convencerla de que no intervendría en el esclarecimiento de la muerte de su hermana y, de paso, persuadirla de que abandonase el caso.

—¿Qué tal va tu brazo?

—Bien... Deseando empezar la rehabilitación.

Pidieron sendas cervezas al camarero e incluso las saborearon con cierto deleite. El clima cálido y seco de Madrid convierte una caña fría en el mejor de los regalos.

Lo comentaron y hablaron también del cumpleaños de Ana. Él se acordaba cada año de esa fecha. La felicitaba y le enviaba algún regalo. Luego bromeó:

—En realidad, mi mujer está ahora un poco más tranquila. Nunca pudo evitar sentirse algo celosa de Ana.

Se rieron. «¡Y apuesto a que a mi hermana le encantaba suscitar esos celos!», pensó ella sin atreverse a compartir su pequeña maldad. En su lugar se aclaró un poco la garganta y clavó su mirada en los ojos de él.

—Quería darte las gracias, Federico. Sé que fuiste el responsable de que alguien avisara a la policía a tiempo.

El ejecutivo abrió los ojos un poco más que de costumbre en un gesto de sorpresa. Luego chasqueó la lengua y apartó la mirada por un instante. Habló con gravedad.

—No me hiciste caso. Seguiste y seguiste indagando, y de alguna manera me sentía responsable de lo que pudiera suceder. No lo podía evitar.

—¿Por qué? —inquirió la abogada, más por confirmar su tesis que por obtener una respuesta.

Almansa se removió en el asiento antes de responder.

—Lo sabes de sobra. No cuela ese gesto ingenuo. Eres una Ruiz-Benegas. Te conozco mejor de lo que crees. —Ella hizo un teatral gesto de rechazo con la mano—. Sabes de sobra que estaba en deuda con tu hermana y que ella se arriesgó por mí. Ciertamente, nunca supe en lo que estaba hasta que tú me lo dijiste ni sospeché que el riesgo era tan elevado hasta que se han desencadenado todos estos... acontecimientos. El caso es que ella plantó batalla por mí y eso no podré olvidarlo nunca.

La abogada le devolvió una sonrisa, agradecida por su sinceridad, por toda esa viril honestidad con la que ahora aquel ejecutivo de altos vuelos se confesaba con ella. Consideró que Almansa era merecedor de una respuesta a la altura.

—No pretendo consolarte, pero tú no tuviste ninguna culpa de que mi hermana se enamorara de un botarate, un cretino extorsionador que fue el que realmente puso en riesgo su vida. Esto debes tenerlo en cuenta.

Aquel hombre tan atildado se quedó callado por unos segundos. Agachó la cabeza y la movió de forma casi imperceptible a derecha e izquierda. Parecía sumido en un torbellino de pensamientos. Luego carraspeó antes de seguir hablando.

—Hay cosas de la vida de Ana... —Se había llevado la mano a la frente y de pronto le mostró la palma, dando el alto—. Prefiero no saberlas. No me las cuentes. ¿Sabes? La echo de menos. Nuestra amistad era de una naturaleza difícil de explicar. Nunca he hablado de ello porque siempre he pensado que nadie lo entendería o que, mejor dicho, todo el mundo lo iba a malinterpretar. Ahora estoy enfadado con ella, ¿puedes creerlo?, por haberse dejado derrotar de esta manera. Yo estaba orgulloso de ella, aunque te suene algo paternalista. Soy un clásico: me gustaba verla triunfar en un mundo de hombres, un mundo donde impera la ley del más fuerte. Es un mundo que tolera mal a los advenedizos y que soporta todavía con desagrado a las mujeres.

Y ahí estaba ella, no solo triunfando, sino jugando la partida como uno más, imponiendo en ocasiones sus propias reglas. Pero al mismo tiempo...

Le imploró con la mirada su permiso para poder seguir. Ella asintió levemente con la cabeza.

—... al mismo tiempo sabía de la existencia de Gonzalo. No hablábamos demasiado de sus parejas; de vez en cuando ella me informaba de que ahora estaba con este o con aquel. Pero no entrábamos en detalles, aunque de vez en cuando dejaba que su novio de turno se sumara a una de nuestras cenas. Debo admitir que estos asuntos le preocupaban mucho más a mi mujer, que en una época incluso estuvo empeñada en encontrarle el hombre ideal. Fue divertido... —El ejecutivo mojó sus labios en la caña de cerveza, que mantenía todavía su blanca y fina espuma—. Al mismo tiempo, y por razones que se me escapan, creo que los hombres eran el talón de Aquiles de Ana. Y que ese Gonzalo no era la mejor compañía que podía tener. Pero sus amigos ya estábamos acostumbrados. Era cuestión de dejar pasar el tiempo, de que ella se cansara de él, como de los otros, y lo mandara a paseo. Ahora dices que, además, fue un extorsionador y que puso en riesgo la vida de Ana... Imagino que tienes elementos de juicio suficientes para afirmar tal cosa.

Rosa le observó mientras él, cabizbajo, parecía reflexionar sin encontrar las palabras adecuadas para continuar. Le observó con cierta ternura, adivinando en toda su extensión la naturaleza de esa amistad que había mantenido con su hermana. Y pensó que ella nunca había logrado establecer una relación de tanta camaradería y respeto con un hombre, lo que le llevó a considerar aún más inexplicable el garrafal fallo de Ana con otros varones, como Gonzalo. Quizás ella nunca lograría una amistad como la de su hermana y Federico, pero tampoco recordaba haber establecido un vínculo con ningún hombre capaz de propinarle una paliza. La poderosa Ana escondía una flaqueza que ella jamás habría imaginado. Y ello no la desacreditaba; simplemente elevaba el valor de sí misma, su hermana menor, aquel patito feo condenado a una vida ordenada de vulgar ama de casa y abogada de unos cuantos y detestables clientes.

—Bueno, total, que por unas cosas o por otras, el caso es que al final te sentiste obligado a protegerme. Y yo quería verte hoy para agradecértelo de verdad. No sé qué hubieran sido capaces de hacer aquellos tipos conmigo. Pasé un miedo terrible. Y estoy segura de que fueron los que mataron a Ana. La pena es no tener pruebas para demostrarlo.

—Me estás alarmando. ¡No pretenderás seguir investigando! ¡Me vas a obligar a ponerte escolta!

Se rieron.

—Tranquilo. Con lo que está ocurriendo me doy por satisfecha.

—Uffff, me quitas un peso de encima —zanjó él simulando secarse el sudor de la frente.

—Supongo que eso también te lo debo a ti.

El hombre echó la espalda hacia atrás.

—¡Caramba! Mira, como me espanta pensar que no te vas a rendir hasta saberlo te diré que sí. Utilicé tu trabajo. Pero fue por una buena causa.

—A ver, a ver...

—¿Acaso pretendías frenar a nuestro amigo con un simple divorcio y la mitad del pastel? Era un daño a medias que le dejaba con capacidad de reacción y sed de venganza. Te pusiste en grave riesgo, a la vista está.

—Pero ¿quién te pasó todo el material que teníamos?

—¿Qué más te da? —El ejecutivo la miraba ahora casi de reojo, fingiendo un enojo que no sentía. Luego unió sus manos, como si se dispusiera a rezar—. Rosa... Me gustaría que te olvidaras de todo esto. Tu hermana tenía razón. Estaba obsesionada con protegerte y ahora entiendo por qué. —Su amplia sonrisa le delataba; no era un advertencia, sino más bien un piropo—. Eres una buena abogada y tienes una familia maravillosa. Como has podido comprobar por ti misma, este mundo nuestro de las altas finanzas puede ser una casa de putas. Déjalo estar.

—¿Quién te dio nuestro material para hablar con la prensa?

Federico Almansa pareció implorar clemencia con una furtiva mirada al techo.

—Rosa, la persona que te protegía hizo dos llamadas. La primera, a la policía, para que corrieran a auxiliarte. La segunda, a mí. No lo dudé un instante. Puse a trabajar toda la maquinaria que está en mi mano. Supe enseguida que la prensa tenía los datos del divorcio y consideré que eso no era suficiente; que de parar ahí nunca, nunca jamás podrías haber vuelto a vivir tranquila. Había que utilizar la artillería pesada y ahora esa tarea me correspondía a mí. Por Ana. Por ti. Por mí mismo. Ya está. Eso es todo.

El ejecutivo levantó el brazo y pidió la cuenta al camarero mientras la abogada intentaba digerir aquel incompleto relato. Estaba conmovida e invadida por la gratitud, pero su orgullo también había quedado dañado. Era de las que considera que la ingenuidad casa mal con la inteligencia.

Cuando salieron a la calle el corazón le dio un brinco en el pecho. Un hombre joven y corpulento dio un paso hacia ellos mirando nervioso a ambos lados de la calle. Luego se paró en seco. La abogada se encogió sobre sí misma, como dispuesta a encajar el golpe, incapaz de moverse, y el ejecutivo interpretó que, simplemente, había llegado el momento de las despedidas. El joven dio un paso atrás sin dejar de vigilar y, como una iluminación, ella comprendió de súbito que era el guardaespaldas de Federico.

Caminó hacia el despacho con un brazo dolorido y la autoestima pendiente de recomponer.

Estaba de mal humor. Estaba de muy mal humor. Sufrir un atasco a media tarde para acudir a una cita que no deseaba era demasiado castigo para él. Es verdad que estaba en forma, pero también que cada día le costaba más abandonar sus rutinas: la piscina, que le pillaba a medio camino del bufete, su despacho, el de siempre, amplio, algo vetusto, pero tranquilo y confortable y, los primeros jueves de cada mes, la reunión en el Colegio de Abogados. Era un hombre metódico cuyo talento le permitía llevar una vida relajada y regentar un negocio que iba viento en popa. No necesitaba nada más. O eso creía hasta que Faustino le había conminado a reunirse con él en su despacho. Fue así como cayó en la cuenta de que no había alcanzado todavía la libertad que añoraba y que no tenía otra opción que plegarse a los dictados de su mejor cliente.

Estaba de mal humor porque en las últimas semanas había acariciado el sueño de no volver a tratar con aquel ejecutivo en desgracia. Tras verse obligado a firmar un acuerdo de divorcio claramente lesivo para su cliente, César Mauricio Rincón tenía la esperanza de poder poner una cierta distancia a aquella supuesta amistad, más bien relación de conveniencia, que había unido a los dos hombres. Ahora, en cambio, estaba allí, frente a él, taciturno y preocupado, contemplando a un Faustino poseído por la ira.

El empresario le obligó a tomar asiento en una pequeña mesa redonda repleta de papeles y entró en materia sin siquiera ofrecerle un vaso de agua. Le explicó que creía tener todas las comunicaciones intervenidas y que debían ser cuidadosos al respecto. Luego le dijo que quería que su despacho se hiciera cargo de su defensa. Que pusiera a trabajar a sus mejores abogados para sacar adelante sus negocios y limpiar su nombre mancillado. Hablaba levantando demasiado la voz, dando pequeños golpes en la mesa y con su cuerpo adelantado hacia él, casi amenazante. De modo que Rincón optó por hablar poco, temeroso de provocar una tormenta mayor.

—Sabes que puedes contar conmigo, Faustino, y que nos pondremos a trabajar inmediatamente. Aunque no es un caso sencillo...

—¿Sencillo? —vociferó el empresario—. ¿Sencillo? Me importa una mierda si es sencillo o no lo es. Lo que tienes que hacer es ganarlo. Quiero la mejor defensa.

—La tendrás, Faustino. De eso puedes estar seguro, pero tienen tantos datos...

—¡A la mierda los datos! Soy un buen empresario. He creado más empleo y

riqueza en este país que ningún otro. Si tengo algo de dinero en Suiza o no lo tengo es una cuestión que solo me incumbe a mí. ¡Quiero que aplastes a los que me acusen!

—Lo haremos...

—Tú estás tan metido en esto como yo. Así que ponte a trabajar ya.

Estaba acostumbrado a esos modos de Faustino, pero aquella clara amenaza especialmente inelegante la encajó con desagrado. Su despacho había trabajado de manera leal con Faustino, anteponiendo siempre los intereses y dictámenes del empresario a cualquier otra consideración de índole legal. Ahora, todo ello se volvía en su contra. No solo se veía obligado a defender lo indefendible, sino que lo tenía que hacer para evitar males mayores. Intentó recobrar el ánimo. Echó mano de todas aquellas cualidades que le habían encumbrado como profesional de la abogacía.

—A ver, Faustino. Lo primero que te voy a pedir es mucha calma. Pleitearemos, presentaremos argumentos, apelaremos todas las decisiones que no nos convengan y dilataremos el proceso de tal manera que para cuando la justicia se quiera dar cuenta casi todo haya prescrito. Para entonces, el público ya habrá perdido todo interés y tú habrás rehecho y multiplicado tu fortuna. Así que, Faustino, calma, mucha calma. Esto está ganado, pero tienes que tener la cabeza fría y aguantar el tirón. Déjalo en mis manos.

Los labios de Faustino Gómez dibujaron algo parecido a una sonrisa. Le dijo que tenía razón. Que debía calmarse. Le agradeció su amistad y su profesionalidad y empezaron a esbozar las grandes líneas de su defensa.

Animado por aquella visita, Faustino pidió a su secretaria que le pusiera con el subsecretario de Hacienda. Al cabo de diez minutos, el alto funcionario estaba al otro lado de la línea escuchando las explicaciones de su amigo Faustino.

—Estoy desolado, Antonio. Y quiero que tú y el ministerio seáis conscientes de que todo esto es un burdo montaje de mi mujer, que ha actuado movida por los celos. Pero esto es algo que solo te digo a ti, porque es la madre de mis hijos y no seré yo quien la ponga en la picota. Demostraré mi inocencia punto por punto. Soy un empresario ejemplar y estoy deseando que la justicia esclarezca la verdad y ponga las cosas en su sitio.

—No sabes hasta qué punto me tranquiliza lo que me dices. La verdad, estaba preocupado. El ministro también.

—Por eso te llamo, Antonio. Para tranquilizaros. Sé que habéis hecho mucho por mí cuando lo he necesitado y no os voy a fallar. Me espera un largo calvario judicial, pero lo asumo con deportividad y mi nombre no quedará empañado. Tampoco el de mis empresas.

La conversación duró más de quince minutos. Quince minutos de grabación para la cual Faustino desplegó todos los aditamentos necesarios: indignación, defensa de la propia inocencia, determinación, seguridad, honestidad y espíritu indomable ante la adversidad.

Él era el mejor empresario de España. A los hechos se remitía. Era el momento de

demostrar al mundo hasta qué punto el gran Faustino Gómez era capaz de resurgir de sus cenizas y levantar de nuevo un imperio aún mayor. César Mauricio Rincón tenía razón. César Mauricio Rincón era un buen amigo. Los dos juntos eran indestructibles.

Olivia charlaba animadamente en un rincón. Sus padres parecían muy interesados y divertidos con sus confidencias. Lorenzo y Ana ejercían casi de anfitriones, trajinando con los platos y los vasos. Un hermano de Juan y tres de sus sobrinos se habían sumado a la celebración y el propio Juan le pasaba de vez en cuando a su mujer el brazo por los hombros o la rescataba de sus pensamientos apresando su mano por debajo del mantel. De pronto, las luces se apagaron y como un pequeño carro de fuego apareció Lucas avanzando emocionado con una gran tarta de velas encendidas.

Todos cantaron a una y ella, como siempre, se vio obligada a soplar las velas sin haber preparado el deseo adecuado para la ocasión. Cincuenta y tres años y aún no había aprendido a prescindir de ese tipo de ritos que a uno le enseñan a respetar antes de tener uso de razón. Podía no pedir ningún deseo. No creía en tales tonterías, pero... Aquello era como la ingestión precipitada de las doce uvas por Nochevieja; no costaba nada seguir la costumbre. Era importante pedir un deseo, por si acaso. Pero el rito de las velas de cumpleaños siempre la pillaba desprevenida. Cuando quería darse cuenta, ya estaba allí el corro de gente terminando de cantar con la respiración contenida, esperando el soplo final y el aplauso correspondiente. Regresó de nuevo a la infancia por un instante, como siempre que celebraba su cumpleaños, y sopló con fuerza mientras, como un mantra, pidió para sí misma no más muertes en su entorno.

Juan la abrazó. Le susurró al oído palabras de amor y también de consuelo en un intento de mitigar la aflicción en la que estaba atrapada desde que sufrió el ataque de aquellos tres delincuentes. Ella le correspondió con un breve «te quiero» y una confidencia.

—Siento que necesito un giro en mi vida y que puedo contar contigo.

—¡Qué cosas dices! Sabes que siempre voy a estar ahí.

Antes de terminar los cafés, los invitados empezaron a marcharse. Rosa consultó el reloj. Debía darse prisa. Quería cambiarse antes de salir. Ana insistió en acompañarla a aquella cita que dijo tener y su madre fue incapaz de convencerla de que lo mejor era coger un taxi. La muchacha insistió y Rosa se dijo a sí misma que no tenía sentido seguir ocultando a su hija cosas de las que más pronto que tarde tendría que enterarse. Así que finalmente aceptó su compañía aunque la joven dibujara en sus

labios un gesto de disgusto cuando supo que las oficinas de Oasis eran su destino.

Desde fuera, aquel moderno edificio acristalado no parecía gran cosa, pero en cuanto se introdujeron en la amplia zona de recepción no pudieron por menos que admirar la grandeza y simplicidad de la arquitectura moderna. Se encontraban dentro de un gran cubo de cristal horadado por un vano también cuadrado que conformaba un luminoso patio interior alrededor del cual se ordenaban las distintas dependencias. Una joven de melena negra y gafas de montura roja las acogió con una sonrisa. Les pidió sus carnés de identidad y llamó a alguien por teléfono invitándolas a esperar unos segundos. Rosa y Ana aprovecharon para seguir contemplando los detalles decorativos de aquel magnífico edificio transparente. Las plantas se enredaban y trepaban por algunas columnas. Una extraña «O» de color rojo, elemento central del logotipo de la empresa, se multiplicaba de forma más o menos discreta por todos lados: en algunos de los cristales individuales que formaban el conjunto, en la mesa central de la recepción, en las tarjetas identificativas del personal... Los empleados formaban parte también del decorado. Entraban y salían por tornos de seguridad que se abrían automáticamente con solo pasar sus tarjetas personales por un lector. No iban ni deprisa ni despacio. Se saludaban levemente entre ellos y parecían seguir trabajando incluso cuando era evidente que se encaminaban hacia las máquinas expendedoras de cafés y refrescos.

Un joven de corbata oscura y traje exageradamente ceñido a la cintura condujo a Rosa por distintas dependencias. Ana optó por esperarla en recepción alegando que aprovecharía el tiempo para hacer un par de gestiones por la zona. Rosa siguió al joven anfitrión. Anduvo largamente tras él hasta llegar a una gran puerta de madera que se abrió mágicamente a su paso al tiempo que una Miriam radiante de impecable traje de pantalón blanco y chaqueta cruzada en tonos grises y blancos le daba la bienvenida.

Hablaron de su brazo, del secuestro y de los hijos. Miriam aseguró que los suyos estaban superando felizmente la separación y que disfrutaba de ellos como nunca. Pero Miriam quería hablarle de la empresa y abordó enseguida el asunto con gran emoción.

—Estoy descubriendo esta empresa e intento colaborar en su gestión y, desde luego, supervisarla. Es lo que me corresponde como presidenta. —No anunció su cargo con arrogancia; lo admitía y pregonaba como un honor no exento de obligaciones—. Aquí hay muy buenos profesionales. Basta con escucharles y dejarse aconsejar. Verás, esto es increíble. Tenías razón: Oasis es una empresa saneada y con un gran futuro por delante. Cada día descubro algo nuevo y casi todo es positivo. Probablemente fue una de las mejores adquisiciones de Faustino. Su rentabilidad es enorme y, sobre todo, es una empresa que se ha mantenido al margen del ladrillo, lo que hoy en día ya es una garantía de éxito. —Frenó en seco, como si cayera en la cuenta de algo—. Creo que todo esto ya te lo he dicho, pero bueno...

—Decías también que parece un milagro que una cadena de agencias de viajes

sea un gran negocio.

—¡Sí! ¡Eso es! Porque se ha ido adaptando a la realidad con una enorme plasticidad. Pero Oasis no es solo eso. Fíjate, en realidad su participación en los actos culturales y deportivos no es simple patrocinio. ¡Es una de las divisiones más rentables de la empresa! Hay una gran especialización en la organización de eventos. Organizamos desde el cóctel hasta la rueda de prensa, desde los viajes hasta la provisión de material deportivo o de cualquier otro tipo. En fin, como te decía, este sitio es una caja de sorpresas. Y hay tanto por hacer...

Miriam siguió contando detalles y excelencias de aquella compañía mientras Rosa la observaba con mirada renovada. Aquella mujer había sufrido una interesante transformación. Una vez le dijo que había sido periodista económica y que nunca se había imaginado a sí misma como la sumisa esposa que luego fue de Faustino Gómez. Ante ella había ahora una empresaria dispuesta a tomar las riendas no solo de su vida, sino de la de todos los que trabajaban para la empresa que le pertenecía. Una de las paredes del despacho era un gran ventanal que inundaba de luz toda la estancia; también su traje blanco y gris y sus facciones, cuidadosamente maquilladas.

—Rosa, aquí hay muchísimo trabajo. —Percibió un tono de solemnidad—. Oasis era solo la parte visible de otro nuevo entramado de empresas que desconocíamos. Son consultoras, pequeñas constructoras, empresas de servicios y una modesta pero rentable cadena hotelera. He empezado a soñar con nuevos proyectos por las noches. Esto es todo un mundo. ¿Sabes cuántos empleados tiene Oasis en total? —Guardó un breve silencio—. ¡Dos mil! ¿Te das cuenta? Dos mil personas repartidas en tres continentes. Y cuenta con algo muy importante. Se llama Alfonso Cabanillas...

Rosa había visto su nombre en algunos de los papeles con los que había trabajado en las últimas semanas.

—Me suena...

—¡Es el director general! ¡Un *crack*! Es el alma de esta empresa. Desde que fue nombrado por Faustino, hace cuatro años, Oasis no ha hecho más que crecer y crecer...

Rosa estaba sentada en uno de los sofás del despacho. Su corazón latía agitadamente dentro de su pecho. Había dado por hecho que Miriam la reclamaba para ofrecerle un puesto de trabajo; probablemente un cargo en la empresa. Temía que en cualquier momento se desvanecieran sus sueños. Por eso aguardó, en silencio, atenta a las palabras de ella, que ahora había hecho un receso. La presidenta de Oasis había cruzado los brazos por debajo de su pecho y la miraba con cierta condescendencia. Eso le pareció. Pero también veía en sus ojos la emoción del que prepara una sorpresa.

—Rosa, le he hablado a Alfonso de ti. En poco tiempo hemos establecido una relación entre nosotros muy profesional y de gran camaradería. Quiero que le conozcas. Te va a gustar. —Desenlazó sus brazos y jugueteó con una de las fotos que decoraban una de las mesas supletorias—. Quiero que seas la asesora legal de la

empresa y una de los dos subdirectores generales de Oasis. —Ella misma se interrumpió precipitadamente—. Pero no quiero que tomes ninguna decisión hasta que no conozcas a Alfonso personalmente.

—No sé ni qué decir... —balbuceó la abogada.

Miriam Díaz del Campo se puso de pie y caminó hacia su mesa de trabajo. Siguió hablando aun dándole la espalda.

—Acabamos de desprendernos de un gilipollas que cobraba medio millón al año. Un envarado, un tío superseguro de sí mismo que estaba convencido de que a partir del momento en que yo me hiciera cargo de Oasis le sería aún más fácil beneficiarse de la empresa. ¡Hace falta ser imbécil! Me trataba de manera paternalista al tiempo que me hacía la pelota para conseguir, creo yo, el puesto de Alfonso. Era un cretino de cuarenta y tres años, sobrino del presidente de GasRental; Faustino lo había fichado en uno de sus múltiples tejemanejes para contentar a algunas familias adineradas. Es un abogado con no sé cuántos masters; un imbécil que expoliaba a la empresa con sus primas millonarias y unos gastos de escándalo. —Miriam levantó el teléfono de su mesa—. Amalia, dile a Alfonso que vamos para allá. —Colgó y se giró hacia su interlocutora—. Queremos que ocupes su puesto. Necesitamos a una persona como tú, que goce de mi total confianza, pero también de la de Alfonso, que ha sufrido durante dos años a ese cretino. —Le señaló la puerta con la mano—. ¡Vamos!

Anduvieron unos cuantos metros por un amplio pasillo enmoquetado. Olía a ambientador y papelería. Miriam le susurró al oído:

—Si aceptas el puesto, quiero que supervises personalmente su despido. Nos está reclamando un pastón...

La presidenta de Oasis saludó con un leve gesto a las dos mujeres que ocupaban sendas mesas enfrente de otro despacho, cuya puerta golpeó con los nudillos y abrió sin esperar respuesta. Un hombre con pantalón sastre, camisa blanquísima y corbata en tonos pastel salía a su encuentro salvando a zancadas la distancia entre ellos. Sonreía mientras se excusaba por no haber tenido el tiempo suficiente como para recibirlas con la chaqueta puesta. A Rosa le agradó su presencia.

—¡Estás mejor así! Que Rosa vea que aquí la gente trabaja —bromeó Miriam.

El director general le estrechó la mano a la abogada y la miró de frente.

—¡Bienvenida! Como ves tengo una nueva jefa que es un poco tirana. Nos hace trabajar demasiado.

Se rieron. Luego, a requerimiento de la propia Miriam, ocuparon el tresillo situado en uno de los rincones del amplio despacho. Allí, Alfonso repitió casi punto por punto todo lo que Miriam le acababa de contar sobre la naturaleza de la empresa, su diversificación y sus proyectos. Rosa le expuso algunas cuestiones. Utilizó su experiencia como abogada de empresarios del sector en un afán irresistible por conquistar el aprecio de aquel ejecutivo. Finalmente, la presidenta dio por concluido el encuentro. Se puso de pie y los otros dos la imitaron.

—Bueno, si os parece, luego os quedáis solos un rato. Ahora quiero que Rosa

conozca su nuevo despacho.

La cogió de la mano y la llevó hasta la puerta mientras se despedían informal y amigablemente. Las dos mujeres anduvieron de nuevo por el pasillo en el sentido inverso en el que lo habían hecho previamente. Miriam frenó ante una de las puertas. Rosa empezaba a estar desorientada. No habría sabido encontrar cada una de las puertas por sí sola, a pesar de la cercanía de las estancias. Se introdujeron en un tercer despacho similar a los anteriores. Estaba vacío. No hacía falta encender las luces gracias a las paredes transparentes que limitaban con el exterior. El mobiliario combinaba el gris metálico y el cristal. Era moderno y funcional, de líneas rectas, casi minimalista. Alguien había supervisado todos los detalles para favorecer un ambiente sencillo y relajado. Miriam estaba en medio de la habitación, triunfal, satisfecha y segura de sí misma. Abrió un poco los brazos y le confirmó:

—¡Este es tu despacho!

La abogada estaba sin aliento. Esperaba todo lo ocurrido y, sin embargo, consideró que no debía aceptar la oferta bajo el estado de *shock* del que era víctima en aquel momento. Ocuparía el puesto que le estaban ofreciendo porque era la oportunidad que nunca había tenido para demostrar su capacidad profesional. Lo ocuparía porque, por fin, sería quien siempre quiso ser. Lo ocuparía porque nadie nunca más cuestionaría su nivel de inteligencia en base a sus humildes emolumentos. Sería la subdirectora general de Oasis para lucir por propios méritos el apellido Ruiz-Benegas. Miriam la despidió con un inesperado abrazo y ella enfiló el camino de salida de aquella moderna empresa levitando.

La reprobatoria mirada de su hija, que la aguardaba en el amplio vestíbulo, la devolvió a una realidad menos excitante. Pero se dijo que esta vez no se sometería a los deseos ajenos; tampoco a los de su hija. Esta se levantó de su asiento con el ceño fruncido dejando sobre el asiento la revista que ojeaba. Una de las secretarias de Miriam la había acompañado hasta allí y saludó amablemente a Ana María antes de que madre e hija abandonaran el edificio. Una vez fuera, la joven economista disparó.

—Bueno, ¿qué? Cuéntame, ¿qué quería Miriam? ¿Por qué has tardado tanto?

—Me ha hecho una oferta de trabajo —dijo Rosa con voz neutra, ahogando sus emociones secretas.

—¿Una oferta de trabajo?

—Sí, una oferta de trabajo —se impacientó la abogada—. Quiere nombrarme subdirectora de la empresa.

Alcanzaron el coche. Ana María había logrado aparcar frente a la sede de Oasis. Desbloqueó las puertas.

—¿Vas a aceptar?

—Sí.

Por toda respuesta se hizo un silencio entre ambas. Cada una ocupó su asiento en el automóvil. Ana María se puso al volante. Arrancó el motor.

—Madre, esta era una de las empresas de Faustino, el hombre que probablemente

se cepilló a la tía y el que probablemente ideó tu secuestro. Aceptar ese cargo es como meterte en la boca del lobo. Me asusta que sigas ligada a todo... A todo esto.

Eso era todo lo que su hija tenía que decirle en ese momento. La decepción invadió su espíritu. La vida está jalonada de dificultades, pero seguía sin entender por qué a ella le tocaba en suerte siempre un obstáculo insuperable que desviaba su camino hacia el éxito. Rosa Ruiz-Benegas tenía tanto derecho como los demás a triunfar en la vida. ¿Reaccionaría Juan igual que Any? Él le acababa de decir que siempre estaría a su lado. Confiaba en su palabra.

—Hija mía, debo aceptar ese cargo y tú debes estar tranquila. Te lo dije en el hospital. Ya no habrá más sustos. Te lo aseguro.

Ana María mantuvo la vista al frente, conduciendo el coche hasta casa y preguntándose por qué se había molestado tanto en acompañar a su madre y velar por ella. Quizás había demasiadas cosas de ella que desconocía todavía. Quizás hubo datos procedentes de su investigación conjunta que nunca compartió con ella y que le otorgaban ahora esa seguridad en sí misma que lucía con tanto aplomo. Mientras ella maquinaba cómo dar un paso atrás en la empresa para disfrutar un poco más de la vida, su madre optaba justamente por lo contrario. ¿Y si era ella la que se estaba equivocando? ¿Tenía razón Lorenzo cuando le decía que todavía no se había emancipado del todo de su casa? Sacudió imperceptiblemente la cabeza mientras aparcaba cerca de casa. Se marcharía de nuevo del hogar paterno. Se mudaría enseguida al apartamento de Lorenzo, con el que deseaba estar de noche y de día. Ella no era la dueña de la vida de su madre y, en cambio, ahora quería ser la dueña soberana de la suya.

Se levantó temprano y se tomó el tiempo debido para tomar un desayuno copioso y arreglarse adecuadamente para llegar sin prisa y puntual a su nuevo trabajo. Quería estar allí a las ocho de la mañana; demasiado temprano para Juan y los chicos. Se enfundó uno de sus mejores trajes, se calzó unos altísimos zapatos de tacón y se dio un toque de maquillaje y de rímel antes de partir.

Frente al impresionante edificio que la iba a acoger se supo segura e importante. A partir de aquel momento su tiempo y su talento valían cinco veces más que en las mejores épocas de su bufete. Era una lástima que su hermana no estuviera ya allí para darle su aprobación y que su padre se hubiera dejado de interesar por todo lo mundano. Pero eran detalles incapaces de empañar las ilusiones de una mujer madura herida por las pérdidas y definitivamente libre.

Anduvo por los acristalados pasillos de la compañía Oasis camino de su despacho. Avanzaba con paso firme y decidido. Había llegado el momento de dejar de mirar atrás. La brillante abogada Rosa Ruiz-Benegas comprendió con satisfacción que aquel jueves 17 de junio de 2010 era el primer día del resto de su vida.



Nacida en Cuenca, en 1957, es licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid. Ha trabajado en *El Diario de Cádiz*, en *Informaciones*, en la revista *El Globo* y en *El País*, donde actualmente trabaja y ha sido jefa de sección de Local y de Sociedad. Especializada en asuntos sociales (igualdad, sanidad, educación, ciencia, etc), ha sido también profesora en el Master de Periodismo de *El País* y la Universidad Autónoma de Madrid. Entre 2000 y 2005 fue corresponsal en Bruselas. Actualmente es miembro del Consejo Editorial de este periódico.

Entre 2006 y 2008, ocupó el cargo de directora general de Información Internacional en la Secretaría de Estado de Comunicación.

Como escritora, ha publicado un relato para niños, *Los pequeños invisibles*, dentro de la colección *Cuentos para hablar* de Ediciones PAU, con patrocinio de UNICEF, para conmemorar el décimo aniversario de la Convención de Derechos del Niño. En octubre de 2011 publica su primera novela, *Torres de fuego* (Roca Editorial).